



Migración juvenil forzada ¿dónde se habita?

Trabajo presentado como requisito para optar al título de
Magister en Hábitat

Estudiante:
Marta Salazar Jaramillo

Directora de tesis:
María Clara Echeverría Ramírez

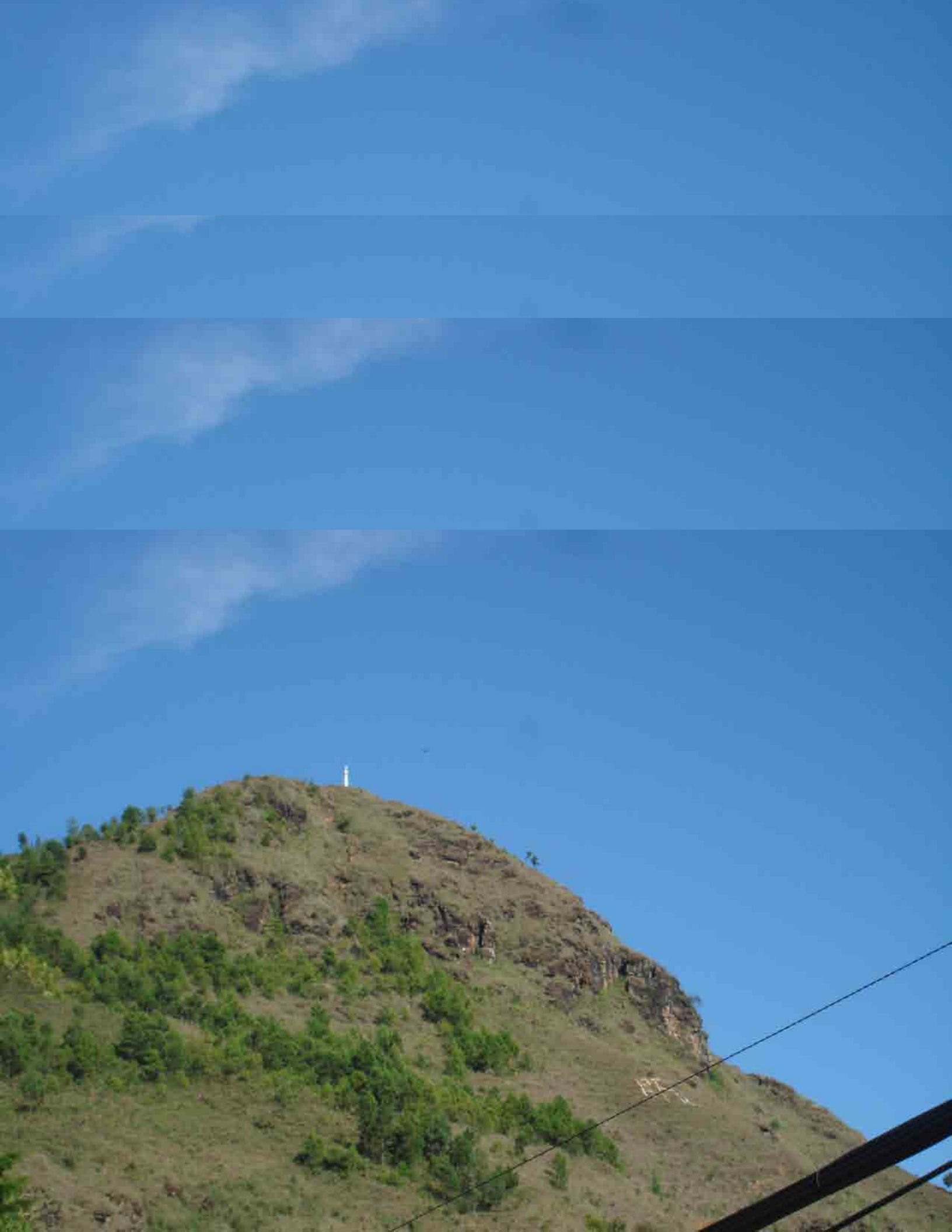
Escuela del Hábitat
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín
2008

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN	6
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	10
OBJETIVOS	16
PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN	17
MIGRACIÓN FORZADA: DESPLAZAMIENTO OBLIGADO	18
Migración forzada en Colombia	19
Formas migratorias en Colombia	27
Migración juvenil en Colombia	29
Los estudios culturales de cara al desplazamiento forzado	32
JÓVENES MIGRANTES FORZADOS: CONFIGURACIÓN DEL HÁBITAT	42
Pobreza y desigualdad	43
Desplazamiento forzado y jóvenes	45
Medellín: discriminación social y jóvenes	46
Construcción identitaria y prácticas del habitar	51
Territorios del habitar joven	54
TERRITORIO Y MIGRACIÓN FORZADA	60
En la veredad habitan los fantasmas	63
Somos desplazados	64
Conectados/desconectados	66
Territorio: construcción social	67
El problema del habitar en jóvenes desplazados forzados	73
ACERCAMIENTO AL TIEMPO	78
En qué tiempo se construye la trama de la vida de los jóvenes migrantes	79
CONSTRUCCIÓN DE LA INFORMACIÓN	82
Puntos de partida metodológicos	84
Mapas y grafías para comprender el habitar de los jóvenes migrantes	86
Ejes analíticos: cuerpos, trayectos, estructuraciones	87
Escenografías: las prácticas y los discursos	
La etnografía como camino	91
¿DÓNDE SE HABITA?	96
ALLÁ-ANTES	97
ENMEDIO- ENTRETANTO	102
Huir la única posibilidad	103
Soy desplazado	108
La llegada a la ciudad, sentimientos contradictorios	109
La llegada al barrio: al encuentro de un lugar para rehacer la vida	116
La familia se remueve	119
AQUÍ- AHORA	123
Altos de la Torre y El Pacífico	123

Mi morro	126
¿Quién soy yo? qué pregunta tan difícil	130
DESPUÉS-PORVENIR	164
Futuro cercano	164
La ciudad no es el paraíso: es apenas el comienzo de una historia	168
CONCLUSIONES	172
BIBLIOGRAFÍA	180
ANEXOS	184





agradecimientos.

Les agradezco con todo el corazón

A John Jairo, Jorge Eliécer, Kelly, Érica, Mónica, Yasmín, Paloma, Johny, mis amigos del barrio. Gracias a ellos he vivido y recorrido la ciudad con otros ojos.

A Luigi y a mi familia por la paciencia que han tenido mientras dedico mis días a estudiar.

A José Manuel y Rossana por la generosidad con sus conocimientos.

A Amparito por sus oídos atentos y sus opiniones certeras.

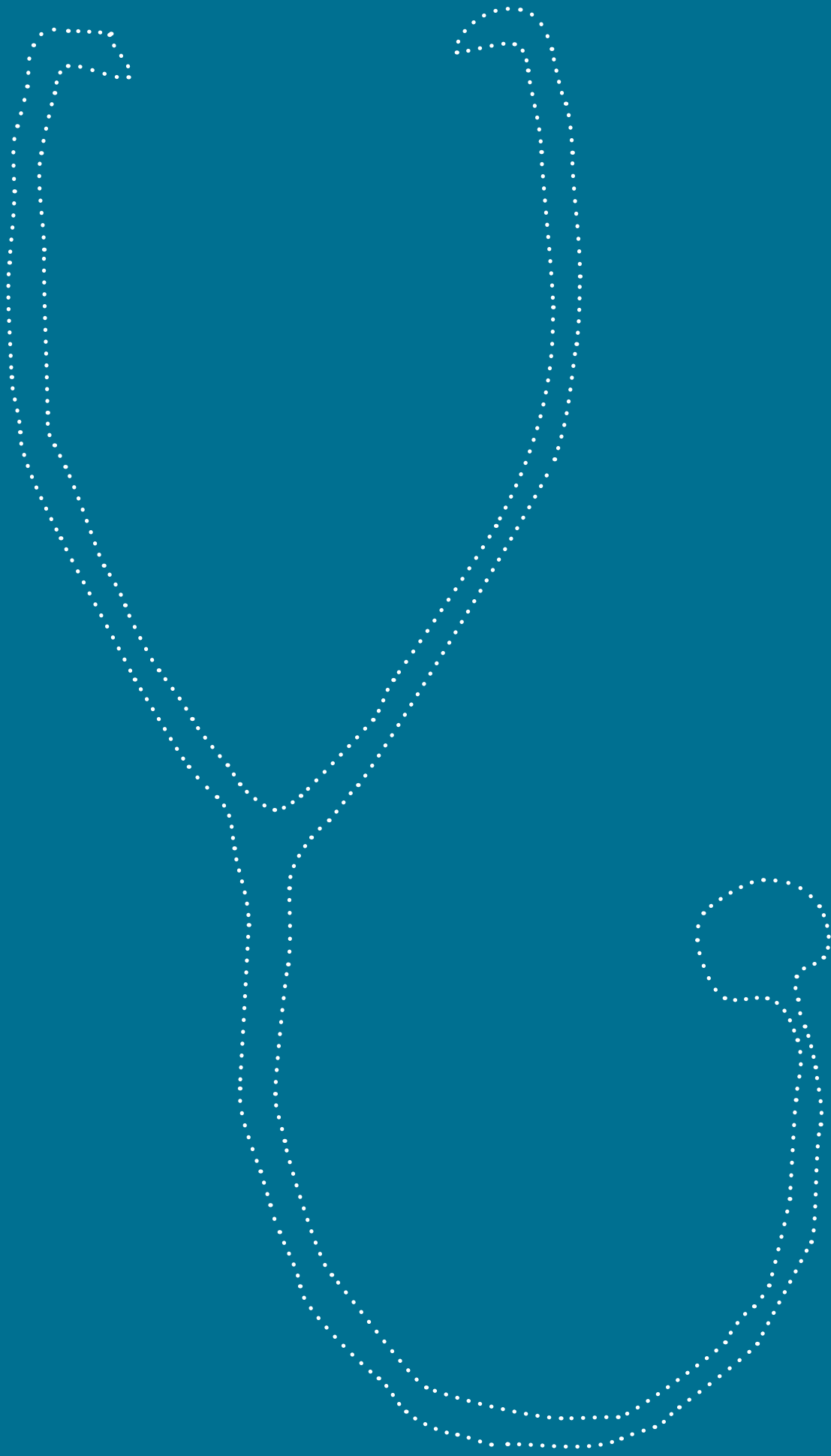
A María Clara por tirar los cables a tierra sin dejar que el vuelo se perdiera.

A Región por ser una escuela para mirar la ciudad de manera aguda y consciente.

A los compañeros y profesores de la Escuela del Hábitat, que hicieron esta dura aventura por el conocimiento menos tediosa, al extender siempre sus manos con afecto.

A los amigos que me escuchan y me cubren la espalda.

Introducción



Introducción

“Como todos, yo debía encontrar mi lugar en el mundo, un pequeño rincón dónde vivir sin demasiados sacrificios, pero mi búsqueda apenas había comenzado”.

Santiago Gamboa
El síndrome de Ulises

La desigualdad entre los países pobres y ricos, las diferencias en los niveles de ingresos de la población latinoamericana, las crisis de gobernabilidad que se han vivido en los últimos años, son unas de las causas para que se presenten migraciones de ciudadanos hacia otros países, así como al interior de las fronteras.

En Colombia se vive una de las mayores crisis humanitarias del mundo, por el desplazamiento interno forzado de más de tres millones de personas. El Sistema de Información de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes), registra la tendencia de la continuidad estructural del desplazamiento forzado. En este contexto y teniendo en cuenta que la migración ha sido una constante histórica en Colombia, es necesario estudiarla con los *“sentidos diversos, inscritos en articulaciones sociales disímiles donde confluyen estructuraciones sociales y personales, textos y contextos que han marcado la vida nacional”* (Valenzuela: 2002).

A Medellín han llegado más de 100.000 personas en los últimos diez años huyendo de la violencia y se han asentado en las laderas de la ciudad, en asentamientos¹ compuestos por personas de diferentes orígenes geográficos y culturales. En esta década se puede constatar según el Plan de Desarrollo de la ciudad que la Línea de Pobreza, está en niveles cercanos al 60%, con sus obvias consecuencias en los índices de desempleo, desescolarización, desnutrición entre otros.

Los jóvenes, las mujeres y los niños se consideran los grupos poblacionales más afectados por la migración forzada en Colombia. En esta tesis se plantea preguntas sobre la migración juvenil y su relación con el hábitat, porque considera pertinente plantear la reflexión en diversos ámbitos sobre las re-configuraciones² en las formas de habitar que están viviendo los jóvenes y por ende Medellín.

1 La mayoría de asentamientos son lugares ubicados en lugares de alto riesgo de la periferia de la ciudad, en los que habitan destechados y desplazados, en condiciones de hacinamiento.

2 La palabra configurar viene del latín *configurare*. Dar determinada forma a algo. El prefijo *re-*, en esta palabra denota la acción que deben hacer los sujetos de dar nuevamente forma a algo.

La investigación se centra en la interpretación de las transformaciones y permanencias en las formas de habitar de un grupo de jóvenes que han llegado a Medellín víctimas del desplazamiento forzado y habitan barrios de la ladera de la ciudad.

El texto está construido en dos partes. En la primera, se hace una revisión teórica para construir un andamiaje conceptual, como soporte para la indagación y la interpretación. Teniendo en cuenta el problema de investigación se realizó un plan de trabajo inicial con la lectura de estudios sobre migración, jóvenes y territorio pertinentes para la investigación. Éstos aportaron reflexiones y permitieron elaborar un mapa conceptual para emprender el viaje. En esta dirección emergieron los nodos desde donde se trazarían trayectos para configurar la trama del habitar de los jóvenes migrantes forzados en la ciudad.

La migración forzada es un acontecimiento disruptivo en la vida de los jóvenes, que marca tajantemente su experiencia. Se convierte en un momento en sus historias que divide su existencia en un antes y un ahora. Después de perder sus referentes materiales y simbólicos hacen uso de sus memorias y re-crean de nuevo la realidad. Los jóvenes se plantean nuevos retos en sus vidas, construyen argumentos para desenvolverse en la ciudad como actores sociales. No es sólo el movimiento en el espacio, ésta es solo una pequeña parte de todo lo que implica para los seres humanos el desplazamiento forzado en sus vidas.

En los sujetos jóvenes se hacen visibles las disputas simbólicas por el lugar que ocupan en la ciudad, los procesos de socialización que viven en Medellín están marcados por múltiples factores que inciden en las maneras como se apropian del entorno y construyen sus mapas y trayectorias. Sus formas de vivir y de hacerse sujetos, configuran su *self, el nosotros y el otros*, éstas son experiencias de relacionamiento complejas en donde su condición de campesinos, en una ciudad excluyente, tiene a veces pesos inimaginables sobre su ser joven.

El territorio es visto como una construcción social. El Aquí y el allá entretienen la vida de los jóvenes migrantes, desde allí establecen relaciones materiales y simbólicas que le dan forma y sentido a sus prácticas y discursos cotidianos. El desplazamiento forzado trastoca temporalmente sus órdenes, ellos como sujetos deben construir de nuevo mapas y coordenadas para moverse en el mundo, para ser y tener un lugar en el que puedan habitar.

En la segunda parte se presenta la interpretación que fue construida con las voces, los trazos y las gráficas que le dan sentido y significaciones a la vida de los jóvenes. Se indagó en sus prácticas y discursos, por los procesos que afectan sus mundos de la vida y les exigen reordenar, re-organizar su existencia y a partir de pequeños puntos, construir su habitar.

El trabajo de campo fue realizado en Medellín, los jóvenes desde el presente (ahora) hablaron del recuerdo, el devenir y el porvenir no como un línea secuencial en el tiempo, sino como un complejo entramado que constituye sus vidas y desde el que le dan sentido a cada una de sus acciones. Para dar un orden al texto se plantearon cuatro momentos: allá-antes, en medio-entretanto, aquí-ahora, después-porvenir, como nodos de interpretación, que no tienen límites precisos entre uno y el otro y por el contrario se traslapan, son fronteras son difusas.

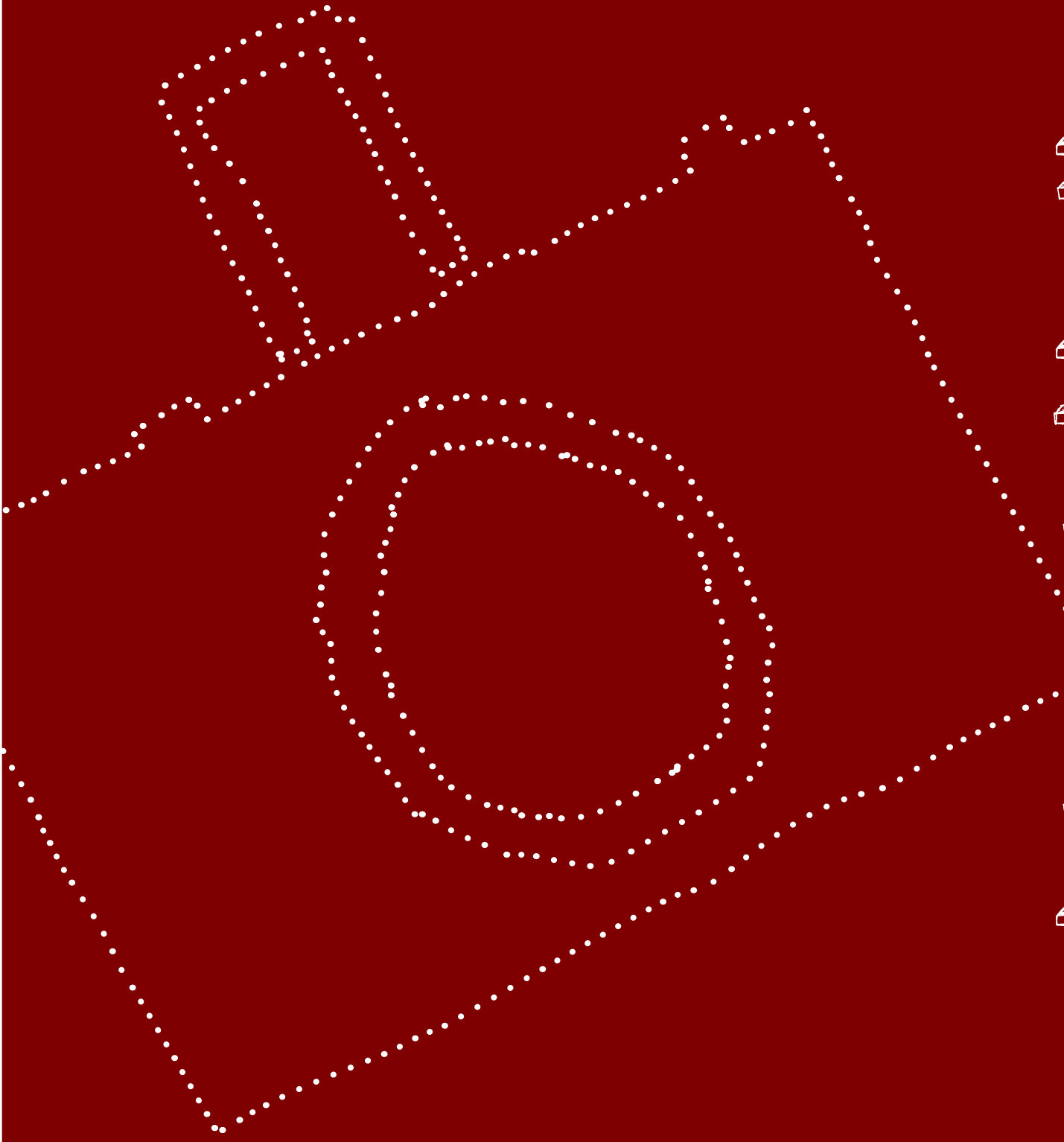
Esta investigación hace una indagación por la migración forzada de jóvenes desde su sitio de llegada, teniendo en cuenta que son jóvenes campesinos que vienen a vivir en una ciudad como Medellín históricamente social, cultural y políticamente excluyente.

La migración forzada es una situación compleja que viven los jóvenes, a la que se le suma su clase social, su procedencia, lo que le impone dinámicas a la hora de habitar la ciudad. Se establecen casi por obligación, en lugares “permitidos”, configurando allí su habitar. Estos sujetos construyen en un medio urbano en movimiento, sus desplazamientos, trazan sus recorridos, reconocen un topos y su “ser en el mundo” (Yori:1998).

A pesar de los enormes esfuerzos de sobrevivencia, siguen siendo, en esencia una población excluida de las ciudades; la posibilidad de gozar de los derechos fundamentales propios de su condición de ciudadanos. Lourdes Pacheco (2003) plantea que los jóvenes migrantes son convertidos en una triple amenaza: la primera por su condición de pobres y, por lo tanto, portadores de demandas que no podrán ser cumplidas en los lugares a los que llegan. La segunda, por ser originarios de grupos étnicos o venir de zonas rurales con costumbres distintas a las que se viven en la ciudad. La tercera por ser jóvenes, lo cual, en el imaginario de las ciudades, equivale a rebeldía e inconformismo en el mejor de los casos.

El proyecto de investigación Migración juvenil ¿dónde se habita? surge de la necesidad de comprender el fenómeno de la migración juvenil forzada, desde las nuevas formas de habitar en la “*doble referencia entre el sitio de dónde eres y el sitio dónde te encuentras*” (Valenzuela, 2002:14) así como las dinámicas en las que se insertan estos sujetos migrantes en las ciudades, cómo unas nuevas maneras de entender el hábitat.

Nota: Las ilustraciones y fotografías que se encuentran a lo largo del texto, hacen parte del trabajo de campo realizado con los jóvenes en los anexos se hará una referencia a ellas.



planteamiento del problema

Planteamiento del problema

El presente proyecto, que adopta como tema la migración juvenil desde el habitar, particularmente en Medellín, formula como su problema de investigación el comprender las relaciones y la mutua afectación entre la condición de ser joven y la de ser migrante, a propósito de los procesos que se gestan en la ocupación y construcción territorial en su existencia. Para ello, asume la pregunta sobre *¿dónde se habita?* desde la cual introduce un segundo elemento relacional central al hábitat cómo son las conexiones y mutua afectación entre el antes, el entre tanto, el ahora y el después en términos de los vínculos y socialidades territoriales de los habitantes.

En el anterior sentido, asume la noción compuesta de *joven migrante*, la cual encierra una doble connotación e indagación propia y diferenciada frente a estudios anteriores. El joven es visto más allá de las categorías cerradas o estáticas desde las que se lo ha interpretado en algunos estudios, y es asumido desde su situación de migrante. En ello, los elementos de inestabilidad y de construcción identitaria no sólo están atravesados por lo que corresponde a la edad juvenil, referido a los cambios en la configuración de la identidad, la socialidad y la alteridad; sino que están atravesados por lo que corresponde a la condición de migrante, referido al trastocamiento social, cultural y territorial.

Por su parte, asume la pregunta por *dónde se habita*, la cual así mismo contiene una connotación y exploración propias e igualmente diferentes de los enfoques tradicionales. Desde allí: el territorio propio del habitar, en tanto hábitat, no corresponde ni se interpreta como un hecho físico delimitable previamente y unívoco, como suele leerse en muchos trabajos, sino que es interpretado desde los órdenes simbólicos y prácticos que marcan el acto de habitar y configuran los sentidos propios del hábitat y los procesos de territorialización en la ciudad.

La finalidad de este estudio es académica, y pretende, por medio de una exploración poder reconocer unas dinámicas sociales y, desde allí comprender un poco más la migración forzada de jóvenes en Colombia. Se presenta como una investigación exploratoria, pues en el momento no existen en Colombia indagaciones por este grupo poblacional en relación con la migración forzada y el hábitat. Se realizará una indagación sobre las experiencias (prácticas) y representaciones sociales (discursos) de los jóvenes migrantes, referidas al territorio en el que habitaba y en el que ahora habita la población juvenil migrante.

Para su desarrollo optó por abordar un grupo de jóvenes migrantes colombianos entre los 14 y 30 años que han llegado en los últimos años Medellín, víctimas del desplazamiento forzado, quienes se encuentran ubicados en la parte alta de la Zona Centroriental en los asentamientos Altos de la Torre y El Pacífico.

Conceptualmente el trabajo propone un universo relacional que interrelaciona jóvenes-migrantes, espacio y tiempo. *Dónde se habita* se construye en el tiempo: temporalidades, los



sentidos del pasado, el presente y el futuro que hacen presencia en la memoria y la experiencia de los jóvenes migrantes hoy; el espacio se indaga en las espacialidades, los sentidos del territorio allá, aquí y los soñados por los jóvenes; y el ser se descubre: desde las identidades y los sentidos de pertenencia, reconocimiento, diferenciación entre el yo, los otros y el nosotros.

Ser, espacio y tiempo configuran una triada desde la cual se analiza el habitar de los jóvenes, teniendo en cuenta su situación de desplazados forzados por la violencia, como acontecimiento disruptivo que transforma sus vidas desde múltiples ámbitos. Desde allí se estructurará la propuesta entorno a tres ejes importantes para comprender el hábitat de los jóvenes migrantes. De esta manera daremos cuenta de los sentidos del territorio desde las configuraciones topológicas del espacio, inmersas en

una red de relaciones que establece distancias/cercanías, con el allá, el aquí y el después; igualmente desde lo temporal, los jóvenes hacen parte de una historia que configura sus formas de habitar, tienen un antes, un ahora y un porvenir; y desde las adscripciones identitarias de ellos como sujetos que vivencia tensiones, alteraciones, conflictos, simultaneidades e hibridaciones que configuran sus identidades del sí mismo, el nosotros y los otros.

Se trata de una investigación cualitativa, en la cual los sujetos tienen capacidad de agencia, y desde allí se ubican en el mundo, para darle sentido a sus vidas y producir prácticas y discursos que no se hacen de una manera pasiva sino como un complejo proceso de traducción e hibridación, donde los significantes pueden ser compartidos pero los significados y su codificación obedecen a formas subjetivas e individuales de vivir y percibir el mundo (Reguillo:1996,232).

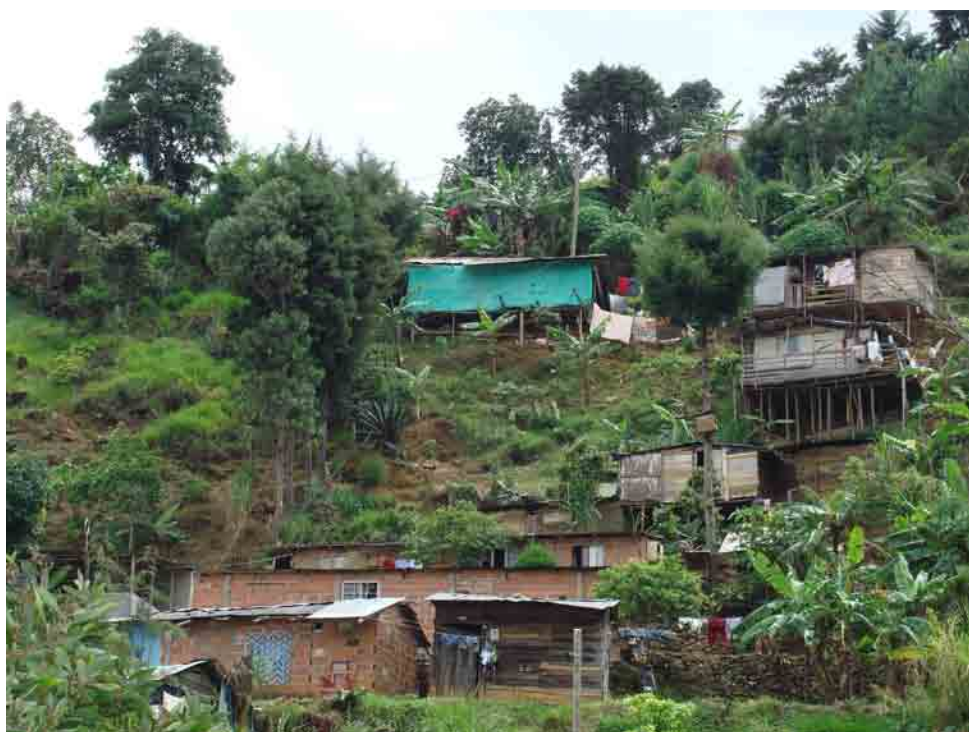
En el diseño de este problema de investigación se buscó asumir varios vacíos: En primer lugar, ante la gran magnitud del problema de jóvenes migrantes forzados en las ciudades co-

lombianas es abrumadora la falta de conocimiento sobre dicha realidad en la misma ciudad en las esferas políticas que trabajan sobre juventud, de un lado, y sobre desplazamiento, del otro. En segunda instancia, la migración forzada exige para su comprensión, su interpretación desde las perspectivas del hábitat, en donde el ser, el espacio y el tiempo, configuran una matriz de lectura de las ciudades y desentraña las configuraciones del territorio de estos sujetos en la ciudad, haciendo evidentes carencias en su ser social, cultural, político y económico.

En esta investigación interesa la noción de territorio como un espacio de construcción humana desde las relaciones e interacciones, que supera la visión de éste como un lugar vacío y, por el contrario, se concibe como dotado de sentidos, teniendo en cuenta lo que significa para los jóvenes el *territorio vivido* desde el antes, el ahora y el después.

Para identificar tales necesidades, se indagaron investigaciones y estudios sobre migración y juventudes realizados en Colombia y México principalmente con los trabajos de los profesores Rossana Reguillo (Iteso) y José Manuel Valenzuela Arce (Colegio de la Frontera Norte), que aportaron referentes conceptuales, teóricos y metodológicos para construir el andamiaje de la investigación. En cuanto a los estudios de territorio y hábitat se revisaron los aportes de Carlos Mario Yori, María Clara Echeverría y Análida Rincón, Rogerio Haesbaert, entre otros. Para construir el mapa para este viaje, fueron vitales los aportes de Henri Lefebvre, Paul Ricoeur y Pierre Bourdieu, académicos que han situado discusiones para comprender el mundo desde sus sentidos diversos, y no al margen de la sociedad en la que se producen. La revisión teórica teniendo en cuenta que es una investigación exploratoria se hizo por confluencia más que por confrontación.

En Medellín y en Colombia en los últimos años se han hecho importantes investigaciones sobre el desplazamiento forzado, tratando de comprender desde diferentes perspectivas este fenómeno tan complejo que está transformando las dinámicas de las ciudades. Entre las investigadoras retomadas para este trabajo se encuentran: María Teresa Uribe, Gloria Naranjo, de la Universidad de Antioquia; Marta Inés Villa, Ana



¿dónde se habita?

María Jaramillo y Luz Amparo Sánchez de Corporación Región; y Martha Nubia Bello de la Universidad Nacional de Colombia.

La revisión conceptual construyó una plataforma que en ningún momento se consideró sagrada, sino que aportó lineamientos generales que durante el proceso investigativo se reafirmaron o por el contrario sufrieron resquebrajaduras; sin embargo fue claro que sin conceptos era imposible formular preguntas.

Se tuvieron en cuenta los discursos y las prácticas de los jóvenes, que se inscriben en unos contextos desde los cuales ellos pueden o no construir su mundo de la vida y ejercer su ciudadanía. Este trabajo parte de la idea que los jóvenes tienen la capacidad de producir la realidad en la que viven, y que desde allí emergen unos saberes y significados que hacen parte de su historia, siendo un proceso de largo tiempo que adquiere fuerza en la vida cotidiana, como un campo en disputa por la subjetividad a partir del cual se construyen posibilidades de ser.

Con el fin de dar cuenta de estos procesos en los que se habla de las subjetividades, se hizo uso de la hermenéutica, entendida como la tarea de interpretar las acciones de los otros intentando comprenderlas. Aquí es importante aclarar que asumimos que el investigador establece una relación sujeto-sujeto, ya que hace parte de la realidad de la que trata de dar cuenta; eso implica riesgos a lo largo del análisis de la información, asumirlos no da garantía de que no permeen en el trabajo, pero hacerlo explícito exige una posición personal de vigilancia.

Siendo una investigación de naturaleza cualitativa, en ésta confluyen diversas formas de acercarse a la elaboración de la información, que dan cuenta de los procesos de producción de sentido del habitar de los jóvenes. Desde este tipo de investigación, el dato es construido a través de diversos mecanismos: los discursos de los jóvenes migrantes, los registros fotográficos y audiovisuales, y la interpretación de los textos escritos, entre otros.

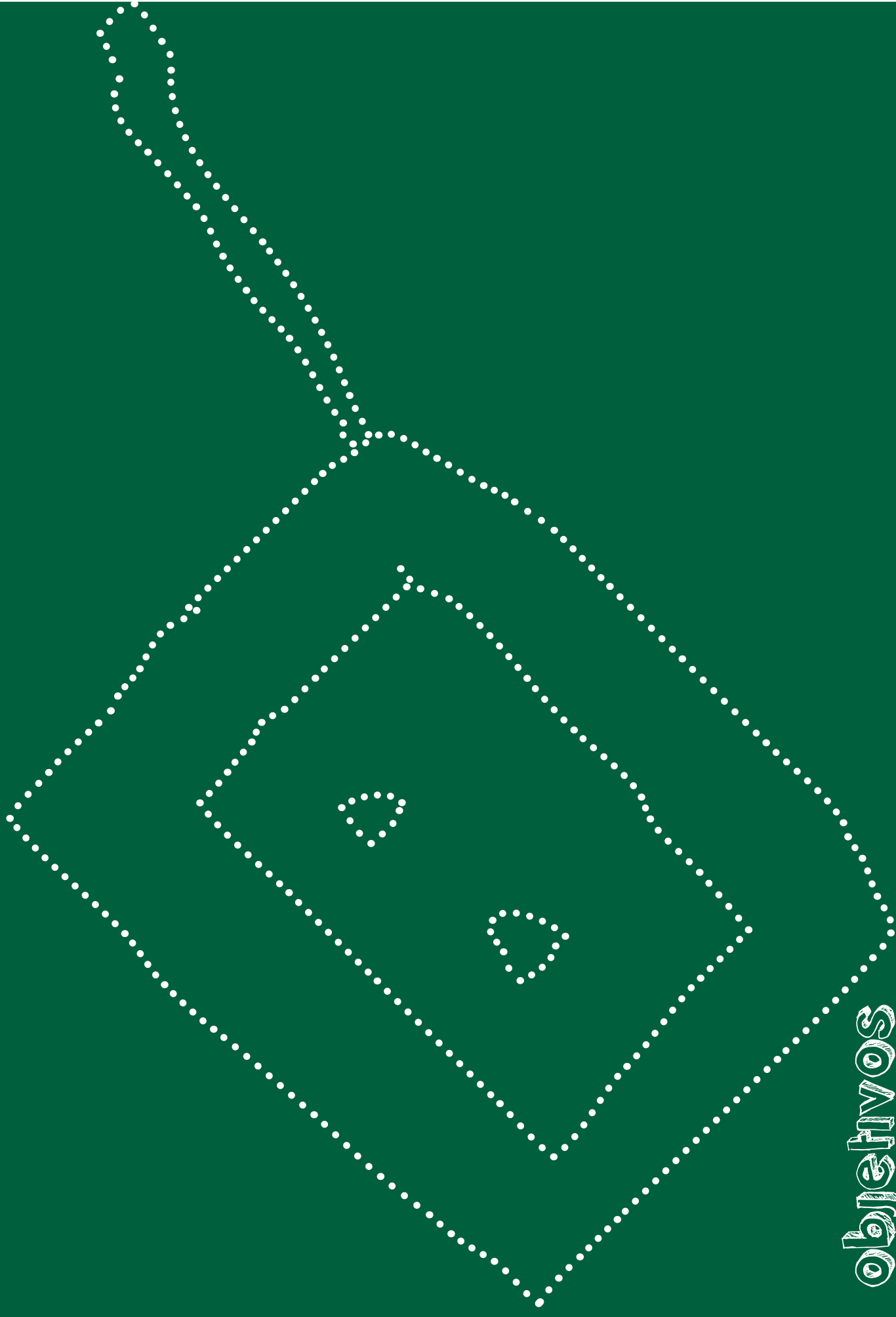
Con este proyecto se pretende hacer una lectura del desplazamiento forzado de jóvenes en Medellín, como un asunto que está transformando la ciudad, un fenómeno que está impactando de manera distinta las esferas locales, nacionales e internacionales, pero también como asunto que está constituyendo nuevos sujetos en la ciudad: Los jóvenes migrantes se enfrentan a una situación en sus vidas, ante la cual, deben re-plantear su existencia. Para comprender la pregunta sobre *dónde se habita*, se deben tener en cuenta aspectos micros, creencias, valores, emociones, comportamientos, prácticas y relaciones (Sautu), pero sin desligarlos de las estructuras sociales en las que dicho fenómeno está inscrito. Para esto se retomará el concepto de Habitus propuesto por Bourdieu (1987) como: “*una categoría puente entre*

el momento objetivo y el momento subjetivo de la dinámica social, la centralidad del sujeto como productor y producto de la vida social' (Reguillo: 199?).

En tanto las migraciones son un proceso global, que se inscribe en distintos órdenes, para este proyecto es importante indagar sobre los cambios, permanencias, transformaciones en las formas de habitar de jóvenes que hacen parte de un grupo social y generacional y se enfrentan a una situación en su existencia como migrantes forzados. La condición juvenil ha dejado de ser una categoría residual y ha ganado centralidad en diversos estudios académicos. Se ha avanzado en mirar el mundo juvenil en su contexto social y relacional, para poder leer desde allí sus especificidades. Teniendo en cuenta lo anterior, es necesario mirar la categoría *joven migrante* ya que en tales condiciones no se es joven de la misma manera.



Objetivos



Objetivo general

Indagar, desde la imbricación entre la condición del joven y la condición del migrante, cómo se dan las formas de habitar, las representaciones sociales sobre el territorio y las referencias espacio temporales.

Objetivos específicos

Llevar a cabo un estudio exploratorio sobre un grupo de jóvenes que han migrado a Medellín en los últimos años, desde el cual se logre:

- Comprender una expresión migratoria, del mundo juvenil, en el contexto latinoamericano.
- Identificar las formas de habitar que tienen estos jóvenes migrantes.
- Explorar las representaciones y los sentidos que le dan al territorio los jóvenes migrantes.
- Indagar los vínculos y relaciones sociales y de socialidad que establecen estos jóvenes migrantes en y con el territorio teniendo en cuenta sus referencias espacio temporales.

Preguntas de investigación

Las preguntas se dividen por unidades dependiendo de los objetivos específicos

- ¿Cómo se apropian los sujetos migrantes del territorio?
- ¿De qué manera incide la generación y el género en las formas de migrar y posteriormente de habitar otro territorio?
- ¿Cuáles son las relaciones que establecen los jóvenes migrantes en el territorio que habitan y con el que habitaban?
- ¿Cuáles son los sentidos y significados que los jóvenes, hombres y mujeres le dan al territorio de origen y en el que ahora permanecen?





migración forzada: desplazamiento obligado

migración forzada: desplazamiento obligado

El presente capítulo plantea la importancia de realizar estudios que ayuden a comprender el proceso de migración forzada que vive Colombia al interior de sus fronteras. Las personas desplazadas pierden no sólo su lugar, como pertenencia geográfica, sino sus redes de relaciones y afectos construidos históricamente. Desplazarse no es una decisión voluntaria sino que obedece a intereses territoriales que hacen que la población se tenga que mover a otro lugar y reconstruir sus vidas en este nuevo espacio. Estudiar los jóvenes como uno de los grupos poblacionales afectados directamente por estas problemáticas, implica identificar las condiciones particulares y su inserción (o no) en los nuevos contextos en los que empieza a desenvolverse su vida después de vivir un acontecimiento disruptivo como el desplazamiento forzado.

En la primera parte se presentan cifras y estadísticas, que demuestran la magnitud e importancia del desplazamiento forzado en Colombia, como una problemática que afecta y transforma de manera drástica la vida de más de tres millones de colombianos.

En la segunda parte se plantean los estudios culturales, como una de las posibles formas de observar y comprender el proceso migratorio forzado, Néstor García-Canclini uno de los académicos más reconocidos en este tema plantea que: *“La cultura no es un suplemento decorativo... sino constitutivo de las interacciones cotidianas en la medida en que el trabajo, en el transporte y en los demás movimientos ordinarios se desenvuelven procesos de significación. En todos esos comportamientos están entrelazados la cultura y la sociedad, lo material y lo simbólico”* (2004,37), el desplazamiento forzado trastoca el universo simbólico, la cotidianidad, la transformación de sus prácticas y sus discursos de las personas, por lo cual se vuelve importante abordar las nuevas configuraciones culturales en los sujetos individuales y colectivos.

Migración forzada en Colombia

“El logro más importante de este estudio de la Iglesia Católica fue presentar el desplazamiento forzado como una violación masiva y múltiple de los derechos humanos y una infracción grave del Derecho Internacional Humanitario y, en consecuencia, a las personas en situación de desplazamiento como sujetos de derechos. Esta perspectiva cambió la tendencia impuesta desde mediados del siglo XX cuando el desplazamiento por violencia se asimiló a la “normalidad migratoria del país”, en un intento por desconocer esta tragedia humanitaria. Desde este momento, el desplazamiento forzado ya no podía ser ignorado por la sociedad” (CODHES- SNPS, 2006).

Los movimientos de población dentro y fuera de las fronteras, son una característica del mundo contemporáneo, y se explican de manera ligera en muchas ocasiones como resultado de la globalización económica, y como un simple movimiento de personas de unos países a otros. Sin embargo, aunque ésta puede ser una de las realidades, existen otras razones,

-especialmente en Latinoamérica, Asia, Europa del Este y África-, para migrar como: la persecución de minorías étnicas y de grupos de población por motivos de raza o religión o por los conflictos armados, asuntos más complejos en donde se entrecruzan aspectos sociales, culturales y políticos de los países.

Las Naciones Unidas entienden el refugiado como *“aquella persona que se encuentra fuera de su país de origen y no puede retornar a causa de un temor bien fundado de persecución debido a su raza, religión, nacionalidad, opinión política o pertenencia a un determinado grupo social”* (ACNUR, 2001). El caso de Colombia es “particular” en el sentido de que quienes migran son ciudadanos que se desplazan de una población a otra dentro del mismo país, lo cual nos mueve a comprender tanto las dinámicas y causas como las formas de migrar, para encontrar salidas a la crisis humanitaria que de ello se desprende.

El desplazamiento forzado de colombianos tanto hacia el interior como hacia el exterior del país es una de las expresiones más revelantes de la crisis humanitaria que se vive en Colombia, asociada de manera directa con la intensificación del conflicto armado en los últimos años. A pesar de ello, ni la sociedad, ni el Estado han dimensionado la complejidad del impacto de este fenómeno en el campo, las ciudades y los pequeños poblados, el cual se vive drásticamente tanto en los lugares de expulsión como en los de recepción de la población.

“En Colombia el fenómeno del desplazamiento forzado no es asunto coyuntural. Tiene raíces históricas en relación con las características de los procesos de poblamiento, los procesos de urbanización y con las guerras civiles. Según Uribe (2001) es un eje pervivencia histórica que atraviesa la vida nacional, desde la fundación de la república hasta el presente y que presenta a lo largo del tiempo coyunturas agudas y períodos de relativa estabilidad poblacional” (Jaramillo, 2006).

El Área Metropolitana del Valle de Aburrá había vivido un proceso de estabilización del crecimiento poblacional desde los años 70 más o menos constante; pero, con la agudización del conflicto armado, en los últimos diez años se aceleró, y continúan llegando personas de otros lugares del Antioquia y de otros departamentos a vivir en barrios y asentamientos en condiciones muy precarias¹.

El desplazamiento forzado representa un problema estructural de la sociedad colombiana, que se refleja en los siguientes datos: CODHES y la Conferencia Episcopal Colombiana han estimado que ha habido un total cercano a 3,8 millones de colombianos desplazados durante los últimos 20 años, mientras por su parte el Sistema Único de Registro de Información de la Agencia para la Presidencia Acción Social (SUR) señala un acumulado cercano a 1,9 millones

¹ Los estudios realizados por Pastoral Social, CODHES y ONG de la ciudad, dan cuenta de este proceso, así como del registro único de Acción Social.

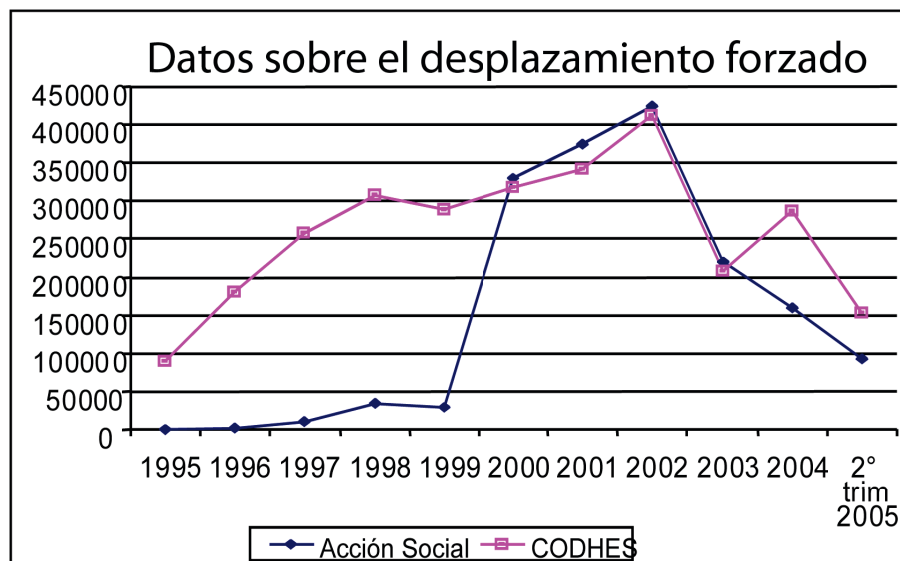


Figura 1. El desplazamiento forzado, como una tendencia estructural en Colombia.

Fuente: Desafíos para construir nación: El país frente al desplazamiento forzado 1995-2005. Conferencia Episcopal y Codhes. 2006

a octubre de 2007; lo cual muestra una diferencia abismal en las formas de cuantificar el problema altamente preocupante, si partimos que de lo que se está hablando es de personas a quienes se les han vulnerado sus derechos.

“La Procuraduría General de la Nación estima que las personas rechazadas por el sistema oficial sobrepasan el 40% y estudios independientes señalan que el subregistro alcanza el 30%. A su vez existe un grupo significativo de personas desplazadas (estimado en un 20%) que ni siquiera han solicitado inclusión en el registro. Por su parte la Corte Constitucional ha indicado que el registro oficial no contempla los casos de desplazamiento intraurbanos, intraveredales, casos ocasionados en el contexto de fumigaciones de cultivos de uso ilícito y casos de múltiple desplazamiento” (CODHES -SNPS, 2007).

Se plantea entonces una confrontación entre la realidad que pretenden expresar las cifras versus la grave realidad del drama humano; porque, más allá de cualquier debate metodológico o político con respecto a las “mediciones”, es preocupante la inminente expulsión de población y recomposición territorial y poblacional relacionada con este fenómeno y, sobre todo, la constatación de determinantes históricos y sistemas sociopolíticos que lo reproducen. CODHES, registra que durante el 2006 en Colombia se desplazaron 602 personas como promedio diario, evidenciando una crisis humanitaria no resuelta que podría ser mayor, si consideramos que sólo 45 de cada 100 personas desplazadas que solicitan su inclusión en el registro del-SUR son aceptadas (CODHES, 2007). Estas cifras son contundentes como una realidad colombiana así como para la vida de cada una de las personas que sufren el movimiento forzado

de un territorio a otro, planteando diversos desafíos analíticos con el fin de lograr comprender las múltiples dimensiones e implicaciones de este fenómeno en el territorio, en la cultura y en los mundos de la vida de estos sujetos después de que se pierden sus referentes y se empiezan a re-construir en contextos sociales, económicos distintos.

El campo del hábitat como una relación permanente entre los lugares aprehendidos y las vivencias de los seres humanos, puede aportar elementos en esta reflexión; de allí que esta tesis se pregunte por quiénes son los desplazados y cuál es el rostro de esta problemática; desde la motivación básica de los seres humanos por habitar.

“El mapa del desplazamiento forzado ha incluido cada vez más zonas de conflicto, convertidas en áreas de intensa disputa territorial, poblacional y de recursos por parte de quienes participan en las hostilidades o de quienes esperan ganancias económicas, políticas y sociales de las mismas. Es decir, de quienes financian, promueven o facilitan el uso estratégico de diversas formas de violencia en aras de sus intereses” (CODHES - SNPS, 2007).

En este estudio del CODHES, en comparación con el realizado en el 2004 por la Conferencia Episcopal, se identifican nuevas zonas expulsoras y receptoras en departamentos sobre los que no existían registros y se encuentran casos de desplazamiento en casi la totalidad de municipios del país, que a su vez han tenido que afrontar el despoblamiento de algunas áreas municipales, a la par con la llegada de población principalmente a las cabeceras. *“El impacto provocado por la expulsión o llegada de población en situación de desplazamiento varía según el número de habitantes del municipio, la capacidad de respuesta local y la dinámica del conflicto, entre otros factores” (CODHES – SNPS, 2007).* La llegada o salida de personas afecta de manera diferenciada a los municipios, teniendo en cuenta su capacidad de respuesta y la situación económica, social, política e institucional en la que éste se encuentre.

En materia de expulsión forzada de población, Antioquia ha sido uno de los departamentos más afectados. Entre 1995 y 2005, 18 de sus municipios estuvieron entre los 50 con mayor expulsión de población del país. Los casos más relevantes corresponden a Peque con la expulsión de aproximadamente el 77% de su población en 2001, Buriticá (Occidente), Yondó (Magdalena Medio), Alejandría, Cocorná y San Francisco (Oriente), con porcentajes de expulsión en el rango comprendido entre el 45% y el 48%. Estas estadísticas evidencian una problemática seria de despoblamiento del campo, en zonas que se consideraban productivas para el departamento.

Es claro que la migración no es un asunto nuevo en las ciudades latinoamericanas pues, en gran medida, los movimientos de población, por diferentes causas, en cierta medida han hecho nuestras urbes, sin embargo el hecho de que los desplazamientos sean forzados, por el

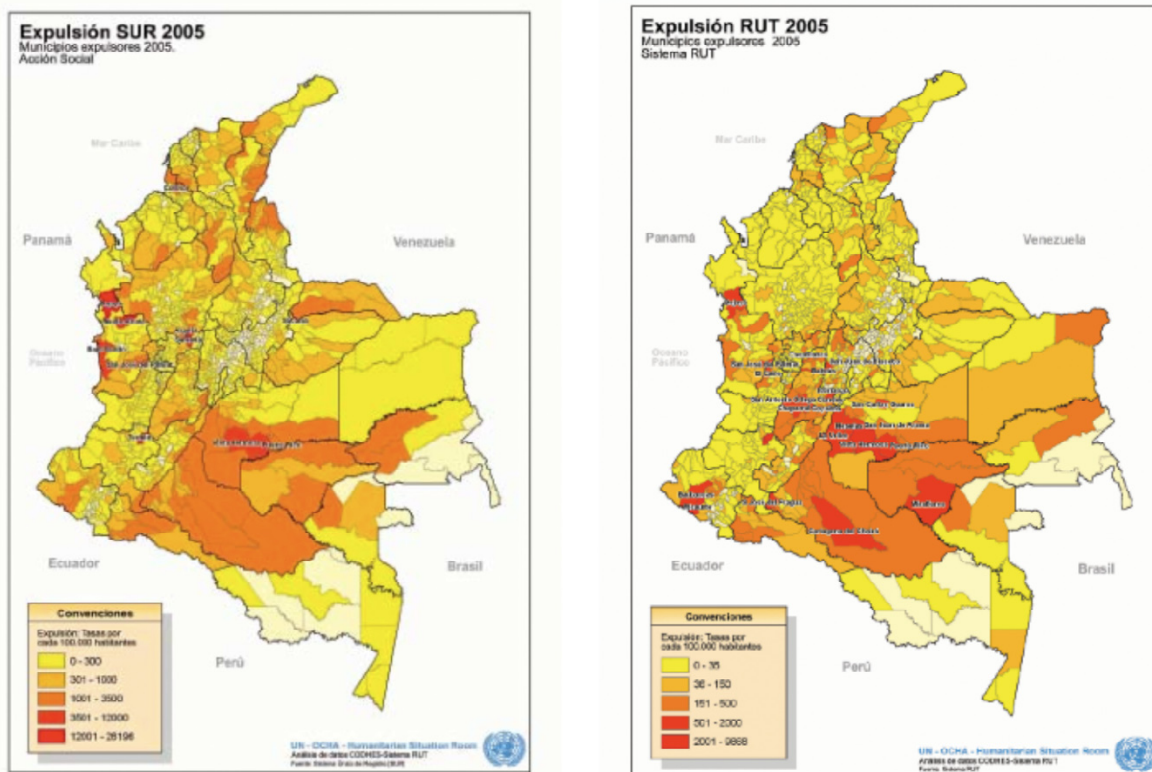


Figura 2. Mapas de municipios expulsores en el 2005 según los sistemas de información SUR y RUT.

Fuente: Desafíos para construir nación: El país frente al desplazamiento forzado 1995-2005. Conferencia Episcopal y Codhes. 2006

conflicto armado, implica matices muy diferentes del problema, que requieren interpretaciones específicas.

En cuanto a recepción se reportaron en Antioquia 14 de los 50 municipios de Colombia a los que más personas llegaron en búsqueda de protección y atención integral. A Murindó, en 2001, llegó el equivalente al 92% de su población, a San Francisco llegó en el 2003 un volumen de población en situación de desplazamiento equivalente al 17.4% de su población, el 16.8% en 2004, y el 12.2% en el 2000; en esa misma situación se encontraron San Luis en los años 2001 (24%), 2003 (17%) y 2000 (13.7%), y Cocorná en los años 2000 y 2001 con el 22.8% y el 11% respectivamente.

De lo anterior es posible inferir que los departamentos más expulsores en general son a su vez los más receptores, pues la mayoría de las personas en situación de desplazamiento se movilizan en sus mismos municipios o hacia municipios cercanos del mismo departamento de origen; lo cual en buena medida depende de las redes de solidaridad con las que cuentan, ya que buscan alguien cercano para ubicarse en el primer momento del desplazamiento.

¿Cuáles son los hilos invisibles que se mueven en el desplazamiento de esta población?, ¿cuáles son las dinámicas territoriales en estos departamentos que hacen que se viva esta problemática? Para la investigadora Martha Nubia Bello (2006) de la Universidad Nacional de Colombia, para comprender el desplazamiento forzado no se pueden perder de vista los

siguientes aspectos: El desplazamiento forzado permite cambiar la propiedad y el uso del territorio en función de nuevos intereses: monocultivos, ganadería extensiva, siembra y procesamiento de cultivos de uso ilícito, megaproyectos, fincas de recreo o tierras ociosas para el lavado de activos.

- El desplazamiento acentúa, por tanto, la concentración de la propiedad sobre la tierra y transforma sus usos.
- El 50% de los desplazados eran propietarios de minifundios de menos de 10 Hectáreas, el 37% de 10 a 50 Has.; y el 16% de 50 a 500 Has.
- Los desplazados han sido obligados a abandonar o vender 4.8 millones de hectáreas.
- Los departamentos donde existían los mayores niveles de concentración de la propiedad tendieron a ser los principales expulsores de desplazados por la violencia. Las cifras disponibles indican que un 76% de los desplazados abandonó sus predios, mientras que sólo un 13% los vendió.

Si bien no es el propósito de esta tesis, es preciso señalar que el desplazamiento forzado es el resultado de los intereses en unos territorios del país, lo que evidencia la importancia de comprender las dinámicas territoriales para poder plantear soluciones estructurales a uno de los mecanismos que ha sido usado en el conflicto armado, el desplazamiento.

"En total, el 58% de las familias encuestadas tenía una relación con la tierra como elemento central de los sistemas de sustento familiares. Por esta razón el desplazamiento no sólo tiene implicaciones relacionadas con el despojo y pérdida de activos patrimoniales, sino que además genera profundas transformaciones en las formas de vida y supervivencia de significativos grupos y sectores sociales (comunidades campesinas mestizas, indígenas y afrocolombianas). Las características culturales y demográficas de la población en situación de desplazamiento dificultan aún más su adaptación a entornos urbanos a los que se llega sin bienes, sin medios de subsistencia y sin raíces" (CODHES-SNPS, 2007).

El desplazamiento forzado produce transformaciones en lo cultural y social impactando radicalmente a las personas. Así, por ejemplo los desplazados llegan a las grandes ciudades y a las cabeceras municipales con saberes y oficios que no pueden ejercer en estos nuevos sitios, viéndose obligados a recurrir a otras prácticas y, por tanto, a re-acomodar sus capacidades, habilidades y formas de vida a esta nueva realidad con el fin de sobrevivir.

"El reconocimiento de esta situación y de sus impactos en la sociedad pasa por hacer visible y comprender el fenómeno de la migración forzada de colombianos desde su complejidad, multicausalidad e historicidad. Esto exige a nuestro modo de ver, la construcción de miradas relacionales que permitan situar la especificidad del caso colombiano en un contexto mundial de aumento de flujos migratorios y del usufructo económico de esta

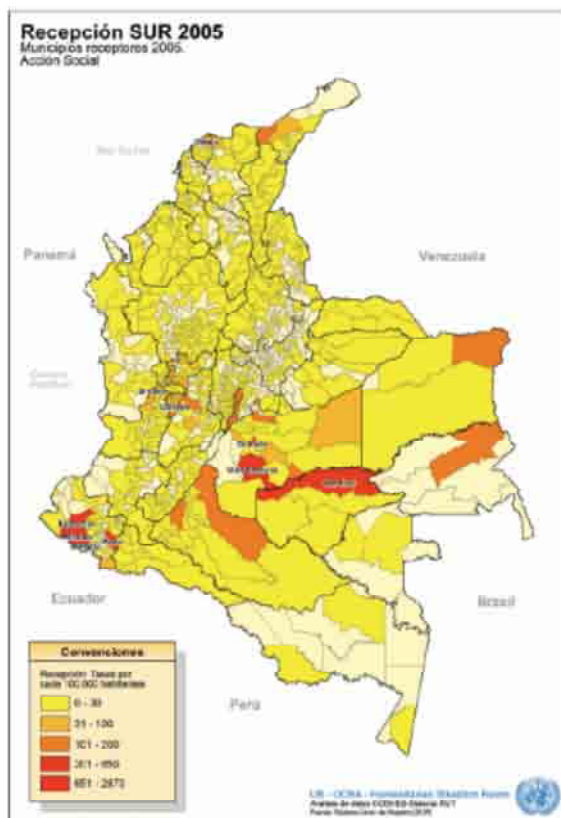


Figura 3. Mapa de municipios receptores según el sistema de información sur, en el 2005

Fuente: Desafíos para construir nación: El país frente al desplazamiento forzado 1995-2005. Conferencia Episcopal y Codhes. 2006

mano de obra, cierre de fronteras y restricción de los regímenes humanitarios de protección” (Martínez y Jaramillo, 2007).

Considerando que en el país no se cuenta con investigaciones que hagan una lectura generacional a esta problemática y que la población juvenil es uno de los grupos generacionales más impactado, la pregunta central de esta investigación, por el habitar, busca hacer visible rostros e historias del desplazamiento forzado desde los jóvenes. Ellos, como víctimas del desplazamiento forzado, sufren en una situación de vulnerabilidad mayor que la de los adultos pues, además de que su capacidad de respuesta o resistencia es menor, tal condición puede incidir de manera muy significativa en su proceso de desarrollo individual. Lograr reconocer sus miradas, percepciones y vivencias sobre el desplazamiento permitirá identificar retos y preguntas que contribuyan en la construcción de un país con igualdad de derechos para todos, como lo expone claramente la Corte Constitucional en la sentencia T251 de 2008, sobre la protección de los derechos fundamentales de niños, niñas y adolescentes desplazados por el conflicto armado:

“1. Los niños, niñas y adolescentes colombianos en situación de desplazamiento forzado son las víctimas más débiles e indefensas del conjunto de la población desplazada por el conflicto armado en el país, y al mismo tiempo, son duramente golpeados por crímenes y condiciones estructurales de existencia que escapan por completo tanto a su control y su responsabilidad como a su capacidad de resistir o de responder, marcándolos de por vida al incidir negativamente sobre su proceso de desarrollo individual” (CORTE CONSTITUCIONAL T251, 2008).

Es común que a la hora de desplazarse, el núcleo familiar sea afectado produciendo un desplazamiento de toda la familia (75% según CODHES y 90% en el SUR). Este patrón se conserva en diversas regiones con algunas variantes: en las regiones Central, Oriental y Pacífica, entre el 12% y el 22% de los casos prevalecen los desplazamientos unifamiliares.

Ciclo vital y edad media							
Fuente	Hombres	Mujeres	0 - 14	15 a 64	65 y +	Total	Edad media
RUT	50.1	49.9	47%	50%	3%	100	21.8
CODHES	50.2	49.8	41%	57%	2%	100	23.0
SUR	49.7	50.3	43%	46%	12%	100	25.2
COLOMBIA *	47.6	52.4	31%	62%	7 %	100	29.4

Fuente: Desafíos para construir nación: El país frente al desplazamiento forzado 1995-2005. Conferencia Episcopal y Codhes. 2006

En la gran mayoría de los casos las familias desplazadas están conformadas por hogares con jefatura masculina, cónyuges e hijos; pero cada vez son más elevadas las tasas correspondientes a hogares con jefatura femenina, entre 32% según CODHES, 41% en RUT y 48% en SUR.

Existe concordancia en los datos consignados tanto en CODHES como en el Sistema RUT en relación con el número de desplazamientos a los que han sido sometidas las personas y familias encuestadas, mostrando que el 92% ha sido desplazado una vez, el 7% dos veces y el 1% ha sufrido tres o más desplazamientos.

Los lugares donde viven las familias cuando llegan a los municipios de recepción, se caracterizan por la falta de acceso a los servicios públicos siendo su cobertura es menor con relación a los pobres “históricos”. El hacinamiento es de 3.8 personas por una habitación, la mayoría vive en hacinamiento crítico en cuartos, inquilinatos o en viviendas ubicadas en barrios periféricos (Ibañez, Moya, 2006). Según Luis Jorge Garay (2008) solo el 7.5% de los hogares de personas desplazadas en el país tiene una vivienda digna de acuerdo con los cánones internacionales. Lograr el restablecimiento socioeconómico de la población debe ser el fin último, cuyo primer paso sería lograr una vivienda digna e ingresos básicos permanentes.

Formas migratorias en Colombia

El desplazamiento forzado aparece como tal para el Estado en 1995, después de múltiples esfuerzos nacionales e internacionales en 1997 se expide la Ley 387 en la cual se establece:

“Es desplazada toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional, abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o

se encuentran directamente amenazadas, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: conflicto armado interno, disturbios o tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas a los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alteren drásticamente el orden público”.

Este fenómeno “nuevo” para la Ley, es una constante histórica como bien lo señalan las investigaciones de: María Teresa Uribe, Gloria Naranjo, Martha Nubia Bello, Codhes, y de algunas ONG como Corporación Región, para el caso de Medellín.

El término desplazamiento, viene siendo usado entonces desde la década de los noventa, los índices de personas desterradas en los primeros años 1991 y 1992 exigían la visibilización de la problemática. Según la comisión de seguimiento y evaluación a la sentencia T025, en Colombia el 9% de las personas en situación de desplazamiento ha sufrido más de un desplazamiento en su vida, el 73% del desplazamiento es de personas que viven en lugares rurales o semirurales, es decir, campesinos. Estos datos son muy importantes para comprender la magnitud del fenómeno y la responsabilidad que tenemos como sociedad en la reconstrucción de la memoria histórica de este fenómeno.

La investigadora Gloria Naranjo (2001) resalta, como características del desplazamiento forzado en Colombia, lo siguiente:

“En primer lugar, es un eje de la larga duración que no se reduce a una coyuntura especial de agudización del conflicto armado interno; en segundo lugar, se inscribe en una confrontación armada multipolar y con presencia diferencial en las regiones, contrario a lo que ocurre en la mayoría de los países hoy afectados por éxodos forzados; en tercer lugar, las víctimas del desplazamiento son diversas, es decir, no pertenecen a una etnia, a una religión, a una clase o a un grupo social específico. Estas especificidades contribuyen a hacer del desplazamiento interno forzado en Colombia algo muy complejo y profundamente heterogéneo, difícil de aprehender y de medir presentando rasgos que facilitan su invisibilización y su dilución en el marco omnipresente de una guerra irregular”.

Los dominios de los actores armados en la diversa geografía del país señalan trayectos y rutas migratorias para las personas, ellos se tienen que desplazar obligatoriamente, con el fin de preservar sus vidas a otros lugares, afectando también el desarrollo del área rural de los departamentos, por el abandono de las tierras en las que antes laboraban.

“Las causas del desplazamiento forzado también son diversas: las presiones por la tierra, los intereses que van surgiendo en torno a los megaproyectos del estado o la lucha por el control sobre zonas ricas en metales preciosos y productos energéticos o por territorios donde se cultiven plantas alucinógenas y en general, toda una gama de intereses

particulares imbricados y confundidos con los asuntos de la guerra pública sin que sea posible establecer una línea diferencial entre lo político - militar y lo individual privado” (Naranjo:2001).

Si bien los desplazamientos forzados han sido especialmente de campesinos y de pobres, igualmente han sido desplazados terratenientes, empresarios, comerciantes, formando, lo que la autora llama, un “contingente heterogéneo” con características muy particulares y una cosa en común: ser víctimas del desplazamiento forzado.

Las tipologías del desplazamiento forzado están directamente relacionadas con las características del fenómeno. Al respecto, la Corporación Región en su investigación Migración Forzada de Colombianos: Colombia, Ecuador y Canadá, plantea sobre los tipos de desplazamiento:

“se habla de un desplazamiento masivo cuando se trata de más de cincuenta personas o diez familias y obedecen por lo general, a amenazas muy específicas e identificables; esto hace que en términos generales, cuenten con mayores posibilidades de atención estatal e institucional y se den a conocer a través de los medios de comunicación. El desplazamiento individual, unifamiliar o “gota a gota” como también se le ha llamado, es mucho menos visible y requiere de sistemas diferentes de identificación, pues la mayoría de los casos, se trata de una acción silenciosa y en la que se cuenta con menos posibilidades inmediatas de apoyo institucional y reconocimiento social” (Villa, Jaramillo, Sánchez:2007).

Una tipología que ha sido poco abordada en los estudios, pero que es importante dar cuenta de ella, es el desplazamiento intraurbano, la que *“emerge particularmente en el contexto del conflicto armado en Colombia en lo que se conoce como la urbanización de la guerra” (Sánchez:2007).*

En esta tesis se trabajará desde la experiencia vivida de los jóvenes migrantes forzados, para dar cuenta desde ellos de los impactos y transformaciones que ha tenido esta situación en el mundo de la vida, independientemente de la forma de migrar que haya desatado su desplazamiento.

Migración juvenil forzada en Colombia

El tema del desplazamiento forzado cada vez ha venido haciendo parte de las agendas de investigación, siendo abordado desde diferentes perspectivas; no obstante los estudios sobre jóvenes están ausentes. La situación de desplazamiento en conexión con los jóvenes en Medellín se ha vuelto relevante tanto porque la pobreza y la desigualdad han creado un panorama desolador para muchos de ellos, quienes se enfrentan a la ciudad habitando en las

laderas o en lugares donde se les permite, como por sus implicaciones para el futuro del país y de sus regiones y ciudades.

La sentencia T-025² se convierte en uno de los pilares fundamentales para revindicar los derechos que tiene la población desplazada y constituye una respuesta a las acciones organizativas y a las luchas de las comunidades desplazadas. La mayoría de la población desplazada, incluso después de mucho tiempo de estar en el sitio de “llegada” continúa en situación de emergencia; el 31,5% plantea, entre otras, la necesidad de obtener empleo y medios para trabajar, el 30,9% una vivienda y dotación —camas y utensilios— (CODHES-SNPS, 2007).

Frente al tema de los jóvenes y niños, la Corte Constitucional también se manifestó así en la sentencia T251 de 2008: *“Los niños, niñas y adolescentes desplazados por el conflicto armado son sujetos de protección constitucional imperativa y prioritaria, en virtud de los mandatos de la Carta Política y de las obligaciones internacionales del Estado colombiano en materia de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario”*. Esta decisión, tomada después de analizar más de 18.000 casos en los que se ven claramente vulnerados los derechos humanos fundamentales, exige al Estado una atención diferencial, teniendo en cuenta que el impacto del desplazamiento sobre ellos puede ser mayor.

“(…) los menores de edad en situación de desplazamiento en Colombia se ven afectados por los siguientes ocho tipos de problemas transversales diferenciados: (a) problemas graves de desprotección frente a diversos riesgos y peligros que amenazan directamente sus derechos en las esferas del maltrato; la violencia; la explotación; la trata; la mendicidad y la vida en la calle; la utilización en comercios ilícitos; el control social por los actores armados ilegales; y la presencia de pandillas y grupos delincuenciales en sus lugares de asentamiento; (b) problemas graves de hambre y desnutrición; (c) problemas graves y mayormente prevenibles en el campo de la salud, derivados tanto de los problemas de alimentación que sufren, como de sus condiciones insalubres de existencia y de la precariedad en la respuesta estatal; (d) problemas graves en el campo de la educación,

2 La sentencia de la Corte Constitucional en el 2004 declara, frente al desplazamiento forzado, la existencia de un estado de cosas inconstitucional, marcando un precedente en este tema. Según la Corte Constitucional, existe una enorme distancia entre las previsiones normativas que consagran los derechos de la población desplazada, de un lado, y la respuesta gubernamental al desplazamiento forzado interno, del otro. En este contexto, dicha declaratoria del estado de cosas inconstitucional obedece al reconocimiento de los siguientes factores: 1) Vulneración masiva y generalizada de varios derechos constitucionales que afecta a un número significativo de personas, 2) La prolongada omisión de las autoridades en el cumplimiento de sus obligaciones para garantizar los derechos, 3) La adopción de prácticas inconstitucionales, como la incorporación de la acción de tutela como parte del procedimiento para garantizar el derecho conculcado, 4) La no expedición de medidas legislativas, administrativas o presupuestales necesarias para evitar la vulneración de los derechos, y 5) La existencia de un problema social cuya solución compromete la intervención de varias entidades, requiere la adopción de un conjunto complejo y coordinado de acciones y exige un nivel de recursos que demanda un esfuerzo presupuestal adicional importante (Sentencia T-025 de 2004).



principalmente en los ámbitos de cobertura y acceso, permanencia, flexibilidad y adaptabilidad del sistema; (e) problemas graves de índole psicosocial; (f) problemas graves en el campo de la recreación; (g) problemas graves en los campos de la capacidad de participación y de organización; y (h) problemas graves en el ejercicio de sus derechos como víctimas particularmente indefensas del conflicto armado y del delito” (Corte Constitucional, Auto No T251 de 2008, Magistrado Manuel José Cepeda).

En este trabajo nos interesa indagar por los procesos subjetivos, relacionales y simbólicos de los jóvenes que han llegado a Medellín en los últimos años, desplazados forzados por la violencia, que viven inmersos en ese drama que relata la Corte Constitucional y desde allí comprender esta realidad desde las prácticas y las representaciones que ellos hacen sobre el mundo cotidiano, teniendo en cuenta que ellos han vivenciado

un momento disruptivo en múltiples sentidos. Para ello nos situaremos, como lo plantea la teoría multiculturalista, en la disputa cultural que cuestiona las perspectivas homogeneizantes y el asimilacionismo³. Los procesos migratorios, se pueden leer desde múltiples ópticas, siendo una de las más comunes la demografía, en la cual la percepción de los sujetos está ausente, ya que ésta realiza una mirada de masa sobre la problemática.

En nuestro caso indagamos por un grupo poblacional relevante, sobre el cual no se tiene datos empíricos contruidos que aporten en la comprensión de su realidad como sujetos de derechos y su importancia en el contexto de las problemáticas del desplazamiento. De manera particular, la condición generacional, orientada a descubrir las particularidades del problema a partir de su comprensión desde el sujeto joven, marcará una pauta de diferenciación notable frente a aquellos estudios indiferenciados sobre el problema.

³ Ésta propuesta es planteada por autores latinoamericanos como: Néstor García Canclini, José Manuel Valenzuela, Rossana Reguillo, Jesús Martín Barbero, entre otros y por James Clifford, Arjun Appadurai y Homi Bhaba, desde otras latitudes.

Frente al desplazamiento forzado, se requiere asumir una tarea investigativa para avanzar en el entendimiento de la historia reciente y en la construcción de un futuro como nación y como sociedad.

“En los albores del siglo XXI un fenómeno como el desplazamiento ha vuelto a poner en evidencia los costos que ha conllevado la no solución de problemas estructurales estrechamente relacionado con la violencia, como el problema de la tenencia de la tierra, aunque de lo que se trata ahora no es de redistribución de la propiedad sino de la construcción de un modelo de desarrollo rural que basado, como señala Machado (1998) en la adopción de políticas de largo alcance que faciliten el desarrollo de los mercados, de la competitividad y de la sociedad rural, en condiciones equitativas e incluyentes” (Jaramillo, 2006).

Si reconocemos, como vimos, el desplazamiento desde su multicausalidad, complejidad e historicidad, podemos inferir que son y serán muchas más las generaciones forzadas a abandonar sus territorios, a elaborar sus duelos y a reconstruir sus vidas sin que cuenten con el debido reconocimiento y ni con el acompañamiento adecuado por parte de la sociedad y del Estado.

Los estudios culturales de cara al desplazamiento forzado

Para comprender la migración no como un proceso lineal sino complejo es necesario echar mano de teorías que puedan leer esta realidad, en cuyo caso el acercamiento a los estudios culturales sería una de las posibles vías que permiten articular el asunto con los contextos material, simbólico, político, social donde se desenvuelven las vidas de los migrantes.

“El cuestionamiento de las perspectivas multiculturalistas no se circunscribe al análisis de los elementos desde los cuales se constituyen los umbrales de identificación y diferencia (...) Las sociedades son campos en disputa por las representaciones y los significados; por ello el multiculturalismo participa en esa lucha a partir del cuestionamiento de las formas de dominación que se reproducen en los discursos dominantes, y la lucha por el reconocimiento es un elemento importante de los movimientos y políticas del multiculturalismo” (Valenzuela Arce, 2003).

Según el autor los estudios culturales, se interesan por comprender los procesos histórico-sociales que implican deslocaciones y desplazamientos de los sujetos frente a su lugar en el mundo, creando así nuevas tramas generadas en los procesos de resignificación del espacio y el tiempo, sistemas de significación mediante los cuales se puede reconocer un orden social y marcas de umbrales desde las diferencias culturales. Para Geertz (2001) la cultura y la sociedad están formadas por estructuras sobre las que los individuos se mueven y obran con senti-

do, frente a lo cual distingue dos formas de integración a las estructuras, mediante: a) signos y significaciones, lógico significativa b) acción y relación, causal-funcional; que trabajan juntas, en lo cual la una necesita de la otra pero no se determinan. Entonces, para él, la cultura es un proceso que significa y ordena, pero no de una manera homogénea sino que, por el contrario, ésta se modifica, reorganiza y recrea a partir de la interacción social de los sujetos.

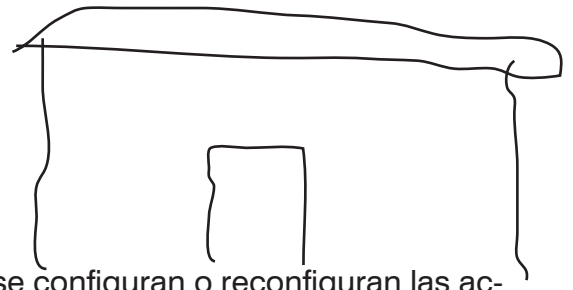
Similar es la postura de García Canclini (2004, 39) retomando a Ortner que proponen mirar lo cultural como el choque de significados localmente interpretados por relatos y significados frágiles que hacen las redes de sujetos de sus realidades.

Mirar la migración (forzada o no) como un proceso relacional nos plantea el asunto de la interacción, entre el nosotros y los otros, desde el cual se captan los sentidos y las orientaciones de las acciones; en lo cual las prácticas cotidianas están hechas de una serie de ritos desde los que actúa el sujeto en el mundo. Así, por ejemplo, los jóvenes que llegan a la Medellín traen consigo repertorios identitarios que entran en “disputa” dentro de este nuevo contexto y se mueven entre dos relaciones espacio-temporales aquí/allá independientemente de los motivos que los hayan hecho migrar. En el caso del desplazamiento forzado este trastocamiento de su mundo de la vida hace que sus trayectorias, experiencias y prácticas se recreen tanto en el orden individual como en el colectivo. Recordemos de nuevo aquí que la noción de juventud, siendo polisémica no se puede circunscribir solamente a lo biológico.

A lo anterior, vale agregar el asunto de la “*crisis de las instituciones y las fuentes de significado*” sobre las que se construyó la modernidad, en lo cual se reestructura lo que Jesús



Martín Barbero llama el *sistema nervioso cotidiano*, las bases mínimas para la vida en común, afectando por lo tanto el mundo de la vida, la subjetividad y la identidad: “*Un nuevo cambio estructural está fragmentando los paisajes culturales de clase, género, etnia, raza y nacionalidad, que en el pasado nos habían proporcionado sólidas localizaciones como individuos sociales. Transformaciones que están cambiando nuestras identidades personales*”, este cambio implica o reclama la ampliación de los referentes desde los que los sujetos se identifican, se diferencian, se leen y se interpretan. Esta re-estructuración se puede “ma-



terializar” en las zonas de contacto⁴ e intercambio donde se configuran o reconfiguran las acciones culturales; allí los límites establecidos se pueden “transgredir” de una manera agresiva y creativa, de allí emergen mapas e historias complejas desde donde los muchachos están construyendo su territorio vivido (Clifford, 1997).

La identidad y la cultura son entonces dos nociones que van a la par en este trabajo: La identidad cultural se construye (Fimbres, 2006) y está en permanente redefinición, es decir, no sólo está hecha de pasado sino que emerge en el presente a través de diversos elementos, como la cotidianidad, desde donde también se puede visionar el futuro; siendo una construcción compleja que se produce en el movimiento entre el pasado-presente-futuro.

Es común suponer que ser migrante tiene un carácter transitorio y que, en tal sentido, ello corresponde con “un momento” por el que se pasa, pero en realidad en nuestro caso actual ésta se ha convertido en una categoría estigmatizante para unos y emblemática para otros que permanece en el tiempo. En el caso específico de jóvenes sometidos al desplazamiento forzado esta categoría se liga a otros asuntos como el conflicto armado y la pobreza, ya que de por medio casi siempre ésta implicada la vulneración de varios de sus derechos fundamentales.

Por su parte, es importante abordar el tema de la transmisión de saberes y oficios, considerado en muchos casos como un asunto lineal: se “aprendía” en la escuela, en la familia y por medio de otras instituciones. No obstante, en el campo de la formación actualmente cobran relevancia otros medios, como por ejemplo la industria cultural⁵ que crea ámbitos de interacción entre pares e implica cierta “elección” de los sujetos. Esto nos remite a las adscripciones identitarias, alrededor de lo cual se supone que los jóvenes definen en cuál lugar quieren estar y por dónde se quieren mover. Sin embargo, este asunto no puede ser leído con ingenuidad pues existen unas lógicas de instauración y legitimación de ciertos órdenes simbólicos, como por ejemplo los que proponen los medios de comunicación.

Rossana Reguillo, retomando a Bourdieu, plantea que para comprender el sujeto en la cultura se pueden tener en cuenta tres dimensiones:

1. Cultura institucionalizada: cuya existencia transcurre por fuera de los sujetos, y produce discursos de larga configuración histórica que se encuentran disponibles en todo momento para el individuo.

4 Los enfoques basados en el contacto no presuponen totalidades socioculturales que luego se relacionan, sino más bien sistemas ya contruidos de ese modo, que pasan a integrar nuevas relaciones a través de procesos históricos de desplazamiento.

5 Las llamadas industrias culturales como los medios masivos de comunicación, la música, los video juegos, la moda entre otros.

2. **Cultura incorporada:** cuyo resultado se deriva de procesos de socialización experimentados desde el nacimiento, la cual está inmersa en la cultura institucionalizada.

3. **Cultura en movimiento:** que implica que se recrean los contenidos previamente incorporados, en lo cual el sujeto con capacidad de agencia transforma los saberes, teniendo carácter dinámico.

Teniendo en cuenta lo anterior, se deben mirar entonces los intercambios que ocurren entre lo transmitido, lo aprendido y lo recreado por los sujetos; siendo ésta una pauta para el acercamiento metodológico a los discursos institucionales en torno a la migración forzada, a los discursos y prácticas de los sujetos migrantes, así como a los desplazamientos (resistencias) que configuran la compleja trama de las vidas de los jóvenes implicados. Tejer estas tramas, que no funcionan de manera binaria ni biunívoca, nos ayudará en la comprensión de la migración juvenil forzada. El rizoma es un sistema múltiple que no sustrae pero tampoco suma, comparte, convierte, transforma dependiendo de múltiples situaciones. Los principios planteados por Deleuze y Guattari (1994,15) para comprender el rizoma son los siguientes: conexión y de heterogeneidad: cualquier punto del rizoma puede ser conectado con cualquier otro y debe serlo; multiplicidad: lo múltiple tratado como sustantivo es multiplicidad, *“no tiene sujeto ni objeto sino únicamente determinaciones, tamaños, dimensiones que no pueden aumentar sin que ella cambie de naturaleza (las leyes de combinación aumentan con la multiplicidad); ruptura asignificante: todo rizoma comprende líneas de segmentariedad según las cuales está estratificado, territorializado, organizado, significado, atribuido etc (...) un rizoma puede ser roto, interrumpido en cualquier parte, pero siempre recomienza según esta o aquella de sus líneas y siguen otras, hay rupturas pero estas hacen parte del rizoma nunca se debe presuponer dualismo o dicotomía porque las líneas de fuga pueden tener de nuevo organizaciones que reestratifican el conjunto, formaciones que le devuelven el poder a un significante, atribuciones que reconstituyen el sujeto. (...) lo bueno y lo malo sólo pueden ser producto de una lección activa y temporal, a recomenzar”*; cartografía y calcomanía: el rizoma hace mapas y no calcos, el mapa contribuye a la conexión de campos, es abierto, conectable en todas las dimensiones, puede ser roto, alterado, recibir modificaciones, tiene múltiples entradas, es un performance. El rizoma por lo tanto es una construcción, como lo plantean los autores, retoma la conjunción “y”, plantea el movimiento como una de las características que debe tener el ser contemporáneo, que pasa del punto a línea, que se pregunta permanentemente por su lugar en el mundo.

La migración juvenil forzada puede leerse como un rizoma porque: está conectada con diversas realidades sociales y políticas del país, activa matrices de significación en los sujetos de acuerdo con su historicidad, tiene fisuras desde donde se reorganizan las vidas teniendo en cuenta la realidad en la que se desenvuelven, genera líneas de fuga para reorganizarse, construye mapas de los movimientos permanentes de su mundo de la vida, desde ahí crea el

performance, como la coreografía de las diferentes escenografías de las que está construida su historia.

Para Carlos Mario Yori (1998) migración y territorio son dos palabras que van de la mano. El autor nos dice: “*ser hombre significa habitar*”, lo cual implica una acción de espaciar, de ser en un lugar, una necesidad humana de estar y de estar con otros. Después de un acontecimiento irruptivo, la necesidad de habitar permanece, de allí que en nuestro caso los migrantes busquen un espacio dónde sea para reconstruir la vida y sus tramas.

El proceso de migración se debe leer como una gramática abierta y polisignificante que articula procesos complejos e incluso contradictorios.

Teniendo en cuenta las realidades del país, es necesario hacer análisis relacionales del proceso complejo que implica la pregunta sobre ¿dónde se habita? ya que alude a ámbitos espaciotemporales y existenciales que a su vez se encuentran inmersos en relaciones estructuradas y estructurantes de poder. El investigador mexicano José Manuel Valenzuela propone los siguientes ejes analíticos para la interpretación de los procesos socioculturales de la frontera México-EEUU, los cuales por su pertinencia se consideran relevantes para este trabajo. En tal sentido, se requiere considerar:

1. **Clase y enclasmiento:** posicionamientos de clase y procesos de enclasmiento como construcciones sociales histórica y culturalmente definidas.
2. **Intersección cultural:** conjunto de elementos compartidos por grupos que poseen matrices culturales diferentes. Ésta, a su vez, tiene dos expresiones: vertical, que responde a procesos de estructuración jerárquica, institucional y se define por relaciones de poder, ascendente o descendente; y horizontal, que se refiere a intercambios culturales entre grupos sin que medie la dominación.
3. **Vecindad:** citando a Heidegger, el vecino, como quien habita en la proximidad de otro y con otro, implicando coparticipación en campos de relación.
4. **Apropiación cultural:** incorporación dentro de la estructura representativa del grupo de elemen-



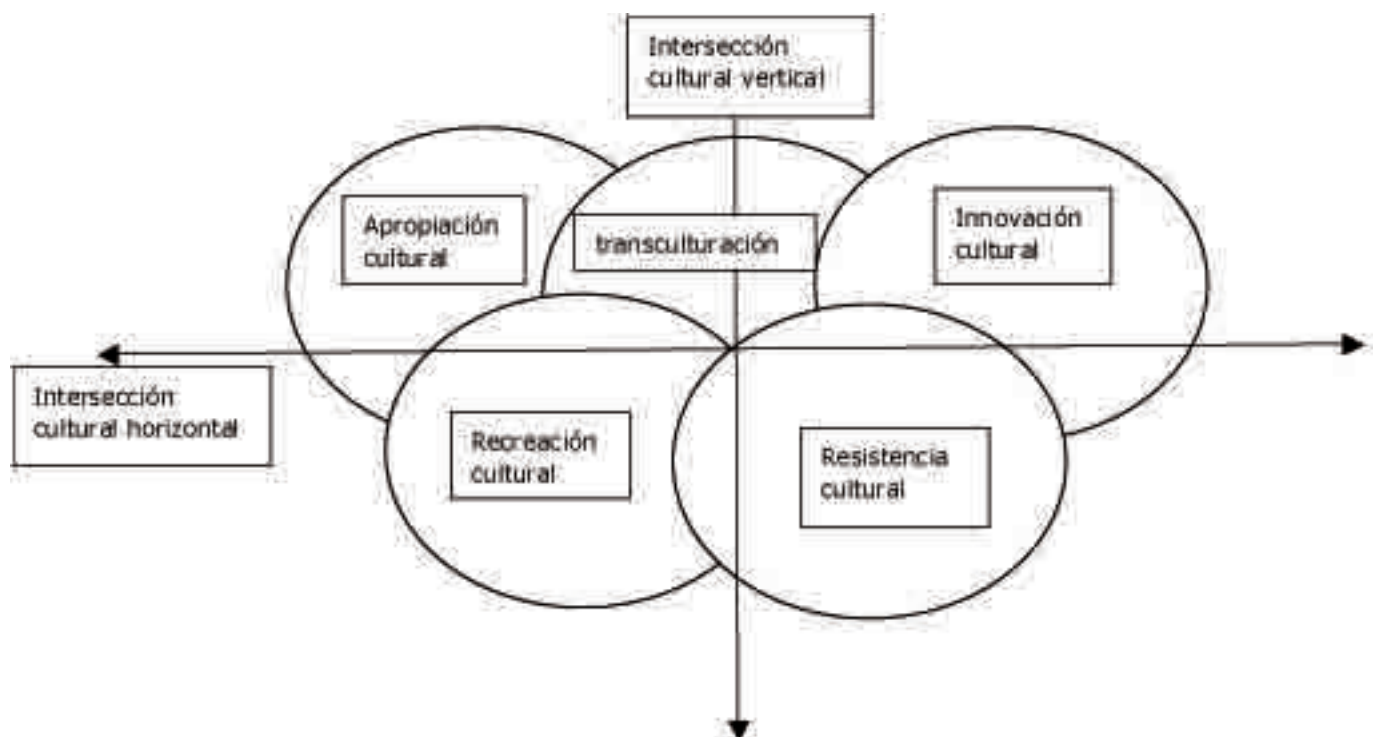
tos culturales de otra matriz de sentido, como el caso de lo rural a lo urbano.

5. **Transculturación:** procesos de doble o múltiple apropiación cultural en los que los grupos intercambian elementos culturales. En ésta se da una relación vertical, un grupo o sector dominante diseña estrategias para imponer sus modelos culturales.

6. **Innovación o creación cultural:** los grupos sociales siempre están produciendo nuevos elementos culturales que responden a diferentes formas de apropiarse de las antiguas condiciones; siendo una característica dinámica de proceso.

7. **Recreación cultural:** nuevos sentidos que adquieren los productos culturales que se integran en una estructura de significados diferente a la original; implicando la resemantización y, por lo tanto, una nueva codificación.

8. **Resistencia cultural:** los miembros de un grupo reaccionan activamente frente a los intentos de otros por imponerles sus elementos culturales.



Fuente: José Manuel Valenzuela Arce. 2004.

El gráfico resume la lógica que plantea Valenzuela, en la cual se van dando procesos complejos de resignificación permanente en la migración. La intersección cultural horizontal y vertical (atraviesan el gráfico) es de un orden más institucional. Con respecto a los otros ejes, éstos se pueden mirar como estratos que convergen en la dinámica de la migración y se van superponiendo o desdibujando el uno sobre el otro, de acuerdo con los múltiples aspectos que se viven en la vida de los migrantes, ya que la experiencia no se da una manera unívoca.

Partiendo de los anteriores trabajos que consideran las prácticas y los discursos de los sujetos migrantes inmersas en la cultura, podremos abordar nuestra indagación por dónde se habita, en tanto desde allí se logrará comprender cómo se construye y se da orden a determinados sentidos y se tejen las tramas de vida de los sujetos jóvenes, no de una manera unívoca sino relacional.

Desplazamiento forzado y globalización

“En el mundo de la globalización, el espacio geográfico gana nuevos contornos, nuevas características, nuevas definiciones. Y, también nueva importancia, porque la eficacia de las acciones está estrechamente relacionada con su localización. Los actores más poderosos se reservan los mejores pedazos del territorio y dejan el resto a los otros” (Santos, 2004).

El desplazamiento forzado no es ajeno a las dinámicas mundiales de la globalización, específicamente a la que imponen las lógicas del mercado y los medios de comunicación. Los megaproyectos han llegado al país en aras del desarrollo y la reactivación económica, muchos de ellos se están desarrollando en tierras por las que el conflicto armado ha pasado de manera arrasadora. No siendo el interés de este texto, abordar este tema en extenso, tampoco creemos conveniente no dejar siquiera planteados algunos aspectos.

No somos ajenos a la agenda mediática, que nos propone una imagen de un mundo homogéneo, una lógica dominante que aparece como la “verdadera”. Aunque ésta nunca se detiene de todo, es una tendencia, una combinación de vectores como plantea Milton Santos (2004), en la cual se dan diversas formas de mundialización y a su vez resistencias.

“La máquina ideológica que sostiene las acciones preponderantes de la actualidad está hecha de piezas que se alimentan mutuamente y ponen en movimiento los elementos esenciales para la continuidad del sistema (...) Hay una búsqueda de uniformidad al servicio de los actores hegemónicos, pero, antes bien, el mundo se hace menos unido y se hace más



distante el sueño de una ciudadanía verdaderamente universal. Mientras tanto, el culto al consumo es estimulado” (Santos:2004,20).

La migración forzada en Colombia se ha hecho visible en el mundo por la presión que han hecho diversos organismos nacionales e internacionales, para que se considere el tema en las agendas políticas y sociales de los Estados y de organismos como la ONU. Pese a la magnitud de la problemática que incide no sólo en Colombia, sino en los países que han recibido a miles de refugiados, aún no se logra que este tema sea tratado como prioritario.

Pensar la complejidad del desplazamiento forzado, evitando el reduccionismo en el que a veces caemos con la versiones tamizadas por los medios, asociado a lo que llama Santos (2004) *violencia de la información*, requiere superar la visión anecdótica y problematizar las realidades que vive un país como Colombia; el debate y la reflexión pública local y mundialmente ayudarían en la búsqueda de salidas a una problemática como ésta.

Guattari (2004) haciendo una crítica a la globalización del mercado propone un desarrollo complejo, que no sea sólo cuantitativo sino también cualitativo:

“sería necesario poner en marcha una concertación planetaria y promover una nueva ética de la diferencia que sustituyera los poderes del capitalismo actual por una política de los deseos de los pueblos. Ahora bien, semejante perspectiva ¿no corre el peligro de conducir al caos? A ello responderé que, en todo caso, la transcendencia del poder conduce al caos, tal como demuestra la crisis actual. ¡Aunque, mirándolo bien, el caos democrático es preferible al caos que resulta del autoritarismo!”.

Es importante llamar al sentido básico de humanidad y respeto por el otro que tenemos los seres humanos. Apelar a la solidaridad entre ciudadanos del mundo, sigue siendo una posibilidad para el bienestar de todos de manera equitativa y justa.

Entonces el joven migrante forzado

El Sistema de Información de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes), registra que durante el 2005 en Colombia se desplazaron 310.387 personas, comparándolo con la cifra del año anterior (287.581 personas) hubo un incremento del 8%, según los datos más recientes. Esta cifra ratifica la tendencia a la continuidad estructural del desplazamiento forzado en el país durante el período del gobierno de Alvaro Uribe, volviendo dramático el tema del desplazamiento en el país ya que se calculaba que desde 1998 se han desplazado alrededor de 3.000.000 de personas. Desde el 7 de Agosto de 2002, hasta el 31 de Diciembre de 2005, 1'011.270 personas fueron desplazadas por razones asociadas al conflicto armado. Las cifras oficiales, pese al carácter provisional de los datos de 2005 que se tiene en el Registro Único, muestran una característica similar pues reconocen que hubo 746.689 desplazados para el mismo período, sin tener en cuenta los tradicionales problemas de personas a las que se les ha rechazado sus solicitudes de reconocimiento de situación como desplazado forzado, subregistro de casos o casos sin registrar, como se anotó (Codhes: 2006).

El fenómeno del desplazamiento no se ha vivido sólo al interior de la frontera colombiana. Frente a la migración intra-regional en Latinoamérica, en los censos realizados alrededor de 1990, Colombia registra el mayor número personas por fuera del país: algo más de 600 mil fueron empadronadas en otros países latinoamericanos, la mayoría de las cuales se ubicaba en los países fronterizos (Villa, Martínez: 2001). En el 2005 aproximadamente 10.000 personas solicitaron asilo en países que comparten la frontera (Codhes: 2006); en España, Colombia se convirtió en el primer solicitante de refugio y no se tienen datos consolidados sobre otros países de la región y por fuera de ésta.

En este contexto y teniendo en cuenta que la migración forzada ha sido una constante histórica, como plantea Valenzuela es importante estudiar el fenómeno, desde los *“sentidos diversos, inscritos en articulaciones sociales disímiles donde confluyen estructuraciones sociales y personales, textos y contextos que han marcado la vida nacional”* (Valenzuela: 2002).

La composición de la pirámide de edad del proceso migratorio ha venido variando. “Los estudiosos de la migración han venido señalando en el transcurso de los últimos diez años la radical transformación en el perfil del migrante latinoamericano. Del adulto masculino de 30 a 45 años que constituyó el grueso del contingente migratorio a los Estados Unidos, hoy son los jóvenes menores de 24 años y las mujeres los que conforman el grueso de la población migrante” (Reguillo, 2002). Por su parte, Jorge Martínez, llama a considerar algunos factores de vulnerabilidad a los que se ven sometidos estos migrantes, los cuales tendríamos que agregar

a aquellos que son propios de la condición juvenil: *“Hay en este caso algunas especificidades, pues se trata de personas cuya etapa en el ciclo de vida y exposición a modificaciones de su entorno individual y social (como la adquisición incompleta de derechos sexuales, familiares, económicos y políticos) los hace potencialmente vulnerables y, al mismo tiempo, los convierte en actores sociales relevantes y dinamizadores de la sociedad”* (Martínez, 2000).

Las graves condiciones de vulnerabilidad, en las que llegan los jóvenes a la ciudad en correspondencia, conducen a definir determinadas formas de inserción territorial, marcando de forma definitiva las conformaciones y relaciones sociales urbanas.

“Esos nuevos inmigrantes no llegan a la ciudad comprando su estatus de ciudadanos, ellos ingresan a los cinturones de miseria asentados en la periferia. Son habitantes que llevan toda una vida en el barrio, el barrio que sus padres o abuelos llegaron a habitar, a través de movilizaciones sociales que le permitieron asentarse y acceder a un mínimo de equipamiento urbano. Para muchos autores la tensión entre una procedencia rural, que marca el entorno inmediato de relacionamiento de los jóvenes de barrios populares, y los consumos modernos ofrecidos por la ciudad instalada para el mercado, genera un fuerte conflicto en las nuevas generaciones de jóvenes populares” (Zapata, Hoyos, 2004).

Ante el panorama estructural complejo, tanto en Colombia como en América Latina; a los jóvenes migrantes forzados que han llegado en los últimos años a la ciudad se les dificulta aún más realizar sus proyectos de vida y sus deberes y derechos como ciudadanos. Ellos encuentran en sus barrios muchas dificultades para incorporarse en las sociedades estructuradas rígidas a las que llegan, que les ofrecen a su vez pocas posibilidades para “salir adelante”.

Como vimos en la justificación del tema estudiar el fenómeno de la migración juvenil, es una reflexión pertinente en la actualidad, lo cual, además en nuestro caso cobra total relevancia en la construcción del campo de conocimiento hábitat; pues nos conduce a pensar sobre las especificidades del habitar en torno a un grupo poblacional marcado en la actualidad por la movilidad. Sin lugar a dudas, los jóvenes migrantes son uno de los actores que están configurando los escenarios urbanos de Medellín.



idónde se habita?



jóvenes migrantes forzados y configuración del hábitat



jóvenes migrantes forzados y configuración del hábitat

Ser joven migrante en Medellín

La construcción del conocimiento en América Latina sobre los jóvenes es relativamente reciente. La emergencia de este “sujeto” ha interpelado a los investigadores y a la sociedad en general por múltiples razones, siendo una de las más marcadas en nuestro caso la de la violencia. En los últimos años la información disponible en la región ha permitido hacer una lectura más “juiciosa” de la condición juvenil. En este caso nos centraremos en las aproximaciones realizadas principalmente por autores latinoamericanos¹, quienes han leído e interpretado esta población sin perder el contexto turbulento donde se mueven los jóvenes latinoamericanos; indagaremos por cómo han abordado en sus investigaciones, las relaciones entre construcción identitaria, prácticas socioculturales en el territorio y la alteridad, entre otros; por último, se planteará como reflexión ausente en los estudios colombianos revisados, la problemática de la migración forzada de jóvenes en las ciudades, específicamente hacia Medellín y la configuración de sus territorios de acuerdo con las experiencias vividas.

A propósito de lo anterior en esta investigación se develarán los mundos juveniles, partiendo de sus prácticas y discursos y cómo se da la configuración de sus hábitat. Partimos de los postulados que proponen el concepto de jóvenes como polisémico, y como una construcción sociocultural históricamente definida, que adquiere significados diversos dentro de ámbitos relacionales y situacionales en los que se encuentra (Valenzuela, 1988; Reguillo, 1991).

Pobreza y desigualdad

Una de las relaciones que marcan la manera de ser jóvenes en nuestro caso alude a la afectación entre pobreza, desigualdad y juventud.

Los índices de pobreza en el mundo son alarmantes. La Organización Mundial de las Naciones Unidas en sus Objetivos de Desarrollo del Milenio, hace un llamado a los gobiernos sobre esta problemática. Estima su estudio que la mitad de la población del mundo vive con menos de dos dólares al día y una quinta parte con menos de un dólar; 238 millones de jóvenes viven en situación de pobreza, a lo cual se le suma la desigualdad² (siendo América Latina la región más desigual del mundo³), planteando un escenario que le ofrece pocas posibilidades a sus ciudadanos y especialmente a los jóvenes para desarrollar plenamente todas sus capacidades.

1 Entre los autores revisados se encuentran: José Manuel Valenzuela Arce, Rossana Reguillo Cruz, Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, entre otros.

2 Estadísticas de la ONU para la formulación de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, en www.onu.org

3 Ibid

"Habría que tener en cuenta además que el concepto de pobreza y la manera de entenderla ha cambiado de manera sustancial en la última década, como fenómeno ya no solo se le considera en relación al ingreso y al consumo, ha trascendido hacia una noción multidimensional, es decir, las personas pobres no solo afrontan problemas de ingreso, sino que no gozan de las libertades fundamentales para llevar el tipo de vida que desean, suelen carecer de alimentos, vivienda, educación, de oportunidades de acceso al mundo del trabajo y a servicios de salud adecuados (...) No reciben adecuada atención del Estado o no tienen las posibilidades o no disponen de medios para acceder a bienes y servicios y para participar e incidir en decisiones que afectan sus vidas" (Gutiérrez, 2005).

El concepto de *"intensidad del tiempo social"* define formas diferenciadas de envejecimiento entre personas de distintas clases sociales (Valenzuela, 2005). Mirados bajo el concepto de pobreza, los jóvenes plantean serios desafíos para abordar la particularidad de sus problemáticas en nuestro continente, teniendo en cuenta que en un alto porcentaje de la población latinoamericana, muchos de los muchachos de las "clases bajas" llegan a una vida adulta con mayor rapidez de lo que ocurre en otros contextos sociales. Precisamente lo anterior marca significativas diferencias en las maneras de ser joven.

"Además de las transformaciones sociodemográficas y los niveles desiguales de desarrollo entre países, el concepto de juventud se inscribe en las características fundamentales de la clase social de pertenencia. Esta afirmación puede parecer anacrónica para quienes se adscriben a algunas de las vertientes que han enterrado las condiciones estructurales como condicionantes centrales de las conductas sociales, así como para quienes plantean una nueva definición de lo juvenil a partir de las opciones de consumo. No obstante, la realidad de nuestros países muestra grandes diferencias en los procesos de envejecimiento a partir de la adscripción de clase. En gran parte de las áreas campesinas o indígenas, e incluso en muchas zonas populares, los niños se involucran en procesos de prematuro adultecimiento, donde su vida se define desde los marcos del trabajo y no a partir de las ofertas del consumo" (Valenzuela, 2004).

La categoría joven se queda corta cuando se la circunscribe sólo a los conceptos de generación y a clasificaciones de lo juvenil desde los criterios biológicos; siendo éstos insuficientes.

"A este respecto Bourdieu (1994) ha señalado que las relaciones entre la edad biológica y la edad social son muy complejas (...) Lo que este planteamiento permite inferir es la necesidad de realizar análisis en doble perspectiva. De un lado, lo que aquí se define como una "historia cultural de la juventud", que al develar las relaciones de fuerza que crean las divisiones sociales de clases y de edad en procesos históricamente situados, permite romper con definiciones esencialistas y ubicar la problemática juvenil en una perspectiva que no se agota en el dato biológico" (Reguillo, 2000).

De allí que sea importante resaltar y observar con cuidado esa relación que se da entre ser joven, pobre, migrante forzado en una ciudad como Medellín, lo cual constituye un marco de

referencia desde el cual los jóvenes viven sus experiencias en el territorio, lo configuran y se mueven en él; lo perciben y son percibidos por otros ciudadanos. Traemos a colación este asunto, no para caer en una clasificación, sino porque configura una condición estructural que se debe tener en cuenta a la hora de leer las prácticas y discursos de los jóvenes.

Desplazamiento forzado y jóvenes

De manera particular en el caso colombiano, la anterior relación entre pobreza, desigualdad y juventudes se encuentra profundamente afectada por el conflicto nacional y regional, en cuyo caso el desplazamiento forzado entra a constituirse en un nuevo factor determinante sobre la manera de ser jóvenes para un amplio grupo de pobladores urbanos.

En Colombia en los últimos 10 años más de tres millones de personas han sido víctimas del desplazamiento forzado por la violencia; similar a los años cincuenta, se están viviendo acelerados procesos de urbanización en las áreas “periféricas” de las ciudades, que enfrentan a sus habitantes a condiciones de vida muy precarias. En tales casos, los jóvenes se convierten en sujetos altamente vulnerables al encontrarse inmersos en una cotidianidad en la ciudad cargada de múltiples violencias y con pocas posibilidades efectivas para desarrollar sus proyectos de vida.

Los jóvenes en situación de desplazamiento en la ciudad se enfrentan a diversas circunstancias, tales como el trabajo informal, la desescolarización, la violencia intrafamiliar, el embarazo adolescente, que marcan de manera diferenciada sus maneras de ser joven, especialmente si se compara con otros jóvenes que también habitan la ciudad. El hecho de que para estos muchachos la vida adulta empiece más rápido, les implica quedar inmersos en circuitos informales que les ofrecen pocas opciones para la resolución de sus problemas fundamentales; en lo cual sus proyectos de vida en gran medida quedan truncados por ese acontecimiento abrupto del desplazamiento que marca enormemente su tiempo presente. En tales circunstancias los jóvenes viven al día, soliviando de alguna manera su ausencia de confianza en el futuro.

*“Cuando yo era niña, por allá a mis catorce años, pensaba que la vida iba a ser distinta, ahora uno tan viejo...”
(Entrevista Gloria, 26 años).*



En el mundo convulsionado que vivimos, los jóvenes se mantienen construyendo nuevas identificaciones y formas de darle sentido a la vida. La mayoría de los jóvenes migrantes forzados vive la inestabilidad propia de un acontecimiento disruptivo como el desplazamiento forzado y posterior a este momento vive una (re)configuración de sus identidades, ligada a la pérdida de un vínculo territorial. Esta dislocación de los ordenes existenciales, territoriales y relacionales construidos en su vida, replantea sus formas de habitar y las nuevas relaciones con el lugar, estableciendo una relación o posiblemente una ruptura con ese lugar al que pertenecía.

Medellín: discriminación social y jóvenes

Jóvenes y violencia urbana: señalamientos o satanización

En particular en Medellín, esa juventud, marcada por los factores ya mencionados de pobreza, desigualdad y desplazamiento, a su vez ha estado afectada por la discriminación social aún más polarizada por señalamientos que juzgan a “los pobres” como los causantes de la violencia y en particular, dentro de ellos, a los jóvenes.



Lo anterior está asociado, en buena medida, a la crisis derivada de las acciones de la violencia arraigadas en la ciudad; con la participación de jóvenes en narcotráfico, grupos delictivos, bandas, autodefensas, guerrillas, entre otros. Precisamente, en ello, es altamente significativo que en Medellín se parta del supuesto de que existe una directa relación entre la condición de joven y la violencia, constituyendo la noción de *joven violento*.

“La sociedad medellinense comienza a preguntarse por sus jóvenes cuando ésta se siente afectada e intimidada por sus prácticas violentas que, en consideración de la opinión pública, era la manifestación más clara de un joven problema, un joven que representa los lugares más oscuros de la sociedad. Entonces, las primeras preguntas sobre el joven respondían porque el joven es violento y frente a este asunto las respuestas giraron en torno a los indicadores negativos que los hacían ver como peligro social, esto se refleja en la primera producción que es de tipo periodístico en la que se relatan las hazañas

*y aventuras de los pillos jóvenes de Medellín*⁴. A partir de esta producción donde se reconocía y describía jóvenes que se consideraban peligrosos sociales se genera la inquietud y la pregunta por las razones que impelían a este comportamiento” (Zapata, Hoyos, 2004).

Estudios sobre juventud en la Medellín

“En Colombia, los jóvenes emergieron a la vida pública en los años ochenta desde el torbellino de violencias, en ocasiones instrumentalizados como marionetas de otros poderes y en otras, de manera relativamente autónoma, constituyéndose, por las características de los actores y los escenarios, en las formas más visibles de la violencia” (Salazar:1998,111).

El *joven problema*, ha sido una constante en los estudios realizados sobre los jóvenes de Medellín desde la década de los ochenta, cuando se “evidenció” su presencia como actor social. En estos acercamientos prevaleció una mirada compleja sobre la realidad a la que se enfrentaban estos jóvenes. Aunque este punto de vista ha cambiado un poco, los acercamientos que se siguen haciendo a los mundos juveniles no pierden de vista al joven que debe hacer parte de la sociedad, de acuerdo con los parámetros que socialmente se han construido y que quieren un joven “ejemplar”.

Se podría decir que existen dos vertientes en los estudios juveniles, la del joven incorporado y la del no incorporado; en cuyo caso los estudios e investigaciones en la ciudad se han detenido en los no incorporados, profundizando en la mirada fragmentada sobre algunos casos que se encuentran de ese lado. Así desde esta mirada dicotómica se han perdido de vista las redes de relaciones de los jóvenes. Igualmente existe una mirada homogeneizadora, sin distinguir las particularidades que tienen las vivencias y experiencias de los jóvenes como actores sociales, teniendo en cuenta su contexto.

En América Latina, el sujeto joven aparece en la década de los sesenta abordado desde dos miradas un tanto antagónicas: la del estudiante (asociado al movimiento conexo con mayo del 68) y la del rebelde sin causa (promovido por la industria cultural), desde ese momento estos dos puntos de vista han persistido al hablar sobre los jóvenes. En los 80, los estudios sobre jóvenes en Colombia no pudieron dejar de lado la violencia, lo cual, en el caso colombiano, se hizo visible destacando la imagen del “sicario” que mató a Rodrigo Lara Bonilla⁵ como la de un joven de extracción “popular”. A partir de allí se empezó a señalar a la mayoría

4 Aparecen textos como *No nacimos pa’ semilla* y *Mujeres de fuego* del escritor y periodista Alonso Salazar, *El pelaito que no duró nada*, y la audiovisual *Rodrigo D: No futuro*, de Víctor Gaviria entre otros.

5 Ministro de Justicia, asesinado por un joven en 1985.

de jóvenes que venían de las llamadas “comunas⁶” con este estereotipo. La respuesta desde esta imagen, invisibilizó a los jóvenes como actores sociales; con lo cual el camino recorrido y “ganado” durante casi dos décadas, 60s y 70s, se vio opacado por este señalamiento.

Lo que observamos entonces es una permanente tensión/negociación entre las construcciones socioculturales que les asigna la sociedad y la actualización permanente que los jóvenes, como sujetos, hacen de ellos (Reguillo, 2000). No obstante, la in-visibilización del sujeto social joven ha estado más en tensión que en negociación; la mirada adulta sigue siendo hegemónica a la hora de hacer lecturas de lo juvenil y del sujeto joven y de sembrar percepciones que se ponen en circulación. Ante esta situación, aparecen las resistencias de los mismos jóvenes, como actores sociales, quienes perteneciendo a una estructura, quieren y estructuran el (otro) orden de su realidad social (Reguillo:2008).

En la década de los ochenta se hizo más visible la crisis de legitimidad de instituciones como la escuela, la familia y el Estado (situación llamada por algunos autores como crisis de la modernidad); a lo cual se aunó el incremento de la pobreza y la violencia, dejando entrever, de nuevo, a los jóvenes pero como “marginales”, siendo una categoría social relevante en los estudios académicos.

“Tantas explicaciones del joven desde la marginalidad lleva a los autores a privilegiar el análisis y la pregunta por el joven de sectores populares, si bien el contexto de producción da cuenta de una rica producción con jóvenes de sectores de bajos recursos lo mismo no sucede con los jóvenes de clase media y alta (...) De esta manera se observa la construcción de una categoría de juventud popular, de la cual es amplia su caracterización en los textos, constituyendo una categoría que da cuenta de un sector de la población juvenil de la ciudad sin que se pueda hablar de una noción del sujeto joven en general” (Zapata, Hoyos, 2004).

Lo anterior condujo a que se centrara la atención sobre el joven en sí. No obstante, los estudios focalizados (sin demeritar su importancia) pueden llevar a que se pierdan de vista, en cierto sentido, los aspectos relacionales de los jóvenes y su conexión con la estructura social en la cual ellos se encuentran inmersos, y de la cual participan de cierta forma. Las lecturas muy delimitadas, ensimismadas o detalladas de estos jóvenes, en muchos casos llevó a que ellos fuesen leídos como “tribus urbanas” descontextualizadas y deshistorizadas. Por ejemplo, según el estudio elaborado por el Departamento de Investigación de la Universidad Central (Bogotá), predominaron los estudios de caracterización de los jóvenes, produciendo

6 La comuna es una división administrativa de Medellín que agrupa barrios de la ciudad, sin embargo en los años 80 y 90 los barrios ubicados en la zona nororiental y noroccidental fueron conocidos miedáticamente como comunas, para se hacer referencia a estas dos zonas, en muchos casos como señalamiento negativo a los jóvenes.

en muchos sentidos miradas esencializantes, dejando de lado la posibilidad de tener una perspectiva más comprehensiva sobre los jóvenes de la ciudad.

Otra asunto que entra a jugar un papel central en la discusión sobre los jóvenes es sobre su “revindicación” como sujetos de derechos; sobre todo considerando que ellos constituyen la mayor parte de la población del mundo y que la mayoría están en situación de pobreza. El escenario se vuelve más complejo cuando la escuela ya no ofrece las posibilidades para “salir adelante” y el empleo estable pasó a ser un derecho sólo realizado para unos cuantos. Esta falta de garantías abre muchas brechas para amplios sectores de la población juvenil, que crece al margen de las oportunidades, “desconectados” del acceso de ciertos bienes, de ciertas dinámicas globales, planteando retos enormes en la transformación de la construcción de las ciudadanías y por lo tanto de las identidades.

“*Necesitamos pensarnos a la vez como diferentes, desiguales y desconectados*” (García-Canclini: 2004). Es una invitación que nos hace el investigador argentino radicado en México, llama a reconocer que los habitantes son *diferentes* desde las adscripciones culturales, *desiguales* desde las posibilidades económicas y *desconectados* al acceso a ciertos circuitos locales y globales, ésto sigue reafirmando las múltiples maneras de ser joven que coexisten en la ciudad, y la necesidad de que no sigan siendo leídos desde la dicotomía (entre lo incorporado y lo no incorporado) sino desde las prácticas y discursos, en las intersecciones desde donde los sujetos hablan y actúan, que es donde se está construyendo la existencia de los jóvenes con apropiaciones y significaciones del territorio, de las relaciones, de la vida distintos.

Como se ha anotado, en tanto la condición juvenil es polisémica debe definirse a partir de múltiples criterios. Las disímiles condiciones que se viven entre el campo y la ciudad en Latinoamérica marcan diferencias entre hombres y mujeres, en cuyo caso minimizar, focalizar ó invisibilizar relaciones o simultaneidades, generalmente conlleva a exclusiones que no ayudan en la comprensión de lo joven. Por ejemplo, desde representaciones tan amplias como las de: “el futuro de la sociedad”, “la esperanza” o una “latente amenaza social”, miradas tan esencializantes de lo que puede ser joven en una ciudad como Medellín,



no se permite comprender su complejidad, para reconocernos en medio de la diferencia, como un primer paso para construir nuevas ciudadanías (Valenzuela, Reguillo, Zapata).

El contexto local, regional, nacional entonces no puede estar al margen cuando abordamos la comprensión del medio donde se desenvuelven los mundos juveniles; inmersos entre la conflictividad, el desplazamiento forzado, el narcotráfico, la pobreza y las historias de exclusión. Igualmente se debe tener en cuenta lo no juvenil, como esos umbrales que definen qué es ser joven en una ciudad como Medellín:

"se tratará de historizar a los sujetos y prácticas juveniles a la luz de los cambios culturales, rastreando orígenes, mutaciones, y contextos políticos-sociales. Además, bajo la perspectiva hermenéutica se indaga en la configuración de las representaciones, de los sentidos que los propios actores juveniles atribuyen a sus prácticas, lo que permite trascender la mera descripción a través de las operaciones de construcción del objeto de estudio y con la mediación de las herramientas analíticas" (Reguillo, 2000).

Además de lo anterior, en nuestro caso, se debe buscar historizar a los jóvenes migrantes forzados, a la luz de los cambios sociopolíticos que marcan contundentemente sus formas de habitar, así como las formas de ser joven en nuestras ciudades.

Instituciones y mundos juveniles



La condición juvenil en ocasiones trae consigo fisuras o rupturas con respecto de instituciones como: la familia, el Estado y la escuela, que pueden dar pistas para leer los mundos juveniles. En nuestro caso nos ocuparemos de las distancias o cercanías que construyen los jóvenes migrantes con dicha institucionalidad. Para comprender a los jóvenes es importante detenerse en las identidades juveniles, no como algo estático sino como proceso, en permanente cambio y en relación con los otros. Las identidades se construyen y reconstruyen en un marco amplio de interacciones y representaciones sociales, son situacionales, históricamente delimitadas y están en una permanente tensión/negociación entre los elementos que las constituyen y las construcciones sociales (Valenzuela, 1998).

Estos procesos, complejos, se construyen dentro de campos en disputa por el (des)orden, el sentido y la memoria social. En este caso para la interpretación no sólo es necesario el *"estar ahí"* (Geertz) sino también aprehender esas formas de apropiación cognitiva y simbólica del lugar, permitiéndonos

dar otro paso en su interpretación. Al respecto, quizás sea pertinente tener en cuenta las conexiones entre las prácticas y los discursos que configuran un universo simbólico de los jóvenes, quizás es útil retomar la metáfora del hipertexto que va construyendo un bricolaje, desde el que los jóvenes retoman desde diferentes contextos asuntos a los que le dan múltiples formas de significación y de sentido.

“Aunque puede sonar peyorativo este balance demuestra que la producción ha estado en función de la institucionalidad y no precisamente de preguntas orientadoras o líneas de investigación pensadas o desarrolladas en función de unos propósitos claros y relacionados precisamente con la juventud, la gran mayoría de materiales, plantean estrategias y metodologías para lograr la reinserción social” (Zapata, Hoyos: 6).

Reguillo (2000) sitúa la reflexión en la “*incorporación a como de lugar*” de los jóvenes y plantea preguntas sobre los enfoques utilizados por las instituciones gubernamentales y no gubernamentales, sobre la mirada asumida en las políticas públicas sobre jóvenes y sobre los grandes vacíos que quedan sin resolver, sobretodo cuando se proponen siempre acciones relacionadas con el trabajo, la educación y la política sin desentrañar los significados que tienen para este grupo poblacional, ni las transformaciones que se han vivido en estos tres asuntos en la sociedad.

Sin negar la importancia de estos temas en los estudios y acciones que se emprendan para (y con) los jóvenes, se debe mantener siempre una conversación con asuntos constitutivos del ser joven en diferentes contextos esto enriquece las discusiones y aporta elementos a la comprensión de las dinámicas juveniles.

Construcción identitaria y prácticas en el habitar

La visión sobre los jóvenes y los mundos juveniles como algo estático, que no se mueve, no permite dar cuenta de sus múltiples realidades. La rejilla usada para ver y entender los fenómenos sociales y especialmente a los jóvenes como incorporados o no incorporados, se agotó, pues solo permite leer construcciones a priori, en muchas ocasiones vacías de contenidos de lo que realmente se mueve en estas dinámicas discontinuas de la vida de las ciudades y de estos sujetos en especial. Un ejemplo de esto puede ser las lecturas que se han hecho en la ciudad de la relación violencia/jóvenes que nos ha llevado a ver una problemática social, pero dejando por fuera otras interpretaciones necesarias de múltiples maneras de ser joven en la ciudad.

Si pensamos esa articulación, puede ser útil traer a colación de nuevo el concepto de Mary Louise Pratt “*zona de contacto*” que supera la mirada dicotómica entre dominantes y dominados, y pone de relieve las relaciones asimétricas que se evidencian cuando existe una interacción entre personas, donde lo institucional hace parte pero no es el único eje de interpretación. Por

su parte, ¿qué papel jugaría este concepto cuando se migra y se transforman las zonas de contacto? En este sentido, se vuelve importante mirar las representaciones que los jóvenes hacen del mundo; los asuntos que generan en ellos credibilidad o que despiertan en ellos la acción y, allí también, las relaciones que ellos establecen con la institucionalidad.

Lo juvenil, que se está construyendo permanentemente en tiempos diacrónicos y sincrónicos, no es una secuencia lineal que lleva a un “final feliz”, sino que implica una permanente mediación entre asuntos estructurales que determinan las maneras de ser jóvenes y resistencias que entran a jugar papeles esenciales en la configuración de sus identidades. En esa dinámica cobran relevancia asuntos como los propuestos por Reguillo (1996):

- **Lo instituyente:** como prácticas culturales que tienen un componente de indeterminación, que implican luchas simbólicas sometidas a variaciones de orden temporal –histórico- y al estado de relaciones y fuerzas de poderes. Implica un proceso de apropiación selectiva del sujeto, mediado por su lugar en la estructura social y sus prácticas y discursos que van transformando sus maneras de ver el mundo.
- **Lo instituido:** como la cultura en estado objetivado. Las formas de habitar son colectivas e individuales, son producto de una construcción social e histórica que define unas maneras orientadoras de la acción. Para los jóvenes migrantes que están en una permanente negociación entre lo que vivía y lo que ahora se vive en la ciudad, las prácticas del habitar son largos procesos de construcción, sin negar la posibilidad de cambios y transformaciones.
- **El movimiento:** como el ámbito de la práctica que pone en juego el mundo simbólico y el de la acción; órdenes incorporados o no incorporados que se viven desde la experiencia y la resistencia. Desde las prácticas, propone la autora, se revelan los modos como las identidades negocian su existencia en un contexto determinado. Es el campo de la acción y del discurso.

Adscripciones y construcciones identitarias

Las adscripciones identitarias se vuelven relevantes para comprender las dinámicas juveniles porque operan en la dialéctica reconocimiento/diferenciación, sin que esto obedezca a una relación mecánica sino a una permanente resemantización de esas múltiples identidades que ahora asumen los jóvenes; los migrantes que han llegado a la ciudad de Medellín que viven este proceso, y la lucha permanente por lo que son (vienen con ello), lo que están siendo (la permanencia y transformación) y lo que quieren ser (nuevas adscripciones).

“Todas las identidades son cambiantes, sin embargo, podemos establecer algunas distinciones. A diferencia de las identidades estructuradas/estructurantes que definiremos

como identidades perdurables, como son las de clase, étnicas o nacionales o de género, caracterizadas por fuertes límites sociales de adscripción, los jóvenes conforman identidades transitorias. En el primero de los casos, las condiciones que definen al individuo le preceden y la mayoría de las veces le suceden, como ocurre con la identidad nacional y la adscripción a una clase social o grupo étnico. Aquí existen condiciones dadas que delimitan la trayectoria de vida individual, pero también se encuentran atributos que escapan a la elección individual, como ocurre con la condición sexual, definida biológicamente” (Valenzuela Arce:1998).

Por otro lado, el joven y la joven en lo individual así como los grupos juveniles son productos perecederos. *“Los tiempos biológicos y sociales integran y expulsan a los depositarios de la condición juvenil, pero ellos tienen mayores capacidades de participar en la elección del campo juvenil en que se inscriben. Por supuesto que esta capacidad de elección es relativa, pero las identidades transitorias refieren a límites de adscripción menos rígidos que los existentes en las identidades estructuradas”* (Valenzuela, 2003).

En ese proceso complejo de interacción, lleno de ruidos, el joven establece unos modos de “*estar juntos*” (Martín-Barbero), rutas, intersecciones y cartografías significadas de la casa, la cuadra, el vecindario, el barrio, la ciudad, el mundo; los jóvenes ahí ejercen unos roles con sus pares y con los otros, desde su sentido de alteridad y pluralidad, marcando en ciertos casos límites claros y en otros fronteras borrosas⁷. Al leer a los jóvenes es preciso indagar por “*los des-anclajes que son hoy parte de lo que nos des-hace y también de lo que nos re-hace como individuos y comunidades*” (Martín-Barbero, 2006). Habitando el territorio vivido se establecen vínculos con la ciudad, rutas, trayectos y formas para recorrerla; en el barrio también se pueden ver unas formas de vivir juntos, de compartir la cotidianidad lo cual no es ajeno a los conflictos y los poderes de diverso orden que se pueden ejercer en los barrios y en la ciudad, al habitar Medellín como joven migrante.

Alteridad y adscripción identitaria como rastros para comprender el habitar

Las instancias de socialización de los jóvenes se sitúan en un territorio (campo/ciudad/barrio) que configuran mediante la



⁷ Noción trabajada por varios autores como Elizabeth Arboleda, Alejandro Grimson entre otros autores.



interacción en los lugares (nodos) y construyen mapas mentales, desde donde crean y practican modos particulares de estar juntos y límites con lo que ellos han construido como *otros*.

La alteridad, *el otro* en los jóvenes se define esencialmente desde lo contrario, quien desde el proceso de reconocimiento se establece como distinto. El otro es la diferencia que se configura como la alteridad en la medida en que el joven y el grupo establecen establecen distancias.

Desde las adscripciones identitarias se marcan cercanías mediadas por las afinidades de diverso orden, dejando de relieve particularidades y similitudes en diferentes escalas que establecen un nosotros. A la par se definen límites frente a quien es diferente, la disputa por quién o quiénes son lo otro.

“La figura del otro y de lo otro, configuran el yo-tejido-territorio, que ya no es centro sino conexión, correlación, rizoma que emerge únicamente desde el pliegue -despliegue del ser existiendo. La figura del otro y de lo otro son ese multitud o todo múltiple, donde el yo, no es más que momentum del pliegue-repliegue de la vida” (Noguera:2007,35).

Es importante anotar que la negociación entre el adentro-afuera es permanente. Las fronteras que se establecen para definir la alteridad o la pluralidad no son estáticas sino porosas, debido a que en los procesos socioculturales heterogéneos que se dan en el territorio, y donde se entrecruzan aspectos que reconfiguran los repertorios identitarios, de allí que las identidades sean un asunto relacional.

En ese proceso de mediación en el que se construye la alteridad y la pluralidad se pueden leer formas de habitar y apropiaciones del territorio por parte de los jóvenes migrantes. Sus pares se vuelven redes, nodos para recorrer y caminar la ciudad, de esta manera crean tramas desde la experiencia y la vivencia colectiva. Las diferencias marcan las distancias con respecto a ciertos lugares urbanos que no sienten como propios y por lo tanto no los frecuentan.

Territorios del habitar joven

Así como la constitución de las identidades juveniles está en movimiento, el territorio como construcción tampoco es un lugar estático, ni es sólo físico, sino que es un proceso, un flujo

que tiene unos fijos (Ortiz, 1996). Lo que pasa en el mundo se re-crea en la ciudad y en la cotidianidad, de allí que los sujetos jóvenes vivan también en este juego. El territorio no es un hecho unívoco sino que se constituye desde diferentes espacialidades (materiales, simbólicas e ideológicas) que son atravesadas por fuerzas que operan desde distintas lógicas; a modo de una imbricación, que plantea retos para poderlo comprender en su multidimensionalidad (Ortiz: 56).

El libro Ciudad de Territorialidades (Echeverría, Rincón: 2000) plantea que los jóvenes no limitan su pertenencia a la escala del barrio sino que establecen relaciones urbanas; a lo cual agregaríamos que a su vez establecen relaciones universales referidas a los consumos culturales asociadas a los medios de comunicación, como la televisión y a la globalización del mercado.

Los jóvenes se inscriben en un nosotros más amplio, que empieza en su cuerpo como su primer territorio significado, a través de sus expresiones: gestuales, corporales y lingüísticas; en un segundo momento pasa por el establecimiento del campo de relaciones e interacciones con el otro y finalmente termina con la configuración de sus espacios vitales. Rossana Reguillo plantea que esta manera de ser y actuar como una constante *“performatividad”* es una clave para lograr una lectura no homogénea sobre la territorialidad juvenil.

“La performatividad de las culturas juveniles no puede ser contenida en la univocidad de una interpretación, sus múltiples repercusiones se despliegan y se expanden en un mundo cada vez más agotado y más perplejo. Instalarse ahí, en el territorio de sus prácticas, afinar la escucha y doblar el impulso a la respuesta y explicación anticipada, puede ayudar, tal vez, a ubicar por qué, pese a sí mismos, los jóvenes operan como signos de lo político y a veces de la política” (Reguillo, 2003).

¿En qué lugares se puede leer entonces esto de la configuración de los territorios de los jóvenes? Al respecto, la vida cotidiana aparece como una entrada potencial para leer e interrogar la realidad de los jóvenes y sus relaciones espaciales. Sus interacciones en los ámbitos micro, abren ventanas para comprender las complejas redes de relaciones que se establecen con su mundo. En esa escala se establecen múltiples interacciones entre los sujetos, que implican una constante confrontación subjetiva, intersubjetiva y de reconocimiento. Precisamente aquí interesa develar cuáles son los modos en que los jóvenes están juntos, desde donde construyen lo individual y lo colectivo, cuáles son sus adscripciones identitarias, cómo son las relaciones que establecen con el territorio y cuáles los sentidos que le dan al lugar.

El territorio, como una categoría socialmente construida, entra a jugar un papel importante para entender las prácticas juveniles, determinando en algunas situaciones cómo se es joven. Así, por ejemplo, en Medellín se ha marcado claramente como una identidad imputada el

hecho de ser de barrio popular, lo cual configura las formas de vivir y recorrer la ciudad, los lugares que se puede o los que les están permitido habitar.

Construcción del territorio juvenil desde la situación de migrantes

Al usar la ciudad y construir en ella sus sentidos cotidianos, el ciudadano configura una geografía simbólica donde se entrelazan un “topos” y una “memoria”. El espacio como ente físico, objetivo y anónimo es transformado mediante complejas operaciones sociales y de conocimiento sobre el lugar común, en lo cual se pasa al lugar significativo. La ciudad se fragmenta en concordancia con las prácticas sociales y sus partes son semantizadas de acuerdo con las experiencias de los sujetos. A partir de la exploración y análisis de los relatos que ordenan la relación con la ciudad, se dibujan geografías simbólicas que, ancladas en categorías espacio-temporales, señalan las percepciones, significaciones y prácticas diferenciadas y fragmentadas de este territorio por parte de los jóvenes (Reguillo, 1997).

A partir del cambio o la transformación de referentes a los que se enfrentan los jóvenes migrantes, surgen preguntas sobre la identidad y su relación con el territorio.

“Las identidades situacionales y transitorias se delimitan en relaciones sociales establecidas en tiempos y espacios específicos, pero las últimas se caracterizan por una especial delimitación cronológica que incide en su posicionamiento, desposicionamiento y reposicionamiento, pues existen tiempos sociales que la persona no puede trascender sin dejar de asumirse como joven” (Valenzuela, 2002).

A los jóvenes migrantes forzados se les trastocan los sistemas contruidos de pertenencia a un lugar y deben re-hacerlos en el nuevo espacio que llegan a ocupar. Se re-compone su ser en el espacio, y sus códigos de apropiación con el lugar. Pertenecer a un lugar no es para nosotros *tener* desde la posesión, sino la apropiación que los seres humanos hacen de un territorio como una de sus necesidades básicas (Yori:1998).

La migración juvenil desde el doble lugar de referencia

Desde esta mirada compleja del proceso migratorio se supera aquella discusión en la cual se ha quedado frecuentemente el discurso de la asimilación a secas, desconociendo la potencia de la memoria y la historia en los jóvenes migrantes y su capacidad para dialogar, interactuar e incluso marcar los nuevos referentes identitarios, de significación y territorialización.

“Estas interacciones socioculturales semantizan los espacios y cargan con nuevos sentidos a las relaciones entre lo popular y lo oficial o dominante. Así surgen nuevas identidades

colectivas que incorporan demandas, deseos y aspiraciones, muchas veces en contraposición con esas perspectivas dominantes y masificadas” (Valenzuela, 2003).

En este proceso de transformación social, cultural, política, entre otras, se establece entonces una conversación dispareja, teniendo en cuenta que los jóvenes migrantes son vistos dentro de las sociedades a donde llegan como ciudadanos de segunda, estigmatizados y diferenciados bajo una condición de sospecha recibiendo una identidad imputada.

El joven migrante habita un territorio en donde establece distancias y cercanías, es un lugar complejo ya que implica una relación espacio/temporal con el aquí - el allá, el antes-el ahora y desde esta doble referencia configura lo que en este trabajo llamamos: territorio vivido. A partir de allí es preciso develar el significado de habitar y los sentidos y usos que un ser que vivió un acontecimiento disruptivo le puede dar a estar en un lugar.

Las formas de habitar de estos cuerpos, en el territorio le dan sentido al lugar. Los jóvenes desde sus prácticas y expresiones, evidencian unos esquemas estéticos, éticos y de su socialidad desde donde van tejiendo la trama de su vida en el lugar que ahora habitan y en relación con el que habitaban.

“Analizar, desde una perspectiva sociocultural, el ámbito de las prácticas juveniles, hace visibles las relaciones entre estructuras y sujetos, entre control y formas de participación, entre el momento objetivo de la cultura y el momento subjetivo. Intentar comprender los modos en que cristalizan las representaciones, valores, normas, estilos, que animan a los colectivos juveniles, es una apuesta que busca romper con ciertos “esteticismos” y al mismo tiempo con esa mirada “epidemiológica” que ha pesado en las narrativas construidas alrededor y sobre los jóvenes” (Reguillo, 2000).

En tal sentido se requiere pensar las prácticas de los jóvenes migrantes en un diálogo que no debe partir de los a priori sino desde la lectura respetuosa y analítica de sus experiencias, respetando su dignidad. La recuperación de la escala humana en la interpretación de lo urbano pasa indudablemente por propuestas políticas, económicas, sociales y culturales que no pue-



den seguir manteniendo una conversación fragmentada y separada. Ahora más que nunca se deben tejer sutilmente con hilos, las tramas y urdimbres de la ciudad que habitan estos ciudadanos.

En este trabajo nos interesa mirar los jóvenes desde tres esferas en las que se construyen sus significaciones existenciales e identitarias, como parte de un proceso sociocultural complejo: *ellos* como sujetos, en la configuración de sus identidades personales; *nosotros*, en la configuración de un nosotros desde su socialidad; y *los otros*, en la configuración de su alteridad.

Se revisarán entonces tres esferas de la experiencia:

- **Identidades (sujetos):** Cómo se define su ser desde las identidades esenciales y las de cambio.
- **Pluralidad (nosotros):** Cómo se configura el nosotros, quiénes hacen parte él.
- **Alteridad (los otros):** Cómo se configuran los otros (lejanos y cercanos) quiénes son y por qué.

El joven migrante aparentemente trastoca los órdenes desde donde se lee a los jóvenes, sus constantes movimientos despiertan aún más las categorías estáticas, desde las que como vimos se les ha analizado. Con este tipo de estudios exploratorios, se dan una primeras puntadas, sin embargo es importante resaltar desde ahora, la pertinencia de continuar investigaciones a profundidad sobre sus problemáticas para producir conocimientos de manera sistemática, estableciendo diálogos con Latinoamérica.

Las investigaciones sobre el desplazamiento forzado, han emergido de la necesidad de comprender este fenómeno en los últimos años, debido a su magnitud. Si bien en la ciudad, ONG, universidades, instituciones públicas⁸ han realizado estudios desde diferentes aspectos sociales y políticos, el tema de los jóvenes no se ha hecho visible en estas indagaciones, especialmente para reconocerlos como sujetos de derechos. Cabe preguntarnos por la necesidad de asumir la pregunta sobre la relación entre la ausencia de investigaciones sistemáticas sobre jóvenes y la condición del joven migrante, ¿se es joven de la misma manera después de un proceso migratorio?

8 Instituto de Estudios Políticos-Universidad de Antioquia, Corporación Región, Gobernación de Antioquia, entre otros.



idónde se habita?



territorio y migración forzada

territorio y migración forzada

Empezamos con una discusión que plantea Carlos Mario Yori en su texto: *Topofilia o la dimensión poética del habitar* (1998), entre *el habitar*, como la expresión máxima del ser en el espacio y *el ocupar* que ha dejado de lado según el autor, el problema de habitar el mundo. Esta reflexión suscita nuevas preguntas, frente a las ciudades latinoamericanas que se “hicieron” después de la llamada explosión demográfica en los años 30 con la llegada de la industria, cuando miles de trabajadores del campo vinieron a la ciudad buscando otras posibilidades y oportunidades en su vida, y también para el caso colombiano por su situación agraria inmersa en el conflicto armado. En este proceso, ellos los migrantes, han sido vistos como los intrusos, como huéspedes que llegaron a “ocupar” un lugar en la ciudad que no les pertenecía. En Medellín esta discusión es aún vigente, y más cuando siguen llegando personas a la ciudad por diferentes causas. Allí precisamente surge la pregunta sobre quiénes habitan la ciudad o quiénes la ocupan, y, retomando a Henri Lefebvre, sobre quienes tienen derecho a la ciudad.

“*Ser hombre significa habitar*” plantea Yori, habitar es una necesidad del ser humano, es una de sus expresiones, una elaboración que hacen permanentemente en el transcurrir de sus vidas. En la lucha por tener un lugar en la ciudad los migrantes la han ocupado, pero en la medida en que la han vivido, la han habitado. Ellos han hecho suya la urbe, han escrito en los lugares sus formas de habitar, des-plegan su ser física y simbólicamente, los efectos de su morar en el entorno se han hecho visibles en expresiones como: *ruralización de la ciudad*. Echeverría y Rincón (2000,22) plantean, “*Es necesario interpretar el territorio en su doble papel: como soporte material y básico del desarrollo social y como producción social derivada de la actividad humana que transforma ese territorio que le sirve de base*”.

La palabra migrante no ha sido ajena a la conformación de las ciudades, como se intenta hacer ver en algunos lugares del mundo. Plantea José Luis Romero (1999) que desde 1930 la demanda de trabajo desató una bola de nieve de migrantes que buscaban empleo en la ciudad, y que paralelamente se fue construyendo al lado del “desarrollo urbano”, la “miseria urbana”, pues la oferta superaba los puestos que estaban disponibles en las fábricas que se habían creado.

“En algunas ciudades comenzaron a constituirse esos imprecisos grupos sociales, ajenos a la estructura tradicional, que recibieron el nombre de masas. Y allí dónde aparecieron, el conjunto de la sociedad urbana comenzó a masificarse. Cambio la fisonomía del hábitat y se masificaron las formas de vida y las formas de mentalidad. A medida que se masificaban, algunas ciudades de intenso y rápido crecimiento empezaron a insinuar una transformación de su fisonomía urbana: dejaron de ser estrictamente ciudades para transformarse en una yuxtaposición de guetos incomunicados y anómicos” (Romero: 388).

Romero en estas líneas publicadas por primera vez en 1976 deja ver cómo la representación que se ha hecho de los migrantes en la ciudad siempre ha sido la de algo “deforme”, porque

obedece a otro tipo de planeación del espacio. Desde comienzos del siglo pasado podíamos ver entonces la yuxtaposición de varias ciudades, la mayoría latinoamericanas, que vivieron más o menos las mismas dinámicas, no importaba su tamaño. La “explosión urbana” configuró entonces un fenómeno complejo con tensiones sociales que se incrementaron con el crecimiento demográfico. Las ciudades en pocos años duplicaron y hasta triplicaron su población; a Medellín llegaron entre 1938 y 1968 más de 400.000 campesinos a instalarse en algunos barrios “piratas”¹, otros en terrenos invadidos y los que llegaban con alguna posibilidad en los barrios obreros.

“Tales fueron los efectos de la explosión demográfica. Pero nadie quiere renunciar a la ciudad. Vivir en ella se convirtió en un derecho, como lo señalaba Henri Lefebvre: el derecho a gozar de los beneficios de la civilización, a disfrutar del bienestar y del consumo, acaso el derecho a sumirse en cierto excitante estilo de enajenación. Las ciudades crecían, los servicios públicos se hacían cada vez más deficientes, las distancias más largas, el aire más impuro, los ruidos más ensordecedores. Pero nadie -o casi nadie- quiso ni quiere renunciar a la ciudad” (Romero: 399).

La ciudad, aún con esa mirada “caótica”, sigue siendo para muchas personas lugar de oportunidades. La escisión, entre la ciudad congregada, compacta, normalizada y la anómica, y marginal, a simple vista supone que no hay comunicación, pero indudablemente la una convive con la otra, las dos se han hecho juntas, y aunque están en contradicción ambas habitan la ciudad (Romero, 1999). La mirada contrastada y dicotómica no ha permitido establecer diálogos entre estas dos partes de la misma ciudad que se nombran como “dos ciudades”.

Edward Soja (2004) también plantea en esta discusión los cambios o las transformaciones de la sociedad urbana, que se mueven en una fuerte tensión, que ensancha la brecha de los ingresos, creando lo que él llama “ciudad fractal”, una ciudad fragmentada con brotes intensos que amalgaman productos que vienen de distintos mundos culturales y por lo tanto están atravesadas por discontinuidades (Barbero:2008). De esta reflexión también se vienen ocupando los estudios sobre el territorio en América Latina la con-formación de la ciudad ha sido una preocupación para varias disciplinas –antropología, sociología, urbanismo, entre otras-, sin embargo la discusión sigue vigente, porque los movimientos de seres humanos en el territorio sigue sucediendo a la par que las ciudades se transforman.

Los migrantes continúan territorializando la ciudad, *espaciando* en palabras de Yori (1998), viviendo un proceso de construcción de su ser en el mundo. La ciudad no es sólo soporte físico-material, sino que se convierte en producto del habitar de las personas desde la acción, el hacer humano.

1 Los barrios llamados piratas, son producto de un ejercicio de toma de un espacio por una persona, que vende a otros de manera ilegal un espacio para que construyan una casa.

En las veredas habitan los fantasmas

En Colombia se estima que el 80% de la población vive en las ciudades, siendo esta una tendencia que se registra en casi todos los países de América Latina. A esto se suma la existencia de una guerra irregular que hace que el desplazamiento forzado continúe en crecimiento. En el primer semestre de 2008 llegaron a municipios Antioqueños 38.638 personas, 19.832 más que en el mismo período de 2007, de éstas llegaron 18.092 a Medellín desplazadas de sus lugares buscando “refugio” en la ciudad (Codhes:2008).

El abandono de sus casas en el campo ha dejado en muchos lugares de la geografía colombiana la desolación. Extensas áreas rurales se encuentran deshabitadas, *a las casas se las comió la manigua*, dicen las personas para hablar de la ausencia de los habitantes. Ellos allí en esos lugares cumplían una función, ocupaban un lugar que le daba sentido a su existencia, al romperse este vínculo se rompen también las redes de socialidad que habían construido.

Con la agudización del conflicto armado en los últimos años, la tendencia de llegada de desplazados forzados a la ciudad se ha mantenido² con los consecuentes impactos demográficos, sociales, culturales en las urbes y en el campo. Extensas zonas rurales -hasta hace poco ocupadas por campesinos productores de café, banano, arroz, plátano, algodón, maíz, entre otros- están hoy deshabitadas o cambiaron de habitantes. Las disputas provocadas por diversos grupos alzados en armas, la expansión de los cultivos de uso ilícito en la mayor parte del departamento, el desarrollo de megaproyectos entre otros, han generado el éxodo de la población.

“El mercado mundial, con su escala planetaria, engendra fraccionamiento espacial: estados y naciones que se multiplican en regiones que se diferencian y afirman, estado y firmas multinacionales que se benefician de dicho fraccionamiento y se mantienen por encima de él” (Lefebvre, citado por Ortega Valcárcel, 2000). En muchos casos el desplazamiento forzado, está asociado a grandes proyectos de infraestructura transnacionales. Aunque no se puede decir que la población desplazada sea homogénea, la mayoría son pequeños cam-



2 Codhes, Tendencias del desplazamiento forzado 1985-2005.

pesinos dedicados a labores agrícolas, que estaban ubicados en territorios estratégicos por los recursos naturales o por su ubicación geográfica. La disputa por estos espacios despertó el interés de ciertos grupos por estos territorios, y una de las consencuencias más visible es el desplazamiento de miles de personas.

“El mapa del desplazamiento forzado en Colombia señala claramente que las zonas de donde más se expulsan colombianos de manera violenta son aquellas que revierten un valor estratégico, en especial en las que se ubican megaproyectos” (Bello:2004,23).

La investigadora de la Universidad Nacional de Colombia (sede Bogotá) Martha Nubia Bello, resalta en su investigación como las zonas del desplazamiento son estratégicas económica o políticamente y por su parte los estudios del DNP³ comprueban que es más intensa la violencia en los municipios que tienen más posibilidades de ingresos o potenciales de acumulación de riqueza.

Somos desplazados



Manuel Delgado plantea que todo urbanita debe reconocerse como resultado directo de la inmigración. No obstante, *“en el imaginario social el inmigrante es un atributo que se aplica a individuos percibidos como investidos de determinadas características negativas”* (1997). Precisamente ante la pregunta por ¿dónde se habita? adquiere importancia indagar la construcción social de las identidades, como parte esencial en el análisis de los jóvenes en el territorio urbano. Las “condiciones estereotipadas” sobre los migrantes, en realidad no son iguales en todos, de ahí surge entonces la pregunta, sobre cómo afecta o no las generalizaciones y señalamientos comunes a los jóvenes.

A Medellín siguen llegando migrantes del campo y de otras ciudades, que en su mayoría se ubican en la periferia de la ciudad buscando salvar sus vidas y reconstruir los proyectos familiares, sociales, culturales y políticos. Cuando la mayoría de éstos toman la decisión de permanecer se encuentran que los espacios disponibles son aquellos llamados “subnormales”, que no cuentan

3 Departamento Nacional de Planeación. La paz: desafío para el desarrollo. 1998. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

con las condiciones básicas para establecerse (saneamiento, energía, vías de acceso, vivienda, salud), pero que son los únicos que se ajustan con sus niveles de ingresos.

“Lo que experimentamos actualmente, y lo que estamos más necesitados de pensar, es el planteamiento radical de los modos de ubicación, esto es, de la relación de los cuerpos y los objetos con los espacios. Ruptura radical en la medida en que los modos de ubicación estuvieron hasta ahora regidos por un dualismo centralista cuasi metafísico: el de estar en un lugar u otro, dentro fuera y siempre por relación a un, y solo a un, centro a partir del cual se ordenaban y jerarquizaban los espacios todos” (Martín-Barbero, 2005).

Jesús Martín Barbero propone la discusión sobre los *modos de ubicación* no sólo frente al espacio físico sino también con respecto al lugar que llegan a desempeñar estos nuevos habitantes en la ciudad, pues los roles que pueden asumir, de acuerdo con los saberes y conocimientos que portan, muchas veces no encuentran eco en la ciudad.

Medellín es una ciudad que no ha resuelto sus problemas de pobreza, muchos de sus habitantes, reconocidos como pobres históricos, no tienen resueltos sus derechos básicos, y a esto se suma la llegada de población desplazada en una situación de pobreza aún peor. Ante esta realidad se requieren soluciones estructurales de diversa índole y tiempo para vislumbrar los cambios, en el que caso que se implementen. Por el momento lo que se hace visible es el incremento de la brecha social para un amplio sector de la población que vive en la pobreza.

La movilidad como característica del mundo contemporáneo, no se da en el mismo nivel de posibilidades para todos los seres humanos, particularmente para colombianos, debido a las problemáticas internas del país. En el caso del desplazamiento interno, la movilidad dentro del mismo país no es fácil; los movimientos se dan de acuerdo con sus redes de amigos y familiares, como primer contacto para “ubicarse” en una ciudad o en pequeños centros poblados, y a su llegada surge la marca desde la noción: *dime de dónde vienes y te diré quién eres*, como lo muestra la investigación realizada por Gloria Naranjo:

“Aunque en algunos asentamientos al parecer no interesa el actor que los desplazó en el momento de asentarse, en otros, este factor es el que determina su permanencia en el barrio, pues los grupos armados realizan un estricto control sobre la población” (Naranjo: 2004,295).

Ubicados en la ciudad, la movilidad a su interior depende de las redes y relaciones. De acuerdo con esto, los migrantes crean unos circuitos y recorridos, se mueven y se “apropian” de la ciudad desde sus maneras de ser. Se vive la ciudad desde la experiencia y el recorrido; desde allí configuran sus formas de habitar, de acuerdo con sus necesidades (sociales, culturales, económicas, políticas). La ciudad no se vive desde su totalidad sino desde la vivencia de los seres en el espacio, según sean sus posibilidades.

Conectados/desconectados

Leer la ciudad como territorio desde las dicotomías centro/periferia, rural/urbano no alcanza para dimensionar las tramas de lo que viven las ciudades contemporáneas (independiente de su desarrollo). La mezcla uniforme y homogénea que desde la academia se ha llamado *melting pot* pierde de vista las experiencias individuales y colectivas, que reconstruyen la ciudad y configuran otros órdenes y sentidos de vida (Valenzuela Arce, 1998). Por eso resulta útil la reflexión que plantea García-Canclini de las conexiones:

“En suma: leer el mundo bajo la clave de las conexiones no elimina las distancias generadas por las diferencias, ni las fracturas y heridas de la desigualdad. El predominio de las redes sobre las estructuras localizadas invisibiliza formas anteriores de mercantilización -que no desaparecieron- y engendra otras. Coloca de otro modo la cuestión de los bienes sociales, de los patrimonios culturales estratégicos y su distribución desigual” (García-Canclini, 2004).

En esta discusión deben tenerse en cuenta los planteamientos sobre la sociedad en red, la sociedad conectada, que olvida las profundas desigualdades en las que se vive en las ciudades latinoamericanas. Canclini nos invita a pensar conjuntamente los desiguales, los diferentes y los desconectados⁴, que existen en nuestras sociedades y por esto es necesario verlos en relación, para poder comprender lo que está sucediendo también en la ciudad.

Valenzuela por otro lado plantea que .

“la ciudad no sólo expresa asimetrías derivadas de las pertenencias de clase, sino que encierra una amplia gama de relaciones de poder que no son reductibles a estas adscripciones, y cuya presencia se inserta en niveles diferenciados del conjunto de la vida social. La ciudad es un espacio configurado por relaciones sociales no necesariamente articuladas como expresión de los intereses de clase, pues estas son decodificadas a través de la mediación cultural y las experiencias grupales y personales” (Valenzuela Arce, 1991).

Al prestar atención a los diferentes, desiguales y desconectados, se devela también asuntos de poder, que están inmersos en universos simbólicos desde los cuales los sujetos se autorrepresentan y representan a los otros. Esta disputa se da en un espacio que no es neutro, sino que se encuentra inmerso en la lucha por el reconocimiento que le impone matices.

4 Uno de los ejemplos que se puede traer a colación son las cifras del movimiento de personas desconectadas de los servicios públicos por no pago, que en el 2007 fueron las siguientes: del servicio de energía eléctrica a 60.564 hogares, de agua potable 55.373 hogares, de telecomunicaciones 126.962 hogares, de gas 3.484 hogares, de agua residual 48.470 hogares y de servicios de valor agregado como Internet y otros 132.540 suscriptores.

El territorio lo afirma Santos, no es un dato neutro y menos un actor pasivo y su uso cambia a lo largo de los diferentes periodos históricos; así por ejemplo en el mundo actual, el tiempo se plantea de manera vertiginosa. María Laura Silveira, plantea la imposición de una unicidad del tiempo o la convergencia de los momentos, que nos ha dejado ver la simultaneidad “gracias a la técnica”, pero que los usos y accesos a esto se dan de maneras diferenciadas, dejando ver lógicas que la mayoría de las veces son impuestas por el mercado.

Los jóvenes se podría intuir que están conectados por las industrias culturales y la información. Acceder al rap, al reguetón y al rock, podrían ser ejemplo de esto, porque los han acercado a otras latitudes, su acceso es a través de medios gratuitos. Sin embargo, siguen desconectados de los circuitos que requieren destrezas y saberes, su inserción a éstos es precaria porque no cuentan con las habilidades y los conocimientos que se requieren para moverse por estas plataformas. Igual sucede con el trabajo, se encuentran inmersos en una oferta de mercado que requiere más cualificación técnica, a la que no tienen acceso, por lo tanto se deben contentar con seguir en las redes de trabajo flexible, inestable para las que están “preparados”.

Desde este punto de vista los jóvenes desplazados experimentan de diversas maneras la marginación, los riesgos de exclusión son altos, los aspectos estructurales adquieren tanto peso en sus vidas, que no pueden pasar inadvertidos ni para la sociedad ni para el Estado.

Territorio: construcción social

José Ortega Valcárcel (2000), en el texto: *Los horizontes de la geografía*, plantea que el término espacio ha sido muy usado desde su dimensión físico-espacial, dejando de un lado su componente social. En las disciplinas que lo han trabajado (economía, matemática, geografía, sociología, entre otras) se le ha dado diferentes acepciones al término que no son equiparables entre ellas. Muchos autores, específicamente desde la geografía de la percepción y la geografía humana, plantearon lo problemática que era la noción de espacio, en tanto ha sido retomada desde diferentes disciplinas con significados muy diferentes.



La palabra espacio en sus raíces semánticas ha tenido un vínculo con ordenar y organizar, *“ese vínculo entre espacio y orden aparece como una constante y en el ámbito grecolatino se expresa a través de las representaciones que identifican el espacio celeste como mundus o uranus, expresiones contrapuestas a las de caos”* (Ortega Valcárcel, 2000). Esta relación entre orden y espacio se podría decir que está muy relacionada con la planeación, con poner en orden el lugar; pero para este trabajo, el orden obedece a aquel que corresponde con las dinámicas de estar en el lugar, de “ocuparlo”, lo cual sucede pocas veces siguiendo los propósitos, lógicas e instrumentos del ordenamiento territorial.

Aunque Medellín es una ciudad que trató de seguir hasta hace varias décadas, el trazado en forma de damero derivado de los españoles, no solo la topografía sino las formas de ocupación no formal lo fueron desdibujando. El mapa de la ciudad de Medellín nunca se termina de hacer⁵ y casi todos los días llegan nuevas personas a ubicarse en sus laderas y amplían los límites que ha establecido la ciudad sin ser reconocidos. Por ejemplo, los asentamientos subnormales en donde habitan en su mayoría población desplazada, están marcados en los mapas oficiales de la ciudad con líneas intermitentes como lugares transitorios, aunque sus habitantes lleven viviendo años allí; en el Plan de Ordenamiento Territorial, las partes altas de las laderas, que son los sitios donde se han ubicado los asentamientos de población desplazada, están catalogadas como de Alto Riesgo Geológico y el actual mapa de Medellín, ni siquiera tiene ubicados estos lugares como barrios, sin embargo muchos de sus habitantes llevan más de siete años habitándolos.



La ciudad como construcción social, más que como imagen para vender o mapa técnico, es una trama heterogénea de formas habitar. Henri Lefebvre (1973) nos plantea tres tipos de problemáticas cuando se mira la ciudad como un todo, sin reconocer en ésta especificidades y transformaciones. 1. Construimos la ciudad como un arquetipo, un tipo ideal de ciudad, que muy pocas veces existe; 2. La conversación entre tiempo e historia no se hace de una manera dialógica, por lo tanto se genera una reacción “la ciudad es un espacio-tiempo y no solamente una estructura social”; 3. El tipo ideal de ciudad que se construye es incompleta porque siempre aparecen otros tipos. Una reflexión muy pertinente en Medellín, ya que la

5 El desplazamiento masivo se “transformó” en desplazamiento aluvial (gota a gota), siendo más difícil de cuantificar su dimensión.

planeación urbana no ha conversado con las dinámicas poblacionales. Medellín propone en este momento un modelo la ciudad compacta que crece en altura, desde lo técnico, y que puede ser “funcional” para una parte de la ciudad, mientras que hay “otra” ciudad que está creciendo siguiendo los parámetros de la necesidad básica de tener una casa.

Al respecto, es útil traer a colación la noción de configuración territorial de Milton Santos (2000) que plantea una relación estrecha entre los sistemas de objetos y los sistemas de acciones, como: *“el conjunto conformado por los sistemas naturales existentes en un país determinado o en área dada y por los agregados que los hombres han puesto a esos sistemas naturales. Esta categoría no es el espacio. (...) Tiene pues, su existencia material propia, pero su existencia social, es decir su existencia real, solamente le viene dada por el hecho de las relaciones sociales”*. Esta noción nos ayuda a comprender la realidad como proceso y como resultado, como un dato social construido.

Cuando distintos autores le dan relevancia al asunto social y cultural, el espacio adquiere otros matices. Lefebvre plantea una construcción teórica conformada por *espacio físico, espacio mental y espacio social*, dando como resultado el espacio como *producción social*. Desde este concepto de producción se propone superar la dicotomía objeto/sujeto desde la acción. *“El espacio no es ni un sujeto ni un objeto sino una realidad social, es decir un conjunto de relaciones y formas”* (Lefebvre, 1974).

Cassirer, también desde la sociología, abarca el problema del espacio vinculando la experiencia social y la práctica en el espacio llamándolo espacio vivido: *“El espacio no es un depósito o receptáculo inmóvil en el que se vierten cosas”*. En esta mirada podemos ver el espacio como una producción sensible, ligada a la percepción, lo cual le da cabida a la variedad y a la diferencia y no a la homogeneidad.

Ricoeur (2004) plantea que entre el espacio vivido del propio cuerpo y del entorno y el espacio público se intercala el espacio geométrico. Con respecto a éste, ya no existe un lugar privilegiado sino una localidad cualquiera. El acto de habitar sólo se establece mediante el construir⁶. Desde este planteamiento el autor le da un carácter simbólico al espacio, al establecer una relación directa con el lenguaje, desde el espacio construido como texto, en este momento nos estaríamos acercando más a nuestro problema, el habitar.

Para acercarnos a este problema es importante traer de nuevo los planteamientos de Lefebvre (1973) quien en su estudio sobre el Hábitat de Pabellón nos permite dilucidar tres niveles del habitar: en un primer punto plantea el habitar como un hecho antropológico (no desde

6 Ricoeur plantea aquí construir como una configuración narrativa mediante la construcción de una trama. En el orden de la narración se produce una lectura, en la que el habitante es el lector (agente, es decir no un sujeto pasivo).

lo disciplinar) estableciendo una relación entre hechos como el arraigarse (desarraigase) y el moverse (quedarse) como inherentes al ser humano. Sin negar en ellos la contradicción, podríamos hablar en este punto del “apropiarse” como la acción de los seres humanos en el espacio; en un segundo paso plantea la *relación entre el habitar y el lenguaje*, entendiendo éste como un sistema complejo, abierto, que tiene una función “práctica” pero también de significaciones y sentidos, donde el habitar se expresa; y por último nos habla que *el habitar se materializa objetivamente*, en la casa, la ciudad, el cuerpo (entre otros) y propone un doble sistema sensible y verbal, objetual y semántico, que está relacionado pero no es simétrico; exponiendo que muchas veces no se corresponden, razón por la cual ambos deben ser estudiados en esa relación, y no separados para lograr que el análisis sea mucho más profundo.

Podríamos decir entonces que el habitar implica la construcción de un entramado sociocultural complejo que se realiza en un territorio. Auge (2004) se detiene en la noción lugar antropológico y en sus componentes geométricos (línea, intersección y puntos), formas elementales del espacio social: “*se podría hablar, por una parte, de itinerarios, de ejes o caminos que conducen de un lugar a otro (...) por otra parte de encrucijadas y de lugares donde los hombres se cruzan, se encuentran y se reúnen (...) por otro lado centros que definen un espacio y fronteras más allá de las cuales otros hombres se definen como otros con respecto a otros centros y otros espacios*”. En esta mirada podemos ver una trama compleja de relaciones e intenciones, en cuyo caso no se puede perder de vista que puede ser discontinua, que construye lo que podríamos denominar territorio. En esta construcción quedan intersticios, pequeños resquicios que están al “margen”, expresiones que se construyen en el territorio no desde las lógicas hegemónicas sino más ligadas a las resistencias.

Igual que las nociones de lugar y espacio, la de territorio tiene múltiples significaciones, incluso dentro de los debates sobre su conceptualización se ha planteado que éstos no se han dado en las ciencias sociales de una manera interdisciplinaria. Para muchos la geografía se había ausentado de esta discusión, siendo la sociología y la antropología las que lo volvieron a plantear como fundamental (Haesbaert:2004). Quizás el significado más generalizado de territorio sea el político ligado a Nación, que lo define como un área física de dominio. Armando Silva citando a la *historia de las ciudades*, plantea la relación con la tierra como una expresión simbólica, como un complejo mecanismo, con el pasado y con el inconsciente de los habitantes del lugar: “*el territorio fue y sigue siendo un lugar donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como un lugar que aquel nombró con ciertos límites geográficos y simbólicos*” (Silva, 1992).

Rogerio Haesbaert (2004) hace una revisión juiciosa sobre el concepto de territorio y las nociones desde las que se ha trabajado y las agrupa⁷ en tres vertientes básicas:

7 Haciendo la salvedad de hacer agrupaciones, que siempre pueden ser leídas de manera distinta.

- **Político-jurídica:** aborda el espacio delimitado y controlado, a través del cual se ejerce determinado poder, la mayoría de veces asociado al Estado.
- **Simbólica-cultural:** prioriza la dimensión simbólica, sobre todo como producto de la apropiación y valorización de un grupo en relación con un espacio vivido.
- **Económica:** se aproxima a la dimensión espacial de las relaciones económicas, donde el territorio es fuente de recursos o producto de la división territorial del trabajo, así como el uso de la tierra.
- **Naturalista:** planteada desde la relación de los hombres con la naturaleza.

Igualmente desde las perspectivas teóricas se pueden observar dos binomios: a) materialismo-idealismo, con dos corrientes, una visión que plantea de una manera parcial el territorio, y otra integradora; y b) espacio-tiempo, desde su carácter más absoluto relacional y desde su historicidad y geograficidad, como condición, ya que todo espacio geográfico está inscrito en determinados períodos temporales (Haesbaert, 2004:41).

Continúa el autor planteando que un territorio se define en primera instancia con referencia a las relaciones sociales (o culturales en un sentido más amplio) en donde el poder⁸ juega un papel fundamental, igual que el contexto histórico en el que se encuentra (Haesbaert, 2004:78).

Tal complejidad llama a realizar un abordaje multidimensional, que imbrique las múltiples relaciones económicas, políticas, culturales. Haesbaert advierte el cuidado que esto merece, especialmente cuando es tan difícil traducirlo en términos conceptuales. Para este caso, se mirará el territorio desde lo simbólico y lo material, en los discursos y prácticas de los sujetos migrantes.

De acuerdo con el autor (Haesbaert, 2004:96):

“el territorio en cuanto relación de dominación apropiación de la sociedad-espacio, se desdobra en un largo continuum que va de la dominación político-económica más “concreta” y “funcional” a una apropiación más subjetiva y/o “cultural-simbólica”. Aunque sea completamente equivocado separar estas esferas, cada grupo social, clase o institución puede “territorializar-se” a



8 El autor cita a Raffestin, quien a su vez retoma a Foucault sobre la naturaleza del poder. 1. El poder no se adquiere, es ejercido a partir de innumerables puntos. 2. Las relaciones de poder no están en posición de exterioridad con respecto a otro tipo de relaciones, más son inmanentes a ellas. 3. El poder (también) viene de abajo, no hay una imposición binaria o global entre dominador y dominados (Haesbaert, 2004:83).

través de procesos de carácter más funcional (económico político) o más simbólico (político-cultural) la relación que desenvuelven con “sus” espacios, depende de la dinámica de poder y de las estrategias que están en juego”.

El territorio entonces, se debe analizar desde su multidimensionalidad pero también desde sus múltiples escalas. El territorio y su acción territorializar se deben leer como mediación, entre las dimensiones y las escalas, en lo cual los sujetos se inscriben en tiempos y espacios distintos, lo que configura sus modos de habitar. Esta mirada nos ayuda a identificar cruces en los territorios, flujos y fijos que circulan y permanecen, que establecen redes que, como lo dice Santos (2000), “*son simultáneamente, concentradoras y dispersoras, conductoras de fuerzas centrípetas y de fuerzas centrífugas*”.

Otro asunto sobre el territorio nos lleva a su transitoriedad, planteando preguntas sobre las maneras de ocupar y habitar, teniendo en cuenta el contexto y su relación con lo simbólico. En la relación dialógica entre ser y espacio es importante no dejar de lado el tiempo, ya que las relaciones se dan en unos tiempos dados, que marcan de manera diferenciada el territorio, la persona, las experiencias vividas y las formas de habitar se van configurando en el curso del mismo tiempo e igualmente derivan de habitus y hábitos en los que están presentes memorias e historias.



Inscritos en la construcción del campo de conocimiento de Hábitat, es necesario aclarar que el interés de este estudio está en indagar por esas formas de habitar, de ser en un espacio, y un tiempo, por las posibilidades de realizarse como sujetos individuales y colectivos teniendo en cuenta la condición juvenil y la condición social. ¿Quiénes pueden o no habitar en estas ciudades? ¿En qué lugares está permitido morar? ¿cuáles son las formas de habitar, teniendo en cuenta si situación de migrantes? Ello implica indagar por los sentidos que tienen estos lugares aparentemente transitorios, y cómo van imprimiéndole pautas a las formas de habitar y definiendo al hábitat unas tramas de vida particulares.

El problema del habitar en jóvenes desplazados forzados

Teniendo en cuenta la relación que se planteó entre ser, espacio y tiempo, consideramos que en este trabajo, la noción *territorio vivido* que se explicará más adelante es central para leer desde allí las apropiaciones y configuraciones de los territorios de los jóvenes.

Los jóvenes con los que se trabajará se encuentran en una situación que se ha llamado desde los estudios de juventud como “no incorporados”. Miles de jóvenes que llegan a las ciudades se encuentran en condiciones vulnerables y con dificultades de acceso a la mayoría de los bienes esenciales, en una palabra viviendo en la “exclusión”.

Para Heidegger habitar es fundamental para el ser humano, y ese habitar no sólo es visto como la construcción de la morada sino como *el dasein* que de una manera metafórica es el “clarear”. Es decir implica abrir el espacio como una expansión del ser en un lugar y un tiempo (Yori, 1998). Este planteamiento filosófico que parece no tener cabida hoy cuando la ciudad vive a velocidades inusitadas, y con poderes territoriales no incluyentes, nos lleva preguntar si entonces, será que ese *dasein* está compuesto de pequeños instantes y momentos de interconexión con otros que producen el habitat. Para los migrantes se podría decir que esa expansión del ser se da en un territorio ampliado que abarca los lugares en los que ha habitado y los que habita, esa construcción del espacio vital se mueve entre dos referencias espacio/temporales.

El desplazamiento no es sólo el movimiento de un punto A a un punto B, sino que implica una ruptura⁹: el destierro, el desarraigo, la pérdida de la morada. Para Heidegger el morar del hombre en la tierra es el arraigo, el mundo se vuelve relato, desde el que se configura y se le da sentido al territorio. Perder el lugar pone al sujeto sin lugar, se pierden sus anclajes, se queda en un estado de “liminalidad” del que se pasa sólo con el transcurrir del tiempo.

Cuando llegan nuevos a una ciudad, los sujetos tienen que superar sus miedos, entrar a lugares desconocidos, que son regidos por otros códigos y debe empezar a comprenderlos para construir sus territorios. El desplazamiento se puede leer como un acontecimiento que irrum-

9 La ciudad para Giddens (1986), ofrece una serie de sistemas que le proporcionan a la persona la “fiabilidad” para moverse, a estas construcciones le llama sistemas expertos, cuando irrumpe alguna situación y se cae el sistema experto, los sujetos se inventan respuestas de producción y reproducción, que para el autor están en 4 niveles que no son puros:

1. Aceptación pragmática del hecho, que algunos casos puede ser leída como conformismo, pero que el caso de la migración forzada es una manera de protegerse individualmente
2. Optimismo sostenido, fe en lo que está por venir
3. Pesimismo cínico, reírse de la situación como una estrategia de neutralización.
4. Compromiso radical, contestación práctica contra lo que se percibe como fuente de peligro, olvidos seleccionados.

pió en sus vidas, una “desubicación” que hace que sus referentes se transformen. El tiempo de adaptación o quizás de apropiación no se da de la misma manera en todos los sujetos, en él intervienen las formas de ser, las memorias, las construcciones socioculturales, estados emocionales en otras palabras su utillaje.

El concepto de *self* que desarrolló George Mead y que retoma Valenzuela (1998), nos da luces para comprender a los jóvenes migrantes, en tanto les reconoce capacidad de agencia y no los ve como sujetos pasivos ni simples receptáculos sino con posibilidad de definir y redefinir sus actos, de actuar sobre las estructuras sociales. Esas maneras de ser “individual” plantea la pregunta por la cotidianidad, que en el caso de los sujetos en estudio se transformaría posiblemente después del cambio del lugar y de sus referencias con ese tiempo pasado y presente.

En el ejercicio de habituarse, teniendo consigo una memoria y unos olvidos, se transforman las identidades, y en tal habituación cobra relevancia “lo transcurrido”, no sólo como pasado, sino también como presente. La memoria aparece como un asunto que debe profundizarse, específicamente con respecto al lugar en el que habitaban los jóvenes y su “desanclaje” siendo importante reconocer qué tan decisivo es entre el pasado y el presente, para estos sujetos.

En esta apropiación del tiempo y el espacio entra en juego el *habitus* como lo plantea Pierre Bourdieu (1995) cuando habla de la relación entre la estructura y las prácticas como un conjunto de disposiciones lógicas y esquemas culturales de interpretación, valor y acción de carácter histórico. Bourdieu, supera la dicotomía entre individuo y estructura con esta noción que une a los dos en una relación dialógica.

Geertz plantea el *sentido común* como un sistema que no dispone de otra teoría más que la vida misma, la manera como aprehendemos la realidad y la sabiduría coloquial que la recrea. “*el sentido común no es lo que percibe espontáneamente una mente liberada de propensiones; es, más bien lo que colige una mente llena de presunciones*” (Geertz, 1994:105).

El *habitus* y el *sentido común* son dos maneras de interpretar la vida de los seres que migran. Nos permiten ver unos umbrales “borrosos” y porosos entre la identificación y la diferenciación en el territorio.

El sujeto migrante cruza varios de los lugares de su existencia, la *des-localación* de un lugar al otro lo pone en lo que Hall llamaría articulación, una conexión, que se construye como una unidad de elementos diversos. “*Los intersticios o espacios intermedios (inbetween) permiten elaborar estrategias de identidad y pertenencia particulares y comunitarias, construyendo nuevos espacios de identidad y de definición de la sociedad*” (Valenzuela Arce, 1998).

Rossana Reguillo (1996) llama a este momento el “*espacio intermedio*” como un momento emergente capaz de disolver las fronteras. Este espacio se constituye en la lucha simbólica permanente que altera los modos de percepción, no se da en el vacío. Ahí está la fuerza de este lugar de interpretación y reinterpretación de la realidad, como un proceso de fluctuación, tensión y negociación entre los actores; el foco, más que en el antes y el después, está en el durante. El desanclaje que genera la migración le da relevancia a este durante que no se da de manera lineal sino posiblemente intermitente.

Las prácticas del habitar teniendo en cuenta lo que plantea Bourdieu (1998) están inscritas en el mundo social, son consecuencia de las luchas históricas y de las posiciones que los sujetos, en este caso los jóvenes migrantes, ocupan en el territorio. Es en esa dinámica que se da el proceso de apropiación material y simbólica con el lugar. Las prácticas para el autor también se dan en una relación dialéctica entre el habitus y la situación. Los acontecimientos o las situaciones que irrumpen en la migración plantean una reorganización de los sistemas simbólicos y un cambio en las actitudes frente al mundo. Los objetos (materiales, sociales o de carácter simbólico) se constituyen en elementos de pertenencia y definen la realidad objetiva y subjetiva, permitiendo tener sentidos de pertenencia con el grupo y también esclarecer quién es el otro.

El sujeto colectivo desde la práctica, en los discursos genera un nosotros. En el caso de la migración que estamos estudiando este “nosotros” se configura posiblemente también desde el “dejar de pertenecer” de una manera simbólica a un lugar, pero permanecer conectados a éste. El nosotros se configura entonces de manera compleja. Desde afuera ser desplazado puede ser un estigma sobre ellos, que genera reacción y no posibilita la acción en muchos casos. Como plantea De Certeau, es conveniente saber ubicarse para desde allí leer la vida cotidiana, las trayectorias y las relaciones de fuerza en ese territorio micro y su relación con lo macro. Las formas de habitar, desde donde surgen preguntas sobre el interior/exterior, adentro/afuera, centro/margen y nos sitúan en un lugar poroso del *espacio de en medio* donde se habita en yuxtaposición, como se planteó anteriormente (Martín-Barbero, 2005).



Pierre Mayol (1999) define el concepto de práctica cultural como:

"el conjunto más o menos coherente, más o menos fluido, de elementos cotidianos concretos (menú gastronómico) o ideológicos (religiosos, políticos), a la vez dados por una tradición (la de una familia, la de un grupo social) y puestos al día mediante comportamientos que traducen en una visibilidad social fragmentos de esta distribución cultural, de la misma manera que la enunciación traduce en el habla fragmentos del discurso".

Podríamos decir que las prácticas del habitar son una práctica cultural que se transforma en el proceso migratorio y en el nuevo lugar en el que se habita, manteniendo una conversación con el pasado. El territorio vivido se re-configura entonces a través de las interacciones que tienen los sujetos con estas dos referencias espacio/temporales.

Las prácticas del habitar no son las mismas frente a las diferentes escalas de configuración del territorio, que para el propósito de esta investigación se detendrán en el cuerpo, la casa, el barrio y la ciudad en relación con el lugar que habitaban. Al caminar el territorio, teniendo en cuenta las referencias espacio temporales, se hacen, escriben y se borran algunas topografías (De Certeau); en este caso ¿cómo y por qué se dan estas transformaciones? El andar y el migrante parecen estar unidos, porque el migrante parece que nunca deja de moverse de un sitio a otro, parece un andante sin fin, lo cual nos plantea también la pregunta por ¿cuándo se deja de ser migrante?



En la ciudad el migrante empieza una vida a la “deriva”, en tanto el desplazamiento no termina con la llegada a la ciudad, en buena medida es allí donde realmente empieza lo que muchos de ellos llaman “calvario”. La ciudadanía deviene en una condición sub-liminal (que no está en un lugar ni en un tiempo) para numerosos migrantes que se ven obligados a hacer del tránsito una condición estable de vida: se deja de ser ciudadano con respecto a la comunidad de origen y no se logra(rá) ser ciudadano en la comunidad de destino (Reguillo:2000). En este caso entonces se viviría la liminalidad en: el territorio, como ciudadanos y como jóvenes.

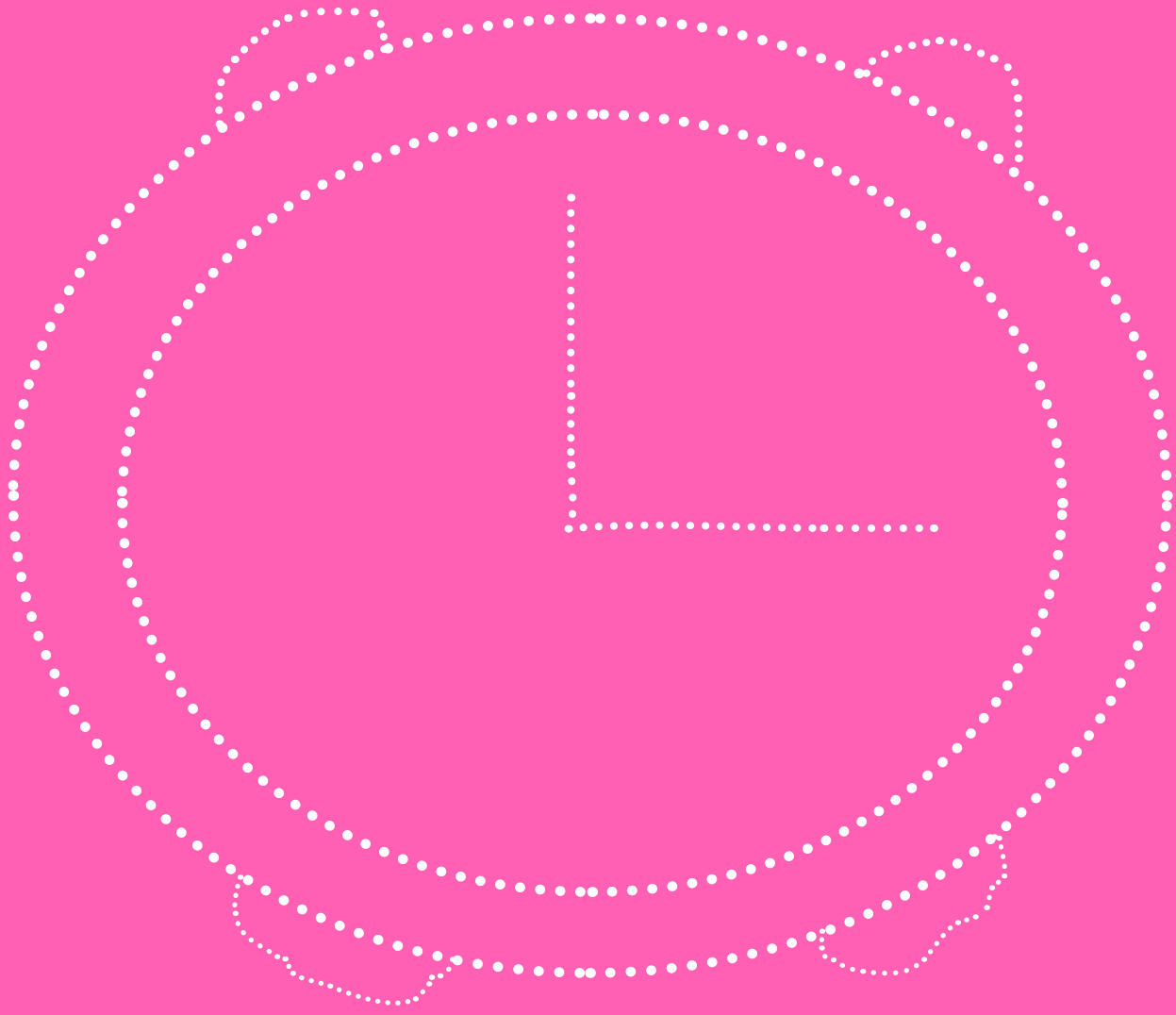
El hecho de habitar en un asentamiento “subnormal” implica una transgresión; se invade un lugar para tener sitio en la ciudad y permanecer, transpasar los límites entre lo lícito y lo ilícito, siendo un asunto que configura las prácti-

cas y los discursos; se pasa de no tener un espacio para habitar a tener uno “momentáneo” para estar.

Al usar la ciudad, el ciudadano configura una geografía simbólica en la que se entrelazan un “topos” y una “memoria”. El espacio anónimo, aséptico, es transformado mediante complejas operaciones sociales y de conocimiento del lugar común y se pasa al lugar significativo y significado. La ciudad se fragmenta y sus partes son semantizadas de acuerdo con la experiencia de los sujetos. A partir de la exploración y análisis de los relatos que ordenan la relación con la ciudad, se dibujan ciertas cartografías que ancladas en categorías espacio-temporales evidencian percepciones y significaciones diferenciadas y fragmentadas de la ciudad (Reguillo, 1996).

Teniendo en cuenta los trayectos espacio-temporales que hacen los sujetos jóvenes migrantes, se construye para esta investigación la noción *territorio vivido*, como un eje analítico que permite establecer una conversación con el mundo de la vida de estos actores, que como se ha visto no es una línea recta, sino una construcción en permanente movimiento entre el lugar que habitaban construido como un antes-allá, un acontecimiento disruptivo que los hace vivir un entretanto- en medio en sus vidas, la re-configuración de sus coordenadas en el aquí-ahora y esbozar algunas puntadas para su después-porvenir.





acercamiento al tiempo

acercamiento al tiempo

*"Hace ya demasiado que se usa lo divino
para toda cosa; una ingrata y taimada raza
abusa de las fuerzas bienhechoras del cielo
y cree saber la hora"
Hölderlin*

La modernidad planteó la separación del tiempo y del espacio, como lo resalta Giddens (1993:28):

"el dinamismo de la modernidad deriva de la separación del tiempo y del espacio y de su recombinación de tal manera que permita una precisa regionalización' de vida social; del desanclaje de los sistemas sociales (un fenómeno que conecta estrechamente con los factores involucrados en la separación del tiempo y el espacio); y del reflexivo ordenamiento y reordenamiento de las relaciones sociales a la luz de las continuas incorporaciones de conocimientos que afectan las acciones de los individuos y los grupos".

Los jóvenes desplazados se enfrentan a un desanclaje espacio-temporal, lo que hace una ruptura en sus vidas entre el aquí-allá y el antes-ahora. Este acontecimiento disruptivo en sus vidas los deja sólo con su cuerpo, su memoria y su historia, como un tiempo del mundo de la vida que se proyecta en el presente continuo, en el día a día. Estos jóvenes habitaban un espacio con unas rutinas y rituales y ahora viven otros lugares con otros ritmos y dinámicas. Ellos, ante la discontinuidad de sus prácticas y discursos, deben configurar y articular los tiempos de la ciudad, el barrio con los recorridos y ritmos de sus vidas.

"El individuo corresponde a una simultaneidad de acciones instantáneas en la medida en que es complejo; solo se siente él mismo en la proporción en que se reanudan esas acciones simultáneas. (...) El ser se continúa mediante el hábito" (Bachelard:1999,63).

Los ritmos y cotidianidades son la evidencia de la existencia, el pasado se escenifica en el sujeto en el presente, las prácticas están hechas de actos cotidianos que se hacen más o menos de manera automática de acuerdo con los hábitos que se tiene (lavarse los dientes, comer a determinadas horas, dormir). Después del desplazamiento forzado estos referentes se trastocan, "desaparecen" aparentemente y se deben transformar de acuerdo con los nuevos contextos donde se desenvolverá su existencia.

En qué tiempo se construye la trama de la vida

El acto de situarse de nuevo después de un acontecimiento disruptivo implica para los jóvenes restablecer su lugar en el mundo, en cuyo caso sus preguntas por quiénes son, a dónde

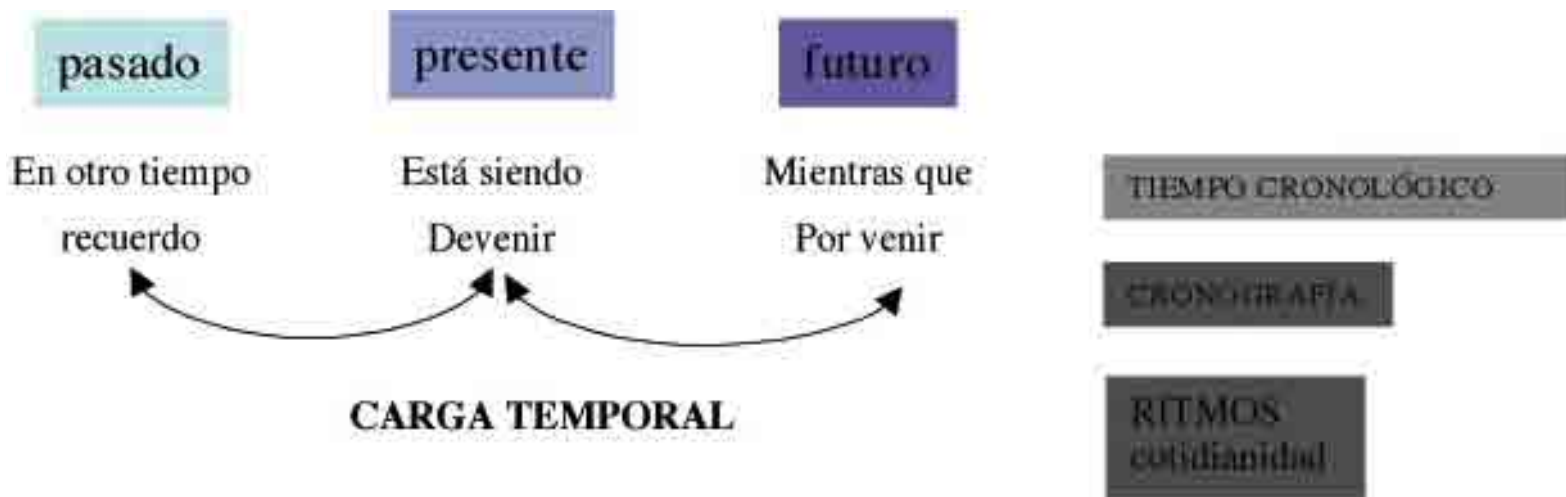
están y hacia dónde van marcan categóricamente su realidad presente. Así, por ejemplo, en los sitios de llegada ellos establecen *“juegos de distanciación y acercamiento que hacen de la proximidad una relación dinámica en continuo movimiento; hacerse próximo, sentirse próximo. La proximidad sería así la réplica de la amistad, de esa philia, celebrada por los antiguos, a mitad de camino entre el individuo solitario y el ciudadano definido por su contribución a la politeia, a la vida y la acción de la polis”* (Ricoeur, 2000:171). La llegada y la construcción de relaciones se desenvuelve en un territorio en el que se re-configuran sus repertorios culturales, a través de hilar y tejer redes de cercanía y distanciamiento. Siendo la ciudad en donde los jóvenes asuman unos nuevos roles, de acuerdo con los ámbitos en los que se desenvuelvan, empezando a formar parte de ésta aunque sea de manera marginal o marginada.

Ricoeur (2000:199) plantea: *“A la dialéctica del espacio vivido, del espacio geométrico y del espacio habitado, corresponde una dialéctica semejante del tiempo vivido, del tiempo cósmico y del tiempo histórico. Al momento crítico de la localización en el orden del espacio corresponde el de la datación en el orden del tiempo”*. En ello, la datación es la capacidad de recorrer los intervalos de tiempo vivido y de tener referencia de éstos, es una forma de inscripción que construye vínculos con una experiencia viva. *“En lo que concierne, sobre todo, al tiempo de la memoria, el en otro tiempo del pasado rememorado se inscribe, en lo sucesivo, dentro del antes que del tiempo datado; simétricamente el más tarde de la espera se convierte en el mientras que, que señala la coincidencia de un acontecimiento esperado con el conjunto de fechas por venir”* (Ricoeur:200). El tiempo presente, que no es planteado por el autor será para este trabajo el devenir, como lo que está siendo con respecto a la experiencia de los sujetos.

Pasado, presente y futuro, desde el tiempo cronológico lineal, definen una medida de tiempo con significados cualitativos y cuantitativos que permiten ordenar los acontecimientos en función de la comprensión de los ritmos de la experiencia vivida.

Para la comprensión de lo que sucede a los sujetos migrantes es importante inscribirlos en unos períodos de tiempo, en una historicidad (carga temporal) que será marcada, como lo plantea el Ricoeur, por unas cronografías: *“episodios anotados que definen su posición con respecto a otros: sucesión de acontecimientos únicos, buenos o malos, alegrantes o afligentes”*, en lo cual la experiencia vivida por cada uno de los sujetos es “única” pero está inmersa en una cultura institucionalizada. Inmerso en esta realidad, el ser define unos compases, unos ritmos:

“antes que nada, el individuo corresponde a una simultaneidad de acciones instantáneas en la medida en que es complejo; sólo se siente él mismo en la proporción en que se reanudan esas acciones simultáneas. Tal vez nos expresemos convenientemente diciendo que un individuo considerado según la suma de sus cualidades y de su devenir corresponde



Fuente: elaboración propia

a una armonía de ritmos temporales. En efecto, mediante el ritmo se comprenderá mejor esa continuidad de lo discontinuo que ahora nos es preciso establecer para vincular las cimas del ser y dibujar su unidad. El ritmo franquea el silencio, así como el ser franquea el vacío temporal que separa los instantes. El ser continúa mediante el hábito, tanto como el tiempo dura mediante la densidad regular de los instantes sin duración” (Bachelard, 2000:63).

También plantea Bachelard que el ser de manera racional y estética define unos movimientos ordenados que corresponden al simple hábito del ser. Para el presente trabajo los ritmos permitirán construir unas coreografías de la cotidianidad, del habitar en el día a día, desde las prácticas y discursos por los que los jóvenes se mueven diariamente y configuran lo que ellos son. Estos ritmos se mirarán en relación con las cronografías y con el tiempo cronológico, de tal manera que se puedan tejer una o múltiples líneas en su vida y desde allí responder la pregunta por el habitar.

¿Esto en dónde sucede? Los ritmos y sus coreografías se dan en un espacio, en un lugar cargado de múltiples sentidos, como la ciudad, como Medellín. Para tener en cuenta este tejido rico en significaciones, retomaremos de nuevo la propuesta de Mary Louis Pratt: *zonas de contacto*. Para ella, éstas son espacios intermedios, intersticios por los que se pueden dar diferentes procesos culturales, son lugares en los que confluyen culturas con trayectorias históricamente divergentes, tienen con frecuencia su origen en la invasión y la violencia y se traducen en formaciones sociales que se basan en drásticas desigualdades. A menudo también entrañan lo que la autora ha llamado “heterogeneidad radical”, es decir, estructuras sociales en las que, en un mismo espacio, coexisten sistemas culturales muy diferenciados que interactúan entre sí.

Esta tesis teniendo en cuenta lo planteado, partirá del ser desde el ahora y desde allí auscultará en el pasado, como recuerdo que ha sido construido en otro tiempo, pero permanece con algunos hilos en el presente; los jóvenes están siendo ahora, cotidianamente construyen su devenir y hacen trazos para su porvenir, para el futuro que se plantea como un mientras que, porque es un asunto del que ellos no pueden dar cuenta.



construcción de la información

construcción de la información

"Cualquier enfoque es, en definitiva, excluyente; no hay metodologías políticamente inocentes en materia de interpretación intercultural. Es inevitable alguna estrategia de localización si es que van a representarse modos de vida significativamente distintos. Pero, cuando decimos "local" ¿en los términos de quién lo hacemos? ¿de qué modo se articula y cuestiona políticamente una diferencia significativa?" (Clifford:1999,32).

En este apartado se abordará la fundamentación epistemológica y la estrategia metodológica del proyecto de investigación, Migración Juvenil, ¿dónde se habita? Cuya propuesta se plantea desde la hermenéutica ya que se hace una interpretación de los sujetos estudiados así como de la labor del investigador.

Esta tesis es en esencia un estudio exploratorio sobre las experiencias y representaciones sociales del territorio en el que habitaba, en el que ahora habita y en el que habitará la población juvenil migrante que llega a ubicarse en la ladera de la zona centrorienta de Medellín. Partiendo del interés por indagar por los jóvenes migrantes colombianos entre 14 y 30 años que han llegado en los últimos años a los barrios El Pacífico y Altos de la Torre de la ciudad, la recolección de la información se aborda desde dos dimensiones, una subjetiva que habla de quiénes son estos jóvenes y una objetiva que da cuenta del mundo en el que se desenvuelven. Al respecto es importante anotar que esto no se hace desde la dicotomía sujeto/objeto sino de esa relación que, en términos de Noguera (2007) se enuncia así. *"la filosofía del oiko-espacio, se dedica a construir, suturar lo fisurado, poner en diálogo lo silenciado, ir más allá del sujeto y/o vs el objeto para pensar la vida como un todo múltiple, tejido potente estético, haciéndose"*.

La autora continúa apoyada en las teorías de Varela y Maturana de la autopoiesis y autorganización, diciendo que no hay separación entre el producto y quien lo produce, porque la realidad se autoproduce. Esta "división" que se hace, se propone con el ánimo de precisar componentes para comprender esta relación sinérgica que se da en la vida y que se está configurando permanentemente, definiendo los sujetos individuales y colectivos en un territorio.

Esta propuesta retoma la invitación de Morin (1990) para pensar desde la complejidad de un fenómeno como la migración:

"A primera vista la complejidad es un tejido (complexus; lo que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple. Al mirar con más atención, la complejidad es, efectivamente el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico" (p:32).

El investigador establece unas relaciones con quiénes son sus observados, se vuelve parte constitutiva de la realidad de la que quiere dar cuenta, para lo cual hace uso de la hermenéu-

tica, ya que ésta le permite interpretar las acciones de los otros, intentando comprenderlas.

"Elaborar un análisis hermenéutico sobre los discursos generados por los sujetos analizados exige enfrentar lo que se denomina una 'doble hermenéutica'¹ ya que por una parte, el investigador contacta con un mundo social preinterpretado por los sujetos que lo habitan, quienes de hecho, continuamente lo están construyendo; y por la otra, tiene ante sí el reto de teorizar y conceptualizar sobre estos hechos, respetando la autenticidad de los marcos de significado en los cuales se expresan" (Rodríguez, 2006:48).

Como aclara Giddens (1993:27), no se desarrolla un conocimiento acumulativo si se tiene en cuenta el dinamismo y las discontinuidades del mundo social; en ello el dato es construido a través de diversos mecanismos.

Se presentó entonces la posibilidad de afrontar la trama, lo entramado en los fenómenos que Morin llama antro-po-sociales. Desde allí se construyeron los conceptos para tratar de comprender unas pautas de naturaleza cualitativa de la información y aprehender el objeto de estudio. Los tres conceptos orientadores (migración, juventud y territorio) ya tratados en este texto, son amplios y trabajados en las ciencias sociales desde diversos enfoques, por esto se definió desde cuál perspectiva teórica se está hablando; sin que con esto se esté dando por sentado que se está llegando a tierra firme, sino que se están construyendo unas rutas, para enfrentar una realidad empírica, desde las que seguramente se plantearán nuevos caminos y nuevos rumbos.

Esta investigación es cualitativa y como tal respeta la perspectiva de los actores, lee en sus discursos y prácticas, e indaga por las lógicas presentes en sus relatos y acciones. También es necesario ratificar nuevamente su naturaleza como un estudio exploratorio debido a la ausencia en la ciudad y en el país de estudios e investigaciones sobre jóvenes en situación de desplazamiento.

Puntos de partida metodológicos

"La metodología -los caminos usados, las rutas definidas- es siempre el resultado de múltiples movimientos, es proceso y no estado; es aprendizaje y no respuesta; es búsqueda y no receta" (Reguillo: 1996,93).

Esta investigación se inscribe en un campo de conocimiento en construcción, Hábitat, qué tiene dentro de sus preocupaciones la de las relaciones que se establecen entre los ciudadanos y su territorio, aventura que lleva a tomar referentes de diferentes disciplinas como la

1 Propuesta retomada de las nuevas reglas del método sociológico de Anthony Giddens y que este mismo autor complementa en su libro Consecuencias de la modernidad: "El conocimiento sociológico da vueltas en espiral dentro y fuera del universo de la vida social, recostruyéndose tanto a sí mismo como a ese universo como parte integral de ese mismo proceso" (P:27).

sociología, la antropología y la comunicación, entre otros. La finalidad de este estudio es académica, y por medio de una exploración busca reconocer ciertas dinámicas sociales y, desde allí, comprender componentes de la migración forzada de los jóvenes que llegan a la ciudad de Medellín.

Las migraciones son un fenómeno global que se inscribe en distintos órdenes, para este proyecto es importante indagar por la movilidad que vive un grupo social, con una características específicas, inscrito en una “clase social”² que en cierta medida determina las formas de migrar y las de ubicación. Se indaga por las formas de habitar que tienen los jóvenes como sujetos en un territorio vivido, y se lee desde allí, en sus acciones sociales, significados, las maneras como construyen las realidades, las vivencias y lo cotidiano, teniendo en cuenta ese lugar al que llegan y aquel que dejaron y las perspectivas del futuro.

Dentro de un grupo generacional específico como el de los jóvenes, que ha vivido la migración forzada y vive en la ciudad de Medellín, la selección del grupo no se hizo desde un criterio de representatividad sino de competencia y pertinencia de acuerdo con los propósitos de este estudio. Es importante aclarar que los jóvenes no se estudiaron de forma aislada sino en relación con los contextos en los que se desenvuelven, su mundo subjetivo y las maneras como se relacionan con el “afuera”.

“‘Ser joven’ no es un descriptor universal ni homogéneo, tampoco un dato que se agota en la acumulación biológica de años. ‘Ser joven’ es fundamentalmente una clasificación social y como toda clasificación supone el establecimiento de un sistema (complejo) de diferencias. La articulación de esas diferencias es lo que otorga características precisas, contenidos, límites y sentido al continente ‘ser joven’” (Reguillo:2003).

Teniendo en cuenta que para este caso se estudiaron jóvenes que han vivido la experiencia del desplazamiento forzado, se hizo necesario estudiar las especificidades planteadas por Reguillo ya que posterior a dicho acontecimiento los jóvenes viven un reacomodamiento de su mundo de la vida. La llegada a la ciudad, para la mayoría de ellos los lleva a una reestructuración de sus universos cotidianos y simbólicos.

James Clifford (1999) plantea: “*uno siempre es un participante-observador en algún sitio*”, dicho sitio en este trabajo se centró principalmente en un grupo de jóvenes que pertenecen a la organización Jóvenes Construyendo Futuro, como sujeto principal de la investigación, pero teniendo en cuenta la dimensión relacional se entró en contacto con otras personas o grupos que interactúan con el actor/sujeto.

2 Este concepto se abordó en el capítulo de jóvenes, siendo importante recordar que aunque es una categoría que había caído en desuso, las condiciones actuales del mundo han vuelto a darle relieve para comprender las relaciones que se dan en la ciudad.

El proceso de migración forzada no se da en una mecánica lineal sino dentro de una red afectiva-perceptiva-efectiva configurada y configurándose en el mundo de la vida individual y colectiva de los migrantes (Noguera:2007,45).

Las formas migratorias imponen ciertas características a la migración, las distintas modalidades de movilidad obedecen a dinámicas distintas, algunas suceden por efectos de expulsión (causas), como la migración forzada, y otras por atracción como la migración económica; Valenzuela plantea como coordenadas analíticas “*las condiciones espaciales y temporales, así como sus diferentes causalidades y motivaciones*” (2002:4). Aparte de las caracterizaciones, se hace necesario mirar cómo se articulan los jóvenes en las sociedades receptoras, cómo se alteran sus coordenadas; reconstruir cómo este proceso afecta sus maneras de ser joven y las relaciones que se establecen con ese lugar que se dejó.

Inscritos en la construcción del campo de conocimiento, hábitat, el interés del estudio es indagar por las formas de habitar, de ser en unos espacios (allá/enmedio/aquí/porvenir), en unos tiempos (antes/entretanto/después), las posibilidades de realizarse como sujetos individuales y colectivos teniendo en cuenta su condición juvenil y su condición social. ¿Quiénes pueden o no establecerse en estas ciudades? ¿en qué lugares está permitido para ellos morar? Pero también por los sentidos que se tejen en este tipo de territorios de supuesta transitoriedad, imprimiéndole a las formas de habitar y al hábitat unas tramas de vida distintas. Antes/ahora/después implican tiempos cronológicos que marcan las formas de habitar en estos asentamientos y a este grupo poblacional.

La delimitación “espacial” de la investigación es en función de espacios de acción de los jóvenes, como plantea Reguillo (1996:95) es un estudio local en tanto local es el contexto que organiza las tramas de acciones y relaciones estudiadas. Este grupo de jóvenes que vive en la Zona Centrorienta de la ciudad de Medellín, en los asentamientos El Pacífico y Altos de la Torre, fue observado desde una perspectiva relacional en la cual ellos los jóvenes fueron asumidos como actores sociales y desde una mirada reflexiva preguntamos por el hábitat desde sus prácticas en el territorio vivido (recuerdo/devenir/porvenir).

Mapas y grafías para comprender el habitar de los jóvenes migrantes

La pregunta metodológica de esta investigación es por el lugar dónde habita este grupo de jóvenes que ha vivido una experiencia de migración forzada, este acontecimiento de sus vidas, ha transformado sus configuraciones y sus relaciones espacio/temporales.

El análisis se centra en los observables, quienes desde unas características socioculturales establecen unas relaciones y unos marcos de acción en el gran escenario de la ciudad y configuran su territorio vivido. Rossana Reguillo (2005:313) nos habla de la pertinencia de hablar de la *antropología del acontecimiento* urbano, como:

“un escenario de preguntas y proyecto comprensivo, en tanto se trata de una denominación que permite una lectura integradora que restituye la complejidad al polisémico y multidimensional entorno ciudadano en un contexto de riesgos y posibilita atender de modo relacional los procesos de desestructuración y estructuración social no como momentos aislados o secuenciales, sino como fuerzas constitutivas de y en la ciudad”.

Continúa planteando Reguillo como los acontecimientos irruptivos, que en este caso puede ser el desplazamiento forzado para estos jóvenes, se convierten en una posibilidad para el análisis de la dinámica social, ya que se convierten en insumos fundamentales para pensar la vida (2005:315).

Ejes analíticos: cuerpos, trayectos, estructuraciones

Esta investigación parte de los siguientes ejes analíticos, desde los cuales se extienden los hilos (gráficas) para comprender las tramas, los bricolajes que arman los sujetos para hacer, configurar su territorio vivido.

Cuerpos individuales y colectivos, territorios en pugna: los sujetos (jóvenes) observados son personas en construcción y en relación con otros. Para este trabajo es importante su capacidad de agencia, de actores que configuran el lugar y sus formas de habitar. Se considera el actor social como productor y producto de la vida sociocultural. En este eje las identidades esenciales (etnia, nación, género) y por adscripción (política, religiosa, musical) que (re) configuran sus matrices culturales son importantes para dar cuenta de sus realidades y sus interpretaciones de esta.

Trayectos espacio-temporales en el territorio vivido: Se considera que el mundo de la vida de los sujetos migrantes no es una línea recta, con un principio y un final (pre)establecidos, sino una construcción (movimiento) con múltiples ramificaciones, atajos, extravíos, presencias, ausencias que van configurando el territorio y las formas de habitar en él. El territorio vivido es una construcción espacial en tanto retoma el allá, el en medio, el aquí, y se combina con la construcción temporal, antes, entretanto, ahora. Y desde el presente se esbozan las perspectivas de futuro.

Lo estructurado/estructurante: se reconoce como lo que evidencia las configuraciones, entre la cultura objetivada y la incorporada, es decir



desde la presencia de discursos y prácticas objetivas en las representaciones sociales de los sujetos migrantes. En tales sentidos interesa observar cuáles son los intercambios entre lo transmitido, lo aprendido y lo recreado por los sujetos y cuáles son los desplazamientos (resistencias) que configuran la compleja trama de sus vidas.

Escenografías: las prácticas y los discursos

Para Michel de Certeau (1995:45) las prácticas son la escritura, que cotidianamente está siendo re-escrita por los habitantes en un espacio. La ciudad para él es un laberinto que tiene como uno de los vocabularios las imágenes, que a su vez forman un discurso de la ciudad; e igualmente las palabras también construyen desde las historias y las memorias una mirada del territorio en el que habitan. Así palabras e imágenes forman unas escenografías en las cuales el actor (los jóvenes) se desenvuelven.

El cuerpo, primera escenografía

Interesa ver los procesos de subjetivación, de los sujetos, entendidos como la apropiación e interpretación que ellos hacen del mundo de la vida y cuáles son los anclajes que permanecen y los que se desplazan en los trayectos de su vida. *“Este enfoque supone mirar la constitución de la sociedad como un proceso dinámico en el que los actores sociales realizan acciones, producen discurso y construyen sentido sobre el mundo a partir de complejos procesos de negociación y siempre desde un lugar situado e históricamente construido”* (Reguillo:1997,2)³. Es importante saber cómo hablan y desde dónde hablan los sujetos migrantes, desde lo cual adquiere espesor analítico y pertinencia esta propuesta, que no habla de las individualidades y opiniones solamente sino del rol de los jóvenes como actores sociales en un escenario como Medellín.

Estos escenarios se configuran desde tres campos de la experiencia de los jóvenes como sujetos:

1. Pluralidad (nosotros) cómo se configura el nosotros, quiénes hacen parte él.
2. Alteridad (los otros) cómo se configuran los otros (lejanos y cercanos) quiénes son y por qué.
3. Identidades (sujetos). Cómo se define su ser desde las identidades esenciales y las de cambio.



3 Mimeo. Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo.

Se aborda la dimensión subjetiva del joven como migrante, en relación con el territorio vivido, cuáles son las interacciones que establecen y con quiénes las establecen teniendo en cuenta el lugar que ocupan en la sociedad. Para esta noción del joven que recorre ciertos trayectos después de vivir una experiencia disruptiva⁴, se acude a la metáfora del *bricoleur* de Levi-Strauss (2003) como una posible manera de comprender el (re)ordenamiento de su mundo de la vida, para poder seguir moviéndose en él. Así aquí se reconoce al migrante como *hacedor* de su historia, territorio y relaciones.

“El bricoleur es capaz de ejecutar un gran número de tareas diversificadas; pero a diferencia del ingeniero, no subordina ninguna de ellas a la obtención de materias primas y de instrumentos preconcebidos (...) la idea es arreglárselas con lo que uno tenga, es decir un conjunto a cada instante finito, de instrumentos y materiales, heteróclitos además, (...) resultado contingente de todas las ocasiones que se han ofrecido de renovar o de enriquecer sus existencias, o de conservarlas con los residuos de construcciones y de destrucciones anteriores” (Levi-Strauss:37).

Esta metáfora del *bricoleur* trae a colación varias características de los jóvenes y de los migrantes tales como la recursividad, la capacidad de sobreponerse a algunas situaciones, la posibilidad de pensar en otro tipo porvenir, distinto al que están viviendo en ese momento (mundo de carencias).

“(...) Como Henri Lefebvre nos enseñó, toda práctica social practica el espacio, lo produce, lo organiza, y sólo puede hacerlo a través de esa herramienta con la que sus componentes cuentan que es el cuerpo” (Delgado:2002,110).

En nuestro caso el interés se sitúa en comprender desde los jóvenes, con sus prácticas y discursos, el territorio vivido, con la referencia espacio temporal (aquí/allá). Entonces el discurso, el acto del habla, representa una de las posibilidades para comprender esas construcciones que hacen los jóvenes de su mundo de la vida y las prácticas, como bien lo expresa De Certeau (1996) porque existen maneras de hacer, maneras de habitar, formas de vestir, de estar en lugares (públicos/privados).

Rossana Reguillo (199?) apoyada en Foucault dice: *“los discursos son dominios prácticos limitados por sus reglas de formación y sus condiciones de existencia. Esta formulación lo llevó a acuñar la noción de ‘formaciones discursivas’ para referirse al conjunto de reglas anónimas e históricamente determinadas, que se imponen a todo sujeto hablante y que delimitan el ámbito de lo enunciable y de lo no enunciable en un momento y un espacio”*. Esta noción permite entonces espacializar y temporalizar el discurso, siendo la etnografía una herramienta que puede ayudar a desentrañar esas estructuras significativas.

4 En las lecturas realizadas el acontecimiento (migración) produce en los sujetos desanclajes en su historia, que les obliga a reconfigurar sus nociones de ser, territorio y tiempo.

Las coreografías son una metáfora de esas estructuras significativas que se dan en el movimiento del sujeto migrante, con ritmos y permanencias que forman el territorio vivido. En esa experiencia entre el aquí y el allá se conforman interacciones con el nosotros y los otros, en dónde se confunden o se hacen evidentes sus identidades.

“Ese cuerpo que proclama un sitio, un punto geográfico, un lugar en que está y del que se apropia, aunque no lo posea ni lo domine. Pero también cuerpo que actúa a través del espacio, que lo atraviesa, lo organiza a través de sus sentidos, que lo somete a planes y estrategias, un cuerpo mediático que se deja atrapar y transportar por fuerzas que proceden de su entorno histórico, social, emotivo, sensitivo, que nota todas las presencias y las ausencias, susceptible a los flujos que lo influyen” (Delgado:2002,127).

Quién, cómo, cuándo, dónde y qué escriben los cuerpos, cuáles son los grafos que trazan la vida de un sujeto joven víctima del desplazamiento forzado. Cuáles son las huellas “efímeras” y las que “perduran” del sentir y lo sentido que van dibujando sus trayectorias.

El territorio vivido, segunda escenografía

Desde el despliegue y repliegue de los cuerpos que se da en el territorio, se construyen las distancias - cercanías, el aquí - el allá, el antes-el ahora-el después, y se configura el nosotros y las alteridades.

“La vida reside, habita, mora, se aloja, no puede prescindir del lugar. Se diría que dibuja y codifica su definición; entendiendo por esta última palabra lo que dice su etimología: la asignación de límites o de fronteras, abiertas o cerradas” (Serres:1995,42).

¿Cómo organiza entonces el lugar el sujeto migrante? Para esto es útil traer a colación la propuesta de André Leroi-Gourhan (1971,311) en la cual el hábitat obedece a una triple necesidad: *“la de crear un medio técnicamente eficaz, la de asegurar un marco al sistema social y la de poner orden, a partir de allí, en el universo circundante”.*

Este modo de leer el lugar de los sujetos y su relación con el territorio se complementa con la propuesta de Walter Benjamin sobre el hecho de habitar que parte de las conversaciones con su amigo Bertold Brecht y plantea varias formas de habitar: 1. “El habitar que da las medidas”, 2. Aquel de “quien se siente en todas partes como un huésped”, 3. “el habitar que depara al habitante el máximo de hábitos, y 4. “y aquel le depara el mínimo” de hábitos. Precisamente aquí el autor remite al significado de habitar, de los sentidos y usos que un ser le puede dar a estar en un lugar o que un espacio concede a dicho ser.

Al habitar se configuran unas geo-grafías, “*unas maneras de ser en el mundo, ‘puestas en escena’ de un ser (el humano) que en ellas se devela como acto en el que el ser mismo resulta en-fundado*” (Yori: 1998,65). Esas geografías simbólicas que son humanas, definen y describen las maneras de ser en el mundo, estar en un lugar también define unas formas de actuar y mirar la vida para los jóvenes migrantes.

Se retoman los trazos y las grafías que hacen los cuerpos de los jóvenes en este territorio vivido con filigrana, con detalles que pueden ser imperceptibles a la vista, pero que le dan sentido al territorio. Los detalles, esos pequeños puntos, granos, que van construyendo con delicadeza figuras, prácticas, discursos, son observados con la mayor rigurosidad para que esas cosas pequeñas, y sin importancia aparente puedan hablar de los lugares y su habitar.

La etnografía como camino

“El campo, como práctica espacial, es así una residencia que posee estilo, calidad y duración específicos (...) al considerar el trabajo de campo como una forma de viaje, como una práctica espacial de localización múltiple, se introduce en la escena final (y los cabos sueltos) de la ‘residencia’” (Clifford: 1999, 35).

La etnografía se plantea como un método de investigación pertinente para responder las preguntas y cumplir con los objetivos planteados en esta tesis. Sus instrumentos potencian la mirada consciente y crítica sobre lo que se está observando. “*La percepción y el registro riguroso son el corazón del trabajo etnográfico, por esto los lenguajes (visuales, textuales, gestuales, verbales) son tan importantes*”, este universo que Galindo llama semiótico configuran el oficio del etnógrafo, la mirada y el sentido entablan una conversación dialógica para encontrar los sentidos que son el meollo de la labor investigativa.

Así dice Geertz:

“Desde el punto de vista de los libros de texto, hacer una etnografía es establecer una relación, seleccionar a los informantes, transcribir los textos, recoger genealogías, trazar mapas de los campos, escribir un diario, etc. Pero no son estas cosas, es decir, las técnicas y los procedimientos recibidos los que definen esta empresa. Lo que define es la clase de esfuerzo intelectual, que es una aventura tomada de la noción de Gilbert Ryle sobre “descripción densa”. (1993:550)

Se retoma entonces la noción de “*descripción densa*” como:

“una jerarquía estratificada de estructuras significativas con las que las contracciones, los guiños, los guiños falsos, las parodias, los ensayos de las parodias se producen, perciben e interpretan y sin las cuales no podrían existir incluso no podrían las contracciones

sin significado, que como una categoría cultural son tan no guiños como los guiños son no contracciones independientemente de lo que cada uno hiciera o no con sus párpados” (1993:550).

Geertz hace una diferencia la etnografía de texto o descripción fina, que en todo caso es pertinente realizar, pero sitúa su interés en la descripción densa en correspondencia con una perspectiva interpretativa de la cultura.

“Así hay tres características de las descripción etnográfica: es interpretativa; es interpretativa de lo que es el transcurso del discurso social; y la interpretación envuelta consiste en intentar rescatar lo dicho de tal discurso de sus ocasiones peligrosas y fijarlo en términos examinables” (1993:560).

La etnografía supone un itinerario de exploración/descripción/interpretación. Es allí donde entraría el enfoque interpretativo, como una indagación por los sentidos, en el marco de una comprensión semiótica de cultura. Se trata de identificar los significados que se dan al territorio, territorio de salida y territorio de destino; destino más o menos transitorio o más permanente en tanto “apropiado”, “integrado” o “negado”. Estos enfoques se ven en este momento como posibilidades para comprender mejor el fenómeno de las migraciones evitando sólo hacer un abanico de descripciones de las vidas individuales y colectivas, y buscando agudizar la mirada para encontrar esos asuntos centrales en la configuración de estos sujetos sociales en relación con el territorio.

Otro asunto que cobra relevancia, son las prácticas cotidianas del habitar, como una forma de comprender el mundo social e individual en el que se mueven los sujetos. Siendo una noción con múltiples significaciones, su carácter de policromía –por llamarlo de alguna manera- permite leer los significados y “la vida práctica” de los seres humanos. Para Alicia Lindon: se trata de un proceso de construcción simbólica que tiene su expresión en el discurso y en los modos de actuar, “*producción imaginaria y simbólica de las relaciones sociales, como ritualización incesante del vínculo social*” (2000), en donde la acción práctica siempre tiene un posicionamiento en un aquí y un ahora en el que el pasado viene como conocimiento incorporado y disponible. Es ahí en ese lugar desde donde se podrán leer las prácticas del habitar.

Aquí es interesante la discusión que propone Geertz sobre la importancia, en la interpretación cultural, de los aspectos semióticos, para ayudarnos a acceder al mundo conceptual de los individuos en el rango más amplio del término conversar. Sin ahondar profundamente el interaccionismo simbólico, éste nos puede ayudar a mirar la relación que establecen los individuos y la sociedad por medio de la acción y los significados que le otorgan a esta (Germany Mead, Erwin Goffman) donde juega un papel crucial el contexto social donde los individuos se relacionan intersubjetivamente. Para llegar al mundo de la vida de los jóvenes migrantes, fue necesario apelar a otro tipo de construcciones discursivas como los dibujos, las fotografías,

ya que en este tipo de expresiones se encontraban más cómodos y podían expresarse más tranquilamente. También es claro que estos enfoques metodológicos se complementan y se apoyan, en el sentido de que para tener una mejor aprehensión de social, como lo plantea Reguillo (1997), una perspectiva no agota la otra.

Una orientación teórica metodológica relacional lleva a la lectura de los sujetos jóvenes en la experiencia de la migración, conectando las formas de habitar del sujeto joven en el territorio en su doble tensión del territorio dejado atrás y el territorio del presente, del lugar de nacimiento y procedencia y el lugar ante la experiencia del extrañamiento.

Considerando este planteamiento se miran entonces los intercambios que ocurren entre lo transmitido, lo aprendido y lo recreado por los sujetos. Esto se plantea en un acercamiento metodológico a los discursos institucionales en torno a la migración forzada, a los discursos y prácticas de los sujetos migrantes, así como a los desplazamientos (resistencias) que configuran la compleja trama de sus vidas.

En el enfoque metodológico de carácter reflexivo supone dar preferencia a la investigación cualitativa, a la relación cara a cara y a las técnicas grupales que permiten involucrar a los participantes para pensar y pensarse en su territorio vivido. De ahí que la recolección de información transcurra a través de una mirada del investigador que hace de sus herramientas una mirada al exterior y también un recorrido interno que incide en la producción de los datos.

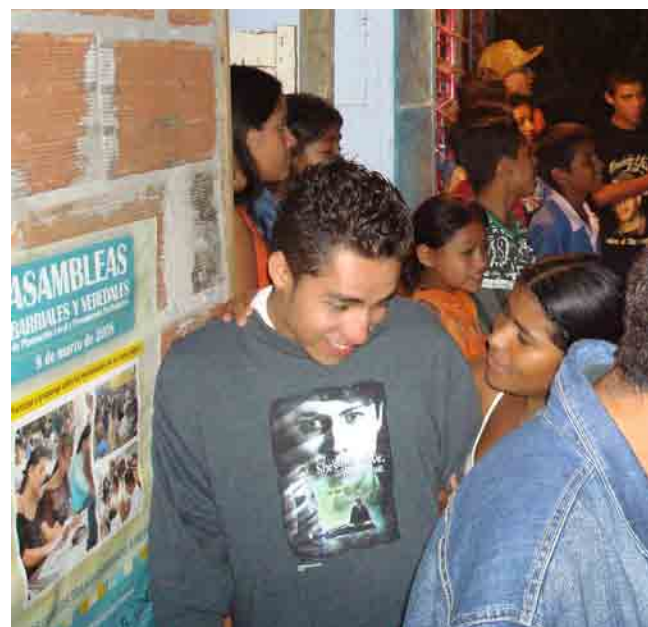
Momentos para comprender el habitar de los jóvenes migrantes

Se construyeron cuatro momentos de la investigación, no como un asunto lineal sino como un proceso de apropiación del objeto de estudio, con sus respectivos instrumentos para tratar de comprender esta realidad.

Fase de observación

Diario de campo: como mapa que orienta la reflexión propia.

Observación participante: supone trabajo de campo. Implica establecer lazos de confianza entre los sujetos migrantes y el investigador, respetando los acuerdos tácitos y explícitos que se establecen entre ambos. Para dar cuenta de las prácticas de los jóvenes, se retoma este instrumento con el fin de registrar su ocurrencia en



diversos espacios y develar sus usos. Según De Certau⁵, existen maneras de hacer, maneras de habitar, y maneras de hablar diversas de los jóvenes y ésto permite desentrañar sus formas de habitar.

Lectura de los lugares: lógicas que operan en los sujetos frente al territorio, teniendo en cuenta las referencias espaciotemporales. Interpreta las marcas, los recorridos, las ausencias, las formas como “territorializan” las temporalidades y los ritmos que se establecen en estos lugares. Se utilizan diferentes herramientas de recolección de información.

Fase de acercamiento

Video y fotografías: como una forma de captar e interpretar la realidad, desde un juego entre el observador y el observado; siendo un instrumento de análisis, que implica tener claro los ejes analíticos y metodológicos desde donde se hace la observación.

Entrevista semi estructurada: Reconstrucción de las vivencias en el territorio y sus relaciones con los lugares que habitaban los jóvenes, mediante un proceso de valoración subjetiva frente al territorio en esta doble referencia.

Fase grupal

Talleres de memoria: En las técnicas reflexivas se conforman grupos de discusión donde cada participante pone su palabra y sentidos, socializando sus experiencias y expectativas dentro de un marco colectivo que le puede llevar a la resignificación de las experiencias y a intercambiar información que puede colaborar en el fortalecimiento de su agencia, de sus derechos y proyectos de vida.

Entrevista estructurada: Como una técnica de recolección de información, es un dispositivo que da cuenta de la construcción de la realidad de los sujetos. Después de los talleres grupales se realizan unas entrevistas para reconstruir individualmente las vivencias en estos territorios y sus relaciones con los lugares que habitaban, dentro de un proceso de valoración subjetiva frente al territorio en esta doble referencia. Se plantearon preguntas de final abierto para que los jóvenes hablen de ellos mismos.

Revisión de fuentes secundarias: otros tipos de textos, imágenes, cartas, registros disponibles que pueden aportar en la comprensión del objeto de estudio.

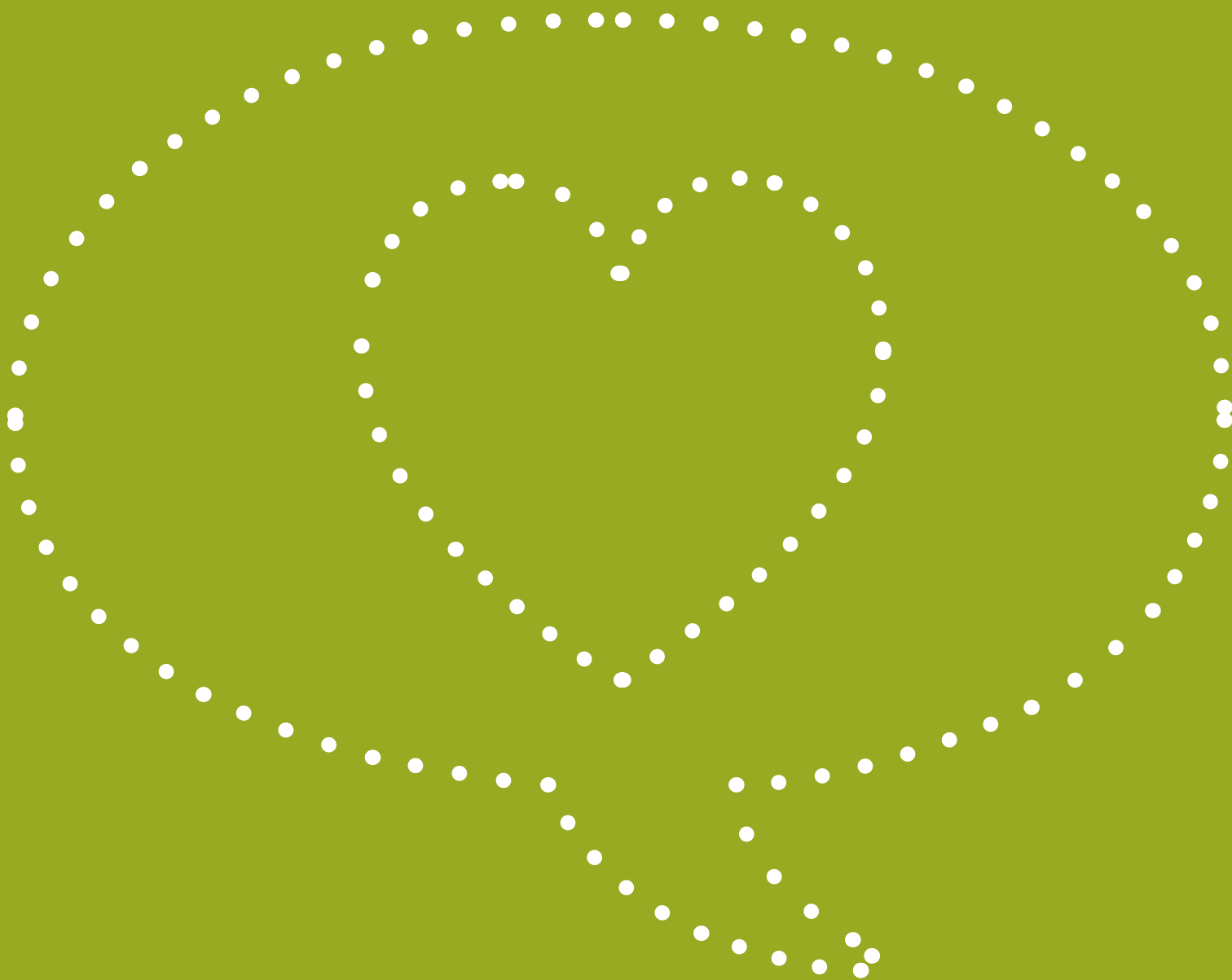
5 De Certau, M. (1996). La invención de lo cotidiano. Artes del Hacer. México: Universidad Iberoamericana, p.36.

Fase Sistematización de la información

De acuerdo con la información recogida y las matrices construidas⁶ se hace una interpretación que da cuenta del problema y de las preguntas de investigación.



⁶ Ver anexos



¿dónde se habita?

¿dónde se habita?

Estudiar un grupo de jóvenes migrantes forzados es un reto que implica desentrañar las experiencias del sujeto en los diferentes trayectos de su vida. En esta pesquisa se encuentran múltiples realidades, discursos, prácticas, ritmos, entre otros, que evidencian formas y configuraciones desde las que ellos establecen una relación con el territorio, con ellos mismos, con sus pares y con un universo que los rodea.

Se escogió como grupo de trabajo a la organización Jóvenes Construyendo Futuro, una iniciativa que nació en los asentamientos Altos de la Torre y El Pacífico, en la que participan 33 jóvenes, la mayoría desplazados forzados de distintos municipios de Antioquia. Este grupo fue una iniciativa que surgió de la propuesta de Corporación Región, para que participaran en capacitaciones sobre temas que ellos habían definido en reuniones previas como de su interés¹.

Teniendo en cuenta que esta es una investigación cualitativa que se hace una pregunta por el habitar en jóvenes desplazados, surgen múltiples reflexiones desde los sujetos que han sido víctimas de esta problemática y ahora viven y construyen la ciudad.

Los elementos aportados desde la teoría y el camino propuesto para la construcción de la información, constituyeron el soporte desde el cual se hizo este recorrido. Lo que se presenta a continuación es el resultado del trabajo de campo y la interpretación de la información, como un tejido que se hace con sus voces y sus imágenes, dándole sentido al *cuerpo y al territorio vivido*, como dos escenografías configuradas por: allá-antes, en medio- entre tanto, aquí-ahora y después. Estos momentos no tienen unos límites precisos, su frontera es borrosa y en algunos momentos se disuelve.

ALLÁ-ANTES

En la pregunta central de esta investigación por dónde se habita, teniendo en cuenta que los sujetos en observación son desplazados forzados, aparece la necesidad de indagar por el lugar donde vivían. El ejercicio de hacer memoria con los jóvenes sobre el lugar que habitaban, les implicó a ellos realizar un esfuerzo por encontrarse con su pasado.

Los jóvenes desplazados con los que se trabajó vienen del campo, vivían en el área rural de municipios afectados por el conflicto armado y sus actividades eran agrícolas, lo cual determinaba sus cotidianidades. La narración revela la profunda conexión que tienen con estos lugares desde la memoria, desde allí se hace una construcción simbólica de sus identidades y de sentidos en sus historias vida.

1 En esta propuesta tenían talleristas de: salud, artes plásticas, danzas, lectoescritura, entre otros.

Yo vengo de Uramita, el lugar donde yo vivía era una casa de tapia como a tres cuerdas quedaba el pozo donde se molía caña, se lavaba la ropa y se bañaba uno. La finca tenía tres cafetales. Lindábamos con el monte. A mí me gustaba mucho por todo lo que había, uno quizás por ser de un pueblo es muy apegado a las cosas, era muy bonito. No creo que se pueda comparar con la otra belleza, con esas bellezas que uno va viviendo en su entorno, El Pacífico puede ser una belleza para mí ahora. Pero eso es algo que uno no puede olvidar porque allá crecimos, allá vivieron primos que ahora están muertos, entonces hace parte de la vida (John Jairo, 18 años).

Las referencias que los jóvenes hacen de sus vidas, están marcadas por la tranquilidad. Eran unas vidas definidas como sencillas, estudiaban (en algunos casos) y trabajaban con sus familias en labores agrícolas. Describen las texturas de su cotidianidad desde la memoria resignificada, revelan la piel del pasado desde colores y formas con las que describen el lugar que habitaban.

Yo vivía en una finca como a 15 minutos del pueblo, con mi abuelita, un primo y dos tíos. Mi abuelita es muy trabajadora, echada pa'lante, tenía las cafeteras en compañía². Yo sé de todo eso, estudiaba en las mañanas y por la tarde ayudaba a coger café, a desyerbar, sembrar, de todo (Paloma, 18 años).

La vida cotidiana estaba hecha de rutinas relacionadas con las labores del campo y el hogar, sus oficios estaban ligados a la agricultura y en sus casas, sin importar la edad, todos tenían que hacer una labor en los sembrados. Estos jóvenes saben ordeñar, desherbar, recoger cosechas, fumigar. Las mujeres ayudaban también a sus mamás en las labores de la casa y con los hermanitos, iban a lavar la ropa al río cercano, hacían de comer, entre otras labores. Sus casas eran unos territorios ampliados relacionados básicamente con las fuentes de agua y alimentación. Los jóvenes reconocían su territorio, se podían desenvolver con facilidad en estos trabajos y en esos espacios físicos construidos cotidianamente con redes de relaciones funcionales y sociales.

Yo me iba con mi papá hacer de todo, a mí me gustaba mucho, todas las labores del campo, se me pasaban los días rápido (Johnny, 18 años).

Es que hacer las labores del campo es fácil, o será porque uno las aprendió desde chiquito (Paloma, 18 años).

En los relatos de los jóvenes se puede leer que se daba una transmisión de los oficios de generación en generación, lo cual formaba parte de su realidad y en ningún momento se cuestionaba, el lugar gobernado por el papá o por adultos. En la mayoría de las entrevistas, se ve la figura del padre como el centro de la familia, la autoridad de la casa, el que definía las

2 En sociedad con otra persona.

normas de comportamiento para todos. Se replicaba el modelo cultural patriarcal en el que se vivía, eso hacía parte de la realidad y el imaginario en los que estaban inmersos

Por allá no había celular, ni teléfono, ni nada de eso, entonces nosotros no hablábamos con nadie (Yasmín, 18 años).

En mi casa había un radio teléfono, entonces muchos vecinos iban para mandar o recoger mensajes, pero de resto, todo era monte (John Jairo, 18 años).

Las redes de relaciones en las fincas eran con sus vecinos y familiares. La vida la vivían en la familia y con el afuera tenían poco contacto. Este afuera estaba relacionado con el pueblo, a dónde salían a conseguir algunos artículos de primera necesidad y con la escuela de la vereda donde algunos días iban a estudiar.

Nosotros vivíamos en una Finca, lejos de Urrao, allá solo íbamos de vez en cuando, muy poquito. En la finca era muy bueno, teníamos de todo, no nos faltaba nada, mi papá jugaba con nosotros mucho (Isabel, 15 años).

La relación que los jóvenes tenían con otros espacios como la escuela, era limitado, iban unos días a la semana y no era un lugar importante en su cotidianidad. En las dinámicas y rutinas de su vida diaria este espacio no era “relevante”, las prácticas culturales en el campo no otorgan a los espacios escolares mucha importancia, la transmisión de los oficios y saberes para vivir en el campo se hacía en el hogar, desde sus padres y familiares, por lo tanto asistir a la escuela no era una prioridad.

Se vivían otro tipo de conexiones, su realidad estaba circunscrita a la vida y las labores de la finca, se podría decir que vivían en el ámbito de lo privado, de lo familiar, lo que determinaba sus experiencias cotidianas como sujeto individual y colectivo. El nosotros, estaba configurado por su familia extensa, con ellos se realizaban prácticas de socialidad como: asistir a misa, tomar fresco en la plaza del pueblo, jugar o ver televisión. Los jóvenes habitaban aquellos espacios plenamente. En los relatos se pueden leer que las vivencias en estos espacios com-



binaban el trabajo y la lúdica, son recuerdos felices, y la primera imagen está hecha desde una representación del lugar como el ideal que no tiene ningún pero.

La temporalidad y los ritmos de la vida de los jóvenes estaban mediados por la cosecha, el invierno o el verano para sembrar los cultivos y esto determinaba las prácticas cotidianas de los miembros de la familia.

Nosotros nos íbamos a coger café cuando había y a pasar bueno. Me acuerdo mucho de la comida calientica y del sabor de la leña. Era un lugar abierto, no vivía nadie cerquita (Johny, 18 años).

Todo allá era “dicha”; sin embargo, en la medida que se formulan otras preguntas, aparece la guerra, que de manera diferenciada carga de significados y sentidos las experiencias de vida. En este momento los jóvenes desde sus narraciones, dan cuenta de otros modos de relacionamiento, que configuran la alteridad, los otros. Esta es una construcción que no se da en el vacío, surge a partir de sus experiencias sociales, en donde se encuentran con ejercicios de poder por parte de los actores armados, que a su vez imponen lógicas en estos entornos. Una realidad con la que han tenido que vivir históricamente los campesinos de este país.

En los relatos los jóvenes hablan del allá como un lugar “idílico” de tranquilidad, abundancia y felicidad. Sus memorias sobre estos espacios son desde el disfrute, se sienten parte de éstos y desde allí configuran su memoria individual y colectiva, que a su vez adquiere peso en sus formas su habitar ahora. Este antes pesa en sus identidades y ellos mismos dicen que por más que quieran no pueden negar de donde vienen, siendo este un factor de identidad que se vuelve esencial y a la vez estigma, dependiendo del contexto en el que se estén desenvolviendo.



Los jóvenes hacen una construcción simbólica de sus pasados con distancia, marcándolo claramente como un antes, un allá, a diferencia de los relatos de sus padres, en los que se evidencia más cercanía y arraigo con aquel lugar que dejaron y en algunos casos se habla en tiempo presente de ese allá.

Mi casita es espectacular, tenemos de todo: plátano, yuca, gallinas, marranos (Rubiela, Mamá).

En Salgar, tenemos una casa con todas las de la Ley (Marina, Mamá).

Entre los padres y los hijos se habla en dos tiempos distintos; las madres hablan en presente y los jóvenes en pasado como algo que dejaron, pero con connotaciones distintas. En ambos casos hay una ruptura con el allá, un desanclaje con los referentes, se extraviaron los preceptos que constituían la vida, y ahora deben tejer las tramas cotidianamente de su presente y futuro, desde esa particular relación con sus pasados.

Los vínculos culturales y sociales con aquellos lugares de los que provienen se mantienen a través de las redes familiares y afectivas, así como de manera simbólica, erigiendo su lugar de origen como el ideal, pero al cual no quieren regresar.

¿Volver? eso está muy complicado, porque a uno lo acusan de cosas. A mis primos por ejemplo los están acusando de guerrilleros, entonces eso también es peligroso para uno porque viven en la misma casa. ¿Y volver por allá a qué? (Paloma, 18 años).

Yo no me volvería, arreglaría la finca para que otros vivan allá. El campo es bacano porque uno puede abrir la mente, pero para vivir ya no, allá ya no está mi vida (John Jairo, 18 años).

Si el desplazamiento forzado no hubiera ocurrido, dentro de las perspectivas de futuro que ellos tenían allá, no hubiese estado salir de esos espacios. En su vida del campo se veían como campesinos; fue en su llegada a la ciudad que cambió su proyecto de vida como se anotará más adelante. El campo es un lugar que los jóvenes habitan desde los recuerdos, y desde su construcción simbólica; pero es en el ahora que han configurado esos otros espacios que llenan de sentido sus vidas.

Aquel lugar de donde vienen está marcado claramente para los jóvenes como pasado, no lo visualizan ni como presente ni como futuro. Aunque éste constituye un antes que hace parte de sus memorias y recuerdos, sobre el cual hablan desde el afecto, sin embargo es un lugar al que no quieren retornar por múltiples razones.

Volver al pasado suscita también claras manifestaciones de dolor y pérdida en ellos como sujetos y en sus historias. Se cruzó una frontera simbólica, para llegar a un sitio que ya no existe tal y como ellos lo vivían, también se ha transformado con la ausencia de sus habitantes. Recordar sus historias fue importante para comprender aspectos de las dimensiones humana y espacio-temporal de los sujetos migrantes, y para confirmar que éstas están ligadas.

El pasado para los jóvenes está configurado en el allá-antes, las conversaciones sobre este lugar recreado simbólicamente, fueron esenciales para develar formas de habitar y socializar que tienen los jóvenes en el ahora. Las memorias y los recuerdos constituyen una parte fundamental de ellos como sujetos, y emerge en los sentidos y significaciones que le dan a sus prácticas y discursos en el presente.

EN MEDIO - ENTRE TANTO

*Desplazar... desterrando, arrancando y destruyendo;
migrar... sin querer, arrimando, aguantando;
buscar... sin quehacer, reclamando y lamentando;
llegar... recuperando, levantando y arraigando.*

*Leila Lima
Michael Reed Hurtado*

En la vida de los desplazados forzados se abre un *paréntesis*, entre vivir en el campo con unas dinámicas y unos ritmos que le daban orden a sus mundos y sus existencias, y pasan a “la nada”, se derrumban sus vidas temporalmente pues los referentes espacio/temporales con los que contaban se desconfiguran. Este estadio llamado por los teóricos como *intermedio* o *inbetween* como vimos, les exige re-organizar sus vidas en otros contextos, donde sus saberes, prácticas, conocimientos, entre otros, no tienen espacio, implicando un punto de quiebre que a su vez es unión entre el campo y la ciudad.

Rossana Reguillo (1996) plantea que todo acontecimiento disruptivo genera un espacio intermedio, un punto de transición donde se pierde los referentes del pasado, se desvanecen y no hay certezas sobre el futuro. Ese espacio intermedio es una especie de limbo, con tres rasgos particulares: primero, está atravesado por múltiples tensiones; segundo, ese espacio intermedio acelera y acrecienta los conflictos; y tres, obliga a vivir bajo el signo de la incertidumbre.

En las narraciones de los jóvenes la incertidumbre es el elemento más relevante, la describen como un enemigo que los hizo vivir la agonía y la desesperanza, un estado de ambigüedad que remueve sus estructuras y es de tal magnitud, que parece no tener salida. Sentir la sensación de impotencia empieza a desencadenar en ellos una serie de actos instintivos, como proteger sus vidas, en primera medida.

Huir: la única posibilidad

El desplazamiento forzado no siendo ajeno a los contextos urbanos es una realidad que enfrentan hoy los pequeños y grandes centros poblados. Este fenómeno complejo tiene como uno de sus efectos más visible, el que millones de colombianos se muevan por los territorios nacionales ante la falta de garantías para preservar su vida, su integridad, su libertad y busquen un sitio para permanecer y continuar construyendo sus vidas.

"La intensificación de estrategias de tierra arrasada; la adopción de estrategias de guerra como el desplazamiento forzado, el confinamiento y el repoblamiento de localidades; el asesinato selectivo y sistemático (...) es justamente en este contexto que se ha configurado una situación de "crisis humanitaria", con su característica de violación múltiple de Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario, impactando sobre la sociedad colombiana en general" (Naranjo:2005,80).

Los campesinos salen de sus tierras por amenazas directas contra su vida o por el miedo que ronda en las veredas y se convierte en un monstruo con el que no se quiere vivir. La única opción es la huida, correrle al horror de la violencia que se ha entrado sin permiso a la casa, ha transpasado los límites (imprecisos) que habían construido mutuamente para convivir en el mismo espacio, entonces la vida corre riesgo. Las familias de los jóvenes tomaron la decisión de abandonar su terruño y ser desterrados, pero seguir vivos; un acto instintivo de preservación como seres humanos, ante esto toman la decisión de salir sin medir las consecuencias y sin saber lo que les deparará el futuro. El momento del desplazamiento ha sido distinto para todos los jóvenes, temporalmente son días en los que se enfrentan a un camino desconocido, que a medida que lo recorren va desconfigurando, desvaneciendo su existencia.

Los desplazados están vivos, por eso corren; huyen para no seguir viviendo la atrocidad de la guerra, que despacio va detonando artefactos y generando lesiones físicas y mentales en los seres humanos que la padecen. La noción de herida social, trabajada por la artista Doris Salcedo, plantea que el dolor no es solo un asunto individual, aunque afecte directamente la subjetividad y se viva como un asunto íntimo, también se vivencia de manera colectiva cuando es una estrategia de guerra masiva. El sufrimiento del desplazamiento forzado se vive y se resignifica como experiencia social para los desplazados, pero también para la sociedad en su conjunto.

Detrás de cada una de las historias de los más de tres millones de desplazados hay un drama de despojo y expulsión. Los jóvenes y adultos víctimas del desplazamiento forzado, tienen la cicatriz que deja la memoria de las múltiples pérdidas vividas, de la ruptura abrupta del tejido social, cultural y político en el que vivían y les ofrecía un marco de certezas para moverse en su mundo individual y social.



La huida es una situación de crisis existencial y material, a la que se han enfrentado niños, jóvenes y mujeres, que son en su mayoría los desplazados de este país. Ha sido para ellos un momento dramático sobre el cual no les gusta hablar, en sus relatos pasan rápido por esos largos instantes que vivieron, cuando se estaban convirtiendo en desplazados. Se podría decir que como mecanismo de protección hacen unos *olvidos seleccionados* de este hecho, “borrar” la tragedia y el dolor para poder continuar con la vida.

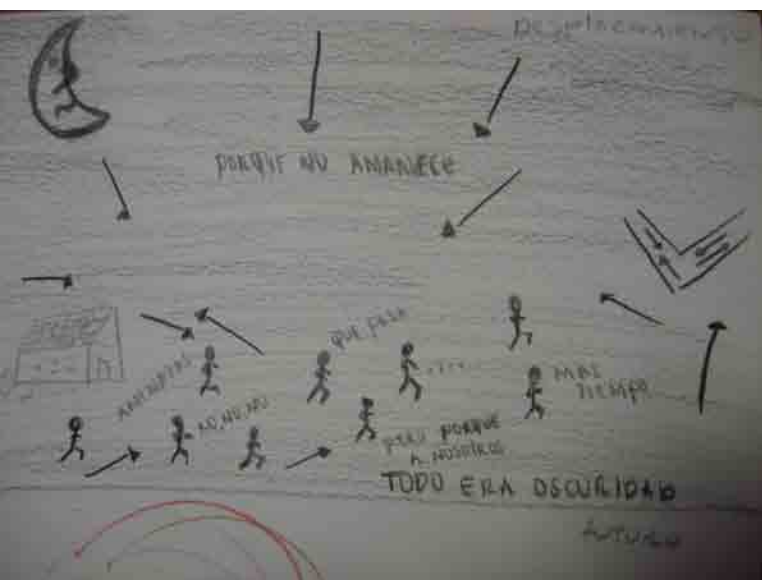
La noche: la oscuridad

De la noche a la mañana es la expresión que usan las familias para nombrar un tiempo, en el que “*entran en escena*” los actores armados y empiezan a hacer su vida en el campo un imposible. Antes del desplazamiento había una “connivencia” con ellos, unos acuerdos tácitos, como códigos de regulación que se establecían en el territorio para poderlo habitar; pero un día, por diferentes razones, tales supuestos dejan de ser acuerdos y se convierten en el motivo del desplazamiento forzado.

Llegamos por desplazamiento, por los enfrentamientos cuando iban los dos grupos, todo el mundo salía corriendo y se corría muchos peligros. Entonces mi mamá me dijo que me viniera (Paloma, 18 años).

Una noche nos avisaron que nos teníamos que ir, que teníamos media hora para salir. Fue una noche muy larga (Erica, 18 años).

Lastimosamente, no faltaron los que quisieron tener un mando y decidieron desplazar-nos a nosotros porque quizás no les servíamos. Nosotros sacábamos mucho café, y un día se robaron un café y querían que mi papá dijera que él había sido y mi papá no quiso, y finalmente el señor se vio cogido en la mentira y nos cogió la mala, nos pegó varias pelas, a mi hermano le quebraron la mano. Dormimos varias noches en el monte, como un mes, esperando a que quemaran la casita, pero no lo hicieron, hasta que un día después de aguantar mucha hambre y frío, salimos para abajo por una cañada, sin nada, sin rumbo, sin saber a dónde llegar (John Jairo, 18 años).



La ruptura con el territorio habitado deja su cicatriz. La violencia instauró en los habitantes el miedo por el lugar al que pertenecen. Los actores armados, que tienen prácticas hetero-

géneas sobre la población, obligaron a que ellos se desplazaran, marcando sus vidas con un acontecimiento disruptivo imborrable en sus historias. Todos tienen grabado en sus memorias este momento, aunque no lo expresen; relatando la historia de su movimiento del campo a la ciudad, re-crean lo sucedido tratando de darle un orden coherente a una serie de eventos que vivieron en ese transcurso de tiempo “interminable”. Los jóvenes tratan de explicar el desplazamiento forzado, pero se quedan cortos en los argumentos, no encuentran la justificación, por lo tanto rematan diciendo que: *nadie se lo merece* o que *no se lo desean a nadie*.

A mí me pasó algo que lo puede dejar a uno, como dicen por ahí, en la inmundia, pero a mí no me sucedió eso. Si, uno cambia sus formas y estilos de vida, pero dentro de ese proceso uno aprende mucho de eso que le pasó, y se relaciona mejor con la vida (John Jairo, 18 años).

La “noche” es una metáfora para hablar del acontecimiento, pero también es una realidad. Algunos de los jóvenes con sus familias, aprovechando la oscuridad del campo, se internaron en lugares para pasar desapercibidos y después huir hacia un lugar “seguro”. En ese trayecto hicieron varias estaciones para descansar y comprobar que no corrían peligro. Ninguno de los entrevistados sabía a dónde iban a llegar, el destino final no existía. Llegaron a Medellín por las redes de contacto con las que contaban y tratando de estar lo más lejos posible del peligro.

En una “noche” se desordena su mundo social, las dimensiones espacio/temporales se quedan sin marco de referencia; ante la incertidumbre de no tener a dónde ir, aparece un tiempo acelerado, un tiempo al interior de las vidas individuales y colectivas de duelo, una introspección en sus mundos para reconocer el acontecimiento, hacen todos los esfuerzos necesarios para reinstaurar el orden. Después de “*una suspensión momentánea de los marcos espacio-temporales definitorios del orden existente*” (Reguillo:1996,228) se debe continuar con las dinámicas “normales” de la vida, la cotidianidad.

Nosotras (dos hermanas) llegamos con mi mamá a Medellín, la vida se nos derrumbó. Esta ciudad tan grande nos tragó (Erica, 18 años).

En la “noche” se derrumban las configuraciones que le habían dado hasta ese momento ordenes y sentidos a sus mundos y a sus existencias. La profesora María Teresa Uribe (2000) ha ubicado las pérdidas de los desplazados colombianos en tres ámbitos: el del *universo local*, donde se configura la noción de patria; el *espacio del reconocimiento social* a partir del cual se construyen las identidades; y el ámbito de la *inclusión política* donde el individuo se hace sujeto de derechos y deberes ciudadanos. “*Al despojarlos de sus propios universos y negárseles la entrada en otros espacios del territorio nacional, los desplazados son, no solo, individuos sin tierra y sin pueblo, sino que su precaria noción de patria se ha desmoronado.*”

Frente a tal situación de desprotección, abandono y discriminación los desplazados optan por renunciar a la lucha por la vida pública que ya les ha sido arrebatada al negárseles el universo local -que implica estabilidad económica, social y emocional- la participación en la organización social y la acción política”³.

Uno perder su casita, eso es una cosa muy horrible. Usted no se alcanza a imaginar lo que eso significa (Rubiela, Mamá).

Si como afirma Beatriz Restrepo, “*el bien máspreciado del ser humano en el espacio, es la posesión; en el orden temporal, es la continuidad*”, esta ruptura genera, por una parte, indigencia, que es carencia de posesión y, por otra, la angustia, que es la radical incertidumbre acerca de la continuidad de la propia vida. Los impactos psicológicos individuales y colectivos de los grupos que son víctimas de éxodos forzados, van desde lo que significa el desarraigo, la pérdida de tejido social y de las viejas identidades locales y vecinales, hasta manifestaciones individuales de confusión mental, depresión, duelos no elaborados y desorganización afectiva.

La población desplazada se enfrenta entonces al desarraigo geográfico y la ruptura de relaciones individuales y colectivas con el territorio; el desarraigo afectivo, y la pérdida de vínculos personales con la comunidad, con los familiares, los paisajes, la naturaleza, los contextos significativos; y el desarraigo cultural, y la reacomodación de sus referentes simbólicos de la vida colectiva, en lo cultural, lo religioso, en lo lúdico, en las formas de organizarse, entre otros.

En el tiempo los sujetos abren un paréntesis que desde esta investigación llamamos *en medio-entre tanto*, el cual ante las circunstancias del nuevo contexto (social, cultural, económico), recrea y confronta sus sentidos, y se configuran unas nuevas identidades sociales, teniendo en cuenta que estas son constructos sociales resultado del proceso de interacción en diversos ámbitos donde los sujetos jóvenes migrantes se relacionan (Jiménez:2000, Valenzuela:1998).

Yo extraño de allá la comodidad, no se necesitaba plata, en cambio por aquí todo es plata. Vea uno por allá se la pasaba toda la semana con el uniforme, no necesitaba nada más, solo se arreglaba para salir los sábados y domingos al pueblo y no le tenía que aparentar a nadie con vestido, zapatos, peinado, era muy normal. También extraño la gente, claro que gente mala hay por todas partes, pero si extraño que eran buenas gentes, se colaboraban, las fiestas eran muy rico, sin restricciones. También extraño la ingenuidad, uno pensaba muy distinto, por aquí tantas cosas que le meten a uno (Paloma, 18 años).

Esto por acá es muy distinto, uno por allá como que era más libre, acá tiene que estar bien vestido para que no vayan a pensar que uno es malo (Rafael, 16 años).

3 Uribe, María Teresa. “Notas para una conceptualización del desplazamiento forzado”. En: Estudios Políticos. Instituto de Estudios Políticos. Universidad de Antioquia. No. 17. Julio-Diciembre 2000.

Un acontecimiento disruptivo como el desplazamiento, y específicamente el inicio de algo similar al divagar (sin un propósito fijo ni determinado), es difícil de narrar aún para los jóvenes, los ojos todavía se les ponen húmedos cuando relatan algunos hechos sucedidos en ese entretanto.

"A mi no me gusta hablar de eso, porque es como volver a vivirlo" (Rubi Angélica, 17 años).

"Nos pasaron unas boleticas por debajo de la puerta diciendo que nos teníamos que ir, entonces tocó" (Gloria, 26 años).

"Era de noche, estaba haciendo mucho frío, caminábamos sin saber pa' dónde" (Mónica, 17 años).

La población desplazada es heterogénea, en su mayoría campesinos pobres, afrodescendientes e indígenas que vivían en áreas rurales, es decir, personas que históricamente han sido excluidas en la sociedad colombiana (Bello:2004,22). Salieron obligados del lugar donde habían construido sus existencias individuales y colectivas, de contextos completamente distintos al de la ciudad. Huyendo del miedo y el terror llegan a las urbes y se enfrentan con espacios urbanos con escasas posibilidades para generar calidad de vida, accediendo de manera desigual a los bienes y servicios de la ciudad, en condiciones que no pueden asegurarles sus derechos.

"Las áreas metropolitanas se extienden sobre sus laderas al ritmo que los desplazados por el conflicto armado colombiano las escogen para salvar sus vidas (...) en la ciudad sólo tienen las laderas; y en éstas, apenas quedan espacios "residuales o los llamados "asentamientos subnormales" adonde puede llegar la mayoría de desplazados. Se trata de hogares que, ante la carencia de suelo urbanizable accesible, se vieron en la obligación de invadir las zonas periféricas, de alto riesgo y franjas de retiro de las quebradas para construir sus viviendas de manera ilegal" (Naranjo:2004,293).

El desplazamiento forzado parece no tener fin, por tiempo indefinido se sigue siendo desplazado, además se le debe sumar el factor de acumulación por-



que en la ciudad se cuenta con varias generaciones de desplazados. Entonces no sabemos cómo responder a la pregunta: ¿hasta cuándo son desplazados? Se supondría que la huida y el limbo en el que viven terminaría el día en que ellos sean sujetos de la reparación social como víctimas del conflicto armado, esta es una deuda histórica que tenemos como sociedad y que requiere el concurso comprometido de todos los sectores para su solución. Sin embargo, a pesar de que ello se pudiese dar, la situación de desplazados, en términos del lugar de excluido y estigmatizado en el que la sociedad les ha forzado a estar, podría durar muchas décadas.

Soy desplazado

El calificativo “desplazado” no es un atributo per se de la persona que vive esta situación. Se trata de una condición de desarraigo múltiple vivido en contra de la voluntad, que coarta la posibilidad para elegir libremente las opciones frente a la vida y cercena otros derechos que son fundamentales para el desarrollo integral de los seres humanos individuales y los colectivos, atentando contra la dignidad de quienes que sufren el desarraigo geográfico, afectivo y cultural.

“Ser desplazado significa haber perdido “su lugar”. Dejar de ser y estar en el lugar en que se ha sido; ser desplazado es sinónimo de incertidumbre, desarraigo, anonimato, dolor, rabia, presencia terca y obstinada del recuerdo y esfuerzo de olvido” (Bello, 2001)⁴.

A partir de las experiencias adquiridas en la interacción con otros, las representaciones que los jóvenes tienen de ellos surgen de un proceso de conversación entre su percepción y la percepción que tienen los otros de ellos, entre la identidad objetivamente atribuida y la identidad que es subjetivamente asumida (Berguer y Luckman:1991).

Yo no sabía que era disque desplazado hasta que llegué por aquí y me dijeron que así nos decían (Johny, 18 años).

Es que dicen, que porque uno es desplazado es un limosnero, o ladrón o de un grupo armado, mejor dicho le dicen de todo y uno sin saber por qué (Paloma, 18 años).

Reconocerse como desplazados ha creado un nosotros para reconocer su condición de víctimas del conflicto armado, y exigir al Estado y los victimarios el restablecimiento de sus derechos. Pero también ha implicado para ellos el estigma en algunos ámbitos: el ser extranjero, extraño en la ciudad, aquel que recibe toda la carga simbólica de lo ajeno como malo, como el que trae la peste de afuera.

4 Bello, Martha Nubia. Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades. Bogotá: ICFES, 2001, p:8

En los relatos los jóvenes migrantes quieren ser reconocidos como habitantes de la ciudad, eso se manifiesta en expresiones como: “*aquí nos queremos quedar*”, “*en la ciudad nos hemos superado*”, “*somos campesinos, pero estamos aquí*”. Los jóvenes van incorporando y reconocen lo que los diferencia de los otros y esta situación puede desarrollar o inhibir sus acciones.

Uno va dizque bajando todo organizadito y el mismo territorio va bajando con uno. Hay gente que lleva los zapatos limpios en una bolsita y abajo se los ponen, para no parecer tierrudos (Yasmin, 18 años).

Soy desplazado, pero antes soy colombiano (John Jairo, 18 años).

En la experiencia del desplazamiento forzado se encuentra un aquí y un allá, y ambos lugares tienen significado para los jóvenes; del campo traen un bagaje cultural y social; ante el desplazamiento deben replantear sus referentes y adaptarse al nuevo contexto, marcado por diferencias y carencias. “*Aquí todo es distinto*” exige de ellos una capacidad de apertura para apropiarse del territorio y desarrollar su ser individual y colectivo.

Vienen de *allá* y se ubican en el *aquí*, en ese intervalo se viven múltiples mediaciones cargadas de sentido, viviendo un proceso de articulación entre su ser rural y su ser urbanita. No viven un proceso de asimilación lineal en el cual rompen completamente con su vida pasada, sino que establecen una conversación entre estas dos y de allí, de esta relación dialéctica crean sus propias maneras de vivir.

La llegada a la ciudad, sentimientos contradictorios

La llegada a la ciudad después de vivir un acontecimiento disruptivo como el desplazamiento forzado genera en los jóvenes sentimientos contradictorios. Tiene que pasar un lapso de tiempo conociéndola y viviéndola para que ellos se ubiquen. En los relatos, ellos hablan de no tener lugar, de no ser ni de aquí, porque no se reconocen como urbanitas, ni de allá porque la expulsión de su lugar los hizo dejar de pertenecer a ese espacio.

La llegada a la ciudad por primera vez para los jóvenes migrantes, tiene una connotación predominante de desubicación, de estar en un océano en el cual se sienten muy pequeños. La ciudad como esa suma de fragmentos, empieza a develarse en la medida en que los jóvenes la habitan, las espacializan y van urdiendo sus tramas con lugares y personas que les permiten armar sus propios tejidos. Desde una imagen de la ciudad como construcción social, el desplazamiento del campo a la ciudad no sólo es un fenómeno que se puede mirar cuantitativamente, sino como la reconstrucción de una trama heterogénea de formas de vivir, habitar y narrar. A pesar del hecho sucedido, de vivir una ruptura con sus referentes, los jóvenes tienen una aceptación pragmática de lo ocurrido para continuar viviendo.

Los jóvenes aparentemente encuentran más fácilmente un lugar en la ciudad, asimilan sus códigos y los hibridan con sus referentes, con sus memorias. Es en el espacio, como lo expresa Bourdieu (2002), donde se pone en marcha ese juego social que resulta de la relación de convivencia cotidiana existente entre las estructuras mentales y las estructuras objetivas del espacio social; los juegos se interrelacionan porque han sido importados e implantados en el cuerpo, el espacio y la mente. En este tipo de situaciones en las que se viven intensas experiencias de vida, emergen identidades culturales, éstas se hacen visibles, pero al mismo tiempo se recrean mediante el poder simbólico de las tradiciones y el contexto actual –vestuario, música, comida, fiestas-. Las identidades culturales se evidencian de maneras diferenciadas en los jóvenes dependen en muchos casos de los gustos y de la experiencia personal, desde allí se demarcan los límites construidos con este tipo de prácticas.

La población desplazada que llega a Medellín trae consigo una historia construida en los lugares de procedencia, y a la par su “capital”⁵ social, humano y cultural, que se ve fuertemente marcado por el acontecimiento del desplazamiento. En la conjunción de estos elementos y viviendo la ciudad como territorio, es donde y como re-construyen su red de relaciones y sus formas de habitar.



La complejidad social, política, económica y cultural de un fenómeno como el desplazamiento implica reconocer que desde allí se hace una construcción social, en la que participa diversos actores, desde diferentes lugares sociales, con legitimidades distintas. En este sentido los datos, son decodificados en tanto pertenecen a una estructura, pero también de acuerdo con la experiencia vivida por los sujetos, desde allí adquieren significaciones y valoraciones distintas (Reguillo:1996,129).

“Según la triada urbanización-exclusión-violencia, se deduce que las dos últimas presentan una tendencia a la agudización, a partir de mediados del decenio de los

5 Para Pierre Bourdieu el capital se refiere: “el valor de una especie de capital -por ejemplo el conocimiento del griego o del cálculo integral- depende de la existencia de un juego, de un campo en el que ese triunfo puede ser utilizado: un capital o una especie de capital es aquello que es eficiente en un campo determinado, como arma y como apuesta de lucha, lo cual permite a su, portador ejercer un poder, una influencia; por lo tanto, existir en un campo determinado, en lugar de ser una simple «cantidad despreciable»”.

noventa, por la recepción de un nuevo flujo migratorio -desplazamiento forzado- y por la multiplicidad de grupos armados. La recepción de flujos de desplazamiento forzado plantea un nuevo incremento de la presión sobre el suelo urbano y menor inclusión y reviven la brecha entre los ritmos de urbanización y la capacidad institucional y política para su atención y regulación” (Naranjo:2004,287).

El desplazamiento no termina con la llegada a la ciudad, más bien ahí comienza una nueva vida que implica el re-ordenamiento de sus existencias. En Medellín, se enfrentan a diversas problemáticas, como las que plantea Naranjo, lo que dificulta y hace más largo su proceso de inserción a las dinámicas propias de la ciudad.

Los primeros años para algunas de las familias fueron lo que ellos han denominado *el rodar*, no tener un lugar para estar y continuar con su vida; de acuerdo con sus posibilidades económicas y con el apoyo de familiares, estuvieron viviendo en varios lugares, lo que hizo más extenso su limbo, el no tener un sitio propio para estar y reconstruir sus vidas, alarga el sufrimiento, sobre todo para los padres.

Nosotros llegamos a Medellín al popular donde una tía, allá vivimos un tiempo, después nos fuimos para Jericó y estuvimos como cinco años por allá y nos tuvimos que ir también y volvimos otra vez de arrimaos donde los familiares al popular, pero mi mamá allá sufría mucho porque le pegaban a los chiquitos y a ella no le gustaba. Entonces fue que vinimos por aquí, y nos quedamos (Johny, 18 años).

Similar es la vivencia de Charito (27 años):

Yo llegué a Medellín hace como diez meses, desde ese día no he parado de rodar. Primero estuve donde una amiga que muy amable me tuvo en su casa, de ahí estuve en donde los abuelos de los niños y así sucesivamente. En diez meses he vivido en dieciocho casas, desde que llegué a Medellín mi vida ha sido un Vía Crucis, yo vivo pegada de mi Dios para que no me desampare ni a mí ni a mis muchachos.

Ante esta situación, y como una solución a la problemática urgente, básica de tener un techo, llegan a los asentamientos, lugares en donde las familias encuentran un lugar para continuar con sus vidas ubicados en la periferia de la ciudad, en lo alto de las montañas del Valle de Aburrá y son espacios de los cuales se han apropiando sus moradores lentamente. Para muchos la ciudad queda abajo y cuando van al centro dicen que bajan a Medellín, es decir, simbólicamente se encuentran por fuera de ella.

Llegamos hace siete años a Medellín. Llegamos al Pacífico porque un tío vivía ahí, y para él ese era un lugar que no le gustaba, porque el se creía de mejor familia. Llegar ahí para nosotros era casi como estar en la finca, había tranquilidad, paz, árboles, familia (John Jairo, 18 años).

Medellín es una ciudad que, más que haber sido respuesta de lo planeado, ha sido ocupada —“invadida” en diferentes oleadas de desplazamiento—, donde la inminencia de las necesidades básicas (vivienda por ejemplo) es más fuerte que las restricciones de sus condiciones topográficas. En la ciudad y en este tipo de espacios está presente la trasgresión, vista como la invasión de un lugar ajeno para tener un lugar, una casa y todo lo que significa esto para los seres humanos. El traspasar los límites entre lo lícito y lo ilícito significa pasar de no tener un espacio para habitar, a tener un lugar para estar con los suyos.

El tránsito de la vida rural a la urbana, implica cambios en las maneras de hacer y de ser. Mientras en el campo ellos se dedicaban al trabajo en las fincas familiares, de donde provenía el sustento propio, en Medellín, ante la falta de empleo, se enfrentan con la carencia de productos básicos y la falta de posibilidades de encontrar el sustento con sus manos.

Sobre Medellín, Deisy una joven desplazada de Yarumal, opina:

Es bueno pero maluco, o sea, porque por acá [la ciudad] si uno quiere trabajar, siempre es en una casa de familia o es algo así, pero siempre tiene que ser mayor de edad, tiene que tener no sé cuántos estudios. Entonces es mucha dificultad porque uno acá mismo no se puede impulsar a trabajar, ni nada de eso, en cambio en el campo sí, si uno quiere trabajar, listo, trabaje, no necesita de ser mayor de edad ni tener esto ni tener aquello. Por eso no me gusta, pero Medellín es bueno (Deisy, 18 años).

Por múltiples circunstancias se vive el *síndrome de desorientación* (Bauman:2006), referido no solo a lo espacial, sino a la desconfiguración de los referentes de sus vidas, se crea un letargo, en el que se tienen que empezar a (re)construir los mojones que le dan sentido al mundo de la vida y al mundo social. Los jóvenes se enfrentan a esta situación pero la vivencian de formas diversas. No obstante la apropiación de la ciudad es distinta para los jóvenes migrantes que para los adultos, ellos logran aprehenderla, entenderla, así como transformarla. En el escenario urbano los jóvenes eligen, disciernen, rechazan y asumen elementos de diversas procedencias, armando desde sus particulares perspectivas biográficas y contextuales entramados significativos de comportamiento.

A uno cuando está en el pueblo le hablan muy bien de la ciudad, pero yo creo que vivir aquí sería bueno si uno tuviera una estabilidad laboral, pero así es muy difícil. Yo ya voy a cumplir un año en Medellín y no me he podido ubicar, me sigo perdiendo, por eso prefiero no salir. A mí me gustaría devolverme para que podamos volver a estar en la casita, volver a vivir todos juntos, con Jhonatan mi hijo mayor, que ahora me lo cuida una señora por allá en Copacabana. Aunque eso es como imposible por ahora. ¿Quién sabe?” (Charito 27 años).

Las ciudades son lugares de contrastes, son la posibilidad pero también el reflejo de la hostilidad. Todavía muchas de las comunidades de estos barrios sienten y viven la exclusión, pero

también sienten cierto agradecimiento porque han podido sanar parte de sus traumas y conocer el “monstruo” de cemento que ven abajo de sus pies.

No me puedo quejar, si me ha ido mal tampoco ha sido mucho; por lo menos estamos vivos (Gloria, 26 años).

Huyeron de la violencia para preservar sus vidas, su derecho a la vida. En el ahora la vida es el bien máspreciado para los jóvenes y sus familias, estar vivos solivia en parte las ausencias materiales y simbólicas, aunque son conscientes que la cicatriz siempre estará presente. A pesar de esta situación los jóvenes sostienen que pueden transformar sus realidades individuales y colectivas, pasan de ser un sujeto pasivo a uno con capacidad de agencia, desde allí se desencadenan una serie de acciones cotidianas para continuar con su existencia.

“La ciudad constituye una trama compleja, en la cual se superpone una trama irregular y móvil de historias, memorias, pertenencias, tiempos y ritmos, hábitos y prácticas territoriales, intereses y poderes, estructuras y costumbres e impactos del mundo contemporáneo, etc., que coexisten, interactúan y logran asimilarse o entran en conflicto. Aunque no casen entre sí, sus partes conforman esa unidad compleja y heterogénea compuesta por fragmentos que es la ciudad” (Echeverría y Rincón:2000,33).

Después del desanclaje ocasionado por el acontecimiento disruptivo, se trastocan los órdenes la vida y se ponen en cuestión los saberes de fondo, se re-construyen y se crean nuevos objetos (materiales, sociales, simbólicos) que constituyen elementos de pertenencia y actúan; se desencadena un proceso en el que los jóvenes como actores sociales se esfuerzan por dotar de sentido su mundo de la vida.

El profesor Hernán Henao (QEPD) decía: “la ciudad es de los jóvenes”. Ellos quizás con la búsqueda, los ánimos y la energía desbordada que caracteriza este momento de la vida, la hacen suya y la manejan como la palma de la mano, pero de maneras diferenciadas pues no existe una sola juventud, sino múltiples maneras de ser joven. Cada joven de acuerdo con sus realidades, necesidades y grupos de adscripción, espacializa y vivencia una ciudad y unos lugares de la ciudad.

Mi papá trabajaba por allá por Buenos Aires, entonces a veces nos tocaba ir a llevarle el almuerzo, de acá caminando hasta allá, esperábamos que él saliera y ya él salía y nos empezaba a mostrar todo eso, los barrios; por la Minorista y San Javier también, al Poblado he ido no más como cuatro veces, una vez que fuimos a una exposición de fotografía (Johnny, 18 años).

Vea, para poder construir la casa nos tocó trabajar vendiendo limones en una carreta por toda la ciudad, eso caminábamos de sol a sol tratando de vender todos esos limones (John Jairo, 18 años).

Cuando yo gaminiaba⁶, trabajaba como ayudante de buses, por eso yo conozco a Medellín por todas partes (David, 23 años).

Los jóvenes desplazados asimilan los códigos de la ciudad, comprenden las gramáticas urbanas en sus itinerarios y recorridos y las vuelven discursos y prácticas en la medida en que son conscientes de las estructuras de significado del espacio urbano. Ubicarse en un lugar es un primer paso para reconocer las inscripciones (relato) y las huellas; de esta manera viven la ciudad y ésta se vuelve parte de su territorio vivido.

Si bien para todos los jóvenes migrantes forzados con los que se trabajó, la primera imagen de la ciudad es como la de un monstruo, frente al cual ellos se sienten pequeños, un lugar gris y contaminado, esta percepción se va transformando en la medida en que la vivencian y la hacen parte de sus ritmos de vida.

La ciudad es un escenario que se debate entre la solidaridad y la exclusión, muchos de los jóvenes sienten que aquí la gente les brindó comida y vestido en el momento de la llegada. El sentimiento de fraternidad fue importante, pero a la vez sienten que su ser campesino es claramente señalado como el extraño, el extranjero, que viene a la ciudad hacer cosas malas.

Aquí nadie se pone en los zapatos de uno, creen que porque uno es desplazado y campesino, ya es quién sabe quién... (Yasmín, 18 años).

*Como te parece que Hilder dice que ya no es campesino sino que él es ciudadano, que qué pereza el pegarse de una muchachita del campo (jajaja)
Ese sobrino mío es más loco que una cabra. Nosotros, por a o por b, tenemos nuestras propias raíces⁷.*

Pues, a uno no se le puede olvidar de dónde viene, yo me considero campesina (Paloma, 18 años).

Las percepciones que prevalecen en la ciudad sobre el desplazamiento forzado y los desplazados obedecen a un discurso impuesto por los medios de comunicación deshistorizado, que anestesia la sensibilidad de los ciudadanos en la sociedad receptora, y los mira como un asunto transitorio, que puede solucionarse con señales de caridad. Sin embargo este fenómeno es de gran magnitud y requiere de sólidas respuestas sociales, políticas, económicas y culturales.

Estas percepciones inciden directamente en las formas de habitar de los jóvenes desplazados, especialmente en este estadio de enmedio, cuando ellos están configurando su topos,

6 Expresión que usan los jóvenes para hablar de los trabajos informales.

7 Fragmento de la conversación telefónica entre dos hermanas como parte del taller en el laboratorio social sobre Retorno Simbólico

conociendo la ciudad, recorriéndola, como una manera de dar orden el mundo desde la pertenencia a un territorio, con las implicaciones y afectaciones que esto conlleva. De allí que las relaciones entre los jóvenes y el espacio físico no sea neutra sino cargada de significados y percepciones que llevan a determinadas prácticas del habitar, a unas formas de vivir y experimentar la ciudad.

La cultura y la sociedad están formadas por estructuras sobre las cuales los sujetos se mueven y obran con sentido. En la llegada de los jóvenes a la ciudad, este bagaje se desconoce, y el grado de “equilibrio” se va dando en la medida en que el utillaje con el que vienen se va coordinando con los ritmos de la urbe, dentro de un campo en disputa por el lugar que transforma tanto al ser como a lo urbano. Esto se evidencia en la vida cotidiana, donde el pasado que viene del campo con sus habitus se hace visible a través de las prácticas y discursos en la familia; conversa con el ahora; lo cual implica construir unos nuevos referentes (nuevos hábitos).

En este nuevo contexto se va objetivando la realidad mediante los discursos, marcas, prácticas, donde los jóvenes (re)construyen sus capitales simbólico y social⁸ para pronunciar un nosotros. Este proceso que se da en tiempos diacrónicos no lineales, no se supera de tajo lo sucedido: no ser ni de una parte ni de otra requiere igualmente para los nuevos urbanitas del transcurso del tiempo, una mediación en la que se incluyen también los asuntos cognitivos.

De esa primera mirada a la ciudad como caos, el sujeto, con su capacidad de agencia, empieza a desenmarañar a desentrañar el territorio. De su figura de “perdido” se pasa a reconocer mapas y trayectorias por las que se mueve, navega, se desenvuelve y aparece la noción: “*yo aquí no me pierdo*”. Así con el transcurrir del tiempo se vuelve legible la ciudad.

“Le tengo que pedir el favor a John que me acompañe, porque yo todavía me pierdo en el Centro (sonrisas)” (Rubiela, madre de joven).



8 Bourdieu trae a colación el siguiente ejemplo, pertinente igual para explicar el proceso que se vive desde la migración forzada: “Más exactamente, las estrategias de un «jugador» en lo que define su juego dependen de hecho no sólo del volumen y de la estructura de su capital en el momento considerado y de las chances en el juego (Huyghens hablaba de lusiones, siempre de ludus para definir las probabilidades objetivas) que ellas le aseguran, sino también de la evolución en el tiempo del volumen y la estructura de su capital, es decir de su trayectoria social y de las disposiciones (habitus) que se constituyeron en la relación prolongada con una cierta estructura objetiva de chances”.

Colombia con Bolívar queda por la estación... como por ahí por el Parque de Berrío, yo he ido por ahí, porque por ahí yo me encontraba con tío mío pa' ir para la estación Prado. Ah, en el Hueco no he andado sino como cinco veces no más, eso por ahí, muy duro de grabármelo pero yo no me pierdo (Johny, 18 años).

Con la presencia de los desplazados, las ciudades capitales e intermedias están viviendo una transformación urbana de mayor magnitud que la de 1960 y, una vez más, los intentos de ordenamiento territorial y control de la planeación están lejos de responder a los agitados cambios de las ciudades (Nieto:2006)⁹.

La migración forzada que ha llegado del campo a las ciudades colombianas en los últimos años —acompañada de la incapacidad de política y social para frenarla antes y atenderla después— ha hecho emerger de una manera visible el rebusque como la única manera de sobrevivir, pero también ha ido instaurando en las ciudades saberes rurales que se entretajan con la vida urbana. Ponerse en los zapatos del otro, mirar el fenómeno del desplazamiento forzado como la posibilidad de pensarse colectivamente como ciudad y país, es un ejercicio urgente en Colombia.

La llegada al barrio: al encuentro de un lugar para re-hacer la vida

A mi casi me da un soponcio, a uno le hablaban de Medellín como lo máximo, entonces yo pensé que iba a vivir en una casa mejor a la que tenía, en una mansión, o algo así, cuando me encontré con ese rancho (Paloma, 18 años).

Jmmm, !Usted no se imagina! La primera imagen que yo tengo del barrio es horrible, súper horrible, feito, nada de árboles, nada de planticas, nada, muchos olores malos, sin caminos... (Yasmín, 18 años).

En el *en medio- entretanto* los jóvenes vivencian un sinnúmero de choques culturales, casi con cada paso que dan, se encuentran con otros mundos, con construcciones sociales y culturales distintas a las suyas. Los impactos más fuertes en sus mundos están dados por dos momentos: la llegada a la ciudad y la llegada al barrio. Después de *rodar*, finalmente se encuentran con el barrio. El asentamiento es el lugar en el que por sus posibilidades económicas pueden vivir.

“El construir tiene como meta el morar” (Heidegger). Ante la ausencia de un espacio para estar en la ciudad y rehacer sus vidas, las familias desplazadas se juegan todo por tener un lugar para vivir. *“Una casa que sea mía y yo mande”* expresan dos de las mamás entrevistadas. Ya que la casa está ligada a la historia del individuo, en cada sujeto están los recuerdos de su primera morada y las que le siguen, en el imaginario persiste la casa materna en la cual

9 Mimeo. Proyecto de investigación de la profesora Patricia Nieto, sobre las voces de los desplazados.

el afuera tiene un entorno hostil y adentro hay una “especie de paraíso”¹⁰ con todo lo necesario, por eso siempre el sujeto desea llegar a sentirse en esta casa. Aunque los desplazados tengan una casa, siempre conservan la incertidumbre de estar en el asentamiento, en un lugar ilegal catalogado como de alto riesgo por la administración municipal, que pone en vilo su permanencia allí: *“De aquí en cualquier momento nos pueden echar, esto no es de nosotros, lo único que tenemos son las tablas”* relata Nancy Chancí .

En el barrio se encuentran con la realidad de las carencias, de no tener nada, por lo tanto la cotidianidad adquiere mucho peso. Inmediatamente se establecen paralelos con el allá-antes campo sencillo pero suficiente vs barrio lleno de precariedades. Se enfrentan a la supervivencia, tienen que solucionar los problemas básicos: alimentación, empleo, educación, para sobrevivir.

Uno llegar de una casa donde nunca le faltó nada, donde no se le entraba el agua, donde el piso era perfecto... Llegar aquí a una casa de tablas, sin piso, con un acueducto y una luz horrible. Entonces yo lloraba todos los días. También extrañaba a mi abuelita. Estuve un año sin estudiar en la casa, entonces más duro todavía, porque cuando fuimos a buscar cupo ya no había puesto en el colegio. Entonces haciendo las veces de mamá. Ya cuando empecé a estudiar empezó a cambiar todo. (Paloma, 18 años).

Después de la llegada, muy bacano. El primer día ya tenía amiguitas, las vecinitas muy queridas me invitaron a jugar a la cancha, yo no conocía a nadie pero ahí empezamos y ya me gustó el barrio. Ellas me buscaron a mí, porque yo no iba a salir porque no conocía a nadie. (Yasmín, 18 años).

En los relatos, se expresa claramente la transformación que hubo en sus formas de habitar y de vivir, con un cambio abrupto en sus cotidianidades. En el primer contacto con el barrio hay un choque, sus referentes y saberes eran distintos y ahora deben re-armar sus prácticas cotidianas y darle sentido a su nueva vida. En el campo vivían en casas sencillas, pero no les faltaba nada, el sustento diario estaba en la misma finca. La llegada a este tipo de barrios re-configura sus modos de percibir y de vivir, se pasa de una vivienda rural como se describió, a vivir en un espacio colectivo, con distancias cortas entre una casa y otra.

10 Jaramillo, Ana María, Marta Inés Villa y Luz Amparo Sánchez, percepciones, Medellín, Corporación Región, 2004, p. 97.



El barrio es una construcción física y social que los sujetos hacen de un espacio (Reguillo:1996). Los jóvenes empiezan a hacer sus vidas, unos entran fácilmente en la dinámica del barrio, establecen relaciones, otros tardan un poco, mientras se ubican en el nuevo mundo de la vida y del lugar. En este trabajo de investigación, el barrio adquirió un lugar muy importante en los discursos y prácticas de los jóvenes, ya que desde allí se definen procesos de adscripción: identificación/diferenciación y se reproducen las relaciones sociales. Ese barrio inicialmente ajeno y precario para estos jóvenes migrantes termina siendo el sitio del nosotros y se habla de él desde afecto, del amor, en donde configuran una identidad colectiva.

En los asentamientos Altos de la Torre y el Pacífico reconocidos como sitios de llegada de población desplazada, las familias entrevistadas llegaron porque distintas fuentes les dijeron que

allí se podían tener una vivienda; en palabras de los jóvenes: *“hacer un rancho propio”*. Mediante el loteo pirata, las personas compraron los espacios para sus casas y las construyeron o adquirieron ranchos viejos a los que les hicieron pequeñas reformas.

La casa ya estaba y como era piso de tierra, nos fuimos a trabajar a Bolívar tres meses, a coger café, y ya con la plata de allá le echamos el piso (Johnny, 18 años).

Mi tía vivía acá, entonces cuando mi mamá se vino, mi tía le dijo que se viniera para la casa de ella, entonces mi mamá empezó a pagar arriendo, y ya después empezamos a hacer la casa donde vivimos ahora; pues, a poner tablas. Yo ayudaba en lo que podía (Paloma, 18 años).

Tener una casa para estar y vivir es de vital importancia para estas familias, desde allí tejen redes para habitar el *lugar barrio* y el *lugar ciudad*, como dos construcciones territoriales que hacen los sujetos y las dotan de sentido y significaciones. Los lugares configuran sus formas de habitar, e igualmente las de su morar¹¹.



11 Retomando a Ana Patricia Noguera (2004,21): “Morar significa habitar y habitar es un acto profundamente trascendental en el humano (...) El morar hace que el ser sea morada y la morada sea ser. El morar y la morada tiene un nexo profundo con lo mítico (...) en la práctica del morar hay un *ethos*, construir entonces es morar, es el ser habitante”.

Estas fotografías¹² muestran cómo se vive en la ciudad, con las formas del campo; los colores de cada pared, de cada hoja de zinc, de cada tabla o pedazo de ladrillo, o el color del barro. Todo esto es lo que tenemos en un hogar que consideramos digno (Texto John Jairo).

Las casas son una inscripción de ellos en la tierra, allí expresan sus formas de ser en el mundo. La autoconstrucción es la modalidad con la que se han hecho estos barrios. Los materiales con los que hacen y escriben el lugar son plásticos, tapetes, madera, zinc, lonas, entre otros estos hacen una piel en la que se puede ver la recursividad, y las infinitas capacidades de adaptación que tienen los seres humanos. La construcción es un asunto que involucra a toda la familia, todos participan en la construcción del rancho, es un hecho colectivo y colaborativo. Sin hacer una apología a la pobreza, es importante resaltar que esta es la forma que los desplazados han tenido de habitar la ciudad, su única posibilidad, debido a la falta de posibilidades materiales, sociales, económicas para construir su morada.

El desplazamiento, a pesar de ser un acontecimiento disruptivo que marca claramente un antes y un después en sus vidas, también es para los jóvenes el despertar de su ciudadanía, siendo provocados a pensar en los semejantes y a actuar. *“Nuestra mirada es más aguda, queremos trabajar por la comunidad, pero no tragar entero”* en este punto de vista coinciden John Jairo y Jorge Eliécer.

“En la relación entre el habitus y el campo, la historia entra en relación consigo misma: es una verdadera complicidad ontológica que, como Heidegger y Merleau-Ponty lo sugirieron, une el agente (que no es un sujeto o una conciencia, ni el simple ejecutante de un rol, o la actualización de una estructura o de una función) y el mundo social” (Bourdieu:2006).

Se gesta aquí una lucha permanente de los jóvenes por construir su identidad por identificarse y diferenciarse de los universos simbólicos dominantes, teniendo en cuenta que ellos son portadores de otra cultura, otros hábitos, otras cosmovisiones.

La Familia se remueve

La familia, como primer espacio de socialización, plantea serios desafíos en el estudio de las poblaciones que sufren cambios radicales en sus formas de habitar. Estas familias no son uniformes, ni cumplen un sólo patrón, sino que viven realidades heterogéneas, y desde tal diversidad es dónde se evidencian fisuras que no pueden seguir pasando desapercibidas en los análisis que se hacen sobre los desplazados.

12 Ver anexo, texto: Porque estamos aquí, artículo y fotografías de John Jairo Borja Giraldo.

En particular desde su condición de jóvenes, ellos sufren alteraciones en los modos de relacionamiento familiar, un ejemplo es que se trastocan los parámetros de autoridad que se ejercían en el campo. En la ciudad ellos recrean su ser y a partir de allí, configuran de nuevo su mundo de la vida y las relaciones, produciendo choques generacionales. A pesar de esto, la familia se mantiene como un referente presente en sus relatos.

En la familia se vive un proceso complejo de producción y transmisión cultural, definido de manera relevante por el contexto, y por la mediación entre los universos simbólicos y la cotidianidad de las relaciones familiares. Las formas de habitar, los habitus y las prácticas cotidianas configuran un universo simbólico, entendiendo por este lo que plantean Berger y Luckman (1991) como: *“la matriz de los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales”* desde donde se nombra y se da sentido a la vida cotidiana, acciones como: comer, dormir, ver televisión, pueden dar cuenta de ello.

Los jóvenes se encuentran inscritos en dos órdenes de sentido que se confrontan en medio de un proceso de construcción identitaria, el del campo, donde vivieron entre 10 y 13 años y el de la ciudad (barrio) que les plantea unos nuevos referentes culturales, sociales. Ese proceso implica una decodificación e integración de la cual se configuran sus nuevas formas de habitar, lo cual está inmerso en medio de desencuentros y conflictos entre los jóvenes y los padres.

“La familia entonces no es una célula aislada impermeable al entorno. La vida social y política de sus miembros está estrechamente vinculada con la temporalidad doméstica. La afectación al entorno inmediato y la participación están mediados por la fase o momento que experimenta el grupo familiar” (Reguillo:1996,287). Es en la ciudad que la situación de ellos como jóvenes, les da cierta autonomía para participar de las dinámicas barriales, a pesar de seguir bajo la potestad de los padres. Los pares y el encuentro con una relación distinta entre padres e hijos genera ruido en las familias recién llegadas, que vienen con otros parámetros relacionales contruidos históricamente. De allí que se dé una lucha permanente para definir ciertos asuntos como por ejemplo los amigos que están permitidos. Los padres sienten que los jóvenes se les salieron de las manos y ellos, como jóvenes, sienten que están adquiriendo autonomía. Esta es una transformación sustancial en las relaciones familiares, que afecta la vida familiar.

Las familias desplazadas que han llegado a los asentamientos Altos de La Torre y El Pacífico, han vivido procesos distintos de “integración” a la ciudad, en lo cual ha cumplido un papel muy importante el nivel de escolaridad (muchos son (eran) analfabetas), las redes de relaciones en la ciudad (amigos y familiares) que les permiten en un primer momento estar en un lugar, y en un segundo su conexión vital con lo laboral (aunque en su mayoría sean trabajadores informales). A partir de allí se empiezan a desenrollar los hilos de su vida en la ciudad.

Las familias de los jóvenes del grupo corresponden a un modelo tradicional patriarcal, con una presencia fuerte de valores verticales y autoritarios, con contadas excepciones. En algunas hay ausencia de la madre, en otras del padre, pero las maneras como funcionan son las mismas. Son familias que podríamos llamar extensas, ya que involucran a otras personas de parentesco como primos, tíos, abuelos y hasta personas que necesitan un techo transitoriamente.

“La vida cotidiana es histórica, y de acuerdo a la teoría práctica de Bourdieu (1987), las prácticas (cultura en movimiento) y estructuras (cultura objetivada) se articulan mediante el habitus (cultura incorporada) en una dinámica garantizada por las estructuras de plausibilidad, es decir, por las condiciones que hacen posible las prácticas” (Reguillo:2000,81). Después de un acontecimiento disruptivo, se desajustan las estructuras de sentido, desacomodando las prácticas y el mundo social donde el sujeto se desenvuelve. Para los jóvenes re-hacer su mundo de la vida, es una permanente disputa generacional con padres y adultos, las construcciones hechas en el pasado sufren fuertes remezones, su ser se configura ahora a partir de una doble referencia espacio/temporal en la que algunos parámetros se desvanecen o se convierten en otros por las prácticas presentes en el contexto de la ciudad-barrio.

José Manuel Valenzuela Arce (1998) plantea que las familias migrantes pasan por cuatro fases: a) a la llegada de la familia, buscan prosperar y trabajan arduamente; b) tienen un distanciamiento con sus raíces, con lo que son; c) la familia enfrenta la realidad y la discriminación de no sentirse habitante de la ciudad; d) llega a una fase de resignificación cultural, donde ya no se es campesino y tampoco urbanita.

Con la llegada a la ciudad las familias viven transformaciones en su organización y jerarquización; los saberes y poderes se trastocan, por ejemplo, no se hace transmisión de los oficios al no ser éstos útiles en la ciudad, se modifica el papel de la mujer, y se establecen nuevas formas de relación entre hombres y mujeres, entre padres e hijos.

“La familia cumple una importante función como memoria social, pues constituye una dimensión procesual como mediadora entre las generaciones. Puente y ruptura, habituación e institucionalización; relaciones estructuradas y estructurantes. Ámbito de protección frente a la indefensión temprana e instrumento de mutilación que introyecta reglas de poder y desigualdad” (Valenzuela Arce:1998,167).



Las casas o las nuevas estancias de los jóvenes, como uno de los escenarios de la vida familiar son lugares que no tienen espacios íntimos (aparte del baño, que en varias casas está por fuera de la casa). Las familias están compuestas por mínimo cinco personas que habitan en espacios de 5 x 5 metros aproximadamente. Las viviendas tienen un área común, con camas alrededor, donde duermen los hijos, algunas tienen un cuarto aparte como habitación para los papás, pero la mayoría comparte el mismo espacio sin ningún tipo de divisiones, salvo algunas hechas con telas, para resguardarse del frío.

La frontera entre lo público y lo privado (casa/calle), da orden al espacio interior/exterior. En estos asentamientos estos conceptos se reordenan, el espacio interior es tan reducido para la cantidad de habitantes de la casa, que las puertas se mantienen abiertas, para permitirles la entrada y la salida. Muchos de ellos tienen pequeñas iniciativas productivas, por lo que constantemente entran “extraños” a la casa. Existe un vínculo permanente entre el adentro y el afuera, es un mundo de interacciones mediado por las características culturales de las personas.

El barrio para los jóvenes, reproduce en cierta medida las redes de afectos familiares, “*es un hogar más amplio*”. En el barrio se pueden leer desde lo micro las violencias y desigualdades que vive toda la ciudad.

Por aquí la gente es amable, esto es como un pueblito, cada persona viene de muchas partes, aquí viene gente de muchas partes con su educación y cultura, pero todos son muy amables, es como en un pueblo, que el que llega a la casa se le invita a entrar, se le da la comida, de lo que uno tenga, uno lo da (Paloma, 18 años).

El ritmo de la vida de estas familias se encuentra determinado por los llamados ritmos circadianos, día y noche duran 24 horas y define unas pautas del hacer día a día. Esto marca un orden temporal a las formas de habitar, donde la vida cotidiana cobra mucha relevancia. Lo laboral por ejemplo define el acceso a ciertos bienes y servicios, dependiendo de cómo allá sido el trabajo saben qué pueden comer. Vivir al día, se vuelve una realidad ya que no cuentan con las condiciones estructurales para proyectarse en el futuro.

“lo que cualifica el espacio para convertirlo en territorio humano son una serie de delimitaciones cargadas de formas específicas de interacción, que reproducen la estructura de la entidad social que las ocupa, y que estas delimitaciones se encadena a su vez en una organización que refleja la dialéctica de la misma vida social” (García:1976,74).

La familia como entidad social, establece formas de interacción con el territorio que, en este caso en el asentamiento, están hechas de hilos frágiles tanto en el interior como en el exterior. Las relaciones, por ejemplo, no están mediadas por el diálogo y la concertación sino que muchas cosas son impuestas, generando ruidos y problemas de convivencia entre ellos.

Las experiencias vividas, los conocimientos que se van adquiriendo en el transcurrir de la vida de los jóvenes, y las relaciones sociales establecidas, son parte del bagaje cultural a partir del cual se realizan sus prácticas en el territorio, y crean discursos: configurando un universo simbólico. En muchísimos casos la relación entre padres e hijos se convierte en un permanente duelo en el que los padres cuidan, protegen, fijan límites de comportamiento mientras que los hijos despliegan la resistencia sutil en algunos casos o la abierta confrontación.

AQUÍ-AHORA

El presente para estos jóvenes se vive dentro de una red de relaciones configurada a través de las experiencias individuales y colectivas en el territorio vivido. En el aquí-ahora como el lugar desde donde hoy hablan, conjuga el eje topológico: allá/en-medio/aquí; el eje temporal: el antes/entretanto/ahora; el eje identitario: yo/nosotros/otros, y en la convergencia de estos elementos se configuran las escenografías por las cuales los jóvenes se mueven y organizan el mundo. Ello ocurre dentro de una secuencia que no se vivencia de forma lineal, ni de la misma manera para todos ellos. Así, en las entrevistas se evidenció como el desplazamiento forzado los afecta de maneras diferenciadas teniendo en cuenta su condición de jóvenes, de género y su clase social.

Se hace un acercamiento a la realidad del grupo Jóvenes Construyendo Futuro, no para definir de manera concluyente y general cómo son los jóvenes migrantes forzados que llegan a la ciudad, sino dar cuenta desde las experiencias y vivencias de su proceso migratorio. Desde esta perspectiva surge la pregunta ¿dónde se habita? reconociendo la doble referencia espacio temporal de los desplazados forzados como un hecho que configura las formas de habitar en el ahora. La acción de habitar es expresión del ser en el espacio, la espacialización del lugar para los jóvenes desplazados está en el presente-aquí, pero se extiende al pasado-allá lo que particulariza las formas de habitar dependiendo de los orígenes, las historias y las condiciones con las que se enfrentan en el contexto actual (barrio-ciudad).

Altos de la Torre y El Pacífico

Para hablar del presente presentamos esta información que consideramos pertinente para aportar a la lectura del contexto donde viven los jóvenes.

En el estudio de caso 1992-2004 realizado por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia (2005) se identificaron 127 asentamientos con población desplazada en la ciudad; en la comuna de 8, de la zona centrorienta de Medellín, se encuentran 19 de éstos.

El poblamiento de la zona centrorienta o la antigua comuna de la Candelaria, es el resultado de diversas formas de ocupación (Iner:2008). Altos de la Torre y El Pacífico ubicados en las faldas del hito geográfico del cerro Pan de Azúcar, definidos para esta investigación como el

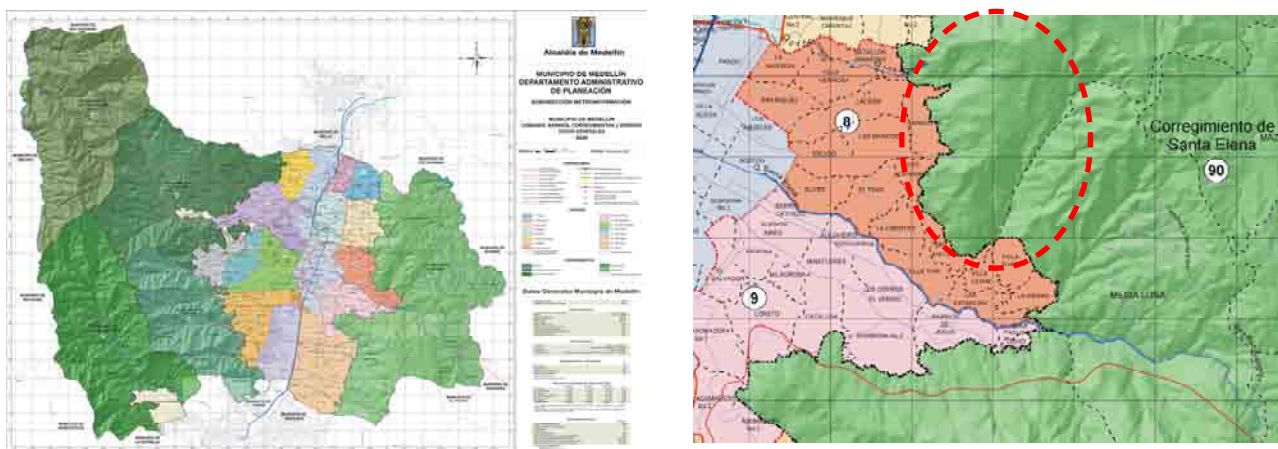


Figura 6. Mapa de Medellín y detalle del lugar donde se encuentran los asentamientos Altos de la Torre y El Pacífico

lugar para investigar, son considerados como: asentamientos nucleados de invasión o loteo pirata. Según los registros, estos fueron conformados: El Pacífico, las primeras casas se ubicaron en el período entre 1996 y 1998 y Altos de la Torre en 1999. Desde esos años hasta el momento, teniendo en cuenta las visitas realizadas desde el 2003 en ambos asentamientos, personas que vienen de otros municipios, departamentos y desde la misma ciudad siguen construyendo sus casas.

El informe del censo elaborado en 2008 por la Corporación Cedecis¹³ nos dice que: en Altos de La Torre y El Pacífico tienen 3210 habitantes, de los cuales 1524 son hombres con un porcentaje del 48% y 1648 son mujeres con 52%. Más del 70% de su población se encuentra por debajo de los 29 años (2151 personas). A la pregunta sobre a qué grupo poblacional pertenecen, respondieron: mestizos 1717 (53.4%), seguidos de 864 personas que se reconocen como campesinos -es importante hacer la salvedad que este no es un grupo poblacional sino una identidad, en la que ellos se reconocen como tal-, 216 personas como afrodescendientes (6.7%) y por último 47 indígenas (1.4%).

Los habitantes de los dos barrios conforman grupos heterogéneos, de personas que vienen de diferentes municipios antioqueños, de otros departamentos y de la misma ciudad, muchos de ellos desplazados forzados. Son amas de casa, estudiantes, obreros de la construcción, trabajadores “informales”, operarias en confecciones, empleadas domésticas, desempleados y algunos cuentan con pequeñas iniciativas productivas en los mismos hogares. Existe un cambio radical de su su ocupación laboral con respecto a la que tenían antes, como agricultores y ganaderos. Muchos de los niños y jóvenes están involucrados en el sustento económico de las familias, lo que afecta también su permanencia en la escuela¹⁴.

13 La Corporación Cedecis es la responsable del colegio por cobertura ubicado en el sector Camboya de Altos de la Torre, realizaron este censo para tener información más precisa sobre los habitantes del área de influencia.

14 En el estudio de caso, Canasta Básica Escolar, realizado por la Corporación Región (2006), se muestra

“El mayor porcentaje de la población desplazada encuestada, casi un 90%, está concentrada en los ingresos entre \$0 y \$50.000 mensuales, en pesos del año 2003, lo cual da un promedio mensual de \$35.013 por persona que informa. De acuerdo con este nivel de ingresos promedio es posible afirmar que la gran mayoría de la población en situación de desplazamiento recibe menos de un dólar al día, lo que significa que se encuentra por debajo de la línea de pobreza y bordeando la indigencia” Datos tomados del informe de la Conferencia Episcopal y Codhes sobre ingresos mensuales del 2006. (Villa y Jaramillo:2007,33).

Estos barrios no cuentan con el acceso a servicios públicos básicos: acueducto, alcantarillado, energía. Con trabajo individual y colectivo han acondicionado ellos mismos redes artesanales de agua potable y aguas servidas. También han construido caminos, escalas y algunos lugares comunes (parque, escuela, sede comunal); según los relatos de los adultos esto era monte, pantano y piedras, con convites han aliviado un poco las dificultades, permitiéndoles así vivir con un poco de comodidad.

Son barrios relativamente cercanos al centro de la ciudad, considerados de invasión y se encuentran por fuera del perímetro urbano. Éstos han sido construidos recientemente por personas que buscan una casa propia y se han hecho con ritmos ajenos a la planeación oficial aparentemente de espaldas a la ciudad. A pesar del sinnúmero de dificultades que todos relatan, tener su *casita propia, les da tranquilidad*. “*Los que llegan, trayendo auestas la sorpresa de su propio lugar que al confundirse con lo que ahí estaba, inaugura nuevas ciudades en la ciudad, nuevas formas de entenderla, de amarla y de nombrarla; las migraciones han sido, hoy más que nunca, el canto para renovar la historia, para evitar la muerte y eludirla con la cómoda certeza del lugar propio*” (Reguillo). Se vinieron huyéndole al miedo en muchos casos, cargados de esperanza, y aquí están con sus repertorios y su bagaje re-construyendo sus vidas.

La casa es la construcción de imágenes y recuerdos que le dan al ser humano razones o ilusión de estabilidad. Para las personas en situación de desplazamiento forzado, la vivienda significa tener un lugar que proporciona estabilidad social y económica. Antes de llegar al asentamiento han pasado por varios sitios de “arrimaos”¹⁵, viviendo un calvario; esta situación se vuelve insostenible, especialmente cuando las familias que los reciben también viven en condiciones muy precarias.

A mí me dijeron que por aquí se podía vivir, que estaban vendiendo ranchos. Vine, cuando lo vi, me dije que no era lo mejor, pero después pensé, mejor esto que nada; yo de arrimada no quiero seguir viviendo. Al principio eran más poquitos ranchos, yo tenía hasta una huerta y ya vea, construyeron.

que para la mayoría de los desplazados es muy difícil cubrir los costos de la canasta escolar.

15 Arrimado: el que vive en la casa de otro



Este rancho, es mi rancho, ahí de a poquitos lo hemos ido haciendo, pero no es fácil, la plata no alcanza (Entrevista Rubiela Giraldo, mamá de joven).

El tema de la casa constituye un asunto fundamental del ser humano, ya que no solo hace referencia al hecho físico, sino a su significado de pertenencia a un lugar en el mundo en el que se habita y se establece una red de relaciones.

Para los habitantes del barrio estar en lugares de invasión y catalogados como de alto riesgo, tiene la connotación de temporalidad, a pesar de que la mayoría llevan allí más de siete años, está presente la inminencia del desalojo, lo que genera en ellos inestabilidad e incertidumbre. Por lo tanto, muchos de ellos establecen una relación de distancia con el lugar como lo ajeno; esto incide en las expresiones y formas de habitar el barrio.

El nosotros en el barrio, como desplazados víctimas del conflicto armado y sujetos de derechos, se configura de manera parcial y con el tiempo, ya que no todos los desplazados participan de las redes y organizaciones que reivindican sus derechos; es una tensión permanente debido a la carga simbólica que tiene que asumirse como tal. Por desconocimiento o por miedo, muchas personas no se inscriben en los registros de desplazados, que les permiten obtener unas ayudas básicas durante los primeros meses.

“Yo me demoré en registrarme como desplazada como cinco años, porque me daba miedo. Por ahí decían que a todos los desplazados los mataban, y uno correr tanto pa’ lo mismo... Y cuando fui ya dizque no era desplazada” (Elvia, mamá).

Ambos asentamientos son construcciones complejas que imbrican realidades políticas, culturales, sociales, políticas, económicas. Estos lugares conforman el contexto en donde se desenvuelven cotidianamente los jóvenes, con realidades estructurales dramáticas que inciden en los proyectos de vida de los jóvenes y condicionan en cierta medida sus posibilidades de desarrollo.

Las maneras como los jóvenes ordenan su mundo de la vida, a partir de vivir y ser parte de un lugar, en este caso de Altos de la Torre y El Pacífico, implica un proceso complejo de afectaciones e implicaciones recíprocas. Ellos construyen una “nueva” realidad de la vida con el

“aquí” de sus cuerpos y el ahora de sus presentes. Tener en cuenta estos aspectos es importante porque desde allí se desarrollan acciones por parte de los jóvenes para transformar su contexto; que se han llevado a cabo tanto en el adentro-barrio como en el afuera-ciudad con la negociación y el conflicto que algunos casos esto implica (Reguillo:1996).

Mi morro

En el trabajo de campo se pudo observar que los jóvenes llaman cariñosamente al barrio: “mi morro”. La noción de barrio es una construcción social que han hecho y que supera los límites administrativos; cubre un sector de la parte alta de la centroriental en donde se encuentran: Isaac Gaviria, Trece de Noviembre, El Pacífico y Altos de la Torre. Este es un lugar dotado de sentidos y significado, parte de su mundo social en donde han construido sus formas de habitar.

“A la ciudad se pertenece por fragmentos. El habitante imagina apenas una parte de su territorio, desde los fragmentos que se articulan en su mente y en sus vivencias aparecen apenas apartes del mismo. Mientras en la ciudad cambian los referentes socioculturales, hacia las relaciones más globales, simultáneamente se tiende a la fragmentación y al encerramiento de centros” (Echeverría y Rincón:2000,105).

El barrio es un lugar vital en la vida del grupo Jóvenes Construyendo Futuro, allí se desenvuelven, lo recorren y lo viven palmo a palmo, éste les ofrece refugio y protección. *“Es un espacio de simultaneidades, donde lo social, lo público y lo privado se entrelazan desde una relación de intereses particulares” (Pérez:2005,93).* Este lugar construido simbólicamente por los jóvenes configura tramas en sus vidas y formas para habitarlo particulares del grupo, tanto en su condición generacional, como de sujetos organizados que participan activamente de las dinámicas del barrio.

El Pacífico es como mi cama, puedo describirlo de memoria, lo tengo grabado. El Pacífico tiene 3 entradas principales, la del plan, la de las escalas y la de la cancha, ya en el barrio tiene 27 caminos, está limitando con un pinar, con el barranco y con la cancha. Uno allá no se pierde, todos los caminos están conectados. La mayoría de las casas son de tablas, techo de zinc muy poquitas de material; el acueducto es sencillo, pasan las tuberías por encima de los caminos al lado de las casas. La luz es muy irregular, todavía hay un poquito de contrabando, no se paga ningún impuesto. Es muy agradable, muy amañador, acoge a todo el que llega (John Jairo, 18 años).



“El espacio humano en general (y no el espacio urbano solamente) ha sido siempre significativo” (Barthes:1990,257). Los jóvenes habitando establecen relaciones de cercanía y distancia, que a su vez configuran las identidades sociales, el nosotros (que les permite reconocimiento) y los otros (la diferencia). Ellos son actores situados en un contexto, en donde interactúan, es decir, viven un proceso de mediación con y en el lugar; en algunos casos imbricado por el afecto (amor y amistad) como con sus amigos, familiares; y en otros por la distancia frente a grupos armados y hasta con el Estado.

Los jóvenes se mueven en el barrio con soltura y tranquilidad, éste lugar les pertenece, y en él son reconocidos y reconocen a los demás. Bachelard (1958) plantea que los sujetos le dan sentido al espacio vivido, sentido, en la mediación entre el adentro/el afuera, lo público/lo privado, lo local/lo global. Para el autor no son dicotomías sino dialécticas, que dan como resultado formas de habitar un territorio.

Los jóvenes en su proceso de aprehender el barrio y vivirlo, han definido unos espacios para estar, en los que se sienten cómodos, son sitios marcados en el imaginario colectivo como de ellos. Cuando están en grupo, a pesar de ser al aire libre, establecen un adentro con códigos comunicativos, reglas comunes; y un afuera, que son los otros, los que no están en la dinámica del grupo.

Esta construcción espacial que han hecho los jóvenes del barrio, también alude a unas redes de relaciones que tiene que ver con las instituciones escolares, eclesiales, estatales, sociales, entre otras. Establecen un territorio que cobra vida en la medida en que lo viven y establecen intercambios con otras personas. También se puede decir entonces que el territorio no es una unidad como aparece en el imaginario colectivo de los jóvenes, sino una serie de líneas y trayectos que configuran una trama, incluso de lugares permitidos, accesibles y de otros que no se visitan por múltiples razones.

Kevin Lynch (1992,33) plantea que: *“En general el comportamiento social es territorial; es decir, está definido espacialmente, cambia de acuerdo con el lugar. El hombre marca, defiende y controla y, de esta manera, estabiliza su comportamiento”*. Para los jóvenes en el barrio existen lugares no permitidos, sitios que no frecuentan porque están marcados por los habitantes con significaciones y sentidos, como por ejemplo los lugares llamados de los “viciosos”, algunos caminos y escalas que pasan por lugares donde se encuentran actores armados, entre otros. La configuración del espacio, es una compleja trama que se hace permanentemente en la acción de habitar, los jóvenes espacializan su lugar. En la medida en que el espacio se va viviendo se transforma, no es un “algo” estático, por el contrario está en movimiento y es frágil; está hecho con filigrana y en cualquier momento se puede romper con una palabra no dicha o mal dicha, cualquiera de los dos factores puede ocasionar una ruptura, nunca se sabe. Tal y como lo expresa Lefebvre (1975) también expresa el espacio está poblado de

signos y señales que expresan características normativas, de orientación, intimidación, entre otras, que comunican y que se convierten en acuerdos tácitos de movilización por el lugar. El barrio parece una casa grande, con muchas piezas pequeñas en donde viven familias, las dinámicas que se viven al interior son de carácter doméstico.

"Como a los dos días de nosotros haber llegado se vino el barranco, se vino la piedra, aporrió a mi mamá, a la negra y aporrió a mi hermanito, y a nosotras dos, a Yulei y a mí no nos pasó nada nosotros. Nos fuimos a una casa por allí, de ahí nos dieron este terrenito, y hace como dos tres años estamos viviendo en esta casa" (Leidi, 19 años).

"La extrema pobreza ha hecho que nuestras familias tengan que construir sus viviendas en zonas de alto riesgo, como en las cuencas de las quebradas y en terrenos en peligro de deslizamiento" (Texto John Jairo).

Los jóvenes perciben el barrio desde sus adentros como seguro, así tengan algunos riesgos latentes que los vuelven vulnerables, como: el ejercicio del poder por algunos actores armados o "la naturaleza". Por esto: *"Al indagar el hábitat desde el habitar, se deberían reconocer las particularidades de la geografía física, natural y construida, tanto como las condiciones y circunstancias de sus habitantes"* (Echeverría et al:2007,26). Las diversas realidades socioculturales que tiene cada una de las familias, las condiciones de pobreza, sumado a las circunstancias del desplazamiento, son asuntos coyunturales en el barrio, que generan tensiones en el día a día. Existe una compleja red de relaciones mediada también por poderes que hacen que allí se vivan ciertas dinámicas.

En la vida cotidiana de los asentamientos se hace un esfuerzo permanente para superar los conflictos interpersonales entre vecinos. Las diferencias en espacios tan reducidos y con las formas de socialización que se practican usualmente -el chisme y el rumor juegan un papel fundamental- erosionan las relaciones. Entre los habitantes se han establecido relaciones de vecindario mediadas por la solidaridad, "nexos de motivaciones"¹⁶ que crean una identificación, cuando pasan de compartir un espacio a participar activamente de él. Sin embargo, la mayoría de familias del barrio eligen encerrarse en su casa y en su red de parentesco; son pocas las que se enfrentan a la vida colectiva y de la participación en las organizaciones.

"Mi morro" es un territorio que los jóvenes viven y espacializan, allí son ellos con toda su biografía, y desde allí se integran a la vida urbana. Ellos



16 Berger & Luckmann (2006:163)

han hecho una construcción colectiva de este espacio como *lugar ideal*, y predomina la idea romántica del barrio hecho desde las relaciones y afectos; el espacio está marcado por símbolos, prácticas y experiencias cotidianas de los jóvenes y de sus habitantes. Desde su descripción positiva del Morro, los jóvenes sienten la necesidad de cambiar el imaginario social que se ha construido sobre estos sitios, como peligrosos e inseguros. En este juego de percepciones está presente la contradicción, porque los jóvenes saben que en el barrio hay problemáticas por el poder territorial, pero su reflexión la sitúan sobre la mirada homogeneizante que hace la sociedad en general sobre su situación de desplazados, la cual se vuelve para ellos en una identidad imputada.

Los jóvenes del grupo no son ajenos a las realidades del barrio, sin embargo cotidianamente se debaten entre el desencanto y la participación. Las difíciles condiciones en las que se desarrolla su vida, cargadas de características culturales y simbólicas, devela esa tensión/negociación.

¿Violencias in-visibles?

En la relación que los jóvenes establecen con el entorno, emergen diferentes miedos. En sus relatos hablan de las drogas, la violencia, la prostitución y los construyen simbólicamente como sus “enemigos”; éstos los acechan permanentemente y están cerca de ellos. Con respecto a este tipo de temas los jóvenes marcan claramente una distancia, y los hacen ver como un problema de “otros”, que incide en ellos. Los jóvenes hacen visible esta tensión a través de las representaciones que hacen del barrio, por ejemplo, en las obras de teatro. A lo largo de la historia del barrio es sabido que hubo y continúa habiendo formas de ver y “contrarrestar” este tipo de problemáticas, dependiendo de los sistemas de valores en los que se está inmerso, en algunos momentos se han practicado ejercicios fuertes de poder y en otros casos las han sido actitudes laxas y permisivas,

Con respecto a la drogadicción por ejemplo, marcan un adentro (grupo sano), y un afuera (otros jóvenes consumidores de alucinógenos). Frente a ello establecen límites diferenciadores muy marcados desde el discurso, pero en la cotidianidad comparten espacios como la escuela, la cancha, las fiestas con esos *otros*. Ricoeur (2000:166) plantea que para construir el otro existen unos *juegos de atribución disimétricos*, de distanciamiento y acercamiento que hacen esta relación con *otro cercano* dinámica y en continuo movimiento, lo que lo convierte en el *prójimo*.

Los pelados de Jóvenes Construyendo Futuro somos distintos a los demás porque nos hemos fortalecido espiritualmente y todas esas cosas. Somos muy diferentes porque tenemos otras maneras de divertirnos, no tirando vicio. Nosotros encontramos demasiadas formas de divertirnos y de pasarla bueno no con alcohol o pastillas. Somos muy distintos (Yasmín, 18 años).

La violencia ha dejado en los jóvenes prácticas como el silencio, *yo no sé nada o yo no ví nada*, como un mecanismo de defensa y protección en el territorio. Ante la presencia permanente de los grupos armados en el barrio, las prácticas y los movimientos tienen códigos que son claramente manejados por los jóvenes. Los actores armados en algunos casos, son habitantes de los mismos barrios que escogieron las armas como su opción. Los jóvenes los han construido como un *otros*, pero distante; ellos son figuras presentes en sus vidas, que desde el autoritarismo imponen ritmos y dinámicas, a las que los jóvenes no pueden ser ajenos. Violencias ejercidas con poder simbólico que en muchos casos no se ven; como parte su accionar realizan prácticas represivas contra los habitantes, en donde la única respuesta por parte de éstos puede ser el silencio.

¿Mujeres y hombres des-iguales?

Bendito! Yo he escuchado que a las ricas de Medellín, el marido les prepara el desayuno, pero a nosotras, las pobrecitas de nosotras, nos toca hacer todo (Doña Virgelina, 53 años)

En estos asentamientos prevalece la sociedad patriarcal y se ve expresada en el machismo en todas sus expresiones y es practicado por hombres y mujeres. Las mujeres siguen siendo las únicas responsables de las labores de la casa, las jóvenes que participan en los grupos a veces son mal vistas por los adultos hombres porque se supone que deben estar en la casa, todavía muchas mujeres son golpeadas, abusadas y maltratadas sexualmente. Se siguen manteniendo patrones de relacionamiento asimétricos reproduciendo objetivaciones diferenciadas de hombres y mujeres; tal y como lo propone Valenzuela (1998,334) se observan estrategias de reproducción sociocultural, que evidencian los universos culturales construidos históricamente.

Las mujeres jóvenes del *grupo* se han ganado un espacio dentro de éste, pero en sus relatos hacen evidente que la situación no es la misma para las mujeres en el barrio.

"A mi una mujer que quiere salir disque a trabajar no me trama, si lo quiere a uno no sale" (Aarón, 26 años, habitante del barrio).

Las mujeres que hacen parte del grupo tienen como responsabilidad hacer las labores de la casa, los hombres ayudan por "solidaridad" pero no porque haga parte de sus





responsabilidades y obligaciones familiares. La cotidianidad para las mujeres, tiene una presencia muy fuerte de lo doméstico:

Me levanto a las 5:30 am me alisto para ir al colegio, voy estudio hasta las 12:30 y ama de casa el resto del día (Yasmin, 18 años).

A mi me tocan todas las labores de la casa, mi hermanita a veces me ayuda, pero mis hermanitos no mueven un dedo. Los oficios son muy desagradecidos, a mi no me parecen aburridores, en el grupo juvenil uno lo

que haga, la gente dice que muy bacano, en cambio uno se puede quedar una eternidad en la casa, está todo perfecto y nadie le agradece y está todo desordenado, y vienen y le echan en cara todo a uno (Paloma 18 años).

Yo me levanto a las 4:30 am a despachar a mi papá, le hago el almuerzo y el desayuno, a veces me vuelvo acostar un ratico, o sino sigo despachando a mi mamá y Alex (hermanito) para el trabajo; cuando llego del colegio, para que no me coja mucha ventaja lavo la ropa de ellos y la mía (Catherine, 15 años).

Culturalmente el rol de las mujeres ha sido en las labores domésticas, las jóvenes manifiestan que al estar en esta casa de los padres deben seguir cumpliendo con estas responsabilidades, pero en el futuro esperan construir otro tipo de relaciones en donde las prácticas de la vida doméstica se compartan de igual manera entre hombres y mujeres. La construcción que ellas mismas están haciendo de su proyecto de vida y su subjetividad, incluye las labores del hogar (ser madres) pero éste no es el único eje.

Antes no teníamos hambre

Una de las transformaciones más evidente de las familias desplazadas en la ciudad, son las referidas a las tramas económicas. *En la ciudad todo vale*, es la expresión que usan los jóvenes y que evidencia la lucha de las familias para tener el sustento básico. Ellos recuerdan que en sus casas del campo no faltaba la comida, inmediatamente establecen una relación con su oficio de agricultores de hortalizas, frutas, verduras, por lo tanto tenían la comida asegurada, allá esa no era una preocupación pero en la ciudad sí.

El problema de alimentación en el asentamiento es muy grave, *“muchas veces no alcanza para los tres golpes”* nos cuenta Marina; en las historias elaboradas con ellos aparece una preocupación por la desnutrición que afecta de manera más dramática a los niños. *“La información disponible muestra que Colombia es un país con muchos niños, niñas y jóvenes con problemas nutricionales y de salud en general, que si bien hay una mejoría progresiva de*

esta problemática, en el siglo XXI aún estamos desperdiciando gran parte de nuestro capital humano, por no recibir la alimentación que es necesaria en momentos definitivos para un crecimiento y desarrollo adecuados” (Cid:2004)¹⁷.

Aunque no hay un estudio de desnutrición específico para los habitantes de estos dos barrios, el hambre está presente. Ante la tarea de escribir una canción, tres de las jóvenes se juntaron y escribieron este estribillo, en donde se evidencia la problemática.

“Quiero comer pastel, voy a comer pastel, tengo mucha hambre y me quiero comer un gran pastel. Porque en mi barrio hay mucha pobreza y a la gente le da dolor de cabeza” (Canción elaborada en taller).

Kelly igualmente en el texto que escribió para el libro *Porque estamos aquí*¹⁸, escogió como tema el derecho a la alimentación y nos cuenta:

“Nuestras madres tienen que hacer el recorrido para conseguir algo de comer. Aunque los alimentos que recogen no son los mejores, ellas los convierten en manjares. Unos huesos y unas papas, que muchas personas no comerían, son para otras algo muy bueno porque gracias a ellos no sentirán hambre durante un día” (Kelly, 15 años).

El llamado *recorrido* es una práctica que realizan mujeres, hombres y niños desplazados buscando el sustento de las familias. Es una acción obligada ante la necesidad de alimentarse, que se puede comparar con la indigencia, sin embargo ellos no piden, sino que llegan a lugares donde cada semana les dan “algo”. Existen dos modalidades: el de alimentos, y el de monedas. Esta práctica se ha vuelto habitual para las personas de los barrios para ello se han definido días y rutas colectivamente.

Los problemas de la mala alimentación que viven estos barrios plantea desafíos muy serios a la sociedad y al Estado. Los estudios¹⁹ sobre este tema dicen que la desnutrición de los cero a los siete años (primera infancia) no son superables; los niños desnutridos sufren de déficit de atención, por lo tanto incide en su desenvolvimiento en la escuela, y se convierte



17 Situación actual y prospectiva de la niñez y la juventud en Colombia. Investigación realizada por el CID de la Universidad Nacional para el ICBF, GTZ Colombia Joven. 2004

18 Anexo Libro Porque estamos aquí, resultado del trabajo con los jóvenes.

19 Para complementar esta información se puede ver el trabajo del Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, Jaime Gómez.

en uno de los motivos de desecolarización. El profesor Jaime Gómez expresa que: *“estamos creando generaciones que solo servirán para ser bulteadores”*.

La alimentación es quizás uno de los elementos que más nostalgia genera con el campo, no solo por su carácter de satisfacer una necesidad básica, sino también por los rituales alrededor del alimento que allá practicaban: *“los domingos matábamos gallina, para la visita”* relata Johnny, de acuerdo con las cosechas hacían platos especiales, los fiambres para ir a los paseos en el río, entre otros.

Los parches

La apropiación y transformación que los jóvenes hacen del espacio, lo vuelve un territorio significado. Esta construcción se hace en el espacio público, en donde se vive la experiencia grupal, *mi morro* es uno de los núcleos de la socialidad de los jóvenes, aunque no el único. Cotidianamente ellos interactúan con sus pares en diferentes espacios, allí demarcan unos ámbitos de la vida colectiva.

Los jóvenes usan la palabra *“parches”*, que viene de la jerga popular, para referirse a los lugares donde se encuentran. Su connotación es muy positiva y remite al lugar de encuentro con los pares, este sitio es muy conocido por las personas afines, y allí se configura claramente un nosotros.

“Nos parchamos a tomar chocolate en cualquier parte, charlamos y se nos pasa el tiempo, los parceros van cayendo al parche” (David Saenz, 23 años). Ante la ausencia de espacios formalmente construidos para el encuentro (espacios públicos), los jóvenes en el barrio *“arman”*



su lugar, en sitios que ellos han definido por consenso. El lugar se crea con su presencia y se desaparece de la vista cuando no están, pero permanecen en el imaginario como el lugar de los jóvenes.

En la apropiación que hacen los jóvenes del territorio existen unos puntos centrales de intercambio e interacción, en donde ellos se sitúan y expresan su ser joven. En el barrio ellos han definido unos lugares públicos como propios, esta construcción se ha hecho con el tiempo y no es estática, se transforma dependiendo de múltiples circunstancias.

Aquí nos parchamos, es una construcción dotada de sentido que configura unos territorios momentáneos, es decir, que existen en la medida en que los jóvenes los están espacializando y se hacen sujetos para habitar lo público.

Dependiendo de la actividad que vayan a realizar escogen el lugar para reunirse, hablaremos de algunos ejemplos relevantes:

La cancha es el espacio de la lúdica, del juego, del encuentro. La cancha constituye unos de los centros del barrio, es referente geográfico y espacio de socialización. Es un lugar de encuentro colectivo que siempre está ocupado; y se regula mediante horario y unas normas para su uso.

La cancha es un lugar que emerge en el discurso de los jóvenes, aparece en sus narraciones, en las fotografías, en los dibujos. En este espacio se da el encuentro intergeneracional de los jóvenes con los niños cuando se hacen las recreaciones y de los jóvenes con los adultos cuando se juega fútbol o baloncesto.

Este es lugar de los acontecimientos en el barrio, allí se realizan campeonatos de fútbol que cuentan con la participación activa de la gente del barrio como espectadores o como jugadores; la Fiesta por la Vida, celebración colectiva de los habitantes, entre otros.

Hildebrando en su testimonio lo define como el lugar donde transcurre su vida:

Yo me llamo Hildebrando Borja Giraldo, tengo 15 años y vivo mejor dicho, en la placa; porque yo no vivo por allá tan lejos sino que yo vivo acá. Eso por allá le dicen El Pacífico, entonces yo digo que yo vivo en la placa porque estoy más cerquita de acá que de por allá (Hildebrando, 15 años).

La construcción simbólica de Hildebrando implica múltiples significados sobre su vida en el barrio, siendo central el que la placa se vuelva el eje de sus relaciones sociales, y del transcurrir de sus días. El distanciamiento que marca frente al barrio es notorio pues, aunque la cancha haga parte él, de acuerdo con su narración, para él la cancha se configura como un todo.



Muchos de los jóvenes de estos barrios que no están articulados con la dinámica del grupo, pasan sus días en la cancha; siendo común verlos sentados en las graderías o haciendo picaditos²⁰.

La escalera de la tienda es otro de los parches para el grupo de jóvenes, está ubicada al frente de la cancha, en el barrio El Pacífico. Este puede ser el lugar donde se pasa una parte de la tarde o lugar transitorio donde se encuentran para ir a otro lado; allí van llegando los jóvenes y se

sientan a esperar a los otros.

Nos parchamos en las escalas de la tienda, a hacer la ronda. Los que tienen plata compran para todos, juntamos todo y nos ponemos a trovar²¹.

Los integrantes del grupo han establecido un entramado afectivo y de cohesión, que se ve reflejado en prácticas como el compartir. Existe entre ellos el sentimiento de solidaridad, lo poco que tienen lo comparten entre todos “*partimos hasta un confite*” dice Érica.

La escuelita, como nombran los jóvenes al colegio de cobertura Cedepro, está ubicada en el sector de Altos de la Torre, llamado Camboya. Este es un lugar central para los jóvenes de los dos asentamientos. Su uso como espacio de congregación juvenil, es reciente; fue a mediados del 2008 que con dineros del municipio de Medellín, los habitantes de los dos barrios hicieron una readecuación física y construyeron escalas y plancha, creando esta área común.

La historia de la escuela en el barrio es muy importante, pues hasta hace pocos años era manejada por una institución que no cumplía con las exigencias de los habitantes. El nombre de *escuelita* fue puesto por la comunidad porque es un espacio pequeño, pero también por la calidad que tenía la educación que allí se impartía. Algunos de los jóvenes que eran críticos con la educación que recibían, tomaron la decisión de pasarse para otros colegios. Con la llegada de la Corporación Cedecis, se empezaron adelantar procesos desde el colegio para el barrio, por ejemplo: abrir el espacio para reuniones, realizar actividades con la comunidad

20 Nombre que le dan a partidos de fútbol sin trascendencia, sólo por diversión.

21 Es una palabra que usan para decir que juegan, conversan, gritan, se ríen.

y mejorar la calidad académica. La imagen del colegio a partir de estas dinámicas se ha ido transformando y se ha vuelto espacio de encuentro.

Otro aspecto que anteriormente generaba distancia frente a dicho espacio era la presencia permanente en el lugar de los actores armados del barrio.

Antes no veníamos mucho por aquí, porque eso depende mucho de la estructura, de la gente, de cómo se maneje. Pero ya si nos mantenemos por aquí, porque es que nosotros ayudamos a construir esto, entonces como no lo vamos a disfrutar (Paloma, 18 años).

La escuelita se ha vuelto sitio de encuentro para los jóvenes, allí se parchan por las noches y los fines de semana. Allí no es la función educativa propiamente la que congrega a los jóvenes, sino el hecho simbólico de reconocimiento y de pertenencia que han construido.

Ahora el sitio de encuentro es la escuelita, allá nos parchamos; como no hay vecinos cerquita, ese sitio es nuestro (Yasmín, 18 años).

Desde este año, nos estamos juntando en la escuelita, allá es muy rico porque van todos y a mí me queda más cerquita de mi casa (Erica, 18 años).

El parche es aquí en la escuela, si usted no encuentra a un joven en la casa, lo puede venir a buscar aquí, que aquí lo encuentra (David, 23 años).

Los jóvenes con sus lógicas, habitan este lugar. Mientras ellos están ahí este espacio les pertenece, se convierte parte de su mundo. Es un espacio de interacción en donde se dan relaciones sociales y simbólicas; es un lugar construido socialmente como dice Lefebvre, que se convierte en uno de los elementos constitutivos de la socialización del grupo.

El teléfono público gratuito es un lugar de conexión con familiares y amigos. Es una posibilidad para estar en contacto con sus redes por tres minutos que es la duración de la llamada gratis, cumpliendo un papel de punto conector con carácter de azar y corta duración. Además mientras se hace la fila, se establecen conversaciones con los vecinos. Por la noche se pueden ver largas filas para llamar. Entre la comunidad se han construido normas para el uso del teléfono, una de ellas, es que en cada turno solo se hace una llamada, y cuando se requiere otra cuando se acaban los minutos, debe pasar al final de la fila.



El teléfono es una tecnología que vincula y conecta a los jóvenes, es un medio de intercomunicación personal muy usado por ellos y alrededor del cual han establecido unos modos y estilos de conversación.

Existen otros lugares en los que se encuentran de manera más fortuita, están definidos por actividades puntuales: las maquinitas, los billares y algunos “rumbeaderos” que tiene el barrio. Estos espacios “*para matar el tiempo*” los comparten con el resto de jóvenes, no son espacios relevantes en sus discursos, así aparecen sólo como diversión pero no como parte de la construcción de su vida de barrio. Algunas casas de los jóvenes también son sitio de encuentro, allí se reúnen para comer o para conversar sobre cosas más íntimas.

Para concluir sobre el barrio: “mi morro”

Entonces, ¿Qué papel juega el barrio en las formas como ellos se comportan y construyen su ser? Después de estar compartiendo con los jóvenes durante varios meses, observamos que el barrio, como territorio construido socialmente no es ajeno a sus experiencias. Éste los ha marcado de manera tanto positiva como negativa. El barrio en este caso constituye un espacio vital, para cada uno de los sujetos migrantes con quienes trabajamos.

“Yo creo que el barrio así como está, está muy bien, pues porque no se ve violencia, de pronto lo que sí le cambiaría son los jóvenes que están en la drogadicción pues, aunque es algo que ocurre en muchos barrios y en muchas partes, pienso que sería bueno que no existiera porque lo que están haciendo es mucho más daño todos los días, a los que ya no quieren estar haciendo lo mismo que lo que están haciendo ellos” (Paloma, 15 años).



Al interior del barrio se viven diferentes dinámicas. La dialéctica conflictos y negociaciones, está inmersa en la socialidad, en el intercambio permanente de información y códigos, que suceden en un espacio cargado de sentidos y significaciones para cada uno de los habitantes y para los jóvenes. Este lugar lo han construido los jóvenes desde sus posibilidades, echan mano de la recursividad para espacializar el lugar.

El espacio propone Lefebvre es una *inscripción en el mundo de un tiempo*, el

barrio está hecho de los ritmos de los habitantes. Los jóvenes desde la acción de habitar se apropián de este lugar y lo vuelven suyo.

El barrio en tanto hecho físico, social y cultural ha sido para los jóvenes desplazados un espacio para la re-creación de su ser individual y colectivo. En el aquí-ahora que viven en este *lugar-ciudad/lugar-barrio* se ha reconfigurado su *selfy* su mundo de la vida. Allí han construido sus códigos de identificación/diferenciación. Es un lugar que construyen en el día a día, y desde donde trazan su por-venir.

¿Quién soy yo? Qué pregunta tan difícil

"Llevamos sobre la piel singularidades hechas de esta misma, replegadas, dibujadas, ocelladas, gérmenes, lunares, ombligos, inflorescencias como engastes, complejos. El tejido plano o como forma islas, repliegues, fruncidos, plisados, pliegues afollados ornamentos llenos de costuras. La piel forma el telón de fondo, lo continuo lo que mantienen los sentidos, su denominador común; cada uno, proviene de ésta, la expresa fuertemente a su manera y en su cualidad" (Michel Serres).

Esta investigación asumió que los sujetos son producto y productores de sus vidas, ellos hacen una interpretación y apropiación de la estructura social a la que pertenecen, teniendo en cuenta que la sociedad es un proceso dinámico, en el cual los jóvenes, con su capacidad de agencia realizan acciones, producen discursos y construyen sentidos desde lugares situados históricamente y también de anclajes elegidos (Reguillo:1997). Para comprender la acción de habitar la ciudad tuvo en cuenta que la migración forzada implica un proceso de re-configuración y re-identificación con un nosotros/otros, una disputa permanente por las diferencias y las adscripciones.

Yo siendo

El proceso de constitución del yo nos remite a aquella relación en la cual se construye y define el sentido y el orden social y el mundo de la vida crea un orden necesario para la persona. Las identidades se conforman precisamente en esa interacción significada entre el sujeto y lo social (Valenzuela Arce:1998). No se da de manera lineal, ni unívoca, sino dentro de un campo en disputa, donde aparece lo transcurrido, y por lo tanto la contradicción.

"El carácter del yo como producto social no se limita a la configuración particular que el individuo identifica como él mismo (por ejemplo, como "hombre" de la manera particular con que esta identidad se define y se forma en la cultura en cuestión), sino al amplio equipo psicológico que sirve de apéndice a la configuración particular (por ejemplo, emociones, actitudes y aun reacciones somáticas, varoniles). Por lo tanto, se da por sobrentendido que el organismo y más aún el yo, no pueden entenderse adecuadamente si se los separa del contexto social particular en que se formaron" (Berguer y Luckman:1991,69).

Continúan los autores planteando que el hombre “es un cuerpo” y “tiene un cuerpo” ambos configuran la experiencia que el yo tiene de sí mismo en un contexto que le da orden, dirección y estabilidad. “*Toda actividad humana está sujeta a la habituación*” (72), que provee de rumbo a su experiencia en el mundo de la vida. Las vivencias cotidianas para los jóvenes, se trenzan con las experiencias de su vida, ellos como desplazados tienen unas estéticas y unas gramáticas que lo vinculan con los contextos del que vienen y en el que ahora se desenvuelven.

“No puede pensarse en identidades culturales monolíticas substancializadas, sino en identidades que se “arman” de identificaciones diversas y muchas veces sin solución de continuidad: por ejemplo: se puede “adoptar” el aspecto, el estilo de una mujer “moderna”, “cosmopolita”, “abierta” y sin embargo vivir profundamente los valores de una sociedad tradicional, provinciana y machista” (Reguillo:1996,220).

Los jóvenes desplazados se encuentran en la re-definición de muchos aspectos de su vida, asunto tanto etario como circunstancial. Después de la dislocación y la pérdida de referentes, ellos reconfiguran sus prácticas y formas de habitar. En la medida que habitan el espacio, lo espacializan, hacen un entramado de sus identidades, como lo plantea Reguillo, se debaten por ejemplo: entre ser una joven urbanita, aunque este asociada con el libertinaje por sus padres y continuar con muchas prácticas campesinas (la alimentación), en los roles que empiezan a desempeñar cada uno en la ciudad teniendo en cuenta sus adscripciones.

La corporeidad de los jóvenes se manifiesta en expresiones individuales, desde allí le dan sentido y significado a su existencia, habla de ellos la ropa que portan y como la portan, la música que escuchan, el manejo del cuerpo, las expresiones de afecto, ellos crean roles y prácticas dentro de las cuales se comportan con concordancia. La descripción que ellos hacen de su

cuerpo físico es simple, no tienen muchas palabras para hablar de él, usan términos genéricos de color, tamaño, forma. Sin embargo el cuerpo se vuelve expresión, cuando realizan labores de cuidado con éste, desde cómo se peinan según la ocasión (trenzas, colas, cepillado), el maquillaje que usan (tonos de colores de acuerdo con la ocasión), la tintura y motilados especiales en el pelo (tanto para hombres como mujeres), se observa una clara forma de aparecer en escena y diferenciarse. Así lo relata Paloma:

Es una máscara que aparece y desaparece si la necesitamos. Es dedicación y empeño, es la muestra final de una práctica que



cada día toma más experiencia y conocimiento. Es la apariencia escondida detrás de todas las capas de cosméticos para mostrar madurez y un tanto de belleza. Y como en muchos lugares lo que realmente vale es una cara bonita, algunas propuestas del mercado se llevan a niñas que quieren ser algo que no son y lo logran con unas cuantas horas de práctica, luego se convierte en una adicción hasta tal punto que si no llevan maquillaje no pueden salir a la calle y no se sienten bien (texto Paloma, 18 años).

El mundo de los accesorios también comunica, este era un reino de las mujeres en el que los hombres han ingresado, símbolos, íconos, objetos son parte de los elementos que portan los jóvenes y desde donde se están expresando. Algunos accesorios se vuelven parte del cuerpo (los piercieng), perforaciones en diferentes partes del cuerpo, como una forma de expresión que se podría catalogar como contracorriente, pero que entre ellos se ha vuelto una práctica común y los llevan en la cara, en la lengua, el ombligo y otras partes del cuerpo.

Con respecto al cuerpo también aparecen miedos. La visión hegemónica que predomina, asocia el cuerpo con unos ideales de belleza, crean unos estereotipos y unas propuestas simbólicas de las que los jóvenes no están al margen, por el contrario hace parte de su realidad. Desde esa construcción se marcan cercanías/distancias de estos canones establecidos, y desde allí se crean una imagen de *sí mismos*, y unos parámetros de lo que quieren llegar hacer, para lo que empiezan a realizar ciertas prácticas, como el deporte. En este punto se manifiesta claramente una diferencia con el antes-allá, ya que los parámetros construidos en campo divergen de la imagen por ejemplo de la mujer en el ahora-aquí como una figura delgada, y para ellos es sinónimo de enfermedad.

Por otra parte, las enfermedades de transmisión sexual o los embarazos adolescentes, generan en los jóvenes muchas angustias, son realidades presentes en el barrio, que son percibidas por ellos como muy problemáticas; por ejemplo en el grupo de teatro, ante la inminencia de las enfermedades venéreas y la cantidad de embarazos adolescentes, decidieron crear una obra para situar la reflexión entre sus pares partiendo del supuesto, “*eso les pasa porque no saber*”. Los jóvenes usaron el teatro como elemento de expresión, por medio de las obras exteriorizaron sus puntos de vista y le dieron nombre propio a estas problemáticas.

Los jóvenes como sujetos en construcción, resignifican, recrean, reconstruyen los discursos y las prácticas, tanto en el escenario social como en el ámbito personal. Ellos eligen, disciernen, rechazan, asumen elementos de diversas procedencias discursivas, armando desde sus particularidades biográficas y contextuales complejos entramados significativos y de comportamiento.

Las representaciones que ha hecho la sociedad receptora del desplazado obedecen a lecturas internas y externas del fenómeno del desplazamiento forzado, mediadas por los discursos que circulan a través de la televisión y la prensa. Se ha construido un discurso institucional



que pocas veces le da la voz a las personas, y cuando lo hace es para nombrarlas como víctimas, pero no como sujetos de derechos.

Estas representaciones generan resistencias en los jóvenes, quienes no quieren ser vistos como los “pobrecitos”. Esta mirada de la sociedad hacia ellos les genera sentimientos de exclusión, de no ser parte de. Ellos se encuentran cómodos en sus redes de socialización primaria (escuela, pares, familia) pero a la hora de enfrentarse solos a otros espacios, el miedo los invade, se sienten inferiores a los habitantes de la ciudad, y esto hace eco en sus formas de vivir la ciudad.

En Urbánicos²² se definió por consenso del grupo que *los otros*, los mal vistos por la sociedad en el escenario de la ciudad eran: los recicladores, los rockeros, los punkeros, los campesinos, los habitantes de la calle, los desplazados. Los jóvenes creen que la discriminación se construye a partir de lo que es en la urbe lo distinto, lo que está por fuera de la “homogeneidad” de la ciudad. Esta lectura devela que se sienten estigmatizados, por su ser campesino, y por las formas rurales que tienen de habitar.

Los jóvenes como sujetos que habitan la ciudad, cargan en un ser con una serie de construcciones que la sociedad ha hecho y en algunos casos ellos han asumido. Su ser en la urbe no espacializa en un lugar neutro, por el contrario está dotado de sentidos y significaciones construidos históricamente que marcan su existencia y sus expresiones del habitar. Los jóvenes viven la disputa permanente en este escenario; se enfrentan a la ambivalencia de ser sujetos de derechos pero a la vez de exclusión.

Mi espacio se mueve por las paredes de la casa

En la casa no hay un sitio destinado para cada uno de los habitantes, como se anotó, sus espacios son compartidos con padres, hermanos, sobrinos, primos, tíos, abuelos; en una cama duermen varios. En un lugar de un cuarto, los jóvenes tienen un rincón como lo llama Bachelard en la Poética del Espacio (2000) que les pertenece, del que se han apropiado y en donde se expresan.

“Y todos los habitantes de los rincones vendrán a dar vida a la imagen, a multiplicar todos los matices de ser habitante de los rincones. Para los grandes soñadores de rincones, de ángulos, de agujeros, nada está vacío, la dialéctica de lo lleno y lo vacío sólo corresponde a dos irrealidades geométricas. La función habitar comunica lo lleno y lo vacío. Un ser vivo llena un refugio vacío. Y las imágenes habitan. Todos los rincones están encantados, si no habitados” (Bachelard:2000,175).

22 Proceso de comunicaciones realizado con el grupo de jóvenes durante el 2006, con el apoyo de la Alcaldía de Medellín y Corporación Región que se planteaba la pregunta con ellos sobre lo que significa ser urbano en Medellín.

Estos jóvenes tienen en la casa un pequeño rincón. Este espacio está lleno de sus marcas e inscripciones: en ladrillos o tablas, pegan fotos, escriben, cuelgan regalos, peluches, ubican objetos preciados que hablan de sus vidas. Son especies de altares hechos con delicadeza para sus amores o a sus pares. En hombres y mujeres, se pudo observar la importancia que ellos le dan a este fragmento del territorio. Son lugares detonadores de memorias y recuerdos de ciertos instantes de sus vidas (cumpleaños, celebraciones), en cuyos espacios inmortalizan sus vivencias.

Este fragmento del mundo material construido por los jóvenes como: *Mi espacio*, se podría decir que son altares a los afectos, donde expresan sus sentimientos. Es un lugar inmerso en la lógica del movimiento, no es un lugar estático, se mueve por las paredes de la casa y algunas veces llega hasta sus billeteras en donde guardan fotos y tarjetas de sus afectos con cargas significativas, son tesoros que se significan por lo que evocan. Aquí se trata de un habitar del que da las medidas, como le expresa Benjamin, en el cual de acuerdo con las limitaciones del espacio y sus necesidades de morar, los jóvenes encuentran nichos para su expresión, siendo estos una de las maneras más visible de sus formas de habitar.

La casa como el lugar privado de la familia, tiene una connotación distinta en estos barrios. Los tamaños de los “ranchos” son pequeños, los materiales con los que se construye: madera, plástico, latas, hacen que la privacidad sea muy limitada. En esto hay un cambio rotundo entre sus espacios de antes y sus espacios ahora: “*los vecinos quedaban lejos, acá estamos todos pegaditos*” cuenta Johny, para hablar del hacinamiento en el que ahora viven.

Yo en el mundo

Los jóvenes hacen su construcción identitaria desde aquellas experiencias y acciones que les permiten diferenciarse de otros y reconocer un nosotros a través de la interacción, la significación y la pertenencia. La construcción identitaria es un proceso social complejo en el que la persona es consciente de sí, y en la medida que pertenece a un grupo o comunidad ésta a su vez le proporciona unos referentes, que le permiten sentir que pertenece. Estas identidades no son esenciales, son por adscripción y están mediadas por el contexto y por la construcción que los sujetos hacen de ellos *sí mismos*, de ellos con un *nosotros* y de ellos con un *otros*.

En ese proceso de configuración del ser, se construye la pluralidad y la alteridad, que se dan en la interacción individual y colectiva, en cuyo proceso de transformación entran en juego las identidades sociales. Las identidades solo adquieren sentido en contextos sociales específicos y en su interacción con otros ámbitos sociales; implican la construcción simbólica de un nosotros, en el que emerge un los otros, lo cual está inmerso en un espacio social, cultural y simbólico; y, en nuestro caso en la relación que se establece entre el aquí y el allá como referentes desde donde se interpreta su mundo de la vida²³.

23 El mundo de la vida se constituye por el sujeto, la vida cotidiana, la cultura y las interacciones que se dan en una sociedad.

Los jóvenes migrantes forzados que llegan a la ciudad de Medellín, se enfrentan con un mundo distinto, ellos vienen con un orden social y un universo simbólico construido históricamente, social y culturalmente con pautas del campo. En el nuevo contexto deben re-ordenar su mundo de la vida con una mixtura que recoge elementos de su biografía (la familia, la vida rural, etc.) y de la situación actual (pares, barrio, ciudad, etc.).

"Así pues, a los diferentes componentes estructurales del mundo de la vida (cultura, sociedad, personalidad) corresponden procesos de reproducción (reproducción cultural, integración social, socialización) basados en los diferentes aspectos de la acción comunicativa (entendimiento, coordinación, socialización), aspectos que están enraizados en los componentes estructurales de los actos de habla (proposicional, locucionario, expresivo)" (Thomas McCarthy, citado por Valenzuela Arce:1998,194).

La ruptura significativa adquiere peso en la vida de los jóvenes, en la medida que se vuelve un parteaguas en su historia, su mundo antes-su mundo ahora. Deben hacer uso de todas sus capacidades para darle sentido a la existencia. Esta construcción identitaria como lo anota la profesora Reguillo (2007,4) *"se inscribe (siempre) en un marco sociohistórico que configura la emoción, le da sentido y arma, a partir de ellas, un marco explicativo capaz de dotar de inteligibilidad a lo que sucede"*. En la vida de la ciudad surgen ámbitos de reproducción cultural, integración social y socialización, es decir, la interacción con ese nuevo contexto que ahora configura su existencia.

"Las identidades sociales, desde esta perspectiva de la construcción social de la realidad, son consideradas como un hecho simbólico, compuesto de valoraciones socialmente atribuidas, donde cada individuo es portador de diferentes representaciones" (Fimbres:2006,44).

Los jóvenes para ser en el mundo entonces hacen una compleja operación de auto y hetero reconocimiento. Las identidades son una construcción social flexible inscrita en la dialéctica individuo-sociedad, tienen que ver con el mundo social de los sujetos, así como con sus experiencias individuales.

Mira a los demás con una atenta curiosidad, en espera de encontrar repuesta a sus dudas de adolescente indecisa. A veces llora, porque su carácter dócil la confronta con las presiones del entorno y, entonces, siente impotencia, deja escapar algunas lágrimas y guarda silencio (Descripción de cómo ven los amigos a Érica)



Los jóvenes son en la medida que existen para otros, en el proceso que han vivido de relacionamiento en el mundo social, han construido la intersubjetividad y el respeto por lo que cada uno es. Han vivido un proceso complejo, insertos en un constructo social, con fisuras, una tensión/negociación de los sentidos y significados que se hace tanto en el grupo de pares, como en la familia, la escuela y en otros ámbitos como las redes sociales en las que participan

Los jóvenes migrantes viven un cruce social y cultural, lo que transforma su pregunta por quiénes son. En el proceso de (re)construcción de su “yo” cambian ciertos parámetros, como por ejemplo los rituales de paso como los quince o las formas como se practica la religión, entre otros.

Yo antes era súper creyente, iba a misa y todo, rezaba, ahora creo en mí (Yasmin, 18 años).

En el campo la fiesta de quince es distinta, no se le da tanta bomba (Isabel, 15 años).

Yo no sabía ni entendía que era eso de objetores de conciencia (John Jairo, 18 años).

Los gustos y preferencias musicales también se han transformado. En la ciudad se han encontrado con hip-hop, el reguetón y el rock, géneros que ellos consideran urbanos. Estos hacen parte de sus preferencias porque las canciones abordan temas con los que se sienten identificados. Además de escucharlos, han pasado a otro momento que es la creación, en el barrio existen grupos de hip hop y reguetón, desde donde ellos están cantando sus experiencias personales y colectivas.

Los jóvenes migrantes se encuentran con espacios sociales estructurados, en donde empiezan a realizar sus prácticas cotidianas y con el transcurrir del tiempo, ellos transforman su mundo social y logran que las estructuras objetivas concuerden con las subjetivas, en ello, a pesar de la carga de dudas y contradicciones, actúan de acuerdo a un sentido práctico. El habitus²⁴ recupera la dimensión histórica del joven, lo estructurado en el pasado viene al presente. El habitus y la identidad les permiten a los sujetos migrantes definir el nosotros del que hacen parte y el otro del que se diferencian.

Los jóvenes se sienten como “*diferentes*” en la ciudad, lo que los lleva a reinventar su ser, en los espacios de socialización, en donde aprenden los códigos para moverse con tranquilidad. En ello se da un proceso que combina lo que son con lo que están siendo, sin que esto im-

24 El habitus se define como estructuras estructurantes, como principios generadores de prácticas y de las percepciones de éstas, como principios sistematizadores, de división y clasificación. Son también estructuras estructuradas porque se encuentran inmersas en un orden social, son el resultado de la incorporación de determinadas condiciones objetivas de la existencia (Bourdieu:1990,53).

plique “borrar” su self. Los jóvenes como sujetos con capacidad de agencia, re-acomodan su espacio y tiempo y le dan coherencia a su mundo social e individual.

Yo he cambiado mucho, pero en lo esencial no, porque eso no se quita. Mi mamá sí dice que cambié mucho, porque ya no me puede pegar ni mandar (Paloma, 18 años).

Yo siempre he sido amigable, me gusta estar con mis amigos, charlar, chacotiar, sigo siendo un niño juguetón. He cambiado un poquito en que he aprendido otras cosas, me he capacitado (John Jairo, 18 años).

Yo era muy inocente, ingenua cuando llegué aquí; todavía lo sigo siendo, pero ya menos. He cambiado un poquito las costumbres, pero es que ya no estoy en el campo, entonces... (Erica, 18 años).

Según los relatos de los jóvenes su “yo” en la ciudad cambia drásticamente. Ellos expresan claramente que otra sería su vida si estuvieran en el campo. Su proyecto de vida se ha transformado con respecto al de sus pares en los lugares de origen.

Si yo estuviera en Doradal no estaría haciendo nada, no sería nada, porque cuando yo vine por aquí yo era sin aspiraciones, sin nada. En cambio por aquí he cambiado mucho, he aprendido a tener aspiraciones a tener un futuro diferente. Yo allá no me hubiera dado cuenta que me gusta la fotografía, el teatro... (Yasmín, 18 años).

Si yo me hubiera quedado allá, y hubiera corrido con suerte, de pronto me hubiera casado y tenido hijos; porque muchas de mis amiguitas, en este momento ni se sabe donde están porque se fueron con los grupos armados. Entonces viéndolo bien, algo bueno tuvo el desplazamiento (Paloma, 18 años).

Si estuviera en Uramita, estuviera voliendo machete, estuviera casado, hasta con hijos, ¿y sabe qué? hasta estuviera muerto. Muchos de los amiguitos que se quedaron ya no están. Las posibilidades de aspirar allá son poquitas, allá no se piensa en ser profesional, lo más cercano que ven es tener plata (John Jairo, 18 años).

Los jóvenes se enfrentan a la ambivalencia. Las condiciones estructurales hacen que los jóvenes se integren de manera limitada a la ciudad; con respecto al campo hay diferencias y avances frente a sus expectativas y su proyecto de vida, sin embargo, vivencian un choque social y cultural, al no



tener las oportunidades y posibilidades objetivas para realizarse con todas sus capacidades. Lo que reflejan con desencanto:

“yo para que le voy a decir lo que quiero ser, sino voy a llegar a serlo” (Shari. 18 años).

Similar es la opinión de Briana:

“Todavía no hay que hacernos ilusiones porque de pronto no se me cumple ese sueño de ser doctora” (Briana. 14 años).

El contexto social, económico, cultural en el que se desenvuelven los jóvenes es complejo. Viven en barrios “marginados” en la periferia donde el acceso al derecho a la educación, salud, alimentación entre otros, es deficiente. Al interactuar en la ciudad, los jóvenes constituyen y reconstituyen sus proyectos de futuro, aunque también son conscientes de las escasas oportunidades y posibilidades que tienen de acceder a la educación superior, tener empleos estables bien remunerados lo que les genera incertidumbre. La situación de precariedad que viven los jóvenes es tan contundente, que parece que el destino está escrito para ellos. Construir un futuro distinto al que han vivido sus padres Paloma lo define como “*pura fantasía*”, siendo una aseveración que revela una desesperanza resignada con el por-venir.

El aprendizaje de sus derechos ha sido una de las ganancias para los jóvenes pero también para las personas desplazadas que se han articulado con las organizaciones. Si bien la situación que se vivía en el campo, se relata de manera ideal, estaba llena de carencias, sobretodo

en los asuntos que tienen que ver con ejercer una ciudadanía plena. En la ciudad, después del trabajo organizativo estos jóvenes se dieron cuenta de sus derechos, marcando una distancia muy grande entre el antes y el ahora.

Mi mamá me dice mucho que para qué me meto en tanta cosa, sabiendo que si tengo un final feliz voy a ser operaria de máquina plana (Paloma, 18 años).

Como se puede ver en sus testimonios, los proyectos de vida individuales de los jóvenes han experimentado cambios a partir de su relación con el mundo y la ciudad, sin embargo hay escepticismo ante la posibilidad de ser profesionales



perspectiva para su futuro lejano. Como se anotó, Medellín es para los jóvenes una ciudad de contrastes que igual que los ha excluido del acceso a ciertos bienes y servicios, también les ha dado la posibilidad de construir otro tipo de subjetividades.

Los jóvenes con los años en la ciudad se han reconocido como tal y construido referentes espaciales; unos que obedecen más a los desenvolvimientos cotidianos, ligados al centro de la ciudad, por su cercanía, y otros, fuera de este “perímetro” que obedecen a la expansión de las dinámicas del grupo y de las redes de contacto con organizaciones y personales.

“Las culturas juveniles pueden contemplarse como una metáfora del medio ambiente del que surgen: no es lo mismo ser joven en un barrio periférico que en el centro urbano, en una zona residencial que en una ciudad perdida, en el medio rural que en el medio urbano (...) por otra parte, las culturas juveniles diseñan estrategias concretas de apropiación del espacio: construyen un territorio propio” (Feixa:1998,90).

Los jóvenes desplazados tienen una bio-grafía hecha de un sistema de signos, que se recrea con la experiencia del desplazamiento forzado, y su vida en la ciudad *“si la experiencia es compartida por varios individuos, quedará sedimentada intersubjetivamente y tal vez establezca un firme lazo de unión entre ellos”* (Berguer y Luckman:1991,90). En el ejercicio grupal realizado para que ellos y sus amigos se describieran, se observa que la experiencia en el barrio ha sido compartida, dentro de un proceso de negociación entre las subjetividades de cada uno, en lo cual se ha construido un nosotros, con unas formas de ser y habitar.

Sus palabras claras y retadoras hablan de su temperamento fuerte, de las experiencias vividas y de dolores pasados, pero también de su capacidad de enfrentarse a la adversidad con fortaleza y tesón (Descripción de cómo ven los amigos a Paloma).

John Jairo ama lo que hace y si de paso recibe reconocimiento de los demás por su entrega y dedicación, se siente mucho mejor. Le gusta llamar la atención y busca que sus opiniones sean tenidas en cuenta, para ello se vale de su buen humor y la sinceridad que siempre están presentes en sus palabras (Descripción de cómo ven los amigos a John Jairo).

Las contradicciones que estos relatos señalan se resuelven en las prácticas y discursos, en la interacción cotidiana en distintos ámbitos que buscan, desde su mundo de la vida dar coherencia y dotar de sentido a ese mundo “caótico” en el que viven. Los jóvenes han construido unas redes sociales afectivas cargadas de significados para cada uno de ellos; se tienen la confianza de los amigos que llevan un tiempo compartiendo el tiempo y el espacio.

Esta niña da la impresión de haber crecido rápido, uno sabe, cuando la mira, que ella sabe lo que quiere, aunque uno no sepa qué es, amiga de sus amigos, la amistad es su mayor

don, malgeniada y todo, nadie es capaz de no quererla aunque sea a raticos (Descripción de cómo ven los amigos a Kelly).

Lo extremo es su mayor reto en contradicción con su manera cautelosa y calmada de actuar, freno de mano de sus amigos, a veces no se contiene y dice las cosas como no son, entonces se resguarda en la reserva, calla los asuntos importantes solo para contarlos todos de una vez cuando empiece otra vez a hablar (Descripción de cómo ven los amigos a Yasmín).

El yo en el mundo está básicamente configurado para los jóvenes por sus pares y su familia. Éste se ha vuelto el almacén de su existencia y desde donde proyectan sus acciones cotidianas individuales y colectivas. El yo de los jóvenes se ha transformado y sigue en construcción, en la medida que se relaciona con su mundo social.

La vida cotidiana está conformada por una serie de discursos que ordenan las prácticas y que se expresan por medio de gestos, emociones, acciones. A través del mundo social, los jóvenes tienden a adaptarse al comportamiento y expectativas del otro (Goffman:1971,42). La socialización, como una acción individual en un contexto social, tiene unos significados inscritos en el mundo de la vida de las personas.

Los jóvenes se relacionan con su mundo pasado, manteniendo una relación con la red de parentela del campo; por temporadas vuelven al lugar de origen a trabajar en diversos oficios: los hombres a recoger a café y las mujeres a trabajar en cocinas preparando comida para los jornaleros. Asumen estos trabajos como temporales, ya que no está entre sus planes futuros volver de una manera definitiva a esos lugares.

Apodos

Me llamo disque Yuli, pero a mí no me gusta, por eso me dicen Paloma (Paloma, 18 años).

Caliche, El Fla, Borja, Lomo, Paloma, El Monito, Yas, Mi Niño, Paquita, son los apodos con los que por consenso colectivo han decidido nombrarse. Entre el grupo de pares “desaparecen” sus nombres para ser esos seres que nombran sus amigos. Su “verdadero” nombre no existe, existe ése que le ha dado el grupo, el cual se convierte en un código comunicativo para ellos, en una manera de nombrarse, de ser. Detrás de cada apodo hay una historia, hecha de esas memorias del grupo que cobran sentido desde sus vivencias y sólo ahí. Los apodos marcan momentos de la vida de los jóvenes, pueden ser una exageración de atributo físico o un acontecimiento de la vida que los otros resaltan, como por ejemplo una metida de patas. Muchos

de estos permanecen en el tiempo, otros, en cambio son efímeros y se van transformando en nuevas formas de nombrarse y de reconocerse.

Uno baja con el territorio

La situación de exclusión a la que se han visto sometidos los habitantes de los barrios de la periferia históricamente se hace visible en sus discursos. La división político-administrativa construida oficialmente en Medellín, no es solamente un asunto gráfico, que deja unos barrios por fuera, es una realidad social y política con la que conviven estas comunidades. Los jóvenes metafóricamente plantean que la ciudad está abajo y ellos arriba, es decir por fuera.

La sociedad urbana se precia del orden y la higiene en cuyas bases emerge el cuerpo regulado. Estos jóvenes que también son campesinos, habitan barrios periféricos, marcados por los habitantes de la ciudad con prejuicios y estigmas. El peso de este tipo de identificaciones excluyentes con pretensiones de dominio sobre las expresiones y comportamientos marcan el cuerpo de los jóvenes, en lo que se denomina la vergüenza del cuerpo (Echeverría). Ellos asumen el peso de esa identidad imputada, se sienten señalados, observados y la respuesta ante este señalamiento es tratar de ser anónimos.

Lo expresa Yasmín en su texto: “Tierrudos”:

Nuestro barrio es uno de esos que catalogan como peligrosos, de los cuales muchas personas que ni siquiera saben cómo son, hablan. Lo peligroso que puede haber serán los caminos, que parecen trochas. Por esta razón hay muchos accidentes, por ejemplo, los estudiantes se caen en la bajada para el colegio y no pueden asistir ese día a clase porque se ensucian.

Tener los zapatos untados de tierra amarilla, empantanados, es una muestra del lugar de donde vienen, estar “tierrudos” más que una connotación de limpieza -aunque también-, es un señalamiento, un código que ya está claramente definido por ellos y con el que no quieren ser reconocidos.

Las construcciones en el afuera, pesan sobre las dinámicas de vida de los jóvenes. La soltura y la seguridad con la que se mueven en el barrio, no es la misma con la que se despliegan en la ciudad. “Abajo” sus movimientos exigen cautela y precaución. En lo posible no se debe llamar la atención, pues ellos en la ciudad tienen como espejos los cuerpos de los transeúntes, distintos a su ser.

Al encuentro de un sentido de nosotros: Jóvenes Construyendo Futuro

El interés en este apartado es mostrar el proceso que ha vivido el grupo Jóvenes Construyendo Futuro. Cuáles han sido las formas de construcción colectiva del nosotros en el barrio y en la ciudad, que les han permitido movilizarse en torno a sus problemáticas y desde allí como ha surgido y se ha mantenido una identidad producida.

Para hacer un poco de historia, el grupo surgió de una invitación que hizo Corporación Región a los jóvenes para que se agruparan y participaran en una organización juvenil con su acompañamiento. En la primera parte del proceso participaron alrededor de 250 muchachos en los Centros de Interés.

El grupo surgió a partir de los centros de interés, para reunirnos para hacer cosas y trabajar por la comunidad, para construir cosas que sean de nosotros. Hacemos lo que podemos por el barrio, la comunidad, por todo lo que queremos (Paloma, 18 años).

Ese proceso inicial fue un momento fundamental para los jóvenes del barrio, ya que no se contaba con espacios de participación juvenil. A partir de la creación, como primer escalón de su proceso, se desencadenaron una serie de propuestas y colectivamente definieron que serían una organización que conjugaría la participación y la lúdica, con un nombre definido por ellos mismos; de acuerdo con sus intereses, se conformaron cuatro subgrupos: teatro, baile, recreación y pintura.



Huy no, eso fue mero embale, conseguir el nombre nos llevó un poco de reuniones, nos reuníamos todos y decíamos que este nombre y no nos gustaba y otro y tampoco y así fue hasta el final que alguien dijo: jóvenes, porque somos jóvenes, construyendo porque es lo que estamos haciendo y futuro porque es lo que queremos cambiar. Y de ahí salió el nombre (Yasmín, 18 años).

El momento de creación que llamaremos “despegue”, es una fase de emergencia en donde están los jóvenes, pero no tiene un trabajo articulado y apenas empieza a lograrse cierta cohesión. Según los relatos de los jóvenes éste ha sido uno de los momentos más duros

de la organización, estaban las cuatro iniciativas²⁵ pero no tenían claros sus objetivos. Se tenía actitud y disponibilidad, pero no experiencia en trabajo grupal.

“Al principio era que impaciencia, todos hablaban al mismo tiempo, no había orden, cada uno quería hacer una cosa distinta” (Jorge Eliécer, 19 años).

Las cuatro iniciativas que hacían parte del grupo empezaron cada una a realizar sus propuestas. El grupo de teatro, Sol Naciente, montó un par de obras; el grupo de recreación, Recreando, realizaba eventos en el barrio; el grupo de pintura, Niños y Niñas Pintando por la Paz, asistía a talleres al Centro Colombo Americano y realizaba algunas acciones con otros niños del barrio; Big Dance, montó coreografías. Los cuatro grupos apenas se reunían esporádicamente.

No existe un punto de quiebre marcado entre el momento de despegue y el despertar. El grupo vivió un tiempo interno en el que lograron negociar los desfases en los ritmos de los integrantes para construir un hacer juntos. Es un momento de conciencia grupal sobre lo que estaban haciendo, en el que se puso en juego todo su capital cultural. Ese proceso les tomó aproximadamente tres años.

Yo no sé, de un momento a otro como que nos organizamos para trabajar todos juntos por todos (Johnny, 18 años).

Vea, ¿sabe qué fue lo que pasó? Nos dimos cuenta que los problemas del barrio eran muchos, entonces que no podíamos seguir por ahí independientes, ¿sí me entiende? (Jorge Eliécer, 19 años).

Los jóvenes llaman esta transición entre el letargo y la organización “*el despertar del grupo*”, han vivido ante todo un proceso en el que ellos como jóvenes decidieron dar un orden a su espacio social, y desde ahí realizar acciones para el barrio y la ciudad. Esta movilización no ha sido una línea recta, por eso igualmente han tenido que superar conflictos y obstáculos entre ellos. Con la re-activación de sus acciones en el barrio han entrado más jóvenes:

En el grupo somos como 30 o más porque han entrado otros. Este es un grupo de puertas abiertas, entra el que quiera entre más seamos mejor. Y yo ya tengo 18, entonces soy muy viejita, entonces que entren unos nuevos... (Yasmín, 18 años)

En el grupo hoy participan 33 jóvenes, 15 mujeres y 18 hombres, en edades que van desde los 13 hasta los 24 años, la vinculación es de forma voluntaria, cualquier joven del joven puede participar.

²⁵ El grupo juvenil está conformado por cuatro “subgrupos” Sol Naciente, Recreando, Niños y Niñas Pintando por la Paz y Big Dance.

El grupo ha desarrollado un liderazgo colectivo, cuyo territorio no se circunscribe solo al barrio. Los jóvenes con su inexperiencia organizativa, sin embargo han logrado conformar una organización que tiene poder de convocatoria y presencia pública, lo que le da poder a sus acciones.

Nos teníamos que organizar, porque el pensado nuestro es hacer cosas en el barrio, pero proyectarnos a la ciudad (David, 23 años).

Ese “despertar” ha hecho que este espacio social se configure en uno de los elementos de mayor articulación para los jóvenes, es un tejido que se ha hecho por una serie de interacciones territoriales (internas-barrio/externas-ciudad). El grupo ha pasado por momentos de pliegue y repliegue: han vivido momentos de fuerza, resultado de la articulación grupal y de las acciones que realizan en el barrio; pero igualmente momentos de desencanto, como parte de los procesos que se viven en este tipo de iniciativas comunitarias, donde las condiciones estructurales de pobreza y violencia, entre otras, influyen sobre la dinámica propia del grupo.

El elemento cohesionador del grupo es “*el trabajo por la comunidad*”; esto es lo que los une. Decidieron trabajar por su barrio y transformar una serie de problemas que los afectan. Definir las prioridades genera conflictos entre ellos, porque no se da en el vacío sino que es una mediación permanente entre los sujetos, sus intereses y sus poderes tácitos y no tácitos.

Dada su juventud, su capital social, cultural y humano es más vulnerable con respecto al contexto. El movimiento (la acción) lo propicia las ganas de hacer cosas, y lo hacen desde su corto bagaje organizacional pero sobretodo desde la intuición y la disposición a hacer muchas cosas por el barrio.

En este grupo de jóvenes sucede lo que Reguillo (1996) llama: la *difícil construcción de un nosotros*, la cual se da en dos niveles: primero superar la tensión entre las subjetividades de cada uno de los individuos del grupo; segundo, interactuar con un nosotros extenso que es el barrio, donde ellos como grupo son un actor más entre otros tantos que también existen en el contexto y tienen sus intereses sobre ese territorio. En este proceso ellos se deben enfrentar desde su condición de jóvenes, a situaciones donde su palabra no es tenida en cuenta, lo cual genera conflictos con los otros (adultos), y al ejercicio de poderes que ejercen los adultos y los actores armados en el barrio, estableciendo de manera arbitraria que está permitido hacer y que no. Lo anterior genera cierta sensación de vulnerabilidad en ellos. En este contexto se configura un orden social.

“En relación con la temporalidad para la acción, puede plantearse que hay un tiempo social y un tiempo interno de los grupos, que no siempre coinciden, lo que provoca el desfase del accionar colectivo” (Reguillo:1996,227).

El tiempo social, continúa diciendo la autora, lo impone quien da los recursos, por ejemplo en este caso Metrojuventud²⁶, exigiéndoles unos ritmos y unos plazos en los proyectos que adelantan, que no casan con el tiempo interno del grupo y con las dinámicas que ellos están viviendo al interior de la organización y en el barrio, como espacios donde se vive en permanente tensión/negociación de los sentidos y representaciones.

Touraine, citado por Rossana Reguillo, plantea que se debe entender la realidad social “*como el teatro donde se enfrentan los actores por el control de los principales recursos culturales disponibles*”. Las acciones que se establecen en escala pequeña (barrio), donde hay fuertes interacciones sociales, están determinadas por la ubicación espacio-temporal y las condiciones económicas; determinaciones históricas y culturales que inciden en las configuraciones de las relaciones sociales (de pares, familiares, barriales).

El tránsito entre lo rural a lo urbano ha permitido formas particulares de construcción de la ciudadanía y configuración de sentidos comunitarios. Construir este sentido de comunidad, en el territorio, ha sido un proceso de participación y de disputa entre las representaciones de los jóvenes frente a los adultos y las construcciones históricas de participación que han ejercido. En estos escenarios de representación (en tensión), se hace visible una acción política, desde donde se construye también la ciudad.

Los jóvenes en la ciudad viven simultáneamente múltiples ciudades, ellos han construido un imaginario sobre Medellín como el lugar de las posibilidades y sobre todo de sus afectos, lo cual está en tensión con las múltiples violencias que viven a diario. El grupo a los jóvenes, a diferencia de los otros muchachos del barrio, les ha permitido espacializar la ciudad, a través de este espacio la han conocido, desentrañado y vivido.

Yo antes no conocía nada, el barrio, no salía de aquí, ahora con el grupo he ido a Santodomingo, montado en metrocable, al centro muchas veces, al Poblado, San Javier, dónde más, Copacabana, dónde no he ido (Erica, 17 años).

Los pelados que no están en el grupo se mantienen en el barrio, porque muchos no tienen a qué salir o no tienen con qué salir (John Jairo, 18 años).



26 Institución del municipio de Medellín que apoya a los grupos juveniles con materiales para desarrollar las actividades.

El grupo como espacio de socialización primaria les ha permitido conocer y recorrer la ciudad. Los llaman para que presenten sus obras de baile y teatro en diferentes espacios comunitarios y en otros de ciudad como el Museo de Antioquia. La articulación con otros escenarios ha hecho que su dinámica se enriquezca. La interacción y el encuentro con otras agrupaciones les plantea retos personales y grupales: *si ellos pudieron, nosotros también*.

Los territorios recorridos están cargados de experiencias vividas, Erica y Paloma coinciden en decir que han conseguido muchos amigos, han extendido sus trayectos en la ciudad y configurado nuevas redes de pares. La ciudad se expande, deja de ser barrio y pasa a ser una ciudad vivida, en la que ellos mismos reconocen existen múltiples formas de ser urbano.

Cuando íbamos a clases en Yurupari²⁷, al principio nos daba como pena, pero después caímos en cuenta que uno no puede negar de dónde es (Paloma, 18 años).

“Medellín es bueno, pero aquí también pasan muchas cosas, mucha violencia, mucho maltrato infantil, violaciones, drogadicción y otras” (Yasmín, 18 años).

Valenzuela (1998) plantea que la historia también es un campo en disputa, los actores sociales buscan influir en la configuración del sentido histórico, reflejarse en la historia y darle sentido desde los proyectos y deseos que tienen. El grupo de jóvenes tiene claro que lo que están haciendo ahora: buscan construir un futuro distinto; así lo expresa Jorge Eliécer *“nos tocó vivir esto, pero lo queremos transformar para que sea distinto para los niños”*.

El grupo ha construido también un nosotros exclusivo, que marca claramente una distancia con los otros muchachos del barrio.

Los jóvenes que están en el grupo juvenil son distintos a los otros, en el grupo los que estudian o trabajan están en el grupo. Es un grupo aparte, no estamos consumiendo drogas, o por ahí en la esquina sin bañarnos, o jugando en la cancha a las doce del día sin comer. Por ejemplo un domingo alguien que no está en el grupo está pasando el guayabo, por ahí... en cambio en el grupo juvenil es-



²⁷ Centro Cultural ubicado en El Poblado, donde dos jóvenes asistían a clases de fotografía, por una beca.

tamos haciendo recreación para los niños, en presentaciones, en reuniones, en cosas muy aparte de lo que es el barrio en sí (Paloma, 18 años).

Los jóvenes de Construyendo todo el tiempo están trabajando con la comunidad, con los niños, ocupados. Muchos de los otros jóvenes están trabajando en la casa o tirando vicio dando mal ejemplo a los niños. Muchos de ellos no tienen criterios, no piensan en el futuro ni por nada, lo que les caiga (John Jairo, 18 años).

Jóvenes Construyendo Futuro es un referente cargado de sentidos y significados en el barrio, y es a partir de la pertenencia a él, que sus miembros van configurando sus formas de habitar el barrio y la ciudad. Pertenecer al grupo implica responsabilidades: ellos son ejemplo, cualquier movimiento que hagan en falso, tiene mayores implicaciones.

“Los procesos sociales donde se generan identidades se construyen simultáneamente con los procesos de diferenciación, independientemente de que sólo adquieran significado relevante en coyunturas específicas, en las que se expresa la interpelación de los actores sociales” (Valenzuela Arce:1998,208).

El grupo ha construido unas relaciones de igualdad y de afecto, y en su proceso han aprendido a respetarse y a trabajar en equipo por lo que quieren. Sin embargo, se enfrentan a situaciones de desanimo por muchas situaciones estructurales que enfrentan en las familias, en el barrio y en el mismo grupo.

A mí lo que más me gusta es mi grupo, eso es lo que me ha gustado siempre porque el grupo me ha enseñado a aprender de todos. El aprender en diferentes espacios, hacer parte de un grupo, es el aprendizaje porque uno aprende desde ahí. Lo que yo quiero es trabajar por mi grupo y que salga adelante mi comunidad que es lo que más me gusta y es lo que yo siempre tengo claro que es lo más importante. Es cómo interpretar las cosas de tu grupo y de tu comunidad para poder crecer como persona (Jorge Eliécer, 19 años).

Uno a veces se desanima un poquito, pero los amigos lo vuelven animar (Erica, 18 años).

El grupo de amigos que se ha ido construyendo, reconfigurando y transformando, está en una permanente negociación simbólica por lo que quieren ser. No obstante el momento de reaparición de un sentido colectivo sobre la existencia simbólica del grupo y de su dinámica, la organización juvenil es un proceso en consolidación.

En el grupo se han construido entramados afectivos y de camaradería que también se expresa en otros ámbitos, John Jairo dice:

Nosotros juntos somos un fastidio en el buen sentido. Cuando estamos juntos en el centro, la gente piensa que estamos loquitos, porque somos pura alegría.

El grupo arma una caparazón protectora en el barrio y en la ciudad. Ellos tienen un código compartido como *parceros*, que emerge cuando están juntos y se deshace cuando están solos, por ejemplo, en el centro se vuelven anónimos, son uno más de los miles que lo recorren. La ciudad es vivida por ellos de manera fragmentada, recorren y viven la ciudad por medio de sus conexiones, la urbe que conocen y recorren es básicamente la de las organizaciones comunitarias, donde han construido un nosotros extendido a partir de sueños compartidos.

Agruparse ha sido vital para estos jóvenes, tanto en lo individual como en lo colectivo. Estar juntos para ellos se ha convertido en un poder de negociación en el barrio y con instituciones privadas y oficiales de la ciudad. En el nosotros han reconocido la posibilidad de participar democráticamente y exigir la transformación de su entorno. En el discurso se expresa claramente su transformación e igualmente enuncian todo el proceso que aún deben desarrollar para lograr cumplir sus expectativas.

Si bien estos jóvenes no están completamente al margen de muchos de los procesos globales y locales, su posición en el mapa de la ciudad, marca tangiblemente ciertos asuntos estructurales y por lo tanto sus subjetividades. Al respecto uno de los ejemplos más claro es la educación, a la que nos referiremos tangencialmente más adelante.

“Las identidades que participan en la orientación de las acciones colectivas se producen y reproducen en la interacción cotidiana, en los canales abiertos de la movilidad social, en los repertorios de la acción de grupo, en los refrendos culturales, en los cambios ocurridos en la sociedad global, en la heterogeneidad social, en la desigualdad, en las opciones de participación política” (Valenzuela Arce:1998,202).

El grupo Jóvenes Construyendo Futuro ha logrado construir una identidad colectiva local para los sujetos que pertenecen a él, en lo cual su ámbito va más allá de la interacción cotidiana, ya que dota de sentidos las acciones individuales y colectivas.

Sol Naciente

El teatro se ha convertido en una forma de expresión en sus vidas. Es una acción desde la que el grupo juvenil pone a circular sentidos sobre las problemáticas que viven y sitúa discusiones y su mirada sobre estos temas en el barrio y en la ciudad. La iniciativa de teatro, llamada Sol Naciente, ha elaborado 5 obras de teatro, han escogido como temas para abordar: desplazados, niños maltratados, violencia intrafamiliar, problemáticas de barrio (cantinas y peleas), otra de enfermedades de transmisión sexual.

Escogemos esos temas porque es lo que nos toca, nos pasa, es lo que vivimos todos los días. A mí me gustan todas pero de pronto las que más me gustan son: la de enfermedades

de transmisión sexual porque concientizan a la gente, y la de los niños, porque a pesar de ser tan triste es muy bonita porque habla de los maltratos y los abusos de los niños y eso pasa en el barrio (Yasmín, 18 años).

En las obras de teatro se puede observar que en el barrio lo público / lo privado es una frontera borrosa, situación que genera muchos conflictos entre los habitantes. Las formas de negociación que han construido tanto en el ámbito interior (privado) como en el afuera (exterior) están mediadas por la violencia y el poder. A esto se le suma como elemento distractor el rumor (el chisme) que en la mayoría de los casos complica las situaciones y las vuelve más problemáticas.

El teatro ha sido una excusa del grupo para comunicar asuntos que de otras maneras no se pueden abordar directamente en el barrio. Desde la expresión y la estética los jóvenes recrean escenas de su vida cotidiana, la cuestionan, y si bien son conscientes que las realidades problemáticas que viven son difíciles de transformar, decidieron trabajar en grupo para hacerlo. Desde la construcción colectiva en la que todos participan -elaboración de los guiones, escenarios, vestuarios-, ellos están haciendo evidente el contexto en el que se desenvuelven. Sin ser su finalidad, hacer obras críticas sobre su barrio, es una clara expresión de la desazón que tienen con respecto a estos temas.

Las farras²⁸ y Tirar caja²⁹

“La fiesta sacraliza la ilusión de comunidad, entendida como la reducción de la unidad de un conglomerado humano extraordinariamente diverso, pero que puede realizar en determinado tiempo y lugar ese acto de comunión en el que se funda” (Delgado:2002,162). Siempre hay un motivo para celebrar, para estar juntos, las farras se arman en cualquier momento, la espontaneidad es un elemento fundamental, son espacios de diversión y de encuentro, lo cual es considerado por los jóvenes como fundamentales: *“todo no puede ser trabajo”* (John Jairo), la fiesta es una manera de formalizar los vínculos, una forma de proclamar la unión alrededor de la celebración.

En las fiestas se crea un ámbito de lo privado, pueden ocurrir en el espacio público, pero el grupo define quién tiene acceso y quién no. Los jóvenes se toman



28 Nombre que le dan a la fiesta.

29 Expresión que usan para hablar de un momento de diversión y risa.

estos lugares como propios y hacen un uso exclusivo y excluyente del espacio, en el momento de la celebración se crea un fuerte nosotros, una fusión de fuerzas simbólicas expresadas en la música y el baile. Este grupo de jóvenes no participa activamente en los bares y discotecas del barrio, a éstos asisten esporádicamente, ellos organizan sus propias fiestas en otros espacios.

La celebración de *los quince* en las mujeres es un evento central en la vida de las familias en el barrio, es un ritual de paso para la mujer, en donde se hace evidente lo que ellos llaman el cambio de niña a mujer. En esta fiesta se han mezclado elementos de diferentes contextos, pero cada uno lo recrea de manera propia, en la celebración se hace un despliegue de creatividad y de recursos para festejar el tránsito. Es el día de las princesas, a quienes los príncipes le hacen una calle de honor para darle la bienvenida a su ser Mujer. Esta es una de las fiestas centrales de los jóvenes, quizás a la que le dan mayor importancia.

Entre el grupo se han construido códigos comunicativos desde el humor y el discurso que por fuera de contexto no se comprenden; un ejemplo de esto es la calificación positiva a la palabra *fastidio*, que es un adjetivo calificativo que denota lo mejor. Los jóvenes del grupo se definen como patos, chacotiadores, charlatanes. Han hecho una conexión entre la risa y la adversidad, han aprendido a reírse de sí mismos y de lo que les pasa como un mecanismo simultáneo de asimilación y de defensa.

A los jóvenes del grupo los caracteriza la alegría (Luz Marina, mamá).

Yo no sé de donde sacan tanta pila (Rubiela, mamá).

Entre el grupo de jóvenes, como grupo de pares es usual que se encuentren a conversar y a *tirar caja*, eso hace parte de su ser joven haciendo una construcción colectiva de la amistad que se caracteriza por el afecto.

Yasmín, se describe:

Yo soy muy pata, a veces digo cosas que no son, soy muy escandalosa, muy charlatana, me río en la calle, grito, chiflo me río de todo el mundo. Esa es mi naturaleza, soy como muy sentimental y a veces me afectan más las cosas que les pase a mis amigos, (...) me encanta escribir, y pensar, y me gusta leer mucho, más que todo poemas y escritos de gente, como de personas de barrios, cosas como callejeras.

Esa es Yasmín en el barrio y con el grupo, de quien lo que se pudo observar en otros espacios de socialización como El Colombo, Yurupari y el Museo de Antioquia era su timidez y la dificultad para establecer relaciones y contacto con otros jóvenes distintos. Esta es una realidad

con la que se enfrentan la mayoría de ellos, al estar por fuera de su nosotros más amplio, se sienten desconectados.

Tejido ciudad-barrio su vida

El grupo juvenil es un espacio donde ellos recrean su subjetividad. A partir de los procesos construyen múltiples identidades³⁰, por ejemplo adscribirse a los movimientos pacifistas o artísticos. Estas redes se configuran como mojoneros culturales, crean escenarios sociales y culturales en donde ocurren procesos de hibridación entendidos como: *“Las diversas formas en que los miembros de cada grupo se apropian de repertorios heterogéneos de bienes y mensajes disponibles en los circuitos transnacionales”* (García-Canclini:2005). En la reconfiguración de su mundo social y su mundo de la vida, los jóvenes reafirman ciertos asuntos y en otros se producen hibridaciones.

Las prácticas cotidianas de estos jóvenes migrantes con sus redes están mediadas por causas; por esto se articulan a movimientos reivindicativos como el de mujeres, el LGTB, no violencia, objetores de conciencia, defensores de derechos humanos, entre otros. Ellos ven en estas iniciativas escenarios para encontrar nuevos amigos, pero sobre todo la idea que los une es la comunión con sus intereses. En estas redes se viven ejercicios de ciudadanía activa, de participación en espacios en donde exigen ser tratados como sujetos de derecho, en lo cual se evidencia también su capacidad de agencia.

Por el contrario, existen otro tipo de adscripciones de los jóvenes en donde establecen vínculos distantes, ellos dicen ser hinchas del Nacional o del Medellín, sin embargo, lo que los convoca en este tipo de adscripción es el gusto por el fútbol, como un ejercicio lúdico, y no la pertenencia a las barras, que las han construido simbólicamente como violentas.

“eso no dejan de ser colores, yo no entiendo porque pelean, a mi me gusta el verde, pero no peleo con los rojos, tengo muchos amigos del DIM”
(Yasmin, 18 años).

Como se observa: *“Los jóvenes no limitan su pertenencia a lo barrial, sino que establecen relaciones más urbanas y se integran con la ciudad am-*



30 Valenzuela (1998,34) plantea: “Las identidades culturales se establecen mediante redes simbólicas de sentimientos, pensamientos y prácticas culturales comunes que posibilitan la asignación de sentido a las acciones sociales y con ello las identidades se reconstruyen o recrean”.



pliándose a otras escalas y sucesos que allí ocurren” (Echeverría y Rincón:2000,108). En el territorio los jóvenes luchan por los sueños que se tejen en el mundo urbano, ellos se apropian de los lugares y allí desarrollan una serie de tácticas y estrategias que los llevan a configurar el mundo de las significaciones y las percepciones.

El ahora de los jóvenes migrantes está hecho fundamentalmente de relaciones sociales. Los jóvenes establecen redes de afectos que pueden ser tanto efímeras, de corta duración, pero que tienen un valor muy alto para ellos; así como entramados afectivos de larga duración en los que emergen conflictos cotidianos intensos que se median con la conversación.

La ciudad no es sólo un conjunto de construcciones, sino un medio social, económico, político, cultural donde se tejen las prácticas y redes de relaciones con los otros y del nosotros, haciendo de la ciudad red para moverse y crear sus conexiones. Los jóvenes viven a Medellín con sus pares del barrio y con los nuevos amigos que han conseguido en diferentes espacios, con ellos viven un proceso permanente de mediación.

Reconocimiento de su condición de jóvenes en un mundo adultocéntrico

Los jóvenes que como vimos, desde hace más de cinco años vienen construyendo un proceso organizativo, desde el cual se han ganado un espacio en el barrio por las actividades que realizan. Los deseos de transformación de sus condiciones y la articulación con otros espacios de ciudad, les ha dado la posibilidad de defender sus ideas con argumentos y ganarse la palabra.

La palabra en esta sociedad siempre ha sido de los adultos, teniendo en cuenta su origen campesino, la palabra en la casa era del papá, lo cual implica que la lucha por el reconocimiento como sujetos con ideas, sentimientos y prácticas, sea permanente, dentro de un duelo por la construcción de sus sentidos y los referentes de sus vidas.

Las disputas intergeneracionales no son nuevas, históricamente ha existido una escisión entre el mundo juvenil y el mundo adulto desde concepciones construidas sobre las formas de vivir, que parecen estar en contrapunto, como se hace visible en estos relatos:

La gente al principio decía que para qué nos reuníamos, que eso no servía para nada, pero con el tiempo se han dado cuenta que esto si es productivo (Paloma, 18 años).

La gente de por aquí es muy rara, uno trabaja por la comunidad y a ellos no les gusta (Erica, 18 años).

(sobre la opinión de la gente del barrio sobre el grupo) Pues suave, a veces bien y a veces no tan bien, porque nosotros hacemos muchas cosas, recreaciones y cosas así y ellos dicen que nos queremos apropiarnos del barrio, no lo ven como si estuviéramos haciendo un bien y eso es como todo charro. Es como si quisieran pelear con nosotros porque somos jóvenes, y las ideas de nosotros son diferentes entonces vamos a perjudicar el barrio y como ellos son adultos entonces es como ellos digan y es como se debe hacer, y no, nosotros buscamos otras formas (Yasmin, 18 años).

La disputa por el espacio ha sido evidente, los jóvenes se han hecho visibles con las acciones que realizan, territorializando el lugar y haciendo suyo el barrio. En la medida que lo espacializan dejan marcas tangibles e intangibles, que expresan su ser joven. Ellos se toman los espacios con trabajo, responsabilidad, alegría y energía, ganándose de esta manera el respeto y el reconocimiento por parte de la mayoría de los habitantes. Sin embargo, en algunos espacios como las Juntas de Vivienda, no les han permitido participar activamente, ni tener derecho al voto. Ser parte del barrio como jóvenes es un proceso en el que deben trabajar cotidianamente, ya que de por medio están disputas antiguas por la palabra y el espacio; en el ejercicio de participación no se aceptan las vacaciones, su permanencia allí como líderes depende de su presencia y participación constante.

¿Estudiando para ser obreros?

Si bien no es la finalidad de este trabajo abordar el tema de la educación, es importante aludir a ésta, en la medida en que en la asistencia a la escuela se configura como un territorio más amplio que el barrio para los jóvenes sujetos de investigación.

Si bien la escuela brindaría una de las posibilidades de saldar deudas históricas que se han tenido con este tipo de población nos encontramos, como bien lo dice Martín Barbero, con una escuela estancada que no enseña a leer y menos a escribir. El acceso a la escuela es una problemática de estos barrios y en los estándares de calidad de la Secretaría de Educación Municipal los colegios que están en el área de influencia son de los peor evaluados. Los jóvenes en su mayoría son “extraedad” para el nivel en el que están; la desescolarización, es muy alta, porque igual que en el campo, para muchos jóvenes la educación no es una de las prioridades.

En la escuela se presentan de forma visible choques culturales, en tanto se juntan personas de diferentes procedencias y con culturas diversas; lo cual ha representado retos para los

colegios en diversos sentidos, uno de esos es frente a la incorporación de estudiantes con circunstancias particulares, como los desplazados forzados.

Los jóvenes manifiestan que para ellos la escuela sólo se volvió relevante en Medellín, en tanto el vínculo que mantenían en el campo con este lugar era efímero y aunque asistían a clases, ésta no era una prioridad. Con la llegada a la ciudad esto se transformó; Deysi lo expresa: *“uno en Medellín, hasta para barrer calles tiene que tener estudio”*, en esta frase se puede ver que la escuela si es considerada como mecanismo de inclusión o de exclusión.

Luz Marina dice: “Educar a los hijos en la ciudad, no es fácil”.

Su hijo, Iván dice: “Para mi la ciudad es un nuevo horizonte”.

Ellos ahora manifiestan que estudiar es muy importante para sus vidas, sin embargo perciben que no están recibiendo una buena educación y que los están educando para ser obreros, como lo manifestaron varios de los jóvenes. En tal sentido, consideran que ante las condiciones estructurales de la escuela local y estudiar bajo esas condiciones, se convierte en un mecanismo muy limitado de inserción en la sociedad. Situación que genera en ellos desencanto, porque advierten que las posibilidades de transformar su realidad y romper con el círculo de la pobreza son más limitadas.

Teniendo en cuenta el contexto en el que ahora se desenvuelven y el proyecto de vida que están construyendo, tres de las jóvenes decidieron pasarse a otro colegio, más lejos, para tener un mejor nivel de educación, pues como futuro posible, ven a la Universidad como una oportunidad para romper con el ciclo de la pobreza. El acceso a la educación superior en esta comuna es bajo, lo cual se observa en el censo elaborado por Cedecis el cual arrojó que de los dos barrios solo una persona respondió que contaba con una carrera técnica.

El vínculo que se tiene con la escuela se refuerza por las redes de pares, y en la medida en que éstas funcionen, inciden en su permanencia en el colegio. La presión por “ser alguien” la ejercen los amigos, ya que los padres todavía no reconocen la escuela como un asunto de movilidad social.

DESPUÉS-POR VENIR

El futuro para este grupo de jóvenes parece ser una invención, ante la pregunta ¿cómo se ven en unos años? dudan y no encuentran rápidamente la respuesta. Desde el discurso esbozan su idea de futuro, como *pura ilusión y puro deseo*. Plantean dos posibilidades de futuro: una que es la ideal y depende de las oportunidades de la vida (es decir, está por fuera de ellos) como, acceso

a la educación superior, empleos bien remunerados y estables; y otra que es la real y es el que hacen día a día, desde sus acciones cotidianas que construyen otro futuro posible, esa que está en sus manos y es de orden más moral, está en sus comportamientos y acciones por el bien común y se ajusta a la premisa: *si nos portamos bien, nos va bien*.

Esas dos construcciones transcurren los jóvenes las idealizan en el barrio, el futuro lo imaginan allí. Quieren transformar este lugar para que les ofrezca todas las posibilidades de una vida digna.

Futuro cercano

El contexto en el que se desenvuelven los jóvenes, tal y como se ha planteado, es complejo, en sus familias se vive sin las necesidades básicas satisfechas. Ellos siendo conscientes de sus difíciles realidades, se juntaron con otros pares para hacer lo posible para cambiarlas. Frente a esto se ha visto la capacidad de acción en escena, con los recursos y la recursividad con la que cuentan, se han movilizado, han movilizado a la comunidad y ahora tocan las puertas de la ciudad para hacerse sentir. En eso ocupan su tiempo alrededor de iniciativas que van tejiendo un futuro distinto, desde sus prácticas y discursos.

Jóvenes conscientes de la realidad

Las características y particularidades del barrio han generado efectos en este grupo de jóvenes. Ser jóvenes conscientes de la realidad devela una compleja red de problemáticas, que pasa generalmente desapercibida para algunos, incluso para otras personas de su misma generación. Problematicar las situaciones que se viven cotidianamente en el barrio como la falta agua potable, saneamiento básico, vías de acceso, vivienda o las relacionadas con el acceso precario a la educación, al empleo, la alimentación, espacios culturales, entre otras, sitúan a los jóvenes en una toma de consciencia y reflexión colectiva, sobre las racionalidades que allí operan, y desde allí se desencadena el proceso de movilización de ellos como actores.



Para este grupo de jóvenes, ellos son barrio, este lugar les ha permitido ser lo que son, la red de amigos y camaradería ha configurado un territorio en donde disfrutan de la cotidianidad y de los espacios. Esta construcción del nosotros los hace ser conscientes de las problemáticas estructurales, que no permiten que las personas puedan tener mejor calidad de vida y organizarse para transformar las difíciles realidad.

A la propuesta de hacer fotografías y relatos³¹ sobre el barrio para las personas que no lo conocen, cuatro de seis jóvenes participantes escogieron sus problemáticas: La falta de senderos adecuados para caminar, la falta de agua potable, los problemas de alimentación, los problemas de vivienda. En sus fotos y textos relatan su malestar por lo que les toca vivir y proponen soluciones y caminos para transformar la situación actual.

Las problemáticas del barrio son los servicios públicos, la seguridad, la falta de trabajo que es de todo el mundo, a veces la educación, que no es como muy buena. Yo creo que todas las personas dicen lo mismo y yo creo también en eso, lo único que uno necesita es trabajo, que desde que uno lo tenga y le estén pagando bien uno mismo sale adelante, con todas las seguridades, salud, para los préstamos. Si uno tiene eso, mejora la casa, le ayuda a otras personas y tal vez los problemas queden atrás. (Paloma, 18 años)

En general, sería como arreglar un poquitico las calles, nosotros hemos hecho algunas. Y así como personas y esas vainas de la gente, también un poquito los grupos que se adueñan del barrio y que hay en todo barrio y que mandan (Yasmín, 18 años).



Los jóvenes cargan con una denominación social hecha a lo largo de la historia por los habitantes de la ciudad, con los barrios y los moradores de las llamadas “comunidades” como portadores de la inseguridad, el peligro, por los conflictos ligados al narcotráfico y a la violencia (Salazar:1998). La tensión permanente entre la aceptación o el rechazo, les exige tomar posiciones individuales y colectivas para fundamentar y argumentar sus acciones.

El grupo de jóvenes ha aprendido a sortear esta situación, porque sus vidas tienen que conti-

31 Ver anexo: Porque estamos aquí, documento elaborado con ellos.

nuar. Ellos han despertado su interés por la participación comunitaria, han asumido ésta como una responsabilidad y obligación de construir un *deber ser*.

Los jóvenes del grupo son conscientes de las problemáticas, aunque no sepan claramente cuáles son las soluciones ante la magnitud de éstas en los barrios y a que son problemas estructurales que la sociedad en pleno, históricamente no ha resuelto. Creen que su compromiso con el futuro y con el día a día puede transformar la realidad y tienen la esperanza de construir un porvenir digno para todos los habitantes de los asentamientos. Ellos le asignan sentido a su futuro cercano con sus actos, sueños, utopías, proyectos, hacen una interpretación de la realidad y participan en su construcción de diversas maneras.

Queremos agua potable, acueducto y alcantarillado

Para las comunidades que se encuentran en zonas de alto riesgo por fuera del perímetro urbano, una de las principales carencias es la falta de agua potable. En estos asentamientos que llevan contruidos más de diez años, la solución que los habitantes dieron para suplir esta necesidad básica fue construir un acueducto rústico, con mangueras desde una bocatoma en lo alto de la montaña. Para los primeros habitantes, ésta era una solución que satisfacía sus necesidades, sin embargo, a medida que los barrios fueron creciendo y la demanda aumentó, esta opción colapsó. Para mitigar la ausencia del líquido vital, hicieron una readecuación, que les permite tener agua en ciertas horas.

Decidimos trabajar el tema del agua, porque en el barrio no hay acueducto ni nada, esa agua viene así, super contaminada, y eso trae muchas enfermedades y cosas así, sobretudo para los niños que les da diarrea, se brotan (Yasmín, 18 años).

"El agua la trabajamos de una bocatoma como en las fincas, por eso yo le digo que esto se parece a una finca. No tomamos agua potable, sino sencilla, como viene al mundo, tenemos muchos problemas, porque puede ocasionar derrumbes, mantiene húmeda las calles, trae muchas enfermedades, salpiques, alergias, diarrea (John Jairo, 18 años).

Paralela a esta problemática, también está la de las aguas servidas. Igual que el acueducto, el alcantarillado se construyó con mangueras, que llegaban a fuentes de agua como quebradas. Los tubos iban por encima de los caminos y con el paso del tiempo se han deteriorado y tienen fugas, generando humedades, deslizamientos y problemas sanitarios.

La problemática del agua potable y el saneamiento básico unió los intereses de los jóvenes y adultos de los dos barrios, siendo una necesidad tan básica, las diferencias que han tenido, se borraron momentáneamente para luchar juntos por soluciones conjuntas a este tema. En estas

reuniones y protestas, participaron todos, se construyó un nosotros más amplio, para exigirle al Estado el cumplimiento al acceso a un bien fundamental.

Estamos cansados de las mentiras, también de las aguas estancadas y las aguas negras que las personas utilizan por necesidad. Como en muchos casos, el agua no llega diariamente, toca cargarla desde donde un vecino (texto Jorge Eliécer).

El proceso de negociación con el municipio fue tenso, pues la excusa del Estado era que no estaban dentro del perímetro urbano y era una zona de alto riesgo por deslizamientos. Ante los no consecutivos, decidieron crear nuevas estrategias políticas de acción. Por primera vez realizaron una protesta pública colectiva en la Alpujarra, con habitantes de cuatro barrios, para exigir el cumplimiento de las promesas hechas por diferentes políticos.

Entonces nosotros, los habitantes de Altos de La Torre, El Pacífico, Llanaditas y Golondrinas, nos preguntamos: ¿Hasta cuándo tendremos que esperar para tener acceso a un derecho que es de todos? Nuestra situación es una falta de respeto a nuestros derechos como ciudadanos. Pese a esto seguimos luchando en busca de bienestar (texto Jorge Eliécer).

Sus voces y reclamos fueron escuchados, con la articulación interbarrial en la que participaron los jóvenes, logrando el impacto que todos querían: que el municipio se comprometiera con la construcción de un acueducto comunitario, donde se estableciera que el agua es un bien público al cual todos los ciudadanos tienen derecho.

Por eso nos metimos a eso y hemos ido a las protestas. Y ya se supone que para el año entrante lo van a construir y va a funcionar como un acueducto comunitario (Yasmín, 18 años).

Las diferencias se borraron en esta situación. El objetivo era conseguir agua potable y compromisos estatales reales; partiendo de reconocer que el Estado dentro de la comunidad no goza de legitimidad pues lo sienten ausente y ajeno a sus realidades. Se hizo un tránsito entre resistencia pasiva a resistencia activa, para reivindicar un derecho considerado por ellos fundamental: el acceso al agua potable y al saneamiento básico.

Un sueño común: un lugar

¿Qué queremos? Una sede para nosotros (Erica, 18 años).

Estamos trabajando duro, para tener una casa de la cultura (suspiro), ese es el sueño (Jorge Eliécer, 19 años).

En este momento tenemos las pilas puestas, para tener una sede de la cultura en el barrio (John Jairo, 18 años).

El proceso del grupo ha pasado por diferentes momentos, el inicio donde se piensa en cosas grandes, después se cae en un letargo, en la dispersión que amenaza con el fin de la organización y el momento actual cuando han aterrizado sus expectativas, y empiezan a tejer el futuro.

La cohesión que se vive actualmente en el grupo, les ha permitido tejer unos sueños comunes, han construido propuestas juntos, buscando superar las de la cotidianidad como grupo de amigos; se quieren convertir en Corporación para “existir” legalmente y no depender de nadie sino de ellos mismos. Este sueño lo ven cristalizado en la idea de tener una casa de la cultura en el barrio. Este es un momento vital para ellos como jóvenes individual y colectivamente. El compromiso de todos con este espacio de vida los tiene imaginando otras posibilidades, otro futuro, incluso empiezan a pensar que pueden vivir del grupo y de lo que han aprendido vinculados a él.

Hemos aprendido hablar, hacer proyectos, a trabajar por la comunidad. El grupo juvenil no es lucrativo, pero si le da a uno como ideas; después seguro nos servirá tanta cosa que hemos aprendido (Paloma, 18 años).

“*Puede ser pura fantasía*” dice Paloma, a lo que Yasmín responde, “*pero soñemos que es gratis y nadie nos cobra*”. Han soñado juntos el futuro con los retos que esto implica, están llenos ganas. También plantean el escenario del fracaso, lo que genera en ellos incertidumbre.



Tener una sede en el barrio, es tener un lugar de ellos, con sus propias normas y sus dinámicas, un sitio desde donde se proyectarían a la comunidad y a la ciudad. Este propósito se vuelve relevante, ya que plantea un nosotros en el por-venir cercano, volviéndose una posibilidad de habitar el barrio y la ciudad desde la organización juvenil.

La ciudad no es el Paraíso: es apenas el comienzo de una historia

La construcción del futuro como se mencionó es una elaboración que genera dificultades en los jóvenes, para tratar de superarla y construir el después, se apelo a la propuesta de un taller con cinco familias³² sobre un lugar llamado el paraíso, construido socialmente como el sitio a donde se quiere llegar. Sobre éste se les invitó a elaborar una reflexión.

Ellos establecieron una relación entre el lugar simbólico y el real. Su descripción se asemeja al lugar que dejaron, un espacio cargado de sentidos y significados, que han recreado en el presente y se extiende hacia el futuro. Ellos exploraron en sus recuerdos, para tratar de esbozar el futuro, crearon una intersección entre la memoria y lo que posiblemente puede suceder. En la construcción de ese futuro en el paraíso incluyeron asuntos aprendidos en la ciudad, como por ejemplo el derecho a la educación, a la salud, entre otros, en tanto se han vuelto dispositivos con los que han podido ejercer su ciudadanía.

La violencia indudablemente ha dejado huellas en los padres y los jóvenes, ha sido una experiencia que marcado sus vidas, y es vista por ellos como una de las principales preocupaciones, por eso ambos anhelan que esta desaparezca.

El paraíso lo describen como una fotografía de un paisaje familiar. El sueño del paraíso de estas cinco familias es simple: basta con tener sus necesidades básicas satisfechas, no piden más, no necesitan más, recalcan; paradójicamente, de eso carece su vida en la ciudad. Por esta y quizás por muchas más circunstancias algunos no pueden olvidar el lugar donde vivían, las fincas, las casas, incluso los animales que tenían.

"En nuestros pensamientos quedó grabado lo que éramos. Todo lo que habíamos dejado ya lo tenemos, pero hay algo que nos hace falta: la tranquilidad. En un principio pensamos que la llegada aquí era lo último pero nos equivocamos, pues apenas era el comienzo de una historia. Pasamos de tener un hogar a rodar en una gran ciudad que para nosotros era

32 Con el propósito de mirar las diferencias generacionales con el Por-venir, se trabajó con las papás y los hijos, la pregunta por ¿cómo es el paraíso?

otro mundo que no nos imaginábamos, en el cual no sabíamos cómo andar, donde ni siquiera teníamos idea de cómo sobrevivir (texto John Jairo).

Las familias con las que se trabajó llevan más de tres años en la ciudad pero sienten que todavía no se han ubicado “bien”, el tiempo que ha transcurrido desde el desplazamiento ha sido mucho, pero con las afugias del pan de cada día, deben vivir sus días al día. Esta construcción temporal (obligatoria), podría plantearse como una de las dificultades que se les presenta cuando hacen el ejercicio de elaborar un discurso sobre el futuro; vivir al día requiere respuestas inmediatas, no hay tiempo para pensar, sino para tratar de satisfacer las necesidades básicas.

“Desplazarse forzosamente significa, además romper con el proyecto vital, con una elaboración -sea ésta profunda o rudimentaria- del futuro personal a partir del pasado. Desplazarse es también des-orientarse en el tiempo. Las temporalidades del desplazamiento, por tanto, tienen que ver por un lado, con la inmediatez de la huida, la duración del éxodo, la espera de la atención del Estado o la consecución de un empleo; y, por el otro, más espiritual que material, con la permanencia del pasado en la memoria y con la pérdida de rumbo de la proyección tanto personal como colectiva” (Meertens:2004,199).

En la construcción del futuro los jóvenes entrelazan un “topos” y una “memoria”; mediante complejas operaciones sociales y de conocimiento antes-allá/aquí-ahora configura ese lugar en el que quisieran idealmente vivir.

El proyecto de vida que se construye en la ciudad, es completamente distinto al del campo, sobretodo en los padres se evidencia un cambio drástico en sus oficios; para los jóvenes está supeditado a las oportunidades que se les van presentando, casi siempre laborales y limitadas a desempeñarse como empleadas del servicio, obreros de la construcción, ya que los estudios que adelantan son muy precarios, y las necesidades cotidianas les exigen sobrevivir. Las posibilidades que tienen estos jóvenes de transformar su futuro son limitadas, se enfrentan con condiciones estructurales que pesan a la hora de plantear



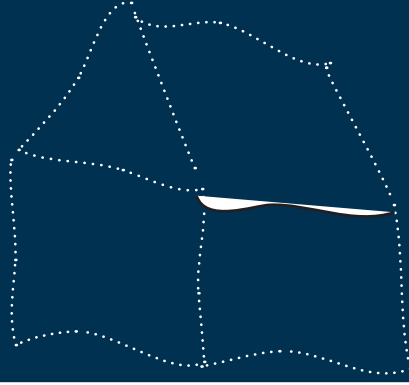
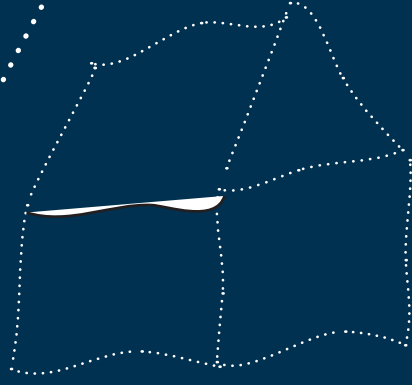
otro tipo de escenarios, lo que hace que se vean avocados a replicar el círculo de pobreza.

¿Qué les deparará el futuro? es una pregunta que no tiene respuesta hasta que no sea una preocupación prioritaria para el Estado y la sociedad, las condiciones en las que viven este tipo de pobladores. El día en que los sujetos dejen de ser un actor secundario en los procesos de construcción de la ciudad, ese día se empezará a vislumbrar otro futuro posible para estos ciudadanos.

Hoy es imprescindible reconocer el derecho a la ciudad que tiene la población en situación de desplazamiento forzado y aprovechar este momento para construir una urbe sin exclusiones. No se trata de enumerar los derechos que se tienen como ciudadano urbano, sino de pensarlos social, cultural y políticamente como personas que pertenecen a un territorio, como ciudadanos con demandas específicas en los ámbitos local, nacional e internacional.



consideraciones finales



consideraciones finales

Esta investigación, que abordó la pregunta por el habitar cuando éste está atravesado por las incertidumbres que impone el desplazamiento forzado y por las particularidades de la condición juvenil, lo hizo centrando su mirada sobre un grupo de jóvenes, que anteriormente eran habitantes rurales de veredas de nuestra intrincada geografía y que vivió (o sigue viviendo) la experiencia del desplazamiento forzado, en la cual se vieron sometidos al desarraigo y posteriormente a la desubicación y adaptación en un nuevo contexto (la ciudad), llevándoles a re-plantearse sus vidas permanentemente.

Dado el carácter exploratorio de la presente investigación, más que llegar a unas conclusiones definitivas sobre la migración forzada en jóvenes, se plantean unas consideraciones, resultado de la observación y de la experiencia compartida con ellos resaltando cómo la complejidad del proceso del desplazamiento forzado afecta de manera diferenciada a los seres, llegando a hacer parte de su historia y su memoria y como marca de manera determinante sus vidas.

Se resalta la importancia de haber considerado la etnografía como un camino para leer estas realidades complejas que se viven en la ciudad, la exploración, descripción e interpretación como momentos de este viaje, hicieron posible que se llegara a una lectura rigurosa de los jóvenes desde el movimiento, la acción y la capacidad de agencia, revelando asuntos que no estaban planteados en el trabajo y que resultaron vitales para (intentar) comprenderlos.

La lectura realizada sobre las transformaciones que el desplazamiento ocasiona, lo confirman como aquel acontecimiento disruptivo que abre y revienta las condiciones preexistentes, afectando la vida de los sujetos individuales y colectivos. A pesar de tal ruptura, para los jóvenes ésta no acarrea elementos tan radicalmente negativos ni tan radicalmente positivos. Es decir, de un lado, si bien los jóvenes en el campo no vivían en la abundancia, sus condiciones de vida no eran tan precarias como las que se encuentran en la ciudad; y a su vez, ellos frente al antes-allá establecen un distanciamiento, una diferencia marcada al considerar que aunque sus condiciones en el campo eran “mejores” respecto a ciertos asuntos físicos y materiales (casa, alimentación, estabilidad laboral), la llegada a la ciudad les ha permitido ampliar sus márgenes, sus horizontes de vida y replantear sus proyectos personales. De allí que, para ellos, el allá es un antes al cual se vuelve con los recuerdos o de manera momentánea pero la idea del regreso no forma parte de su futuro imaginado.

En el desplazamiento forzado hay una dimensión objetiva, que es la dramática tensión socio-política que da origen a esta situación (en la cual no nos detuvimos en esta investigación, ya que no hizo parte de nuestro objetivo) y una dimensión subjetiva que da forma a la percepción de esta situación vivida y que a lo largo del proceso vivido se va transformando. Frente

al momento en que ocurre el desplazamiento, todos los jóvenes coinciden en que éste es el momento del “desplome” y que en dicho momento para todos parecía como un asunto que no se podría superar; pero que a medida que el tiempo transcurre, de nuevo van encontrando rutas para rehacer sus vidas. En tal sentido, los jóvenes migrantes entran dentro de un proceso dinámico de creación y recreación constante en el cual aprehenden nuevos referentes y reconstruyen sus vidas en la ciudad.

El en medio-entretanto es una cicatriz, es un “momento” en el cual se evidencia la incertidumbre que deja dicha fractura, lo cual no se agota en ese hecho sino que permanece de forma continua en las memorias. Los jóvenes desplazados se enfrentan a la desestabilización de sus vidas y la desconfiguración de sus territorios. En el in between se produce la constatación de la ruptura física con el territorio, aún no valorada en términos de pérdida.

La migración forzada, como fenómeno multidimensional, no termina con la llegada a la ciudad; por el contrario, allí sólo empieza la lucha por la supervivencia material, a la par que la elaboración de los duelos y de las pérdidas humanas y materiales en medio de los des-orden espacio/temporales a los que se enfrentan. Allí comienza un momento del encuentro consigo mismo ante el mundo y la colectividad y de re-configuración del sujeto individual y colectivo, tanto en el plano existencial como político y social, en un territorio vivido.

El allá configuró aquellos habitus que permanecen en la vida de los migrantes; mientras el nuevo contexto exige un reacomodamiento de sus prácticas y discursos; y en el encuentro de ambos elementos tan categóricos se produce una mixtura. En ello se experimenta un proceso de hibridación (García-Canclini), un bricolage entre el antes (allá) y el ahora (aquí) que se ven reflejados en sus formas de habitar la casa, el barrio, la ciudad.

Los jóvenes desplazados viven la paradoja entre: la abundancia del campo y las precariedades que encuentran en la ciudad, de cara a la sencillez que recuerdan de la vida del campo y la ciudad que descubren como horizonte posible para sus proyectos de vida. El campo es un lugar construido simbólicamente desde la idealización, sin embargo es en la ciudad, como urbanitas donde ellos quieren realizar sus vidas. En la ciudad, los jóvenes migrantes forzados toman conciencia sobre su derecho a la palabra y de que el eje de sus vidas no es ahora el padre; emerge en ellos su condición de sujetos jóvenes así como el reconocimiento de las mujeres sobre su derecho a valorarse y obtener igualdad de condiciones. En tales sentidos, el encuentro con la ciudad pone en evidencia, para los jóvenes, que su disputa no es sólo por la lucha territorial que comparten con los adultos, sino que su aquí-ahora les implica formar parte de un campo en permanente tensión de forcejeo generacional, de equidad de género y de existencia social.

En su condición de sujetos en construcción, los jóvenes se enfrentan entonces a múltiples representaciones en el espacio social (la ciudad); desde la alteridad se crean y recrean identidades positivas y negativas con respecto a su situación. Desde afuera, éstos jóvenes son representados desde al menos las siguientes imágenes: a) son sujetos estigmatizados: por ser desplazados, por venir de afuera, por ser “portadores” de la guerra y la violencia; b) son víctimas de la guerra en el país: a los que se les han vulnerado sus derechos fundamentales; y c) también son vistos para algunos sectores sociales organizados como sujetos culturales y como sujetos de derechos. Lo anterior evidencia las diferencias entre tres posibles maneras de reconocer y tratar un fenómeno complejo y multidimensional desde las identidades sociales de las cuales se desprenderían políticas e intervenciones totalmente distintas.

Los jóvenes, desde su propio interior, también han pasado por varios estadios en la construcción de su yo: a) se han visto a ellos mismos como sujetos estigmatizados, b) como víctimas y c) han hecho paulatinamente el tránsito a considerarse como sujetos tanto en el ámbito existencial como en el de los derechos. Éstos no son momentos estáticos, se superponen y en ocasiones por múltiples circunstancias viven retrocesos. Ellos, como jóvenes, han construido un nosotros, como la pluralidad, desde donde comparten elementos de identidad y unas condiciones similares que les otorgan ciertas certezas en el presente. En ello, construyen un orden interno para proteger signos y símbolos desde sus discursos y prácticas, lo cual no está exento de las dificultades y contradicciones propias de la vida colectiva, y desde el cual se relacionan con el mundo adulto, con el mundo social, comunitario y político.

Estos jóvenes han construido un entramado de identidades colectivas que van desde las adscripciones individuales hasta la participación activa en organizaciones sociales. La organización social para ellos se convierte en un caparazón protector y de resistencia, y en cuyo movimiento están involucrados sus prácticas y discursos. En dicho proceso, desde allí, han configurado redes para vivir la ciudad, a partir de lo que ellos han definido sus causas.

En el proceso de configuración del sujeto se produce un juego asimétrico de identidades imputadas, asumidas y creadas que influyen en la re-acomodación de su ser joven. En ello, los jóvenes viven una re-configuración de sus órdenes para desenvolverse en sus espacios sociales y en su habitar la ciudad. La experiencia del desplazamiento forzado hace que los jóvenes vivan un proceso de re-creación de su territorio, como una conquista por el espacio de la ciudad en su lucha por la permanente configuración del nosotros y los otros. Es desde allí que se define su auto-percepción (la forma de percibirse a sí mismos) y la hetero-percepción (cómo los ven los otros). Partiendo de que estos jóvenes reconocen que no es fácil ser desplazado forzado, en medio de la adversidad ellos logran configurar sus lugares y apropiarse de ellos desde las prácticas y discursos.

En la llegada a la ciudad y en su permanencia los jóvenes logran tejer unas redes sociales y filiales flexibles que fluctúan en la medida en que hacen parte de las experiencias de sus vidas y se activan puntos en la ciudad llenos de vivencias, informaciones y recursos. En ello se producen cruces y encuentros que son en algunos casos transitorios y en otros permanentes. Con estas redes se establecen interacciones e intercambios, dentro de un proceso complejo de diferenciación y reconocimiento, que se viven de diferentes formas de acuerdo con las singularidades y particularidades de los sujetos. En ello, las respuestas ante las situaciones que viven no siguen una lógica continua, como en una línea recta, ni se puede inferir que sean siempre iguales, aunque enfrenten condiciones de vida similares.

El territorio vivido se produce como una experiencia de intercambios y roces en múltiples escalas (casa, calle, barrio, ciudad), y en la experiencia de habitar los espacios de la ciudad en dichas escalas se tejen tramas que develan unas formas de apropiación y diferenciación muy propias de ellos en la urbe; en lo cual los jóvenes migrantes logran construir relaciones territoriales muy complejas, desde las que espacializan la ciudad y la viven. Estos jóvenes se mueven por la ciudad que conocen, que es la que han configurado con sus pares (en su construcción del nosotros); concurren y habitan en fragmentos de ciudad en los que se articulan en redes sociales y culturales a las que ellos pertenecen.

La vivencia de los jóvenes en la ciudad se desenvuelve dentro de una permanente tensión/negociación por el lugar y por las mediaciones simbólicas y fácticas inherentes al poder en el espacio. Ellos cotidianamente enfrentan diversos poderes (Estado, líderes, actores armados, otros jóvenes, el mundo adulto, etc.), que inciden en sus formas de espacializar y en las relaciones de cercanía y distancia que establecen en el territorio. Esta situación les genera múltiples contradicciones en su tarea permanente por ser en un lugar, pertenecer, permanecer y continuar con sus propias realizaciones existenciales y con sus proyectos de vida individuales y colectivos.

Los jóvenes migrantes establecen unas temporalidades y unos territorios propios en la ciudad, que a veces entran en contradicción con los tiempos y espacios institucionales. Ellos se sitúan en un universo simbólico que marca límites entre las visiones hegemónicas y las nuevas versiones que ellos han construido desde sus propias formas de resistencia.

Como jóvenes migrantes, que se enfrentan al problema de configurar su territorio a la par de la configuración de su identidad, ellos son capaces de reorganizar y rearticular sus prácticas y discursos en los nuevos contextos; producen nuevas narrativas que trascienden la regularidad

y la homogeneidad; y re-crean nuevos y viejos elementos produciendo rupturas en algunos y continuidades en otros. Es así cómo, ellos cotidianamente realizan ejercicios de resistencia, explícitos desde sus formas de habitar, despliegan su territorio a través de sus acciones y discursos, establecen ritmos en sus desplazamientos, manejo del tiempo y ocupación de los lugares, marcando el adentro y el afuera con respecto a aquellos otros.

Este proceso migratorio forzado tiene para los jóvenes profundos significados, tanto desde su misma experiencia del desapego propio de la ruptura como desde el proceso de inserción e inscripción en la ciudad, que les ha implicado conocer y construir nuevos códigos y readaptar los que portaban. Así, en ese tránsito, se logra producir una síntesis en la cual ellos reafirman muchas de sus identidades y transformar muchas otras.

Los jóvenes, como sujetos manifiestan a través de su cuerpo, como medio de expresión y como primer territorio habitado, estéticas propias desde sus formas de vestir, maquillarse, cortarse el pelo, peinarse, formas de moverse y caminar. Sus expresiones se convierten en prácticas del cuerpo, que a su vez, dependiendo del lugar de la urbe en el que se encuentren, comunican asuntos distintos y son leídos de maneras diferentes.

La ciudad detona en ellos sentimientos contradictorios, por un lado ha sido el de sorprenderse con su descubrimiento y en reconocerla como posibilidad, pero igualmente está el del rechazo ante el choque ante la imposibilidad de desarrollar sus proyectos de vida y el no tener las condiciones estructurales suficientes para poder llevarlos a cabo. Esta contradicción plantea a los jóvenes retos permanentes en el sentido de lograr moverse entre cotidianidad-realidad versus sueños-imaginarios, lo cual los enfrenta a su posibilidad de definirse a sí mismos. Ellos establecen una relación dialógica desde donde tejen sus vidas, resolviendo cotidianamente la coexistencia de estas dos polaridades.

Los jóvenes configuran un territorio vivido en el cual combinan antes-allá/en medio-entretanto/aquí-ahora del cual no pueden abstraerse y que define sus propias formas de habitar la urbe. En ello, le dan un orden a su mundo de la vida y su mundo social a partir de la relación espacio/temporal que han vivido, lo que les da unos significados



y sentidos propios a sus formas de ser, actuar y relacionarse en el mundo.

A lo largo del trabajo, nos acercamos al hábitat, concretamente desde la acción habitar, referido ello a una población poco estudiada; reconociendo que la experiencia espacio/temporal, a la cual se enfrentan los jóvenes, afecta el habitar profundamente, en lo cual encontramos significaciones, prácticas, responsabilidades y discursos muy diferentes de aquellos asumidos por los adultos así como por otros jóvenes de la ciudad; ya que en ese momento de su vida, se está configurando tanto su yo, como sujetos en construcción de su identidad, como su yo ciudadanos y miembro de una sociedad.

Gracias a los jóvenes que participaron en esta investigación, se hizo visible que ellos habitan la ciudad desde sus memorias, que no se desprenden de aquello que son: campesinos que vinieron por acontecimiento disruptivo; pero que a su vez asumen su reconfiguración a partir de su nueva situación espacio/temporal. Ser desarraigados no hace que pierdan sus referencias simbólicas y subjetivas frente a quiénes son, entrelazan significaciones entre un allá y un aquí que abre nuevas rutas y caminos a sus mundos de la vida.

En el trabajo de campo emergió la organización juvenil como red afectiva, perceptiva significada por ellos, que además configura sus formas de habitar el barrio y la ciudad. Agruparse es un hecho vital para estos jóvenes y marca una diferencia con respecto a otros jóvenes del barrio que también han vivido el desplazamiento forzado, pero no están organizados. Estar juntos, construir ese nosotros, se ha convertido en un poder de negociación en el barrio y con instituciones privadas y oficiales de la ciudad. La participación ha develado formas para organizarse y pensarse como grupos desde expresiones y acciones democráticas.

El grupo Jóvenes Construyendo Futuro ha logrado construir una identidad colectiva local para los sujetos que pertenecen a él, en lo cual su ámbito va más allá de la interacción cotidiana, ya que dota de sentidos las acciones individuales y colectivas.

A lo largo del trabajo ha sido claro que los desplazados sufren daños irreparables en sus existencias, que van más allá del orden material y tienen que ver el que ellos de manera autónoma puedan ejercer su condición de sujetos culturales, económicos y políticos y, en tal sentido, su ciudadanía plena. Al respecto, aunque puede resaltarse que en políticas de atención a la población desplazada que habita en Medellín se han dado algunos avances, aún éstas son insuficientes y estos habitantes siguen existiendo bajo sus propias lógicas y posibilidades de sobrevivencia; los problemas de acceso y calidad en la educación, la falta de empleos dignos y estables, y su localización en zonas con graves deficiencias, los tienen sumidos en la miseria,

y los convierte quizás en el grupo poblacional más vulnerable de la ciudad que requiere de atención desde múltiples ámbitos (social, cultural, económico, entre otros). En tal sentido, vale preguntar sobre ¿cómo se redefine la responsabilidad política y social del Estado y de la sociedad en su conjunto ante este tipo de realidades inminentes que están transformando la ciudad?

La llegada a las ciudades de millones de ciudadanos colombianos sometidos al desplazamiento forzado, que aquí hemos visto poniendo la lupa sobre un grupo de jóvenes con tesón, tiene implicaciones culturales y políticas demasiado profundas sobre las que no pareciese que nos hubiésemos percatado en las ciudades receptoras. Nos queda el reto de propender porque estos habitantes, que llegan y que continúan habitando nuestras ciudades por muchos años, sean reconocidos en su dignidad y en su derecho a habitar y a marcar con sus sentidos de vida el presente y el futuro de esta ciudad que formamos todos estando juntos. Y allí, en particular, nos queda la pregunta por cómo reconocer a los miles y miles de niños y jóvenes que llegan y que serán los futuros habitantes de nuestra ciudad y los futuros actores en la construcción de la ciudadanía, de la pluralidad y de convivencia del mañana.

Auge, M. (2004). Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Gedisa.

Bachelard, G. (2000) La poética del espacio. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

----- (2000) La intuición del instante. México: Fondo de Cultura Económica

Bello, M. N. (2005). En: El desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y políticas públicas. Martha Nubia Bello, Marta Villa, compiladoras. Medellín: Red Nacional sobre desplazamiento forzado.

----- (2004) En: Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo. Bogotá: UNHCR y Universidad Nacional de Colombia.

Bourdieu, P. (1998). La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. Madrid: Taurus.

Clifford, J. (1999). Itinerarios transculturales. Barcelona: Gedisa

De Certeau, M. G. (1998). La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar. México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Delleuze, G. y Guattari, F. (1999). Mil Mesetas. Barcelona: Paidós.

Delgado, Manuel (2002) Disoluciones urbanas. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, diciembre.

----- (1997) Ciudad líquida, ciudad ininterrumpida. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Echeverría, M. C. y Rincón, A. (2000). Ciudad de territorialidades. Polémicas de Medellín. Medellín: Universidad Nacional de Colombia – Colciencias.

Foucault, M. (2005). El orden del discurso. Barcelona: Fábula Tusquets Editores.

Galeano, M. E. (2004). Estrategias de investigación social cualitativa. El giro de la mirada. Medellín: La Carreta Editores

García-Canclini, N. (2004). Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad. Buenos Aires: Gedisa.

----- (2005). Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Grijalbo.

Geertz, Clifford. (1994) Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de la cultura. Barcelona: Paidós Básico.

Giddens, A. (2004). Consecuencias de la modernidad. Madrid: Ciencias Sociales Alianza Editorial.

Haesbaert, R. (2004). o mito da desterritorializaco. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

Lefebvre, H. (1973). De lo rural a lo urbano. Barcelona: Ediciones Península.

Martín-Barbero, J. (2005). Pensar juntos espacios y territorios. En D. Herrera, & C. E. Piazzine, (Des) territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio. Medellín: La Carreta Social, Instituto de Estudios Regionales Universidad de Antioquia.

----- (1998). En: Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Universidad Central-Siglo del Hombre Editores.

Meertens, D. (2004) En: Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo. Bogotá: UNHCR y Universidad Nacional de Colombia.

Naranjo, G. (2005). En: El desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y políticas públicas. Martha Nubia Bello, Marta Villa, compiladoras. Medellín: Red Nacional sobre desplazamiento forzado.

----- Naranjo, G. En: Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo. Bogotá: UNHCR y Universidad Nacional de Colombia.

Ortega Valcárcel, J. (2000). Los horizontes de la geografía. Barcelona: Ariel, Geografía.

Osorio, F. E. En: Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo. Bogotá: UNHCR y Universidad Nacional de Colombia.

Reguillo, R. (1996). La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación. Guadalajara: Iteso, Universidad Iberoamericana.

----- (1998). En: Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Universidad Central-Siglo del Hombre Editores.

----- (2000). Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto. Norma, Bogotá.

----- (1996). El oráculo en la ciudad: Creencias prácticas y geografías simbólicas ¿una agenda comunicativa? En: Revista Diálogos de la Comunicación.

----- (2002) Pensar el mundo en y desde América Latina. Desafío intercultural y políticas de representación. En: Revista Diálogos de la Comunicación 60-61.

----- (199?) Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo. Mimeo. Sin fecha.

----- (2003). Cascadas: Agotamiento estructural y crisis del relato. Pensando la participación juvenil. En: Nuevas miradas sobre los jóvenes. México –Quebec. México.

Ricoeur, P. (2004). La memoria, la historia, el olvido. Argentina: Fondo de Cultura Económica Argentina.

Romero, J. L. (1999). Latinoamérica las ciudades y las ideas. Medellín: Universidad de Antioquia.

Santos, M. (2004). Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

SAUTU, R. (2003) Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación. Argentina: Ediciones Lumiere. Argentina.

Silva, A. (1992). Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina. Colombia: Tercer Mundo Editores.

Valenzuela Arce, J. M. (1998). El Color de las sombras. México: El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdes, Universidad Iberoamericana.

----- (1998). En: Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Universidad Central-Siglo del Hombre Editores.

----- (1991). Empapados de sereno. El movimiento popular en --Baja California (1928-1988). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

----- (2003). La juventud Latinoamericana, mimeo México

----- (2003). Por las Fronteras del Norte. Una aproximación cultural a la frontera México- Estados Unidos. México: Fondo de Cultura Económica.

Villa, M; Jaramillo, A; Sánchez, L.A. (2007) Migración forzada de colombianos. Colombia, Ecuador, Canadá. Medellín: Corporación Región.

Yori, C. M. (1999). Topofilia o la dimensión poética del habitar. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Zapata, C, Hoyos, M. (2004) Estado del arte de la producción de conocimiento sobre jóvenes, informe zona Antioquia. Universidad Central, Medellín.

Televisión

Series de televisión Tenemos Nuevos Vecinos y Multitud Invisible. Corporación Región 2004 y 2006.

Urbánicos. Corporación Región. 2006

